

Alianza editorial

*Antes
de las
lluvias*
DINAH JEFFERIES



Dinah Jefferies

Antes de las lluvias

Traducido del inglés por Pilar de
Vicente Servio

Alianza editorial

Índice

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Segunda parte

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Tercera parte

24

25

26

27

28

29

Cuarta parte

30

31

32

33

34

35

36

37

38

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

Para Richard

DELHI, INDIA, 23 DE DICIEMBRE DE 1912

ANNA FRASER ESPERABA, asomada al abigarrado balcón de una de las mansiones *haveli* que flanqueaban la avenida. Aunque habían limpiado y rociado con aceite las calles a las once de la mañana, el polvo agitado por el viento irritaba los ojos de la multitud que se apiñaba, expectante. Las amplias copas de las margosas y los ficus que se extendían en dos hileras a lo largo del centro del antiguo barrio de Chandni Chowk se agitaban con fuerza, casi desafiantes, y los cuervos añadían sus voces al bullicio, graznando y voznando por encima de las estrechas callejuelas

que salían de la plaza principal.

Anna levantó el parasol blanco y miró con nerviosismo hacia abajo, a los vendedores que anunciaban de todo, desde sorbete fresco hasta pescado frito con chile. Había frutas de aspecto exótico, saris de gasa, libros y joyas y, tras las ventanas veladas por exquisitas celosías, mujeres que perdían la vista bordando delicados mantones de seda. Allí donde el aroma a sándalo impregnaba el aire, los boticarios ganaban fortunas con aceites y pociones de colores insólitos. David los llamaba «aceite de serpiente», aunque Anna había oído decir que algunos se obtenían de lagartos machacados y teñidos de extracto de granada. Se decía que aquí,

en el corazón de la ciudad, una podía encontrar todo lo que deseara.

«¡Todo lo que desee! Qué ironía», pensó.

Se giró hacia el horizonte, donde pronto aparecería el virrey a lomos de un elefante, acompañado por su esposa, la virreina. Hinchido de orgullo, David, marido de Anna y ayudante de administrador del distrito, le había dicho que él también montaría en elefante, en uno de los cincuenta y tres animales escogidos para desfilas tras el virrey, que iría a la cabeza del cortejo. Delhi iba a sustituir a Calcuta como centro del gobierno británico y hoy era el día en el que el virrey, lord Hardinge, lo comunicaría oficialmente cuando su

séquito hiciese una entrada triunfal en la antigua ciudad amurallada, tras salir de la principal estación de ferrocarril de Delhi, en Queen's Road.

Por encima del bullicio, Anna oyó el canto de los canarios y los ruiseñores encerrados en docenas de jaulas que adornaban las fachadas de las tiendas de más abajo y, algo más allá, el traqueteo de los pocos tranvías que seguían circulando. Miró hacia la calle y observó la explosión de colores orientales que era la multitud, a la que cada vez se sumaban más curiosos. Llamó a su hija Eliza.

—Ven, cariño. Están a punto de llegar.

Eliza estaba sentada leyendo para

pasar el rato, pero se apresuró al oír la voz de su madre.

—¿Dónde, dónde?

—Estás que te subes por las paredes, ¿eh? Tranquila. Ten paciencia —dijo Anna, mirando el reloj. Las once y media.

Eliza negó con la cabeza. Llevaba demasiado tiempo esperando y, rodeada de tanta expectación, era muy difícil no perder los nervios a sus solo once años y medio.

—Ya casi es hora de ver a papá —dijo.

Anna suspiró.

—Mírate. Tienes el vestido hecho un higo.

Eliza agachó la cabeza y miró el

vestido blanco de volantes, que habían mandado hacer expresamente para la ocasión. Se había esforzado todo lo posible por mantenerlo en buen estado, pero, por alguna razón, Eliza y los vestidos nunca se habían llevado bien. No es que quisiera ensuciárselos; es que siempre había cosas de lo más interesantes que hacer. Por suerte, su padre nunca se enfadaba si acababa hecha un desastre. Lo quería con locura: guapo y con sentido del humor, siempre tenía un abrazo cariñoso para Eliza y un caramelo escondido entre las pelusas del fondo del bolsillo de la camisa.

Detrás de los indios, los británicos, sentados en las gradas que flanqueaban la calle, con sus prendas de algodón y

de lino de colores claros, parecían desteñidos en comparación. Anna no pudo evitar pensar que muchos de los indios parecían indiferentes ante el esplendor del desfile; aunque tal vez fuese por el viento helado que soplaba del Himalaya. Al menos, los británicos parecían todo lo emocionados que requería la ocasión. Arrugó la nariz al percibir el olor a jengibre y a *ghee* que flotaba en el aire y, tamborileando con los dedos sobre la barandilla, siguió esperando. David le había prometido muchas cosas cuando le pidió que se trasladase a la India con él, pero, a medida que pasaban los años, la magia se había ido diluyendo. Abajo, algunos de los niños, inquietos, empezaban a

escabullirse de sus familias. Una niña muy pequeña, que apenas empezaba a andar, se salió de la fila y llegó a la calle, por donde estaba a punto de pasar el cortejo de camino al fuerte.

Anna trató de averiguar quién era su madre. «Qué imprudente dejar que una niña tan pequeña se aleje tanto», pensó. Se fijó en una mujer con una llamativa falda verde esmeralda y un mantón a juego, que miraba fijamente el balcón, aparentemente absorta en sus pensamientos, y pensó que podría ser la madre de la niña. Casi parecía que la mujer la estuviese mirando a ella, y cuando sus ojos se encontraron, Anna levantó la mano para alertarla de la situación de la pequeña. Justo entonces,

la mujer bajó la mirada y se adelantó para devolver a su desobediente hija a la seguridad de la multitud.

Mientras contemplaba el gentío que avanzaba por la avenida, Anna se alegró de estar por encima de la abigarrada mezcla de viejas desdentadas con las cabezas y los rostros tapados, mendigos solitarios envueltos en raídas mantas, comerciantes mestizos con sus hijos y residentes de la ciudad envueltos en mantones, que no dejaban de chillarse unos a otros. Mientras un gato atrevido se pavoneaba por la calle, varias cabezas se levantaron para mirar las palomas que se apiñaban en las ramas de los árboles y los hombres de mediana edad observaban la escena con aire de

importancia y lanzando alguna que otra mirada en dirección a las bailarinas. De fondo, las voces de unos niños cantando consiguieron levantarle un poco el ánimo a Anna.

Era evidente que el pasado impregnaba cada centímetro de la histórica plaza y calaba los edificios hasta los huesos. Como todo el mundo sabía, era allí donde se habían celebrado las procesiones de los emperadores, donde los príncipes mogoles habían avanzado haciendo cabriolas a lomos de sus caballos danzarines y donde los británicos habían hecho su entrada, alardeando de sus planes de construir una nueva y poderosa Delhi imperial. Desde la

llegada del rey a Delhi hacía un año, había triunfado la paz, sin que se hubiese producido ni un solo asesinato político, por lo que se había considerado innecesario adoptar medidas policiales especiales aquel día.

Oyó las ensordecedoras salvas que señalaban la inminente llegada del virrey. Volvieron a retumbar los cañones y la multitud prorrumpió en una ovación. Había gente colgada de todas las ventanas y balcones, con las cabezas giradas hacia los reiterados disparos. Una sacudida de algo inexplicable recorrió el cuerpo de Anna. «Fue casi una premonición», pensaría después de lo ocurrido; pero en ese momento, se limitó a hacer un gesto negativo con la

cabeza. Volvió a mirar el reloj y divisó el elefante más grande que había visto jamás, coronado por un espléndido *howdah* o asiento de plata, desde el que lord Hardinge y su esposa contemplaban la escena. El propio elefante, de un gris azulado, estaba decorado al extravagante estilo indio, pintado con dibujos de colores y cubierto de arcos de oro y terciopelo. El desfile ya había pasado por los Jardines de la Reina, donde no se había permitido que se congregase el público, y ahora, al entrar en Chandni Chowk, los vítores alcanzaron su punto culminante.

—Todavía no veo a papá —dijo Eliza, intentando hacerse oír por encima del bullicio—. Pero está en el desfile,

¿no?

—Pero bueno, ¡eres la niña más impaciente del mundo!

Eliza miró a la calle, donde docenas de niños intentaban abrirse paso hacia delante. Enarcó las cejas.

—Mentira. Míralos a ellos, y eso que sus padres no participan en el desfile.

Eliza se inclinó hacia delante todo lo que pudo y empezó a saltar, con la mano apoyada en la barandilla. Cuando vio que la larga fila de elefantes empezaba a distinguirse en el horizonte, apenas pudo contener la alegría.

—Ten cuidado —la regañó su madre—. Si te empeñas en saltar de esa manera, acabarás cayéndote.

Detrás del virrey, venían dos

administradores del distrito expresamente escogidos, y después, los príncipes de Rajpután y los jefes del Punjab a lomos de elefantes aún más profusamente engalanados. Iban rodeados de sus propios soldados, indios armados con espadas y lanzas que llevaban la armadura de gala tradicional, y los seguía el resto del gobierno británico, montados en elefantes más sencillos. Eliza se sabía el orden de memoria. Su padre le había explicado momento a momento qué iba a pasar aquel día y la niña había insistido en que se detuviese y la saludase con la mano cuando su elefante pasase por debajo del balcón. El viento había amainado y había salido el sol, dejando

una mañana perfecta. Por fin había llegado el momento.

Anna volvió a mirar el reloj. Las once cuarenta y cinco. Justo a tiempo. Al otro lado de la calle, la mujer de la falda verde esmeralda sostenía a su hija en brazos para que pudiese ver el desfile. «Eso está mejor», pensó Anna.

Los británicos prorrumpieron en fuertes vítores, con gritos de «¡Hurra!» y «¡Dios salve al rey!». Mientras lord Hardinge les devolvía el saludo, Eliza vio a su padre. Lo saludó con la mano, ilusionada, y cuando el elefante del virrey dio unos pasos hacia delante, la montura de David Fraser se detuvo para cumplir el deseo de su hija. Mientras miraba hacia el balcón para devolverle

el saludo, una explosión devastadora, como el ensordecedor rugido de un cañón, silenció de pronto a la multitud. Los edificios se sacudieron y el cortejo se detuvo, tembloroso. Anna y Eliza observaron, conmocionadas, los cascotes y el humo blanco que salían disparados hacia el exterior. Como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho, Eliza se frotó los ojos llorosos y se alejó de un salto de la barandilla. No veía qué había pasado, pero cuando el humo empezó a disiparse, su madre reprimió un grito.

—Mamá, ¿qué pasa? —exclamó Eliza —. ¿Qué está pasando?

No hubo respuesta.

—¡Mami!

Pero era como si su madre no la oyera. Eliza solo entendía que algo había volado por los aires y no sabía qué hacer. Confusa, observó a la aturdida multitud. ¿Por qué no le respondía su madre? Le tiró de la manga y vio que Anna, que se aferraba con fuerza a la barandilla, tenía los nudillos blancos.

Debajo, la multitud había empezado a avanzar hacia adelante y, a través de las nubes de polvo, Eliza vio que los soldados se acercaban corriendo al virrey desde todas las direcciones. Un insoportable hedor a metal quemado y a sustancias químicas no la dejaba respirar. Tosió y volvió a tirarle de la manga a su madre.

—¡Mami! —gritó.

Pero Anna miraba la calle, con la cara blanca y los ojos muy abiertos, paralizada.

Como en un extraño estado de animación suspendida, Anna solo parecía darse cuenta de que, al otro lado de la calle, la mujer de verde se había desmayado. Eliza también la veía, pero no entendía por qué su madre señalaba a la desconocida. Lo único que sabía era que tenía un nudo en el estómago y unas ganas terribles de llorar.

—Papá está bien, ¿verdad, mamá?

Por fin, Anna le prestó atención.

—No lo sé, cariño.

Y aunque pareciese que solo tenía ojos para la mujer que yacía al otro lado

de la calle, Anna había visto cómo su marido se tambaleaba en su asiento y caía hacia delante. Por un momento, pareció incorporarse y hasta sonrió a Eliza, pero había vuelto a desplomarse para, esta vez, quedarse quieto. El criado que llevaba el parasol del virrey también se había caído hacia un lado y ahora colgaba del elefante, enredado en las cuerdas del *howdah*.

Pero Eliza solo podía pensar en una cosa: su padre. Estaba bien. Tenía que estar bien. De repente, supo qué hacer y, dando por perdida a su madre, se giró, bajó corriendo las escaleras y salió a la calle, donde chocó con un chico indio que no parecía mucho mayor que ella. Incapaz de decir nada, miró fijamente al

muchacho, aturdida e incrédula.

—Mi padre —susurró.

El joven la cogió de la mano.

—Vete. No puedes hacer nada.

Pero Eliza tenía que ver a su padre. Se zafó del chico y se abrió paso entre la multitud. Al llegar a la primera fila, se quedó paralizada. El elefante estaba tan aterrorizado que se negaba a arrodillarse y Eliza observó, asustada, cómo otro funcionario inglés colocaba una escalera sobre una caja de madera de una tienda cercana para poder bajar a su padre. Una vez abajo, lo tendieron sobre la calzada. Al principio le pareció que no tenía ni un rasguño en todo el cuerpo, aunque su cara estaba translúcida como el hielo, y sus ojos,

muy abiertos por la conmoción. Eliza se tropezó con sus propios pies y estuvo a punto de caerse al salir corriendo para arrodillarse a su lado. Lo miró horrorizada y lo rodeó con los brazos, mientras su vestido blanco absorbía la sangre que manaba de la persona a la que más quería en el mundo.

—Imposible que sobreviviera, pobrecillo —iba diciendo alguien—. Tornillos, clavos, agujas de gramófono, cristales. Por lo visto, es lo que esos malnacidos usaron para hacer la bomba. Algo lo alcanzó justo en el pecho. Casi de chiripa, diría yo. Pero, aunque tengamos que reducir a escombros Chandni Chowk, daremos con el supuesto «grupo de liberación» que está

detrás de esto.

Eliza seguía abrazada a su padre y, acercándole los labios a la oreja, murmuró:

—Te quiero, papá.

Y siempre, durante el resto de su vida, se dijo que él la había oído.

Entonces, por encima del murmullo creciente de la multitud, el chico le habló en tono amable.

—Por favor, señorita, deje que la ayude. Su padre se ha ido.

Eliza levantó la cabeza para mirarlo y le pareció que todo era un mal sueño.

PRIMERA PARTE

«Lejos de nosotros, en los sueños y en el tiempo,
India pertenece al antiguo Oriente de nuestra alma».

ANDRÉ MALRAUX, *Antimemorias*, 1967

ESTADO PRINCIPESCO DE JURAIPUR,
RAJPUTÁN, IMPERIO INDIO
NOVIEMBRE DE 1930

POR UN MOMENTO, Eliza vislumbró la fachada del castillo. Le sorprendió cómo brillaba, como un espejismo exótico y un tanto inquietante surgido como por arte de magia de la calima del desierto. El viento amainó para en seguida volver a avivarse y Eliza cerró un momento los ojos para no ver las

interminables arenas temblorosas. Tan lejos de su casa y sin la más remota idea de cómo irían las cosas, no había vuelta atrás, y sintió que se le formaba un nudo de miedo en la boca del estómago. A sus veintinueve años, este iba a ser su mayor encargo desde que se hiciese fotógrafa profesional, aunque todavía no tenía muy claro por qué la había elegido Clifford Salter. Sí le había explicado que sería la candidata ideal para fotografiar a las mujeres de palacio, ya que muchas todavía tenían miedo a los desconocidos, sobre todo a los hombres. Y el virrey había pedido expresamente un fotógrafo británico para evitar un conflicto de lealtades. Le pagarían un sueldo mensual más una prima final si el

trabajo era satisfactorio.

Abrió los ojos y el resplandor de la arena y el polvo la cegó. El castillo había quedado oculto a la vista y, sobre su cabeza, se extendía el inmenso cielo azul, que caía con un calor despiadado. El escolta que la guiaba hacia la ciudad se giró para decirle que se diese prisa. Eliza agachó la cabeza para protegerse de la arena y volvió a subir al carro tirado por camellos, estrechando la bolsa de la cámara contra el pecho. Por encima de todo, no debía permitir que la arena dañase su preciosa carga.

Cuando estuvieron más cerca de su destino, levantó los ojos y vio una fortaleza de ensueño que se extendía a lo largo de la cima de la montaña. Un

centenar de pájaros volaban bajo en el horizonte de color lila y las nubes, deshechas en hilos rosados, trazaban caprichosos dibujos en lo alto. Algo adormecida por el calor, se esforzó por no dejarse llevar por el embrujo de la escena: después de todo, estaba aquí para trabajar. Pero el viento, del que procuraba protegerse caminando encorvada, se empeñaba en evocar tanto el pasado lejano como sus recuerdos más recientes.

Cuando Anna Fraser se puso en contacto con Clifford Salter, un rico ahijado de su marido, esperaba que, con sus contactos, pudiese conseguirle a su hija un puesto de oficinista en un bufete de abogados de Cirencester o algo por

el estilo. Esperaba desanimar a su hija de intentar abrirse camino como fotógrafa. Después de todo, le decía, ¿quién iba a contratar a una mujer fotógrafa? Pero resultó que había alguien, y ese alguien había sido Clifford, que le dijo que sería la candidata ideal para sus fines. Anna no pudo oponerse. Después de todo, era el representante de la Corona Británica y solo rendía cuentas al jefe del gobierno local o AGG de Rajpután, que gobernaba indirectamente los veintidós estados principescos. El jefe, los residentes y los cargos políticos secundarios de los estados más pequeños pertenecían al departamento político que dependía directamente del

virrey.

Así que ahora Eliza estaba a punto de pasar un año dentro de un palacio en el que no conocía a nadie. Su trabajo consistiría en fotografiar la vida en el estado principesco para un nuevo archivo fotográfico con el que conmemorar el traslado de la sede del gobierno británico de Calcuta a Delhi. La construcción de Nueva Delhi se había prolongado mucho más de lo esperado y la guerra lo había retrasado todo, pero por fin había llegado el momento. Su madre le hablaba a menudo del sufrimiento de la gente y no pudo evitar recordar sus advertencias al ver a unos niños jugando entre el polvo y la suciedad frente a las enormes murallas

del castillo. Vio a una mendiga sentada con las piernas cruzadas y la mirada perdida junto a una vaca dormida. A su lado, un andamio de bambú que estaba apoyado contra un muro alto se tambaleaba peligrosamente. Justo entonces, dos tablas de madera se soltaron encima de donde un niño desnudo jugaba en cuclillas en el suelo.

—¡Pare! —gritó Eliza, y, mientras el carro se detenía con un traqueteo, saltó justo cuando uno de los tablones empezaba a resbalarse de las sogas. Con el corazón en un puño, llegó a donde estaba el niño y lo puso a salvo. La madera cayó al suelo y se rompió en pedazos. El niño salió corriendo y el conductor del carro se encogió de

hombros. «¿Es que no les importa?», se preguntó mientras subían por la rampa.

Unos minutos más tarde, el conductor del carro se bajó a discutir con los guardias que estaban apostados frente a la fortaleza. Lo recibieron con hostilidad, a pesar de que les mostró los papeles. Eliza observó la imponente fachada y la enorme puerta cercada, lo suficientemente ancha como para que pasase un ejército entero con camellos, caballos y hasta carruajes. Incluso había oído decir que el príncipe tenía varios coches. De camino al castillo, el vehículo en el que viajaban se había averiado y, tras continuar en el carro tirado por camellos, Eliza estaba cansada, sedienta y cubierta de polvo.

La arena se le había metido en los ojos doloridos y entre los cabellos, y le picaba la cabeza. No pudo evitar rascarse, aunque eso solo empeoró las cosas.

Por fin, una mujer con el rostro cubierto por un largo y vaporoso chal que solo dejaba entrever sus ojos oscuros apareció junto a las puertas.

—¿Su nombre?

Eliza le dijo quién era, levantando la mano para protegerse los ojos del sol cegador de la tarde.

—Sígame.

La mujer tranquilizó a los guardias con un asentimiento de cabeza, y aunque parecieron contrariados, las dejaron pasar. Hacía dieciocho años que Eliza y

su madre habían salido de la India para trasladarse a Inglaterra, dieciocho años de posibilidades cada vez más limitadas para Anna Fraser. Pero Eliza había decidido ser libre. Esta nueva oportunidad era como volver a nacer, como si una mano misteriosa la hubiese traído de vuelta a la India; aunque, en realidad, Clifford Salter no tenía nada de misterioso. De ser así, habría sido más emocionante; pero sería difícil encontrar a un hombre más ordinario que el amable funcionario. El pelo castaño, que empezaba a clarear, y los miopes ojos azul claro, que siempre parecían húmedos, reforzaban la impresión de cotidianidad, pero Eliza estaba en deuda con él por haberle conseguido este

trabajo en la tierra de los *rajputs*, clanes de guerreros nobles dentro del grupo de estados principescos situados en la región desértica del imperio indio.

Antes de atravesar una serie de gloriosos arcos, Eliza se sacudió el polvo lo mejor que pudo. Un eunuco la condujo hasta un pequeño vestíbulo a través de un laberinto de habitaciones y pasillos azulejados. Aunque había oído hablar de estos hombres castrados que vestían ropa de mujer, no pudo evitar estremecerse. El vestíbulo estaba custodiado por varias mujeres, que miraron a Eliza con antipatía y le impidieron el paso a través de las anchas puertas de madera de sándalo con incrustaciones de marfil. Cuando,

después de las explicaciones del eunuco, por fin la dejaron pasar, la hicieron esperar a solas. Examinó la habitación, cada centímetro de la cual estaba pintado de azul celeste con sutiles toques de oro. Flores, hojas y delicadas volutas se elevaban por las paredes y se desplegaban por el techo, y hasta el suelo de piedra estaba cubierto por una alfombra del mismo color. A pesar de ser un tono vivo, la impresión de conjunto era de una belleza sumamente delicada. Envuelta en azul por todos lados, casi se sentía parte del cielo.

Se preguntó si debía anunciar su llegada de alguna manera. ¿Tosiendo educadamente? ¿O diciendo algo en voz

alta? Se secó las palmas de las manos sudorosas en los pantalones y dejó en el suelo la bolsa con su equipamiento fotográfico, aunque, tras un momento de indecisión, volvió a cogerla. El pelo enredado, los pantalones color caqui y la blusa blanca almidonada (ahora arrugada) no hacían más que reforzar su sensación de estar completamente fuera de lugar. Jamás encajaría con el encanto de todo lo que la rodeaba, con esos exquisitos colores y dibujos. Se había pasado toda la vida fingiendo encajar, hablando de cosas que no le importaban y aparentando interés por personas que no le interesaban. Había hecho todo lo posible por ser como las otras niñas y, después, como las otras mujeres; pero la

sensación de no formar parte del grupo la había perseguido, incluso durante su matrimonio con Oliver.

En una sala de un naranja encendido, al otro lado del recibidor azul, el sol que entraba a raudales por un ventanuco rectangular iluminaba las motas de polvo que flotaban en el aire. Más allá, vio uno de los rincones de otra habitación; esta, de color rojo oscuro, donde comenzaban las paredes talladas del *zenana* propiamente dicho. Sabía que, desde tiempos inmemoriales, la entrada a los *zenanas* de los palacios reales de Rajpután estaba prohibida a los hombres que no fuesen miembros de la familia real. Clifford le había explicado que las dependencias de las

mujeres (él las llamaba «harén») estaban envueltas en misterio e intriga; escenario de conspiraciones, chismorreos y un erotismo desenfrenado, dijo, ya que todas las mujeres habían sido instruidas en las «dieciséis artes de la feminidad». Un lugar de licenciosas copulaciones, plagado de degeneración moral, le había dicho con un guiño; incluso con los sacerdotes, o quizás, especialmente con los sacerdotes; aunque los representantes británicos que lo precedieron se habían esforzado por erradicar las prácticas sexuales más oscuras del *zenana*.

Eliza se preguntó cuáles serían las dieciséis artes. Tal vez, si las hubiese conocido, su matrimonio no habría

fracasado, pero, al recordar lo solitaria que era su vida con Oliver, no pudo evitar suspirar.

Un soplo de un empalagoso perfume oriental, un aroma a canela con un toque de jengibre, mezclado con algo embriagadoramente dulce, proveniente de la habitación roja le confirmó todo lo que había oído decir del *zenana*. La fragancia le dio claustrofobia y le entraron ganas de acercarse a la ventana, apartar la vaporosa cortina blanca y sacar la cabeza para respirar aire fresco.

Empezaban a dolerle los brazos y se agachó para dejar el pesado equipaje sobre la alfombra, esta vez contra la pared, donde una lámpara en forma de

pavo real remataba una columna de mármol. Al oír una tos grave, Eliza miró hacia arriba y se apresuró a enderezarse y alisarse los mechones de pelo que se le habían escapado de las horquillas cuidadosamente colocadas. Mantener bajo control su abundante melena larga, que tendía a encrespase, era una batalla constante. Intentó disimular su nerviosismo al ver la silueta de un hombre extraordinariamente alto frente a la ventana.

—¿Es usted británica? —preguntó el desconocido, y Eliza se lo quedó mirando, sorprendida por su impecable inglés.

Dio unos pasos hacia delante y la luz le iluminó la cara. El hombre era indio y

parecía inmensamente fuerte. Tenía la ropa cubierta de un polvo rojizo y anaranjado y llevaba un gran pájaro encapuchado sobre el codo derecho.

—¿Qué hace aquí? —dijo Eliza—. ¿No es la entrada al *zenana*?

Lo miró fijamente a los profundos ojos color ámbar ribeteados por unas pestañas increíblemente oscuras y se preguntó por qué no llevaría turbante. ¿No lo llevaban todos los *rajput*? Tenía la piel oscura y reluciente y el brillante pelo castaño le formaba una onda sobre la frente.

—Le recomiendo que busque la entrada de servicio —añadió, deseando que se fuese y pensando que debía de ser una especie de vendedor, aunque en

realidad parecía más bien un gitano o un trovador ambulante. Notó que un hilillo de sudor le corría por las axilas: ahora las manos no era lo único que tenía pegajoso.

En aquel momento, una mujer india de mediana edad entró en la habitación. Llevaba las prendas tradicionales: la falda larga de vuelo conocida como *ghagra* combinaba con una exquisita blusa y un vaporoso mantón o *dupatta*, que flotaba al andar. Los tejidos formaban una mezcla de colores discordantes: bermellón, verde esmeralda y escarlata adornados con hilos de oro; pero juntos, creaban un todo maravilloso. Una nube de esencia de sándalo la precedía, junto con un aire

de silenciosa calma. Cuando tiró de una cuerda oculta tras la columna de mármol, la lámpara en forma de pavo real cobró vida, bañando sus manos de una resplandeciente luz en tonos azules y verdes. Solo entonces, dio unos pasos hacia Eliza e hizo una ligera reverencia con las palmas de las manos unidas frente al pecho y los dedos apuntando hacia arriba. Eliza se fijó en que llevaba docenas de anillos rematados con piedras preciosas y las uñas de las cuidadas manos pintadas de plateado.

—*Namaskār*, soy Laxmi. Debe de ser la fotógrafa, la señorita...

—Me... me llamo Eliza Fraser.

Inclinó la cabeza, sin saber si sería correcto hacer una reverencia. Después

de todo, esta mujer había sido maharani, o reina, y era la madre del soberano de Juraipur. Clifford le había dicho que la belleza y la inteligencia de la maharani eran legendarias y que, junto con su difunto esposo, el antiguo maharajá, había sido la responsable de modernizar muchas de las costumbres del estado. Llevaba el cabello trenzado y recogido en un moño sobre la nuca de su cuello largo y elegante y tenía los pómulos pronunciados, y los ojos, oscuros y brillantes. Eliza se dio cuenta de que la fama de su belleza hacía honor a la verdad y deseó haberle pedido a Clifford que le explicase más a fondo el protocolo. Lo único que le había dicho era que tuviese ojo con las polillas y las

hormigas blancas. Las polillas se comerían su ropa, y las hormigas, los muebles.

Laxmi se giró hacia el hombre.

—¿Y tú? Ya veo que has vuelto a meter ese pájaro en casa.

El joven se encogió de hombros con familiaridad y enarcó las cejas, y Eliza se fijó en que las tenía oscuras y gruesas.

—¿Te refieres a Godfrey? —dijo.

—¿Qué clase de nombre es ese para un halcón?

El joven rio y le guiñó un ojo a Eliza.

—Mi profesor de letras clásicas en Eton se llamaba Godfrey, y era un buen tipo.

—¿En Eton? —repitió Eliza,

sorprendida.

Laxmi suspiró, impaciente.

—Permítame que le presente a mi segundo hijo, y también el más rebelde, Jayant Singh Rathore.

—¿Su hijo?

—¿Siempre lo repite todo como un loro, señorita Fraser? —preguntó Laxmi, con una mirada maliciosa. Pero en seguida sonrió—. Está nerviosa, es comprensible. Me alegro de que haya venido a fotografiar nuestras vidas. Para un nuevo archivo fotográfico en Delhi, según me han dicho.

Al ver que mencionaba su trabajo, Eliza cobró vida y empezó a hablar animadamente.

—Sí, Clifford Salter quiere unas

fotografías informales que muestren cómo es su vida de verdad. A mucha gente le fascina la India, y espero poder colocar algunas de las instantáneas en las mejores revistas fotográficas. El *Photographic Times* o el *Photographic Journal* serían perfectos.

—Ya veo.

—Un retrato exhaustivo de la vida en un estado principesco a lo largo de un año. Estoy deseando vivir aquí. Gracias por invitarme. Prometo no molestar, pero hay tanto que quiero ver, y la luz es increíble. Lo más importante son las luces y las sombras, ya sabe, el claroscuro, y espero poder...

—Sí, sí, claro. En cuanto a mi hijo, verá que, una vez se sacuda el polvo del

desierto de la ropa, no intimida tanto como ahora. —Eliza rio—. Admítalo: ¿a que creyó que era gitano?

Eliza notó que se ruborizaba, consciente de que ella también estaba cubierta de polvo, y aunque no era la época más calurosa del año, no estaba acostumbrada a estas temperaturas.

—No se preocupe, cuando le da por pasar varios días seguidos en el desierto, a todo el mundo se lo parece. —Resopló—. Ya ha cumplido los treinta, es adicto al peligro y prefiere la naturaleza a nosotros, la gente civilizada. No me extraña que todavía no esté casado.

—Madre —dijo, y Eliza percibió un tono de advertencia en su voz. Acto

seguido, se acercó a la ventana, descorrió la cortina y se apoyó en el alféizar con expresión de total desinterés.

La frustración de Laxmi con su hijo se reflejó en el temblor de su barbilla, pero se recuperó rápidamente y se volvió hacia Eliza.

—¿Dónde está su equipo?

—Esta es una parte. El resto viene de camino, en un carro.

Eliza señaló vagamente hacia donde suponía que podía estar el carro.

—Me aseguraré de que lo lleven a sus habitaciones. Se alojará aquí, donde podemos tenerla vigilada.

Eliza se sintió un tanto intimidada y no debió de disimular del todo su

ansiedad, porque la mujer volvió a reír.

—Le estoy tomando el pelo, querida. Es libre de ir y venir a su antojo dentro del palacio. Hemos seguido las peticiones del residente al pie de la letra.

—Es muy amable por su parte.

—No tiene nada que ver con la amabilidad. Nos conviene intentar complacer al gobierno británico en lo que podamos. En el pasado, las relaciones entre indios y británicos han sido difíciles, lo admito, pero estoy tratando de ejercer mi influencia sobre ciertas facciones dentro del castillo. Pero ya basta de hablar de nosotros. Le hemos organizado un cuarto oscuro con acceso al agua para que pueda trabajar,

según nos pidió, y verá que sus habitaciones personales son de lo más acogedoras y dan a un bonito patio lleno de palmeras.

—Gracias. Clifford me dijo que usted lo había organizado todo. Pero esperaba... bueno, una vivienda independiente.

—Me temo que no es posible. En cualquier caso, la casa de invitados que tenemos en la ciudad está en obras. Y hay otra razón: puede que hayamos abolido el *pardah* aquí en Juraipur, pero hay muchos que siguen creyendo que las mujeres deben permanecer ocultas tras el velo. No podemos permitir que se pasee de acá para allá en público sola.

—Estoy segura de que me las

apañaría —dijo Eliza, aunque en realidad no estaba nada segura.

—No, querida. Los británicos creen que son los únicos responsables de que las mujeres hayamos podido salir a la luz, pero, para serte sincera, muchas solo defendíamos de boquilla la costumbre del *pardah*, y, tras la muerte de su madre, mi marido accedió de buena gana a mis peticiones de que la eliminase. La sumisión y la ignorancia de las mujeres convenían a la mayoría de los hombres. Pero, por suerte, mi marido no era uno de ellos.

—¿Qué debo hacer fuera de las murallas del palacio?

—Ir acompañada en todo momento, por supuesto. Y eso me lleva a su

primera misión. Ahora que ya está bien entrado el mes de *Kartik*, mi hijo Jayant se ha ofrecido amablemente a acompañarla a la feria de camellos de Chandrabhaga pasado mañana. Los escoltarán varios criados que los seguirán en todo momento. Estoy segura de que a mi hijo le gustará volver a hablar inglés y de que usted disfrutará de la feria. Tengo entendido que habrá camellos de distintos pelajes y todo tipo de rostros interesantes que retratar. Y mañana acompañará al señor Salter a un partido de polo.

Eliza no pudo controlar los nervios. No le interesaban ni el partido de polo ni la feria de camellos. Quería instalarse y empezar a conocer Juraipur antes de

marcharse a otro sitio, especialmente en compañía de este supuesto príncipe, si es que de verdad lo era. Su intento de sonrisa se quedó en una mueca.

—Esperaba poder explorar el castillo primero —dijo, notando que el príncipe la observaba con expresión de curiosidad, con el halcón todavía posado en el brazo.

—Madre, me parece que has encontrado la horma de tu zapato —comentó.

Mientras hablaba, a Eliza le pareció percibir un tono nuevo en su voz. ¿Se estaría burlando de ella? ¿O de su madre?

Laxmi farfulló en voz baja, aunque con perfecta educación, y Eliza tuvo la

impresión de que consideraba extremadamente improbable encontrar la horma de su zapato.

—Tendrá tiempo de sobra para ver el castillo. No puede perderse la feria, así empezará a hacerse una idea de la vida en el campo y conocerá a Indira. Le pediré a la criada, Kiri, que le muestre sus habitaciones.

—¿Ha permitido que Indira vaya por delante, madre? ¿Y si le pasa algo?

—He ordenado a un hombre de confianza y a una criada que la acompañen, y, en cualquier caso, la chica entiende de camellos.

El sol debía de haberse movido en el cielo porque ahora los largos rayos de luz caían sobre el suelo de la habitación.

Laxmi había sido abierta y simpática con ella, pero Eliza intuía que era mejor no contrariarla. Cuando salió de la habitación, toda una reina de la cabeza a los pies, el joven le hizo una reverencia formal. Y ahora que tenía ocasión de observarlo, Eliza vio una cara fuerte, definida por unos pómulos altos muy parecidos a los de su madre pero mucho más masculinos, una frente inteligente, los ojos, en los que ya se había fijado antes, de color ámbar y un tanto separados, y un cuidado bigote. Cuando el príncipe le devolvió una mirada severa, bajó los ojos.

—No la hemos invitado —dijo, muy tranquilo—, sino que cumplimos órdenes de permitirle entrar en el

castillo y escoltarla a otros lugares. A los británicos les gusta dar órdenes.

—¿Fue cosa de Clifford Salter?

—Exactamente.

—¿Y siempre obedece sus órdenes?

—Yo... —Hizo una pausa y cambió de tema, pero Eliza tuvo la impresión de que había estado a punto de decir algo más—. Mi madre quiere un camello color chocolate.

—¿Hay camellos color chocolate?

—Principalmente en Chandrabhaga. Le gustará. Muy pocos británicos van. Y con su melena color camello, encajará sin problemas.

Aunque lo dijo con una sonrisa, Eliza no pudo evitar ponerse tensa. Se pasó una mano por el pelo.

—Yo prefiero llamarlo «color miel».

—Bueno, estamos en Rajpután.

—Esa tal Indira, ¿puedo preguntarle quién es?

—Una pregunta difícil... Solo tiene diecinueve años, pero dicta sus propias normas. Ya la verá: es de lo más fotogénica.

—¿Es su hermana?

Al oír la pregunta, el hombre se volvió para mirar por la ventana.

—No estamos emparentados. Pinta miniaturas, tiene mucho talento. Es toda una artista. Vive aquí, bajo la protección de mi madre.

Eliza oyó voces de niños, que reían y gritaban más allá de la ventana.

—Son mis sobrinas —explicó, y las

saludó con la mano antes de girarse a mirar a Eliza—. Tres niñas encantadoras, pero no tengo sobrinos, para vergüenza eterna de mi hermano.

Una mujer de mediana edad entró sigilosamente en la habitación y le hizo gestos a Eliza de que la siguiera. Esta recogió su bolsa, algo molesta. ¿Cómo podía decir algo así delante de ella? ¿De verdad creía que tener solo hijas era motivo de vergüenza?

—Déjela. Alguien la llevará a sus habitaciones.

—Puede que solo sea una mujer, pero prefiero llevarla yo misma.

Jayant inclinó la cabeza.

—Como desee. Prepárese para partir a las seis, pasado mañana. ¿O es

demasiado temprano para usted?

—Por supuesto que no.

El joven la examinó con atención.

—¿Tiene algo de ropa femenina?

—Si quiere decir vestidos, sí, pero he descubierto que para trabajar, lo mejor es llevar pantalones.

—Bueno, será un placer conocerla mejor, señorita Fraser.

Su sonrisa condescendiente la irritó más de lo debido. ¿Quién era este engreído para juzgarla? Sin duda, era un perezoso consentido y sin ambiciones, como todos los hombres de la familia real india. Y cuanto más lo pensaba, más se enfurecía.

AL DÍA SIGUIENTE, Eliza se despertó temprano. Las cortinas de su habitación eran muy finas y el sol ya brillaba con fuerza suficiente como para obligarle a protegerse los ojos cuando se levantó de un salto de la cama y se acercó a la ventana. Tenía la extraña sensación de que, a pesar de todos los años que habían pasado, algo de la sangre de este país exótico seguía corriéndole por las venas y que lo llevaba en el corazón. El simple olor de la tierra evocaba recuerdos lejanos, y se había despertado varias veces a lo largo de la noche con la sensación de que algo la llamaba. El aire traía el olor de las arenas del desierto y aspiró el frescor de la mañana, ilusionada y nerviosa.

La vista del patio era todo lo bonita que le había prometido Laxmi y sonrió al ver a unos monos saltando de árbol en árbol y jugando con los columpios más grandes que había visto en su vida. Como el castillo (que era solo una parte de la gigantesca fortaleza) estaba en la cima de la altísima y escarpada montaña de arenisca que se alzaba sobre la ciudad dorada, la vista de azoteas y tejados planos que se extendía a sus pies la dejó sin aliento y sonrió, encantada. Las pequeñas casas cúbicas que se acurrucaban contra las murallas de la fortaleza relucían, de un ocre intenso y bruñido, pero las casas más lejanas iban palideciendo hasta quedar teñidas de plata blanquecina en el horizonte, donde

la ciudad daba paso al desierto. Era como abrir la caja de pinturas de un niño y ver todos los sublimes tonos de oro y madre selva bajo el sol. Desperdigados entre las casas, los árboles polvorientos elevaban las ramas hacia la luz, y por encima de la ciudad grandes bandadas de pájaros planeaban o se lanzaban en picado.

Ahora hacía fresco, pero Eliza sospechaba que, a mediodía, la temperatura llegaría a los veintitantos grados o más, y no parecía que fuese a llover. Se preguntó qué debía ponerse para un partido de polo y se decidió por una camisa de manga larga con una gruesa falda de tejido de gabardina. La pregunta de qué debía llevar en la

maleta para la India la había preocupado durante semanas, mucho antes de comenzar el largo viaje en barco. Su madre no había podido ayudarla, ya que solo parecía recordar los vestidos de gala que llevaba durante la época en la que vivió en la India antes del asesinato de su marido, el padre de Eliza. Eliza recordaba muy poco de aquellos años, pero incluso ahora se le formó un nudo en la garganta al pensar en él.

La vida no había sido fácil, y tras la muerte de Oliver, su marido, Eliza había vuelto a casa de su madre, donde había descubierto que Anna escondía botellas de ginebra por todas partes, por lo general debajo de la cama o del fregadero de la cocina. Anna lo negaba

todo, y a veces ni siquiera recordaba haber bebido demasiado. Eliza había acabado por perder la esperanza. Sabía que la ayuda de Clifford Salter había sido un afortunado giro del destino, y trasladarse a la India suponía un intento de pasar página, pero aquí estaba, pensando en el pasado, y no solo en su madre.

Volvió la vista hacia la habitación, que era grande y espaciosa. La cama estaba oculta detrás de un biombo y en uno de los rincones habían formado una pequeña sala de estar con un sillón grande y un cómodo sofá, detrás del cual un arco conducía a un pequeño comedor. No había ni rastro de polillas ni hormigas. Otro arco decorativo, este en

la pared frente a la cama con dosel, daba a un espléndido baño. La puerta del cuarto oscuro quedaba fuera, en el sombrío pasillo, y estaba satisfecha porque le habían confirmado que sería la única que tendría la llave.

Mientras sacaba algunas prendas de la maleta, pensó en su llegada la noche anterior, justo cuando una brillante puesta de sol teñía de rojo el cielo. Las campanas del templo repicaban, y dos chicas, que pasaron zumbando sobre sendos patines, casi la tiraron al suelo. Chillaron, rieron y se disculparon en hindi, y Eliza, contenta de haberlas entendido, se sintió agradecida a la anciana aya india que le había enseñado el idioma. Las clases que había tomado

últimamente para refrescar sus conocimientos también habían ayudado.

Poco después, un criado impecablemente enguantado que llevaba un uniforme blanco y un turbante rojo le trajo unos cuencos de *dal*, arroz y fruta en bandeja de plata, y, tras deshacer la maleta, agradeció poder acostarse temprano. De no haber habido tantísimo ruido, se habría quedado dormida al instante, agotada tras el largo viaje desde Inglaterra, la caminata hasta Delhi, donde había vuelto a reunirse brevemente con Clifford, y el último día de viaje hasta Juraipur. Pero el ruido era ensordecedor. Música, risas, el canto de los pájaros y de las ranas y niños levantados hasta las tantas: todo esto se

colaba por su ventana junto con el chillido de los pavos reales (que más bien parecían gatos aullando), y el ruido interrumpió su sueño.

Se quedó en la cama, desvelada e impotente, pero hechizada por la noche de Juraipur: los tambores, los caramillos, el humo que impregnaba el aire, pero, por encima de todo, la sensación constante de una vida vivida en plenitud, a pesar de la pobreza y la aridez de este mundo desértico.

Incapaz de dejar de darle vueltas a la cabeza, pensó en su padre y en su marido. ¿Conseguiría perdonarse por lo ocurrido alguna vez? Tenía que hacerlo si quería aprovechar al máximo esta oportunidad única en la vida, y no podía

arriesgarse a volver a casa de su madre con el rabo entre las piernas. Eliza apenas se atrevía a admitir que había venido a redescubrir algo que llevaba dentro, algo que había perdido el día en que se marcharon a Inglaterra.

AL DÍA SIGUIENTE, hacía un calor insoportable y Eliza pronto se sintió pegajosa. Se dio cuenta de que se había equivocado de ropa: era un día para llevar vestidos de verano de muselina, no tejidos pesados, aunque Clifford llevaba un traje de lino con cuello cerrado y corbata. El evento resultó ser más pequeño de lo que esperaba, una especie de recepción al aire libre; pero gracias al pequeño grupo de hinchas de ambos equipos, algunos sentados en

sillas, que empezaban a llegar, se sentía la emoción en el ambiente. Era la primera vez que Eliza iba a un partido de polo, y el terreno de juego, rodeado de árboles y acotado por barandas de hierro y con una magnífica vista de las colinas de fondo, era idílico.

—Por lo menos, el césped está seco —dijo Clifford—. A diferencia de Inglaterra, donde los campos embarrados son un problema.

Le explicó que el equipo británico estaba formado por oficiales del 15º Regimiento de lanceros, y por lo visto, habían traído consigo un grupo de hinchas de lo más ruidosos, muchos de los cuales ya habían empezado a beber. También había algunos militares,

acompañados por sus criados, y hasta un par de suplentes con la equipación ya puesta por si tenían que salir al campo.

Pegajosa e incómoda, Eliza esperó junto a Clifford, observando la pequeña multitud. Justo detrás del grupo de hinchas británicos había un hombre y una mujer alta, cogidos del brazo. La mujer miró en dirección a Eliza y sonrió. Clifford se dio cuenta y le susurró que era Dottie Hopkins, la mujer del médico.

—Los conocerás más tarde —añadió—. Son buenas personas.

La mujer parecía amable y Eliza se alegró de que Clifford fuese a presentárselos. Al otro extremo del campo empezaba a congregarse un grupo

bastante nutrido de vocingleros hinchas indios, también acompañados por un enjambre de criados de etiqueta. Eliza no podía despegar los ojos de ellos.

—Aunque lo llaman «el juego de los reyes», últimamente Anish, el maharajá, rara vez acude a un partido —continuó Clifford—. Pero al que de verdad merece la pena ver es al príncipe Jayant. Es un excelente jinete y sabe jugar en equipo. Si sale al campo hoy, la cosa estará reñida.

—¿Cada cuánto tiempo se juegan los partidos?

—Los más importantes son parte de un torneo y se celebran periódicamente, pero este es solo un pequeño amistoso, para entretenernos. El equipo de Jaipur

tiene la mejor reputación, ¿sabes? Ganó el Campeonato de la India de este año, pero Juraipur le sigue de cerca.

—Me alegro.

—Y nosotros todavía no hemos perdido la esperanza. Estamos deseando ganar, enarbolar la bandera y todo eso.

Poco después llegaron los jugadores, que desfilaron hacia el campo, con aspecto elegante y las cabezas bien altas. A continuación entraron los mozos de cuadra guiando a los ponis con aire de orgullo y el público empezó a aplaudir. Clifford se apresuró a explicarle que, aunque los llamaban «ponis», eran caballos de tamaño normal.

—Es un deporte carísimo. Los ponis

valen miles de libras.

Eliza observó con atención cómo montaban los miembros del equipo, todos con un aspecto de lo más enérgico, y justo cuando se dio cuenta de que el príncipe Jayant era uno de ellos, este se dispuso a subirse en un magnífico caballo negro. Un sonoro clamor se elevó de la muchedumbre entusiasmada, seguido por los constantes aplausos y silbidos de los hinchas indios.

Clifford se acercó más a Eliza.

—Jayant siempre atrae mucho público. Y su caballo tiene un temperamento admirable. Es importante que el animal no pierda los nervios. ¿Ves a esos dos chicos?

Eliza miró hacia donde señalaba

Clifford.

—Cada equipo trae su propio árbitro, pero hay un tercer juez imparcial por si se produce algún desacuerdo. En el polo, lo más importante es el juego limpio.

Eliza estaba disfrutando muchísimo, encantada de poder pasar tiempo al aire libre y de deleitarse con las novedades, a pesar de sus reservas. Vio cómo los dos equipos se alineaban uno frente al otro, con los mazos preparados. Al golpear la pelota, empezó el partido. La emoción se volvió contagiosa e intensa cuando los caballos empezaron a cabalgar con estruendo, levantando nubes de polvo de la tierra compacta, pero mientras los jinetes competían por

golpear la pelota, pronto quedó claro que el poni del príncipe empezaba a quedarse atrás.

—¿Eso es normal? —preguntó Eliza.
Clifford frunció el ceño.

—El caballo está un poco revoltoso.

Siguió observando a los hombres a lomos de sus monturas y, al volver la vista hacia la grada india, vio que un par de hombres vestidos de gala con sendas cimitarras a la cintura daban un paso hacia adelante, como si intuyesen que algo iba mal. Eliza contuvo la respiración, pero no pasó nada y el partido continuó. Lo observaba todo fascinada, sin apenas escuchar a Clifford, que le explicaba las reglas del polo y la terminología específica.

Pero unos minutos después, quedó claro que algo le pasaba al caballo del príncipe.

—¡Dios mío! —exclamó Clifford, cuando el animal empezó a dar brincos y trotar hacia delante y hacia atrás, fuera de control, para pronto empezar a corcovear.

Eliza se fijó en la expresión que invadió el rostro del príncipe Jayant, una mezcla de enfado y desconcierto, en la que parecía prevalecer el segundo. Tanto los británicos como los indios empezaron a murmurar y, pronto, a dar gritos, al ver que la silla de Jayant comenzaba a deslizarse hacia un lado y, en cuestión de segundos, el príncipe quedaba tendido de espaldas en el suelo

mientras el caballo echaba a correr, desbocado. El resto de los jugadores se quedó paralizado y el público observó con horror la escena mientras dos mozos de cuadra salían corriendo tras el caballo. Eliza contuvo la respiración y agarró del brazo a Clifford cuando el animal arremetió contra el grupo de hinchas indios, muchos de los cuales gritaron y agitaron los brazos, aterrorizados, mientras otros escapaban corriendo. De pronto se oyó un grito agudo y una mujer cayó de espaldas, chocando contra la barandilla. Mientras el caballo coceaba una y otra vez, Eliza sintió en sus carnes el miedo de todos los presentes. La gente seguía corriendo para apartarse, pero la mujer, que ahora

estaba tumbada en el suelo y había dejado de gritar, no movía ni un músculo.

Eliza vio que el médico que Clifford le había señalado antes salía corriendo y se ponía en cuclillas junto a la mujer.

Cuando los mozos por fin consiguieron retener y calmar al caballo desbocado, dos hombres con una camilla de lona saltaron al campo y se llevaron a la mujer, seguidos por el médico. Mientras tanto, el príncipe se levantó con dificultad y se sacudió el polvo, aparentemente ileso pero con el rostro lívido, y salió del campo, con los mozos y el caballo detrás. Los dos hombres con las cimitarras a la cintura lo siguieron y Eliza se dio cuenta de que

debían de ser sus guardaespaldas.

La fotografía que llevaba dentro estaba entrenada para fijarse en todos los detalles de una escena y reparó en un indio, seguramente un mozo de cuadras, pensó, que salía con aire casi furtivo de los establos, rodeaba la grada india por la parte trasera y se dirigía hacia otro hombre. El segundo hombre era alto y tenía un porte regio. Le dio una palmadita en la espalda al mozo de cuadras y sonrió con ganas. Le pareció un gesto extraño, teniendo en cuenta que el príncipe acababa de resultar herido. A pesar de la tensión que se mascaba en el ambiente, Eliza se percató de que dos de los hinchas británicos reían con disimulo, intercambiaban miradas y se

guiñaban el ojo.

—¡Menudos idiotas! No sé qué gracia le ven a lo ocurrido —dijo—. Ni siquiera sabemos si esa pobre mujer ha sobrevivido.

—Pronto nos enteraremos, de boca de Julian Hopkins —le aseguró Clifford.

Mientras tanto, los británicos hablaban animadamente, despreocupados, nada atemorizados y al parecer sin ganas de irse. Pero los hinchas indios estaban cabizbajos y murmuraban. Varios empezaban a dar la espalda al campo y alejarse.

—Habrá que suspender el partido —dijo Eliza, segura de que así sería.

—No —dijo Clifford—. Mira. Ya se acerca el suplente del príncipe. Está

permitido que juegue un suplente en caso de lesión.

—¿En serio? ¿No te parece bastante insensible?

—El espectáculo debe continuar, Eliza.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que la ansiedad que se había apoderado del público empezaba a disiparse. Esperaba que la mujer hubiese sobrevivido.

—Pero ha sido una cosa rara — continuó Clifford—. De lo más rara. Nunca he visto nada parecido. Aunque con el príncipe fuera de juego, supongo que ganaremos el partido. Algo es algo. Dudo que vaya a salir con otro caballo después de lo ocurrido.

AL DÍA SIGUIENTE, Eliza y Jayant Singh dejaron atrás las salas de mármol del palacio y salieron a los patios enlosados de piedra arenisca rosa tallada, que resplandecían a la luz tenue de la madrugada. Atravesaron varios quioscos conectados entre sí hasta un patio donde una brisa más fresca soplaba a través de los jardines perfumados. Aunque Eliza seguía pensando en el partido de polo, la grandeza que la rodeaba la animó a enderezarse, alargar el cuello y caminar

con orgullo. Se echó el chal sobre la cabeza y la brisa hinchó la finísima tela. Con este simple gesto de feminidad, se sintió como si se hubiese metido por un momento en la lustrosa piel de una reina india.

—Casi parece que los patios estén hechos de sándalo, más que de arenisca —dijo, cuando llegaron a un jardín simétrico rodeado por una tapia sobre la que se pavoneaban los culpables del estrépito de la noche anterior. ¡Pavos reales! Cuando uno de ellos despegó de la pared y se dejó caer al suelo dando aleteos, Eliza se echó a reír. ¿Quién habría pensado que la belleza podía ser tan desgarbada?

—Se plantaron en el siglo XVIII —

dijo el príncipe, señalando los rosales, los cipreses, las palmeras y los naranjos.

Salieron del castillo por una rampa que pasaba bajo siete puertas rematadas por arcos. Al atravesar una de ellas, Eliza se fijó en que en una de las paredes laterales estaban esculpidas cinco hileras de manos.

—Talladas a partir de las huellas de las manos de las *satis* —continuó el príncipe, con aire de indiferencia—. De camino a la pira funeraria, las mujeres metían las manos en polvo rojo y apoyaban las palmas contra las paredes para expresar su devoción. Más adelante, se tallaron en piedra las huellas.

Eliza ahogó un grito.

—Es horrible.

—Nosotros llamamos *satí* a la mujer que muere y ustedes, los británicos, se refieren a la práctica en sí como *suttee*. La costumbre se abolió en la India británica en 1829 y aquí, en los estados principescos, algo más tarde, con la prohibición promulgada para toda la India por la reina Victoria en 1861. Pero aun así...

Eliza sabía que era costumbre que las viudas de los príncipes *rajput*, y también las mujeres normales, se inmolasen ritualmente, pero no pudo evitar sentir verdadera repugnancia al pensarlo. ¿Cómo podían considerar la quema de las viudas una manera honrosa

de morir? Era imposible comprender cómo debían de sentirse aquellas mujeres.

Contempló las calles arenosas de la ciudad medieval, abarrotadas de artesanos de todo tipo, y pensó en la primera vez que había visto las inmensas murallas, con todas sus torres y baluartes. Volvió la vista atrás, hacia el fuerte, que se levantaba inexpugnable sobre un promontorio rocoso y que claramente había sido construido con piedras talladas de la propia roca sobre la que se asentaba. Quién sabía cuántas de las mujeres que habían vivido dentro de esas murallas habrían muerto en la pira funeraria.

Subieron al coche y, pasado un rato,

una vez dejaron atrás la ciudad, Eliza observó el desierto, donde el viento levantaba la arena abrasadora, que espesaba el aire. A lo largo de kilómetros y kilómetros de yermas llanuras, el camino serpenteaba por un paisaje blanqueado por el sol donde solo crecía algún que otro espino y acacia rala, salpicado aquí y allá por zonas de abundante vegetación. Era un lugar solitario y despoblado y Jayant Singh guardaba silencio, evidentemente concentrado en no salirse de los senderos, apenas perceptibles. Eliza entendía que prefiriese no hablar, pero era imposible ignorar por completo a un hombre que ocupaba tanto espacio, tanto mental como físico. Intuía que el

príncipe tenía un lado salvaje. Aunque se sentía incómoda, tensa y torpe, intentó entablar conversación; pero cuando solo recibió un par de respuestas taciturnas, se dio por vencida y volvió a entregarse a la ensoñación, dejándose llevar por sus sentidos. Entonces, justo cuando empezaba a soñar despierta con palacios, jardines y monos que se balanceaban en enormes columpios, y en el momento exacto en que estaba a punto de aparecer la cara de su padre, Jayant empezó a hablar.

—Alguien manipuló mi silla de montar —dijo, y, al oír su voz cálida y un tanto áspera, Eliza volvió bruscamente en sí—. La vi en el partido de polo ayer y estoy seguro de que se

pregunta qué pasó.

—Fue horrible. ¿Cómo lo sabe? Que la manipularon, quiero decir.

—Habían cortado uno de los latiguillos. Los revisé el día antes del partido, pero ayer llegué algo tarde y no tuve tiempo de volver a comprobarlos. El latiguillo es la parte más vulnerable de la cincha. Debería haberlo revisado antes del partido.

—¿Y eso hizo que el caballo corcovease?

—No, eso se debió a las espinas de acacia que algún idiota colocó bajo la silla.

—¡Dios mío! Está hablando de auténtico sabotaje. —Pensó en los dos indios que le habían parecido tan

sospechosos—. Podría haber muerto.

Jayant sonrió.

—Más bien podría haberme roto algo, pero, como ve, estoy perfectamente. Aunque mi caballo podría haber muerto. Eso no lo perdonaría, y en cuanto a esa pobre mujer...

—¿Cómo está?

—Creo que sufrió una conmoción. Tuvimos suerte de que no fuese más grave.

—Solo de pensarlo me pongo furiosa. Es horrible que el culpable lo hiciese a propósito.

La voz de Jayant se volvió más grave.

—Una niñería, es lo que es. Mi caballo es toda una belleza, el mejor en resistencia, agilidad y velocidad. Es lo

único que me importa, y Dios sabe qué más pudo haberle ocurrido al público. Le da mala fama al polo.

—¿Qué puede hacer al respecto?

—Me he quejado a Clifford Salter y al consejo de polo, pero no podemos demostrar quién está detrás del sabotaje. Tengo mis sospechas, pero era un equipo visitante de lo más variopinto, y ahora los hombres se han marchado.

Eliza decidió no decirle que había visto reírse a los dos indios. Aunque el príncipe se había puesto furioso en el momento del incidente, ahora parecía tomárselo con relativa filosofía.

—Bueno, ¿qué interés tiene en nosotros, señorita Fraser?

—Ya lo sabe. Tengo un trabajo que

hacer.

—Es extraño que el señor Salter eligiese a una fotografía desconocida.

Eliza se puso a la defensiva.

—No soy del todo desconocida.

Pasaron unos momentos en silencio, durante los cuales Eliza echó pestes para sus adentros.

—El viaje durará varios días — continuó el príncipe, interrumpiendo desconsideradamente sus pensamientos.

—Pues debió habérmelo dicho. Solo he traído una muda.

—Igual que yo.

—¿No lava la ropa?

Jayant rio en voz alta.

—Si me diesen una libra cada vez que un europeo me pregunta eso... Esta

noche acamparemos, y mañana también. Así que no.

—No quería ser grosera. —Estaba segura de que la había entendido perfectamente, pero lo dejó pasar—. Entonces, ¿vamos a acampar? ¿Dónde?

—En el desierto. Pero no se preocupe, no estará sola: una doncella le hará compañía. Nos sigue junto con el resto de los criados.

—¿Qué hay de las tiendas?

—Está todo organizado. Algunos de los hombres se han adelantado para montarlas. Todos los años se celebra la feria Chandrabhaga de Jhalawar durante el mes hindú de *Kartik*. Jhalawar es un estado prácticamente inexplorado por los británicos, así que mi madre pensó

que le gustaría verlo.

—¿Cómo conseguiremos combustible para el coche?

Jayant despegó una mano del volante e indicó el paisaje con un gesto.

—Aquí y allá. Iremos haciendo paradas. Está todo organizado.

—¿Suelen viajar tan lejos para comprar camellos?

—Es usted muy perspicaz. No, solemos ir a Púshkar o a Nagaur.

—¿Entonces?

—Tengo asuntos de los que ocuparme. Durante la feria, los peregrinos se reúnen a orillas del Chandrabhaga, el río sagrado. También verá fuertes, palacios, la fauna local y un apacible lago, a orillas del cual tenemos un

palacio de verano que nos dejó un primo. Nos alojaremos allí cuando lleguemos. Y puede que le apetezca visitar la antigua ciudad de las campanas.

—No estoy aquí para hacer turismo, lo que quiero es fotografiar a la gente — le recordó, algo molesta—. Y además, es lo que me ha pedido el virrey. No unas cuantas fotos de aficionado. Vamos a crear un archivo fotográfico en Nueva Delhi. Clifford dice que se trata de comparar la vida en los estados principescos con la vida en la India británica.

—Para detrimento nuestro, sin duda. Eliza se puso a la defensiva.

—Se equivoca. En cualquier caso,

espero poder montar una pequeña exposición propia si encuentro patrocinadores.

—Pues ándese con cuidado. Sin duda Chatur pensará que es una espía. —Se echó a reír—. ¿Lo es?

Eliza sintió un hormigueo de rabia.

—Por supuesto que no. Pero ¿quién es Chatur?

—El diván. El gran jefe.

Eliza no contestó.

—En esta feria, se reúnen comerciantes de las lejanas regiones de Rajpután, Madhya Pradesh y Maharashtra. Podrá fotografiar a toda la gente que quiera.

—¿Y también a Indira?

—Sí, claro.

—¿Quiere hablarme de ella?

—Será mejor que la vea usted misma. Por cierto, retiro lo dicho sobre su pelo. A la luz del sol, es rojizo o tal vez dorado, no color camello.

—Miel —murmuró ella, pero no pudo resistirse a sonreír.

Pasaron junto a algunos poblados apiñados en torno al pozo central y, de vez en cuando, junto a pequeñas aldeas donde los campesinos cultivaban maíz, lentejas y mijo. Cuando empezaron a ver rebaños de cabras, ovejas y hasta camellos que pastaban las nutritivas hierbas, Jayant volvió a hablar. Señalando la tierra al otro lado de la ventanilla, dijo:

—Donde vea esas hierbas, que llaman

khimp o *akaro*, es que hay agua en el subsuelo. A veces los acuíferos son enormes. Pero pueden estar a más de cien metros de profundidad.

—Y perforar el suelo debe de ser caro.

Jayant asintió con la cabeza.

—Algunas mujeres caminan kilómetros todos los días, hasta los grandes depósitos y embalses de agua. Me interesa el tema del agua. Dependemos de los monzones para llenar los embalses, pero este año las lluvias han sido escasas, y el año anterior tampoco es que fueran muy abundantes. La vida puede ser dura. No se puede conquistar el desierto, solo se puede hacer todo lo posible para

protegerlo.

—Necesitaré agua para revelar las fotografías.

—Y puede que eso mismo sea su perdición.

Aquella noche, Eliza y el príncipe se sentaron con las piernas cruzadas en torno a una fogata con unos hombres de aspecto solemne que llevaban turbantes estampados de colores vivos. El aire era fresco pero no demasiado, con una ligera brisa que traía el olor a arena y a polvo y que acababa mezclándose con la fragancia de las especias que emanaba de la olla suspendida sobre el fuego. Le sorprendió que la hubiesen aceptado de tan buena gana, pero se dio cuenta de que solo lo hacían porque estaba con

Jayant. Cuando el príncipe le ofreció un gran vaso de leche, se fijó en que su piel relucía como el ámbar a la luz vacilante del fuego.

—Leche de camella —explicó—. Muy nutritiva, pero se corta rápidamente, así que bébasela en seguida. No se usa para hacer queso.

Tomó un sorbo de leche y se mostró de acuerdo: estaba buena.

—Pero ni se le ocurra beber *asha*.

—¿Qué es?

Jayant rio con ganas.

—Una potente bebida fermentada. La dejaría fuera de juego. Hablo por experiencia propia.

Uno de los hombres tocaba una especie de tambor, otro hacía tintinear

discretamente unas campanitas de oración y, mientras el humo de la fogata se elevaba en el cielo nocturno, Eliza quedó embriagada por el carácter totalmente atemporal de la escena. La joven criada que estaba sentada a su lado también compartiría su tienda, así que, aunque Eliza se notaba un tanto nerviosa por estar en el desierto con tantos hombres, no llegó a sentirse amenazada.

AL DÍA SIGUIENTE, después de una noche sorprendentemente fresca en la que durmió en uno de los dos *charpoys* o camas tejidas tradicionales, Eliza despertó al oír voces y, al abrir los ojos,

vio un amanecer plateado. Hizo unos estiramientos, decidida a disfrutar del momento, pero el aroma de la comida era demasiado tentador y, con un hambre canina, y viendo que la chica ya estaba levantada, se vistió sin siquiera pensar en lavar la ropa y salió de la tienda. En los pocos minutos que habían pasado, la luz había cambiado. La recibió una mañana de extraordinaria belleza, con el horizonte teñido de un rosa intenso que se iba difuminando hasta convertirse en un pálido tono melocotón, y sin una sola nube en el cielo. La delicada luz del alba proyectaba un suave resplandor sobre la llanura, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y la invadió una sensación de infinita amplitud. Vio

lo que supuso que sería la choza provisional de un cabrero, hecha de postes de madera y cubierta con una simple lona para que diese sombra. La improvisada vivienda estaba rodeada de docenas de cabras que mordisqueaban los arbustos pelados. Aunque la vida de nómada debía de tener sus ventajas, también debía de ser muy solitaria, pensó Eliza.

Se sorprendió gratamente cuando un sonriente príncipe Jayant le dio los buenos días, con los altivos ángulos del rostro más suavizados que los días anteriores. Extendió la mano para indicarle dónde iban a comer. Pero no solo le había cambiado la cara, sino que todo en él parecía distinto, y Eliza se

dio cuenta de que este nuevo hombre, mucho más relajado que el que conocía, había nacido para vivir en la naturaleza. Llevaba unos pantalones oscuros al estilo europeo con una camisa holgada de cuello abierto color verde oscuro. Más tarde le preguntaría si le importaba que le hiciese una foto.

Durante un abundante desayuno a base de *dal* y arroz que uno de los hombres había cocido sobre la fogata, Jayant rio y bromeó con los demás, sin andarse con ceremonias, y quedó claro que los hombres lo apreciaban. Eliza se fijó en las patas de gallo que la risa marcaba en torno a sus ojos y pensó que la barba que empezaba a asomarle en el mentón y la mandíbula le daba un aire más

accesible.

—¿Suele acampar a menudo? — preguntó.

—Siempre que puedo. Es mi válvula de escape.

—¿Así que hay algo de lo quiere escapar?

—¿No nos pasa a todos?

Eliza se dio cuenta de que tenía razón y de lo mucho que había cambiado desde el día anterior.

—No se anda con ceremonias. Pensé que daría importancia a esa clase de cosas, pero no es como los demás príncipes, ¿verdad?

Inclinó la cabeza.

—Puede que no, pero uno nunca olvida del todo de dónde viene.

—Por desgracia, tiene razón.

—Le recomiendo que visite Udaipur al comienzo de la temporada de lluvias. Es el mejor sitio para ver acercarse las nubes de tormenta. La llaman la ciudad de los lagos.

—Eso he oído.

—Puede que la acompañe a Udaipur a hacer fotos —dijo—. Es una de las ciudades más bellas de Rajpután.

Cuando llegaron a las estribaciones de la boscosa cordillera de Aravalli, Eliza se puso tensa al ver a los toros azules en libertad.

—No se preocupe, señorita Fraser —rio Jayant—. No se nos acercarán. Están acostumbrados a las caravanas de mercancías y personas, que han pasado

por esta región desde tiempos inmemoriales. Nuestras tierras forman parte de las antiguas rutas comerciales que cruzaban el desierto para traer todo tipo de productos desde tierras lejanas. A cambio, les vendíamos sándalo, cobre, camellos y piedras preciosas.

—Ojalá hubiera podido ver todo aquello.

—Eran tiempos peligrosos, en los que los estados estaban constantemente en guerra. Y la vida puede ser dura en el desierto.

Eliza vio una bandada de buitres posada sobre una peña. El príncipe sonrió.

—Ya ve a qué me refiero. En aquel entonces, si uno enfermaba, podía darse

por muerto.

—¡Vaya! Después de todo, puede que tenga suerte de estar aquí y ahora.

—Sin duda. Pero mire qué bonito es el paisaje. La cordillera se extiende a lo largo de kilómetros y kilómetros. La vegetación está compuesta básicamente de bosque espinoso tropical, algunas especies mixtas de hoja caduca y teca de clima seco, pero me preocupa que la región pueda deforestarse en un futuro.

—¿Es probable?

—Ya ha empezado.

Siguieron hablando de la vida en Rajpután y se fijó en que el príncipe parecía muy relajado. Estaba claro que amaba la tierra en la que había nacido y, a pesar de haberse educado en Gran

Bretaña, era evidente que este era su sitio. La tensión que había sentido al partir el día anterior se había disipado por completo y, al final del segundo día que pasó en compañía de Jayant, Eliza se fue a la cama contenta y satisfecha.

EL ÚLTIMO DÍA de viaje, cuando se acercaban a la feria, pasaron junto a un hombre con un enorme bigote daliniano y aspecto taciturno. Llevaba de la brida un camello que una mujer montaba de costado. La mujer lucía un vaporoso chal que ondeaba al viento, aunque sin dejar de cubrirle la cara y el pelo, y varios brazaletes tintineantes le adornaban los tobillos. Estrechaba

contra el costado a un niño pequeño con el pelo moreno de punta. Los vivos colores de su atuendo destacaban en agudo contraste frente al increíble azul del cielo.

—¿Le importa parar un momento? —dijo Eliza—. Tengo que hacer una foto. —Por desgracia, los colores no se apreciarían en las fotografías en blanco y negro.

—Primero, pida permiso al hombre —dijo Jayant, pisando el pedal de freno—. Me han dicho que habla nuestro idioma. Aunque no entiendo por qué.

—De pequeña viví en Delhi.

—No, espere —dijo, mientras Eliza abría la puerta del coche—. Será mejor que se lo pida yo. El dialecto de la

región es muy distinto.

El príncipe Jayant se bajó del coche y, tras una breve conversación con el otro hombre, durante la cual ambos sonrieron, le dio unas monedas y volvió al vehículo.

—Todo listo. —No le dio más explicaciones.

Eliza tomó la fotografía con su Rolleiflex y esperó haber captado la mirada atormentada del hombre. Siguieron adelante y pasaron junto a un lago, sobresaltando a unos enormes pájaros blancos con unos picos increíblemente largos. Mientras echaban a volar al unísono sobre la superficie del agua, contempló con admiración su inmensa envergadura y las bonitas

plumas negras que adornaban las puntas de sus alas.

—¡Es increíble!

—Son pelícanos —contestó Jayant—.

¿No los había visto nunca?

—¿Dónde? ¿En los montes Cotswolds? —bromeó, y vio que él sonreía.

—El nivel del agua está más bajo de lo que debería —dijo Jayant, observando la superficie del lago.

Cuando se acercaron a la feria, Eliza se quedó boquiabierta al ver centenares de camellos diseminados por la llanura. Había hombres sentados en pequeños grupos junto a humeantes fogatas, y cuando el príncipe detuvo el coche y abrió la puerta, el olor a humo y a

estiércol la abrumó. Había pensado que una británica llamaría la atención en aquel lugar, pero la feria estaba abarrotada y nadie se fijó en ella.

—No se acerque a los camellos por los cuartos traseros —advirtió Jayant con una sonrisa, apartándola con delicadeza hacia un lado—. Son criaturas asustadizas. Y gruñonas.

Al otro lado de un estrecho camino, vio algunas vacas, cabras y caballos.

—No sabía que se comerciase con ganado de todo tipo. ¿Cómo se las apañan los compradores para encontrar lo que quieren?

—Cada camello tiene distintas cualidades. Si uno sabe lo que busca, no es difícil.

—¿Y qué busca usted?

—Ah —dijo, torciendo el gesto, e hizo una pausa—. Puede que tarde toda una vida en entenderlo. Y otra vida en explicarlo.

Eliza lo observó. Este hombre de verdad tenía algo de filósofo. Cuando volvió a mirar los animales, vio que los había de todos los tamaños y colores y lo mencionó en voz alta.

—Igual que nosotros, ¿no le parece? Hay de todo: razas resistentes y animales más delicados. Pero busquemos a Indira.

Eliza procuró no alejarse del príncipe. Se preguntó cómo debía dirigirse a él. Hasta ahora se había empeñado en hablarle de usted y en

llamarla «señorita Fraser», y tanta formalidad la incomodaba. Por esa misma razón, había evitado referirse a él con un tratamiento concreto, pero ahora se decidió a preguntar.

—Llámeme Jay —respondió—. Es como me llama todo el mundo.

Eliza frunció el ceño.

—Bueno, no todo el mundo; pero usted puede.

—¿No es demasiado informal?

—No esperaba que fuese tan tradicional. Ciertamente, su forma de vestir no lo es. De hecho, casi da la impresión de que se viste con descuido.

La miró fijamente y Eliza se sorprendió al darse cuenta de que la indignaba que, de alguna manera,

hubiera intuido lo que sentía.

—Es un comentario un tanto...

—No muy británico, quiere decir; pero es que no soy británico, por mucho que Eton intentase convertirme en uno.

—¿Eso hicieron?

—¿Usted qué cree?

Eliza miró al suelo antes de levantar la cabeza, de pronto consciente de que las sombras del pasado podían acechar hasta en el día más soleado.

—Soy la señora Cavendish, por cierto. Solo que utilizo mi apellido de soltera, Fraser.

Jayant lanzó una mirada a su dedo anular.

Aunque la muerte de Oliver la había conmocionado, no había sido la pérdida

del amor verdadero. ¿Cómo iba a serlo, dadas las circunstancias? Pero la muerte de su padre había sido como una puñalada en el corazón; una herida tan profunda que no podía seguir viviendo. No podía comer. No podía dormir. Y durante varios meses, ni siquiera podía hablar. Y saber que había sido culpa suya la había dejado a merced de terribles pesadillas.

—Soy viuda —explicó.

Jayant enarcó las cejas.

—No tenía intención de ocultarlo. Pero no había salido el tema.

—Creo que lo mejor será que quede entre nosotros dos. La gente sigue creyendo que las viudas traen mala suerte, y esta clase de rumores se

extiende como la pólvora.

—Preferiría decírselo a Laxmi. Se ha portado muy bien conmigo y no quiero que se entere más adelante y piense que vine hasta aquí con engaños.

Él negó con la cabeza.

—La gente cree que una mujer que sobrevive a su marido no lo cuidó como es debido en vida y que la persigue el mal karma.

—Como si no me sintiese lo bastante mal.

—Se espera de las viudas que hagan penitencia por el pecado cometido, que solo coman arroz blanco y que no vuelvan a casarse nunca, aunque la legislación actual permite casarse en segundas nupcias. Es una mentalidad

totalmente anticuada, lo sé, pero podría hacerle la vida difícil. También esperarían que vistiese de blanco y se afeitase la cabeza. —Al terminar la enumeración, le sonrió.

—Creía que esas creencias estaban desapareciendo.

Jayant inclinó la cabeza y se encogió de hombros, como para refutar lo que había dicho Eliza.

—Y aunque los británicos abolieron e ilegalizaron el *satí*, todavía se da. Es difícil deshacerse de las antiguas costumbres, señorita... quiero decir señora Cavendish.

—Creo que será mejor que simplemente me llames Eliza.

Mientras asentía con la cabeza, una

chica joven pasó rozándole el brazo a Eliza y se acercó corriendo a Jay. Cuando lo tuvo delante, hizo una exagerada reverencia y se echó a reír. Era muy menuda y, al principio, Eliza pensó que debía de ser una niña, tal vez una pariente de Jayant; pero entonces le vio la cara: aunque de un cutis más claro que el de Jay, era un rostro de una belleza tan extraordinaria que Eliza no pudo evitar quedarse mirándola. La larga melena, que llevaba recogida en una descuidada trenza, le llegaba hasta la cintura y tenía los ojos de un verde de lo más llamativo, de un tono similar a los ojos verdosos grisáceos de Eliza, pero rodeados de un borde más oscuro. Y sin embargo, mientras que Eliza tenía

los ojos dulces y discretos de una inglesa, del color de los estanques de su tierra, la chica tenía dos esmeraldas por iris, dos gemas que relucían y reflejaban la luz mientras la joven reía y hablaba animadamente. Y con alegría, pensó Eliza. Alegría y vitalidad en estado puro. Llevaba un pendiente en la nariz y estaba cubierta de brazaletes y collares. Al cabo de unos instantes, Jay la cogió de la mano y se acercó a Eliza con una amplia sonrisa.

—Indira —dijo—. Esta es Eliza, o la señorita Fraser para ti. Eliza, esta es Indira.

—*Namaskār* —dijo la chica, juntando las palmas de las manos frente al pecho. Jay la interrumpió.

—La educaron en el palacio y habla bien inglés, Eliza; no te dejes engañar.

AL CAER LA tarde, Jay los llevó en coche al palacio de verano a orillas del lago. Resultó no ser tan lujoso como esperaba Eliza, pues se encontraba en bastante mal estado, con paredes desconchadas en el interior y muros desmoronados en el exterior. Jay le dijo que tenía un palacio en un estado similar en el principado de Juraipur y que se estaba planteando mandarlo restaurar para cuando tuviese su propia familia.

—Se llama Shubharambh Bagh.

Eliza sabía que *bagh* significaba «casa con jardín y huerto», en concreto

un huerto de árboles frutales, y que *shubharambh* hacía referencia a un comienzo lleno de buenos auspicios.

—Restaurado, podría ser precioso — continuó—. Aunque nos resultaría útil que lo fotografiase tal y como está.

Ella asintió con la cabeza.

Mientras Jay le mostraba los polvorientos pasillos predominantemente pintados de azul y rematados por arcos, contempló con verdadero asombro las celosías exquisitamente trabajadas y decoradas con un elegante diseño de esbeltos jarrones coronados por abundante follaje.

—A las celosías las llamamos *jali* — explicó Jay—. Estas eran las

dependencias de las mujeres. Las celosías caladas les permitían observar el exterior sin ser vistas.

Lo primero que pensó Eliza fue que, lejos de contentarse con vivir tras una celosía, Indira parecía deseosa de llevar la iniciativa. Se fijó en que de vez en cuando le ponía una mano posesiva en el brazo a Jay. Indira no tenía nada de recatada, decidió. ¿Estaría indicándole que conocía a Jay desde hacía tiempo y tenía ciertos derechos sobre él? Ciertamente, no le avergonzaba tocarlo a menudo, y Eliza se preguntó si serían amantes, o si Indira sería una especie de concubina. ¿O tal vez solo se comportaban como si fuesen hermanos? Entonces recordó que Laxmi había dicho

que Indira era miniaturista y una artista de gran talento.

—Rara vez nos alejamos del palacio —dijo Jay—. Así que voy a reunirme con un posible comprador para recaudar fondos mientras estemos en la ciudad. En nombre de mi hermano. No le gusta viajar.

—Por lo visto, tienes palacios por todas partes.

—Son de mi familia. Yo solo tengo uno. Te encantará la galería abovedada, aunque puede que exagere; quizá debería llamarla porche. Todos los suelos son de mármol blanco, aunque por desgracia están muy dañados. —Suspiró—. Habría que restaurar el palacio entero.

—Por lo que dices, debe de ser

precioso.

—Necesito luz, aire y espacio para respirar, todo lo que me falta en nuestro castillo familiar, con su laberinto de pasillos y oscuras escaleras. En ese punto, estoy totalmente de acuerdo con los británicos.

En la azotea, alguien había dispuesto unos grandes almohadones rodeados de antorchas encendidas y, en uno de los laterales, un biombo decorado con diáfanas cortinas. Cuando los tres se pusieron cómodos, dos criadas jóvenes les llevaron todo un festín a base de frutas, *dal*, arroz y carnes. Bajo el cielo estrellado, los perfumes nocturnos que traía la brisa se mezclaban con el olor de la comida y el de sus cálidos

cuerpos. Conmovida por una inquietante sensación de magia que no debía tener cabida en el mundo real, Eliza alzó los ojos al cielo. Si es que era posible, la noche brillaba más que el día, y el leve soplo de la brisa hizo revolotear las cortinas frente al biombo. Temiendo que acabaría queriendo quedarse allí para siempre, se obligó a recordarse que no estaba allí para dejarse seducir por el embrujo de la India, sino para retratarlo, y que el romanticismo del desierto podía quedar eclipsado en cualquier momento por una violenta tormenta de arena; que podía convertirse en un erial de muerte en un abrir y cerrar de ojos. Y aunque el pulso de la vida latía con fuerza, cuando se convivía tan de cerca con la muerte,

no era de extrañar que uno quisiese creer, como creían los hindúes, que la vida es solo una etapa del viaje que nos lleva a unirnos con el universo. En aquel momento, Indira empezó a cantar una triste y poética canción que conmovió profundamente a Eliza, y no pudo evitar sentir una envidia cada vez mayor por los muchos talentos de la chica.

—**S**IENTO NO HABER podido saludarla en el partido de polo, pero me alegro de conocerla —dijo la mujer alta y morena mientras le tendía la mano, con los vivos ojos azules brillantes de placer—. En cualquier caso, me llamo Dottie. Dottie Hopkins.

Eliza había llegado al cóctel, más bien una pequeña reunión de británicos, que se celebraba en la villa de Clifford, en el barrio más distinguido de la ciudad. Como esperaba, el interior de la

casa era elegante y luminoso. Las grandes puertas de cristal que daban a la terraza estaban abiertas y el olor a hierba recién cortaba entraba desde el jardín y se mezclaba con el humo de los puros. De no haber sido por el calor, podría haber estado en una casa de campo británica un día de verano.

—Su marido hizo un buen trabajo con esa pobre mujer —dijo Eliza.

—Sí, la verdad es que fue horrible. Tuvo una suerte increíble de que no le pasara algo peor. ¿Usted se quedó hasta el final?

—Sí, pero como Clifford tuvo que salir con prisas al terminar el partido, yo también me fui.

—Supongo que tendría que investigar

si hubo juego sucio. Mi marido me dijo que lo sospechaba. Aunque ahora está todo olvidado. Creen que tuvo algo que ver con los hinchas británicos. Fuera como fuese, Clifford no querrá armar demasiado revuelo si resulta que fue uno de los nuestros.

Eliza pensó en lo que le había parecido ver. Seguramente no fue nada, pero procuraría mantener los ojos bien abiertos cuando estuviese en el castillo.

—Espero que seamos grandes amigas. Somos prácticamente vecinas. —Dottie sonrió—. Así que ya sabe dónde acudir si... bueno...

—Claro —dijo Eliza, devolviéndole la sonrisa. La mujer tendría cerca de cuarenta años, una mirada amable y un

apretón de manos firme.

—Clifford nos ha hablado mucho de usted.

—¿Ah, sí? —exclamó Eliza, sorprendida.

—La admiro. Me aterrorizaría viajar sola, como hace usted. Ni siquiera sabía que las mujeres podían ser fotógrafas. ¿Cómo entró en la profesión?

Eliza sonrió.

—Mi difunto esposo Oliver y yo estábamos de luna de miel en París cuando decidimos ir a dos o tres exposiciones.

—Mi más sincero pésame.

—Gracias... Una de las exposiciones era de fotografía. Cuando oí a una fotógrafa hablar de su trabajo, de pronto

todo encajó, y cuando Oliver me vio tan entusiasmada, me compró mi primera cámara como regalo de boda. La verdad es que se lo debo a él, aunque todavía tengo mucho que aprender. En fin, espero tomar buenas fotografías en la India.

Dottie sonrió.

—Estoy segura de que lo conseguirá.

Eliza no dijo nada, pero asintió discretamente, agradeciendo el comentario de Dottie.

—Bueno, es una valiente. Lo noto. ¿Cómo es? Me muero de ganas por saberlo.

—¿Se refiere al castillo?

—No llevamos tanto tiempo viviendo aquí, pero ya he estado en palacio, por

supuesto, aunque solo de visita. Suelen invitarnos cuando se celebra un *darbar* o algo así. Vivir allí debe de ser absolutamente fascinante.

—No he visto lo suficiente para poder decirle gran cosa. Hasta ahora, me han tratado con amabilidad.

—Bueno, ya sabe que Clifford haría cualquier cosa por usted. Es un encanto. Nos ayudó muchísimo a Julian y a mí cuando llegamos... a encontrar criados y esa clase de cosas. —Hizo una pausa y torció el gesto—. ¿Ya conoce a la maharaní?

—¿Se refiere a la esposa del príncipe?

Dottie asintió con la cabeza.

—A Priya.

—Todavía no.

—He oído toda clase de chismorreos sobre ella, y si los rumores son ciertos, será mejor que se ande con cuidado. Y también con ese tal Chatur. Según tengo entendido, lleva todos los asuntos del castillo.

—¿Ah, sí? —Eliza recordó que Jayant lo había mencionado.

—Clifford lo hace fenomenal y, en mi opinión, tiene más paciencia que un santo, pero el tal Chatur no hace más que darle problemas. Es de lo más testarudo. Se niega a cumplir órdenes. Ya sabe cómo es esa clase de hombres. Odia a los británicos.

Se acercaron a la ventana, donde habían dispuesto una mesa con canapés

y jarras de ponche en las que flotaba abundante fruta. Dottie sirvió dos copas y le ofreció un plato de canapés.

—¿Le gustan los de camarones?

Eliza inclinó ligeramente la cabeza para mirarlos.

—No están mal. Son de lata, por supuesto. Estamos demasiado lejos del mar para traerlos frescos. A veces le ofrecerán carne de cordero, pero, por supuesto, en realidad es de cabra. Le aconsejo que se limite a la comida vegetariana en el castillo. Mi marido ha tenido que lidiar con cantidad de estómagos británicos revueltos a lo largo de los años, así que sé de qué le hablo.

—Gracias, pero, si no le importa,

creo que dejaré los camarones para otro día —dijo Eliza, mientras se giraba para examinar la habitación, donde vio a un hombre robusto con un pulcro bigotito que les sonreía.

Dottie dio una palmada.

—Oh, mire, ahí está Julian. Se lo presentaré dentro de un momento. Él y Clifford son buenos amigos, y como me da la impresión de que Clifford la estima mucho, creo que la veremos a menudo por aquí.

Eliza frunció el ceño.

—¿En serio? Clifford me conoció cuando era pequeña, pero hacía años que no lo veía. Al menos, hasta que llegué a la India.

Dottie sonrió.

—Bueno, en cualquier caso, ahora que sabe dónde encontrarnos, no dude en pasarse por casa. Cuando quiera.

—Es muy amable por su parte. — Eliza se lo agradeció sinceramente. ¿Quién sabe? Puede que de vez en cuando necesítase escapar a un mundo familiar que más o menos comprendiese.

—Los hombres suelen sacar una mesa para jugar al póker —dijo Dottie, y volvió a sonreír, casi como pidiéndole disculpas—. Bueno, me aburro como una ostra, así que la recibiría con los brazos abiertos. Hay muy pocas mujeres inglesas por aquí.

—Tenía pensado meterme de lleno en el mundo indio.

—Pero necesitará hacer alguna que

otra pausa. Ya lo verá. Y ahora, venga: le presentaré a Julian. Estoy segura de que se llevarán de maravilla.

AL DÍA SIGUIENTE del cóctel, Eliza reveló sus primeras fotografías y quedó encantada con los resultados, sobre todo con la primera instantánea del hombre con expresión taciturna y el niño con el pelo negro de punta. El hombre, con su aire digno y, al mismo tiempo, melancólico, tenía algo de eterno. Le fascinaba el poder de la fotografía, que era capaz de contar una historia completa y preservarla en un solo instante. Esperaba poder tomar más fotografías que le inspirase el corazón y

no solo la cabeza, y estaba deseando salir del castillo para captar el misterio que encerraba la gente corriente.

Había recibido un mensaje manuscrito de Chatur, al que aún no conocía, en el que le informaba de que las primeras fotografías debían ser de la familia real, ya que lo contrario se consideraría una falta de respeto. Era lo que pensaba hacer de todos modos, de manera que no le importó. Así dejaría claro quiénes eran las personas importantes de la familia antes de probar a retratar los recovecos más íntimos del castillo. Y aunque seguramente a Clifford solo le importaría que lo captase todo para el archivo fotográfico, Eliza decidió emplear toda su creatividad.

Un cortesano vestido de blanco con un turbante rojo la guio hasta un amplio patio rodeado en tres de sus lados por los balcones velados por celosías del *zenana*. Aunque las mujeres del *zenana* ya no estaban obligadas a llevar velo, muchas seguían viviendo tras las celosías, y una oleada de desconfianza atravesó su cuerpo cuando se dio cuenta de que todo lo que hacía estaba siendo observado.

Se le acercó un hombre alto y erguido con un impresionante bigote, unas pobladas cejas sin recortar y marcadas bolsas y ojeras bajo los ojos. Eliza habría jurado que era el mismo hombre alto al que había visto reírse en el partido de polo tras el accidente del

príncipe. Se preguntó si debía mencionárselo a Clifford, pero, pensando que seguramente le estaba buscado tres pies al gato, no quiso quedar como una ingenua.

—Soy Chatur, el diván, alto funcionario de la corte —se presentó en tono de voz altivo. No esperó a que Eliza respondiese ni le tendiese la mano, sino que continuó imperiosamente—. Soy el que tiene la última palabra sobre todo lo que se hace y deshace en el castillo. Yo lo organizo todo. ¿Entiende? Cualquier cosa que quiera hacer, deberá consultármela.

A pesar de ser plebeyo, el hombre tenía el porte severo de un rey, y era obvio que se tenía en muy alta estima,

pensó Eliza. Le sostuvo la mirada, aunque no fue fácil, y se obligó a no encogerse ante algo sombrío que percibió en sus ojos oscuros. Dottie ya le había dicho que tenía cierta reputación, y la actitud con la que la recibió parecía corroborarlo. Le dio la impresión de que estaba analizándola, aunque no sabía si lo hacía por un motivo concreto o no.

—Si sigue mis directrices, verá que puedo serle muy útil, señorita Fraser. Si no, bueno... —Se encogió de hombros y extendió las manos.

—Entiendo —contestó, decidiendo que someterse al diván era la mejor táctica, al menos por el momento.

—Vamos a vernos mucho —dijo,

dedicándole algo parecido a una media sonrisa—. Y espero que se esfuerce por procurar que sea una relación armoniosa. No nos gusta que los desconocidos metan las narices en los asuntos del castillo.

—Le aseguro que no pienso meter las narices en nada, por utilizar su expresión. Estoy aquí para hacer fotografías.

—Eso dice usted, señorita Fraser. Eso dice usted. No pienso quitarle los ojos de encima. —Y, dicho esto, el diván dio media vuelta y se fue.

Esta breve conversación no ayudó a aplacar los nervios de Eliza, pero decidió no darle más vueltas.

Había pensado en varios lugares

donde la luz sería perfecta, pero le habían dicho que estos eran el único momento y lugar en los que se le permitiría trabajar, y solo le habían dado media hora para hacer las fotos. También se había planteado cuál sería el fondo ideal, y prefería algo sencillo para que el ojo se centrara en el tema de la fotografía: la gente. Pero descubrió que Chatur había vetado la mayoría de sus ideas, tildándolas de «sumamente inadecuadas», así que tendría que tomar las fotografías frente a un muro profusamente decorado, lo que requeriría mucha atención y trabajo por su parte.

En cuanto dio con la posición perfecta para la cámara, empezó a montar el

equipo. Hoy utilizaría su cámara de gran angular, una Sanderson modelo «Regular». Aunque no era grande comparada con muchas cámaras de placas, Eliza la había traído por ser una buena solución intermedia al proporcionarle la calidad de imagen que buscaba a pesar de ser relativamente ligera. Además, siempre llevaba su fiel Rolleiflex de mano para cuando se presentase una ocasión imprevista. Por suerte, la función de subida y bajada de la Sanderson, con solo inclinar la placa frontal, le permitía controlar la perspectiva y el plano de enfoque que necesitaba para que destacasen los sujetos de la instantánea.

Se tardaba bastante en instalar, ya que

requería un pesado trípode de caoba y latón y, dependiendo de la foto, el uso de polvo de magnesio para iluminarla con una brillante ráfaga de luz. Colocó su lámpara de flash marca Agfa sobre un segundo trípode y conectó el disparador remoto, que consistía en un largo tubo de goma con una perilla del mismo material que apretaría para tomar la instantánea. Esa leve presión activaría el mecanismo que arrancaría la chispa del pedernal para prender el polvo de flash. Eliza caminó por el patio, examinando cada detalle para decidir qué cantidad de polvo de magnesio necesitaría. Puede que solo tuviera tiempo de hacer tres o cuatro fotografías, o en cualquier caso no más de seis; así que decidió mezclar

el polvo de flash por adelantado para ahorrar tiempo, en vez de prepararlo para cada disparo. Pero esta opción tenía sus peligros, ya que, una vez mezclado, podía salir ardiendo inesperadamente. La combinación de polvo de magnesio y clorato de potasio ya le había chamuscado el pelo más de una vez, pero si colocaba a los modelos bajo la copa del árbol, el flash iluminaría las sombras.

Cuando terminó, como si les hubiesen hecho una señal (lo que no hizo más que confirmar su sensación de que la observaban en todo momento), salieron cuatro criados que portaban algo parecido a un trono. Había oído hablar de estos suntuosos asientos acolchados.

Era un vistoso *gaddi* escarlata y oro, de un gusto completamente opuesto al de Eliza. No pudo evitar pensar que, si el asiento reflejaba la personalidad del maharajá, Jayant y su hermano Anish debían de ser como el día y la noche. Señaló un lugar bajo la copa del árbol y los criados dejaron el trono en el suelo, junto a otros asientos. Otro criado salió a esparcir pétalos de rosa por el lugar elegido.

Oyó el dulce silbido de una flauta, seguido por un pesado redoble de tambor, y recordó haber escuchado que en la mitología india el ritmo del tambor da forma a la creación. A continuación oyó el crujido de la seda y vio a la familia real entrar en el patio por un

arco hábilmente camuflado en la pared de la planta baja. Eliza no pudo evitar sentirse abrumada por su grandeza al verlos avanzar con aire solemne, y esto no hizo más que acrecentar su nerviosismo. El maharajá se sentó y, solo entonces, pareció reparar en la presencia de Eliza.

Anish, el maharajá, era un hombre corpulento que no dejaba de meter los dedos rechonchos en una caja de delicias turcas que su esposa Priya, de cara avinagrada, tenía abierta en el regazo, haciendo volar una nube de polvo de azúcar cada vez que se metía una pieza tras otra en la boca. Tenía los ojos enrojecidos, y Eliza se preguntó si, además de glotón, sería bebedor. Su

madre decía que los excesos que cometían los príncipes indios se debían a la práctica atroz de la poligamia. Su madre detestaba la poligamia con toda su alma.

Tanto Priya como su esposo llevaban numerosos anillos y cantidad de joyas adornaban sus ropas. Por una vez, Eliza se alegró de no poder plasmar la escena en color. Si el *gaddi* le había parecido ostentoso, estos dos lo eran cien veces más. Priya, que debía de tener treinta y muchos o cuarenta y pocos, no era una mujer guapa en un sentido tradicional: la expresión de su rostro era severa, sin rastro de una sonrisa; pero, con sus ojos hundidos y su nariz ligeramente aguileña, no pasaba desapercibida.

Llevaba una blusa, una falda bordada o *ghagra* de color dorado y rojo con un mantón de seda a juego que le cubría el cabello, una gargantilla de relucientes rubíes al cuello y en el antebrazo varias *punchís*, pesadas pulseras de plata y oro.

Eliza miró a su izquierda cuando Jayant entró en el patio con un hombre más bajo, de hombros anchos, pelo negro y cejas pobladas. Jay, que llevaba una ajustada túnica de satén negro con delicados bordados de oro y cuello Mao, que le llegaba hasta las rodillas, y unos pantalones negros a juego, también lucía sus mejores galas, pero su estilo era más discreto. Era la primera vez que lo veía con turbante, pero lo que más la

sorprendió fue el aspecto tan digno y elegante que podía tener este hombre «de la naturaleza». Cuando Jay le sonrió, se dio cuenta de que se había quedado mirándolo y, avergonzada de que la hubiese pillado, se volvió para manipular la cámara. Se giró al oír unos pasos a sus espaldas. Indira había entrado por otro arco camuflado y se colocó junto a Eliza.

—Me han ordenado que la ayude si lo necesita —dijo—. *¿Theek hai?*

—Sí, de acuerdo —contestó Eliza.

Pero la que tenía delante era una Indi completamente distinta: hoy, sin su entusiasmo habitual y con los ojos bajos, su comportamiento era mucho más cauteloso. Por la expresión del rostro de

la maharani, parecía evidente que la razón era la presencia de la reina. Priya no saludó a la chica al llegar, sino que le dedicó una mirada de pena y le dio la espalda intencionadamente. Mientras Eliza se preguntaba quién sería el otro hombre, los últimos miembros (Laxmi, la madre de Jay, y las tres hijas del maharajá) se unieron al grupo. El hermano menor de Jay estaba escolarizado en Inglaterra y no iba a unirse a ellos.

Eliza les pidió que se acercasen más de lo que parecía apetecerles, mientras que la amiga del príncipe permanecía fuera de la foto. Priya suspiró varias veces y se levantó transcurridos solo pocos minutos. Dándole la espalda a

Eliza, se dirigió a Laxmi.

—La inglesa ya habrá terminado, ¿no? Tengo que ir a hacer mis oraciones.

—Querrás decir la señorita Fraser —respondió Laxmi, en tono amable—. Acordamos que es libre de hacer lo que desee.

—¡Lo acordarías tú!

—No discutamos en un día tan bonito —medió el maharajá—. Con este cielo azul, este aire fresco y rodeados del canto de los pájaros. Puede hacer lo que desee, pero por supuesto... —sonrió a Priya— dentro de lo razonable, querida.

Priya dedicó a su marido una mirada ofendida y frunció el labio en una mueca de desprecio.

—Como siempre, te pones de parte de

tu madre.

Anish frunció el ceño.

—Estoy seguro de que la señorita Fraser no tardará mucho más.

Eliza se tragó los nervios. Eran un grupo de lo más complicado.

—Ya queda poco. Si no le importa volver a tomar asiento, princesa, me daré prisa.

Se dio cuenta de que, durante los pocos minutos que había durado, Jayant había ignorado por completo la discusión, limitándose a silbar por lo bajo. Esperó con aire indiferente, enmarcado por los rayos del sol, aparentemente sin una sola preocupación en el mundo. Pero empezaba a quedar claro que había divisiones en la familia

y las contradicciones que provocaban. Eliza no podía permitirse hacer enemigos ahora que se había endeudado hasta las cejas para comprar el equipamiento fotográfico. Progresaba sin prisa pero sin pausa, ya que había que cambiar la placa para cada nueva fotografía. Aunque titubeó más de lo habitual, con una sensación de inmenso alivio, terminó el trabajo sin que se atascase nada. Fue una pequeña victoria, ya que, de lo contrario, habría tenido que retirarse a una habitación en completa oscuridad para tratar de solucionarlo, lo que habría retrasado la sesión de fotos. Prefería usar la Rolleiflex al aire libre y para fotografías más desenfocadas, pero la de hoy era

una ocasión formal. Era la clase de retratos a la que estaba acostumbrada la familia real y no había querido asustarlos el primer día tomando las fotografías informales que de verdad deseaba y que le habían pedido específicamente que plasmase. Clifford le había dicho desde el principio que su trabajo debía reflejar lo más fielmente posible la vida real en Rajpután y no estar dictado por la preferencia de la familia real por los retratos formales y serios.

Mientras la familia se alejaba, Jay se llevó a Anish a un lado. Eliza se dio cuenta de que estaban en desacuerdo sobre algo. Oyó mencionar varias veces el nombre de Chatur y, observándolos

por el rabillo del ojo mientras desmontaba el equipo, se dio cuenta de que Jay estaba furioso. En un momento dado, le puso una mano en el brazo a su hermano y pareció apretárselo con fuerza. Anish se zafó de la mano de Jay y se dirigió a él en voz alta.

—No te entrometas. Cómo lleve Chatur los asuntos del castillo es cosa mía, no tuya.

—Le das demasiado poder.

En aquel momento, Eliza movió el trípode y los hermanos se fijaron en ella y bajaron la voz, pero le quedó claro que Jay no estaba de acuerdo con Chatur.

Entonces Anish se marchó y Jay se quedó quieto unos instantes antes de

cruzar el patio y dirigirse a ella en tono de voz normal.

—No está mal. De hecho, me ha dejado impresionado —admitió.

—Todavía no ha visto las fotos —le recordó ella, irritada por su tono de voz testarudo.

—Es usted toda una profesional.

—¿Acaso esperaba otra cosa?

—Bueno, al enviar a una mujer fotógrafa... —Hizo una pausa, la miró con atención y volvió a hablar en tono más amable—. Quiero decir que no es lo corriente, ¿no? Y no estamos acostumbrados a ver a una mujer de cierta clase haciendo un trabajo duro.

—¿Una mujer de cierta clase? —dijo, parpadeando. Jayant asintió con la

cabeza—. Incluso en Inglaterra, soy una cosa rara, pero quiero labrarme fama como fotógrafa —dijo Eliza, pensando en lo mucho que valoraría que publicasen su trabajo—. Y nada ni nadie me lo impedirá.

—Puede que su deseo de ser famosa sea su perdición.

—Eso y mi gusto por el agua, supongo.

El príncipe esbozó una sonrisa.

—¿Cree que hago mal en intentarlo?

—Tiene que haber un equilibrio. Hay que filtrar lo importante de lo que no lo es.

—¿Y usted lo ha conseguido?

Jayant apartó la mirada.

—Yo no diría tanto. Por cierto, este

es mi viejo amigo Devdan. Dev, para abreviar. Nos conocimos en una feria de camellos cuando éramos niños. Siempre que puedo, me gusta salir de incógnito. Me da sensación de libertad.

—Por no mencionar que, si los comerciantes no saben quién es, le hacen un mejor precio. Cuando nos conocimos, no tenía ni idea de quién era —dijo el hombre bajito, con una amplia sonrisa—. En fin, todo un regalo de los dioses, ese soy yo, o al menos es lo que significa mi nombre.

—Todo un agitador, mejor dicho. — Jay le dio una palmada en la espalda, echándose a reír.

—Estoy aquí para practicar la cetrería, cazar antílopes y organizar

carreras de camellos con mi amigo el *rajput*. El honor por encima de todo, así son los *rajputs*, ¿verdad, Jay?

Jay sonrió, pero Eliza se fijó en que sus ojos color ámbar se habían oscurecido. Su aire pensativo parecía ocultar algo, y empezó a sospechar que, bajo su aparente confianza, se escondía cierta inseguridad. Esperó a que hablara, con la mirada fija en los bulliciosos monos que jugaban entre las ramas de los naranjos.

—En efecto. ¡Qué tiempos aquellos! Los guerreros preferían morir a darse por vencidos —dijo por fin, y, tras una pausa un tanto incómoda, añadió—: Antes de que nos volviéramos tan tímidos.

—¡Tímidos! No me parece nada tímido —dijo Eliza.

—Ah, pero en tiempos fuimos feroces —intervino Dev, y, al ver la expresión de su rostro, Eliza no tuvo problema en creerlo. De hecho, aunque era más bajo que Jay, y a pesar de su aparente frivolidad, algo le dijo que no debía subestimar a este hombre. Aunque se había mostrado de lo más amable, más de una vez Eliza lo sorprendió mirándola con desconfianza, lo cual la incomodó. Puede que solo fuese curiosidad, pero, en cualquier caso, le resultaba difícil mirarle a los ojos. Tenía una mirada profunda y difícil de leer. No parecía en absoluto la clase de hombre que podría ser amigo de Jay.

—Habla de equilibrio —dijo Eliza, volviéndose hacia Jay—. Pero ¿qué hay del trabajo? Si su antiguo papel de guerrero ya no es necesario, ¿por qué no busca algo útil que hacer?

—Escúchala, Jay, piensa que las carreras de camellos no son útiles.

Dev se rio de su propio comentario y, aliviada de que el ambiente ya no fuese tan tenso, Eliza sonrió.

—Puede que tenga razón —admitió Jay.

—¿Cómo empezó a interesarse por la fotografía? —preguntó Devdan.

—Mi marido me compró mi primera cámara cuando estábamos de luna de miel. —Lo dijo sin pensar e, inmediatamente, miró a Jayant.

—Debe de echarlo de menos —fue lo único que dijo Dev.

El sentimiento de culpa por la muerte de Oliver le formó un nudo en el estómago. Sintió que se quedaba sin aire y los ojos amenazaron con llenársele de lágrimas. Pero entonces, como siempre, controló sus emociones y respondió con un seco asentimiento de cabeza.

—En concreto, ¿qué fue lo que la intrigó de la fotografía?

—Me pareció de lo más emocionante —sonrió—. Vi las obras de Man Ray. Son muy experimentales, trabajó con artistas surrealistas como Marcel Duchamp. Y entonces, cuando lo probé yo misma, me di cuenta de que veía las cosas de forma distinta a través de la

lente. Aprendí a centrarme en lo inesperado. Era como ver el mundo con ojos nuevos. Por supuesto, mi marido no imaginaba que se convertiría en mi carrera.

Se hizo una breve pausa.

—Hasta después de su muerte, no tuve los fondos suficientes para comprar más equipamiento y pagarme unas clases de fotografía.

—Lo siento, no lo sabía —dijo Devdan.

—Y ahora... —Eliza miró hacia abajo—. Es toda mi vida. Para mí la fotografía no plasma solo lo que veo, sino lo que siento.

Pero a su respuesta le había faltado la fuerza y la pasión que de verdad sentía.

No le dijo que solo podía expresarse tal y como era a través de la lente de su cámara, ni que la fotografía se había convertido en su consuelo. No le dijo que creía que tener éxito en su carrera podría mitigar la culpa que sentía. Quería hacer que su padre estuviera orgulloso de ella y creía que, si trabajaba con todas sus fuerzas, podría superar su dolor. Pero lo cierto era que hubiera preferido morir a acabar como su madre, aunque eso significase que el precio a pagar por dedicarse a su carrera fuese toda una vida de soledad. Y de una cosa estaba segura: jamás volvería a renunciar a la mujer que era por sentirse menos sola, ni se avergonzaría de insistir en tener una voz

propia.

—Hoy tiene un aspecto muy distinto —le dijo a Jay, dejando a un lado sus pensamientos y señalando su túnica.

—Ah, esto. Se llama *achkan*. Es de origen mogol.

Alzó la vista hacia las celosías o *jalis*, como encajes tallados en mármol, y volvió a experimentar la sensación de que la observaban.

ELIZA PASÓ LA mayor parte del resto del día en el cuarto oscuro. Las placas fotográficas no reveladas se deteriorarían rápidamente en el calor de Rajpután, así que su plan era revelarlas en cuanto las hiciese. Pero no contaba

con el calor extremo de la tarde, que intensificaba la atmósfera asfixiante de un cuarto oscuro cerrado y sin ventilación, sobre todo al tener que llevar guantes de nitrilo y mascarilla. El líquido de revelado era una mezcla de sustancias químicas, las más tóxicas de las cuales eran los relucientes cristales blancos de ácido pirogálico, la razón principal por la que había insistido en ser la única que tuviese la llave del cuarto oscuro. Con solo ingerir un poco de ácido pirogálico, o si este entraba en contacto con la piel, se sufrirían desagradables efectos secundarios. Pero a Eliza le encantaba trabajar sola en el revelado, y aunque el olor penetrante y avinagrado de los productos químicos le

daba dolores de cabeza, siguió adelante y terminó con una serie de copias por contacto. Se las enseñaría a Clifford, que esperaba que le diese permiso para enviarlas a Delhi junto con las placas originales para la impresión definitiva. Eliza incluiría, además, unas instrucciones y notas manuscritas sobre el tratamiento y el tamaño deseados.

SORPRENDIDA AL OÍR que llamaban a su puerta, Eliza alzó la voz y le pidió a quienquiera que fuese que esperase porque no tardaría mucho. Pensó que debía de ser un criado con algún tentempié, pero al abrir la puerta vio a Indira apoyada contra la pared de enfrente.

—¿Te apetece ver mi trabajo? —dijo la chica, con la mirada viva y el mismo entusiasmo de antes. Por lo visto, volvía a ser la de siempre—. Las dos somos

artistas, si se puede llamar arte a la fotografía.

Eliza asintió educadamente.

—Lo único que importa es que las imágenes consigan que la gente quiera mirarlas.

Tenía muchas ganas de ver las obras de Indi, aunque, si se lo hubiesen preguntado, seguramente habría dicho que sentía más curiosidad por la propia chica. La rodeaba un halo de misterio. Había algo que no cuadraba. ¿Quién era? ¿De dónde había salido esta joven que parecía disfrutar de total libertad en el castillo, con pocas de sus limitaciones? Y, en el fondo de su mente, Eliza no dejaba de preguntarse qué clase de relación tendría esta chica menuda y

esbelta con Jayant.

El vaporoso chal de Indi flotaba conforme avanzaba con elegancia y fluidez por los laberínticos corredores y estrechas salas del palacio, mientras que a Eliza le costaba respirar con normalidad. La sensación de opresión se veía acentuada por los pasajes oscuros y claustrofóbicos, los recovecos sombríos y las incontables y estrechas escaleras. Había celosías o *jalis* por todas partes y, después de perderse en dos ocasiones, resultaba fácil entender por qué los británicos habían descrito estos palacios como plagados de intrigas y chismorreos.

Pronto llegaron a un opulento *darbar* o sala de recepciones y Eliza olvidó su

agobio y se quedó boquiabierta ante los magníficos pilares dorados. Alzó la vista hacia las puertas de bronce de seis metros de altura, contempló, por encima de estas, un techo decorado con teselas de espejos e incrustaciones de piedras preciosas que centelleaban a la luz del día y dio un grito ahogado de asombro. Rubíes. Zafiros. Esmeraldas. Era una auténtica locura. Percibió cierto tono de orgullo en la voz de Indi cuando la chica le señaló a cada uno de los miembros de la familia, cuyos retratos colgaban de las paredes. Los había pintado a todos al antiguo estilo mogol, y Eliza no pudo evitar maravillarse ante su talento mientras los observaba detenidamente.

—¿Los has pintado tú?

Indira asintió con la cabeza y, con una nota de orgullo en la voz, dijo:

—Sí.

—Ya entiendo por qué no ves la necesidad de llamar a un fotógrafo...

La chica se mordió el labio inferior y Eliza esperó una respuesta.

—La pintura es *mera pyaar* —dijo por fin.

—Tu amor. Lo entiendo.

—Cuando pinto, es como si entrara en un mundo secreto, un mundo interior.

—Es lo mismo que siento yo por la fotografía. Me ayuda a expresar cómo veo las cosas —explicó Eliza, sosteniendo la mirada de Indira y sopesando con cuidado cada palabra—. No estoy aquí para quedarme. No seré

una amenaza para ti, te lo prometo.

—¿De verdad has venido solo a eso?
¿A tomar fotos?

—Por supuesto. ¿A qué, si no?

La chica entrecerró los ojos y una expresión fugaz se dibujó por un momento en su rostro, pero no dijo nada.

—Y estoy segura de que no todo el mundo está de acuerdo. Parece que a Priya, la maharaní, no le caigo bien.

Indi rio entre dientes.

—A Priya no le cae bien nadie. Cree que la culpa de que Jay sea como es la tiene su educación británica. Y usted es británica.

—¿De que sea como es? ¿Qué quieres decir con eso?

—Por un lado, procura no manifestar

sus emociones, que es algo muy *rajput*, y jamás admitiría tener una vulnerabilidad, de ningún tipo. Y por otra, ¡es totalmente autosuficiente y algo rebelde, y a menudo no hace caso a su familia! Ha rechazado todas las oportunidades de casarse con una guapa y joven princesa, y tiene amigos que están a favor de la desobediencia civil, sobre todo desde la creación del impuesto sobre la sal y la marcha de protesta de Gandhi. Como le digo, Priya no es amiga de los británicos, pero los disturbios van en aumento, y su miedo a una revolución violenta es aún mayor que su rabia contra ellos.

—Supongo que está asustada —dijo Eliza, pensando que tal vez el mal

carácter de Priya escondiese una fragilidad subyacente.

—Seguramente, aunque nunca lo admitiría.

—Los que más miedo sienten son los que tienen mucho que perder. ¿Tal vez le asuste lo que pueda pasar si la India se independiza?

—Quizá. Pero supongo que Anish ya habrá hecho planes para ocultar sus riquezas en alguna parte, tal vez en uno de los antiguos túneles que hay bajo el fuerte.

Eliza hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Posee una riqueza extraordinaria.

Indi se mostró de acuerdo.

—¿Qué hay de Dev? ¿Es uno de esos

amigos de Jay que están a favor de la desobediencia civil?

—Puede. Le han denegado la licencia para tener una máquina de escribir: está claro que desconfían de él. Dev cree que hay que educar a la gente del pueblo para que puedan hablar con una sola voz. —Indi se encogió de hombros—. O algo así. Con Dev, nunca se sabe.

Eliza dejó escapar un largo suspiro y decidió cambiar de tema.

—¿Cómo aprendiste a pintar?

—Me enseñó un *thakur*, en mi pueblo.

—¿Un noble?

—Sí.

—Entonces, ¿no eres de clase alta?

Indi negó con la cabeza y se miró los pies.

—No.

Eliza esperó a que la chica le contase más, pero su rostro mostraba una expresión cerrada, así que decidió no fisgonear en el pasado. En lugar de eso, optó por preguntarle si le gustaba vivir en el castillo.

Indi alzó la vista, aparentemente aliviada por la nueva dirección que había tomado la conversación.

—Me encanta, por supuesto. Pero me interesa más saber de ti. ¿Nunca quisiste casarte?

Eliza sonrió para sus adentros. ¿Tan vieja parecía? Mientras miraba hacia arriba para contemplar las preciosas miniaturas de Indi, pensó que la fotografía había llegado a ser lo más

importante en su vida. Cuando estuvieron en París, conoció a Lee Miller, una estadounidense que iba camino de convertirse en fotógrafa por derecho propio. Fue entonces cuando Eliza se dio cuenta de que aquello era posible. Y cuando consiguió que publicasen una de sus primeras fotografías de aficionada, un retrato de un niño de la calle, en *VU*, la primera revista ilustrada francesa, supo que ella también podría llegar a ser una fotógrafa competente.

Vaciló por un momento, pero por fin se decidió a hablar. Quizás necesitase la amistad de esta chica algún día.

—Estuve casada, pero mi marido murió en un accidente de tráfico.

Una expresión de puro asombro invadió el rostro de Indira, que la miró boquiabierta.

—¿Eres viuda?

Desconcertada por su respuesta, a Eliza se le formó un nudo en el estómago. No había entendido del todo la gravedad de hablar de su situación. Jay le había aconsejado que no dijese nada, pero se le escapó que había estado casada delante de su amigo Dev y ahora, además, delante de Indi. ¿En qué estaba pensando?

UNA NOCHE, POCO después de su encuentro con Indi, Eliza miró por una de las ventanas del pasillo que no estaban cubiertas por una celosía o *jali* y descubrió un patio en el que estaban desperdigados cantidad de utensilios. La pálida luz de la luna cubría de plata los cuencos, las cazuelas y toda clase de recipientes, que estaban tirados en el suelo, cerca de las cocinas. Esta exhibición nocturna de cacharros acrecentó su sensación de que nunca

llegaría a comprender su nuevo mundo ni lo que significaba ser un *rajput*.

Y por la mañana, cuando se enteró de que Clifford había llegado al castillo, no pudo evitar pensar que el británico estaba a punto de alterar su frágil equilibrio. Una criada la condujo hasta una pequeña salita que estaba en el mismo pasillo que separaba las dependencias de los hombres de las de las mujeres. Al poco, Clifford entró con una caja grande y plana bajo el brazo y, de forma totalmente inesperada, se puso cómodo, plantando los pies sobre el mullido diván de terciopelo.

—He venido para ayudarte a prepararte para el *darbar* de gala — anunció, con su sucinta forma de hablar,

y empujó con el índice los anteojos de alambre que se le deslizaban por el caballete de la nariz. Estaba claro que tenía tendencia a sudar, sobre todo cuando llevaba un pesado traje de lino, y le brillaba la frente. Se sacó del bolsillo un pañuelo blanco y se enjugó la piel—. Será un espectáculo de lo más llamativo, y se celebra dentro de un par de días. Será una fiesta extravagante, con toda la pompa y ceremonia habituales y cantidad de asistentes.

—¿Tengo que ir?

—Y yo que pensaba que te ibas a alegrar. Estará Dottie.

Eliza respiró hondo y, en un arranque de valentía, decidió exponer su caso.

—Bueno, me gustaría volver a verla,

pero la verdad es que quiero marcharme del castillo.

—¿Para vivir en la ciudad?

Ella asintió.

Clifford negó con la cabeza, aunque no parecía demasiado disgustado.

—Lo siento, pero es imposible. La casa de invitados está cerrada.

Eliza suspiró con fuerza. No iba a ponérselo fácil.

—Aquí no tengo privacidad. Me siento observada en todo momento.

—Y lo estás. Con esta clase de gente, es una lucha constante. —Hizo una pausa y le tendió la caja. Al hacer el gesto, se le subió la pernera del pantalón y Eliza vio que tenía la piel de un blanco lechoso, cubierta de vellos pelirrojos.

Estaba claro que se achicharraría con solo ponerse al sol—. Pero nunca olvides que somos nosotros los que construimos el imperio. —Hizo una breve pausa, como para que Eliza pudiera asimilarlo—. Cambiando de tema, tengo algo para ti.

—No entiendo. ¿De parte de quién?

Clifford sonrió, satisfecho de sí mismo.

—Digamos que es un regalito de mi parte, para que te adaptes a tu nueva vida.

Eliza cogió la caja, la dejó sobre la mesa, desató lentamente el cordel que la envolvía y abrió la tapa. No pudo evitar un pequeño grito de asombro al ver un vestido de gala de un precioso e intenso

tono verde azulado.

—Tu madre me dijo que es tu color favorito.

Eliza frunció el ceño.

—¿Cómo supiste mi talla? ¿También te lo dijo mi madre?

—Es de seda —dijo, ignorando su pregunta—. ¿Te gusta?

—Es precioso.

—Si te parece demasiado revelador, hay un chal a juego; bordado a mano con hilos de oro, nada menos. Puedes echártelo por los hombros.

—No sé qué decir.

Se produjo un breve silencio mientras Clifford se levantaba y se acercaba a la ventana. Si lo hacía para darle tiempo a pensar, se lo agradecía. Puede que se

hubiese equivocado con él: tal vez fuese más sensible de lo que pensaba. Pero no podía aceptar un vestido así de un hombre al que apenas conocía. Y si lo aceptaba, ¿qué diría eso de ella? Pero, por otra parte, nunca había poseído nada tan glamuroso y la tentación era casi irresistible.

—Háblame del *durbar* —dijo por fin, para darse tiempo—. ¿Para qué se celebra?

—Antiguamente, los estados principescos celebraban dos *durbares* importantes. Uno era un evento político en el que el maharajá y sus ministros daban audiencia para decidir los asuntos de estado y el otro era un acontecimiento social, un espectáculo para recibir

visitas y exhibir la riqueza y magnificencia de la corte del príncipe.

—¿Y este es de los segundos?

—Sí. Ya que llevamos la mayor parte de la administración en cooperación con el príncipe Anish, lo único que se necesita es un suntuoso *darbar* para recordar a la gente el esplendor de Rajpután. —Clifford sonrió, orgulloso—. Hemos conseguido separar la parte administrativa de la ceremonia. No podemos permitir que esta gente cree el caos.

Eliza seguía sin entender por qué los príncipes habían renunciado a gran parte de su poder firmando tratados con los británicos y quiso preguntárselo, pero ya había tenido suficiente Clifford por un

día. Lo único que sabía era que la India británica ocupaba unas tres quintas partes del continente y que el resto estaba compuesto por 565 estados principescos bajo dominio británico «indirecto».

—No puedo aceptar un regalo así de ti —dijo, en tono rotundo.

—Me temo que no tienes otra opción.

Para no discutir con Clifford, cambió de tema.

—¿Sabes por qué sacaron docenas de cacerolas al patio anoche?

—Me importan un comino sus extrañas y exóticas costumbres. Pero supongo que será por los rayos de la luna, o alguna sandez de ese tipo. —Se acercó a la puerta—. Por cierto, ¿qué

piensas de Laxmi?

—Es muy amable.

—Será mejor que te andes con ojo. Si ves cualquier cosa que te parezca sospechosa, infórmame directamente a mí.

—¡Vaya! ¿Como qué?

Se encogió de hombros.

—Nada en concreto. Solo es un consejo de amigo.

—Clifford, estaba pensando en montar una pequeña exposición con algunas de las mejores fotografías. ¿Te parece bien? ¿Tal vez en octubre, cuando mi año aquí esté a punto de terminar?

—No veo por qué no. ¿Has pensado dónde quieres organizarla?

—Todavía no. Esperaba que pudieses aconsejarme sobre el local.

—Bueno, ya veremos. Pero primero consúltame las fotos que quieras incluir. No quiero dar una impresión equivocada del imperio. En fin, nos vemos la noche del *durbar*. Procura dejar bien alto el pabellón británico.

—Eso haré.

—Francamente, estoy deseando verte con ese vestido. Bueno... menos mal que el *zenana* y el *mardana* están separados.

—¿El *mardana*?

—Las dependencias de los hombres, querida. A mis ojos, siempre estás preciosa, pero con ese vestido serás todo un regalo para la vista. Tendré que

tenerte bien vigilada.

COMO CLIFFORD LE había dado una idea de lo que podía esperar, la noche del *durbar* se tomó su tiempo para arreglarse y, después de ponerse su sedoso regalo, Kiri, la criada, entró a cepillarle el pelo.

—Cien pasadas —le susurró. Ni más ni menos. Casi podía oír la voz exigente de su madre en sus oídos mientras Kiri le enhebraba relucientes cristales en el pelo.

La asaltó el recuerdo de cuando era pequeña y le cepillaba el pelo a Anna. Cuando Eliza le preguntó por qué estaba tan triste, su madre le contestó con

silencio, hasta que notó que unas cálidas lágrimas le caían sobre la mano. Aunque Eliza no sabía qué hacer ni cómo consolar a su madre, hacía lo posible por conectar con ella. Pero Anna retiró la mano y ninguna de las dos dijo nada más. Aquel momento insignificante se había enquistado en la mente de Eliza, que nunca había llegado a entender qué había provocado la melancolía permanente de su madre, exceptuando, por supuesto, la muerte de su marido.

Cuando se miró al espejo, le sorprendió ver hasta qué punto los colores de pavo real del vestido de seda le iluminaban los ojos, que resplandecían tanto como los cristales que le adornaban el cabello. De hecho,

su melena, que llevaba suelta sobre los hombros, brillaba como cobre bruñido contra la blancura cremosa de su piel. La criada le recogió el cabello en un moño suelto y la maquilló al estilo indio, aunque de forma más sutil, delineándole los ojos en gris y dándole un toque de color en los labios y las mejillas.

Justo cuando Eliza estaba lista para salir de la habitación, entró Laxmi y le dio una orden a Kiri, que se retiró discretamente. La maharaní observó a su invitada y sonrió.

—Eres preciosa. ¿Por qué ocultas tu luz, hija mía?

—Yo...

—Te he hecho sentirte violenta.

Disculpa. Pero vas a tener que cubrirte los hombros.

—¡Oh! Casi lo olvido —dijo Eliza, y se acercó al armario, donde estaba colgado el chal. Lo sacó y lo levantó para que Laxmi lo viese.

La maharaní lo acarició con los dedos.

—Es un trabajo exquisito. ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo ha regalado Clifford Salter.

—Es todo un caballero, y un hombre honrado. ¿No es eso lo que dirían los británicos?

—Supongo.

—Puede que no sea el hombre más guapo sobre la tierra —Laxmi la miró de arriba abajo—, pero sería un buen

partido.

—Ni estoy en el mercado ni busco marido.

—¿No busca toda mujer un buen marido?

Eliza sonrió.

—¿Eso cree?

Laxmi suspiró y Eliza intuyó su melancolía.

—Yo tuve suerte. Tuve un matrimonio muy feliz con un hombre maravilloso. Me trataba como a una igual, algo nada frecuente en la corte. Pero ahora hablemos de ti. ¿Qué esperanzas y expectativas tienes? Aunque no estés buscando marido, hay muchas clases de amor. Y sin amor, tu corazón estará vacío.

—Por ahora tengo el amor por mi trabajo.

Laxmi sonrió.

—Así es. Y ahora ven, te mostraré el mejor lugar para ver la procesión. Las pocas mujeres con ideas modernas debemos mantenernos unidas, sobre todo en los tiempos que corren.

—Gracias.

—Vas a necesitar a todos los amigos que puedas hacer, y no olvides lo que te he dicho de Clifford Salter. Una mujer blanca casada en la India tiene más libertad que una soltera.

—Lo recordaré... Esperaba que pudiera hablarme de las campanas que oigo todos los días. Sé que son las campanas de un templo.

—Nos convocan a nuestras oraciones, *pujas* las llamamos. Te habrás dado cuenta de que aquí, en Rajpután, todo lo que hacemos se convierte en alguna clase de ritual o rito porque, en cierto sentido, los dioses a los que rezamos simbolizan las distintas fuerzas que están presentes en nuestras vidas. No distinguimos entre lo sagrado y nuestra vida diaria. Para nosotros, las dos cosas son una sola.

—Ya veo. Es muy distinto de Inglaterra.

—Sí, me lo imagino. Bueno, disfruta de la noche.

La maharaní se giró, dispuesta a irse.

—Espere, Laxmi —dijo Eliza—. Si no le importa, me gustaría ir a una de las

aldeas para fotografiar a la gente del pueblo.

—Considéralo hecho.

LA GALERÍA CON columnas que flanqueaba la entrada principal al castillo estaba iluminada por antorchas colocadas sobre urnas de mármol, cada una custodiada por un criado vestido de blanco. Cuando Laxmi la dejó sola, Eliza se asomó a un balcón y vio una larga fila de *howdahs* de oro y plata a lomos de elefantes enjoados y pintados que subían pesadamente por la colina, tras dejar atrás un muro engalanado con guirnaldas de flores. Cuando se detuvieron, Eliza ahogó un grito de

asombro, pero no por el fastuoso espectáculo que se desarrollaba a sus pies. Por un breve pero estremecedor momento volvió a tener once años y a encontrarse en otro balcón, desde el que había intentado saludar a su padre. Los ojos se le llenaron de lágrimas y parpadeó, esforzándose por retenerlas. No podía permitir que el recuerdo la abrumase ahora. Llevaba años blindándose contra su debilidad, practicando la disciplina, haciéndose fuerte por dentro y por fuera. No podía fallar ahora.

—¿Eliza?

Se dio la vuelta y vio a Jayant vestido con un *angharki* o túnica negra, decorada con hilos de oro y con un

pronunciado escote en la parte delantera. Sus dientes destacaban, muy blancos entre sus labios oscuros y su piel lustrosa, y el abanico de patas de gallo que tenía en torno a los ojos se hizo más profundo cuando sonrió al verla. Se quedó completamente quieto, mirándola fijamente, y Eliza le devolvió la mirada durante un instante que le pareció interminable. Cuando parpadeó, Eliza se dio cuenta de que este hombre era verdaderamente auténtico, y de que algo la afectaba profundamente. Abrió la boca para hablar, pero no le salieron las palabras. Pero entonces el momento pasó y, avergonzada de que Jay hubiese visto su debilidad, se secó bruscamente las lágrimas con el dorso de la mano y

dio un paso atrás, intentando desesperadamente pensar en algo que decir para justificar una reacción tan emocional.

—Es preciosa —se las arregló para decir—. La procesión.

—Y tú también. ¡Quién lo habría pensado! Retiro todo lo dicho sobre tu pelo.

Eliza parpadeó rápidamente. Por favor, que no fuese amable con ella.

—¿Me permites que te acompañe al salón?

Eliza asintió con la cabeza, aliviada de que aquel momento tan violento hubiese pasado, pero insegura al no saber qué consecuencias tendría hacer su entrada del brazo del guapo príncipe.

Mientras se dirigían hacia la amplia escalera de mármol que comunicaba con la sala del *darbar*, Eliza se tranquilizó y trató de relajarse. Se sentía el blanco de todas las miradas y no podía evitar estar nerviosa al tenerlo tan cerca, y no solo por lo que pensarían los demás. Resultó que sus dudas en ese sentido no eran infundadas, porque, mientras bajaban la escalera, notó que Indira la observaba. La chica llevaba un deslumbrante traje escarlata, pero Eliza se preocupó al ver que entrecerraba los ojos con una hosca expresión de envidia. Estaba claro que Indira estaba enamorada de Jay, y aunque Eliza observó la reacción de él por el rabillo del ojo, apenas pareció fijarse en Indi. ¿Sería culpa de Jay por

haber dado esperanzas a la chica? ¿O la adoración de Indira habría surgido de tantos años de amistad y cercanía? Eliza esperaba que fuese lo segundo.

Cuando los elefantes dejaron en el suelo su carga de nobles y aristócratas y sus criados, la guardia del castillo, que llevaba la librea de gala, condujo a los invitados hasta la sala del *darbar*. En un extremo, había un escenario, donde una orquesta ya estaba tocando música de estilo occidental, y mientras todos esperaban al maharajá y a su esposa, Eliza se meció al ritmo de la canción. Cuando apareció Anish, que lucía una deslumbrante colección de joyas sobre una *kurta* de satén azul oscuro, la sala quedó en silencio, como si todos los

asistentes contuviesen el aliento. Lo seguía Priya, con los ojos bajos. Llevaba una falda rosa claro, un corpiño y un chal a juego. Multitud de brazaletes con incrustaciones de piedras preciosas le cubrían los brazos hasta los hombros y le adornaban los tobillos.

Los miembros de la familia real se sentaron en los cojines de satén que cubrían sendos tronos de ébano y plata dispuestos sobre un estrado, en el extremo opuesto al de la orquesta. Una vez se pusieron cómodos, Laxmi, Jay y las hijas del maharajá se unieron a ellos en la tarima. La multitud, compuesta por unos doscientos nobles y familias importantes venidos de todo el estado y de un puñado de residentes de la ciudad,

prorrumpió en vítores y la orquesta empezó a tocar una animada melodía.

Los criados despejaron un espacio en el centro de la sala y el espectáculo indio comenzó con un *dholak*, una cantante que tocaba el tambor. Luego salieron las bailarinas gitanas, que ejecutaron giros y piruetas con una gracia extraordinaria. Eliza había buscado a Dottie con la mirada, pero, por lo visto, su amiga y Julian no habían venido. En cualquier caso, a pesar de los dolorosos recuerdos que le había traído la procesión, Eliza estaba disfrutando mucho de la velada. La gente la había tratado con amabilidad y no se sentía como el pez fuera del agua que había temido ser. En un momento dado,

vio a Indira y a Jayant hablando, con las cabezas inclinadas y muy juntas. Cuando Indira dio media vuelta y salió huyendo de la habitación, Eliza la compadeció. Decidió ir a ver si la chica estaba fuera.

Esperaba encontrar a Indi en uno de los columpios altos hechos expresamente para las mujeres. Eran típicos de la región y había varios en los patios del castillo, pero esa parte del jardín estaba vacía, así que se dirigió a un rincón tenuemente iluminado y perfumado por un jazmín. El aire era más fresco de lo que esperaba y, echándose el chal sobre los hombros, contempló las estrellas. La invadió la misma sensación de magia que había experimentado en la azotea del palacio

de verano, como traída por la brisa ligera, y deseó algo que no supo definir. Había cerrado el corazón al amor y dedicado toda su energía a salir de sí misma y a aprender a captar la esencia de una escena en un momento pasajero. Y cuando lo conseguía, era algo divino.

Cuando se giró, dispuesta a volver a entrar, vio a Clifford, que se le acercaba con paso un tanto inestable.

—Eliza. Eliza —dijo—. Mi querida, querida niña. ¿Qué haces aquí fuera?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Estaba buscándote. —Clifford se quedó quieto un momento y después se le acercó, lanzándole una mirada curiosa y hablándole en voz baja—. ¿Te has fijado en algo interesante últimamente?

Eliza miró al suelo un momento antes de levantar la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—A que Chatur se está comportando.

—Supongo que tienes razón, aunque sigue siendo un poco entrometido.

Clifford se echó a reír.

—Típico de Chatur... ¿Ves mucho a Anish y a su esposa?

Eliza frunció el ceño.

—La verdad es que no. ¿A qué viene todo esto?

—Solo quería darte conversación, querida. ¿Te apetece que demos un paseo?

—Por supuesto.

Mientras caminaban bajo las lámparas de aceite que iluminaban el

estrecho sendero, se mantuvieron en un silencio incómodo. Eliza se preguntaba qué decir cuando Clifford empezó a hablar en un tono de voz más grave.

—Eliza, te conozco desde que eras pequeña y vivías en la India.

—Sí.

—Aunque es verdad que no te vi mucho mientras te hacías mayor en Inglaterra.

—Viniste a casa una vez. Lo recuerdo.

—¿Tienes idea del cariño que te estoy cogiendo?

—Vaya, me siento halagada. —Eliza tomó aliento y se dio algo de tiempo para pensar—. Has sido muy amable conmigo, Clifford. Soy consciente de

ello, pero no te conozco lo suficiente y tú no me conoces, o al menos no conoces a la mujer que soy ahora.

—Eliza, ¿no estoy hablando de amabilidad! Me gustaría que nos conociéramos mejor, ¿entiendes?

Era algo con lo que Eliza no contaba, pero ¡qué perspicaz había sido Laxmi y qué estúpida había sido ella por no haberlo visto venir!

Clifford se inclinó hacia ella y Eliza, al percibir el olor a whisky y a humo de puro en su aliento, dio un paso atrás, temiendo que pudiera intentar besarla.

—Eres una mujer muy atractiva. Sé que no hace mucho que perdiste a tu marido, pero...

Eliza lo interrumpió.

—Lo siento, Clifford, pero no estoy preparada.

Él debió de fijarse en la expresión de su rostro, porque extendió una mano y la agarró delicadamente del hombro.

—Jamás te metería prisa. Solo quiero que me des una oportunidad, que intentes conocerme. Es lo único que te pido.

—Por supuesto.

—¿Es porque soy mayor que tú? ¿Ese es el problema? Porque los hombres siempre podemos tener hijos y todavía no he cumplido los cincuenta y...

Consciente de que sería mejor cortar su discurso, Eliza lo interrumpió.

—Clifford, te aprecio mucho... —
Hizo una pausa, pensando en el tobillo blanco y los vellos pelirrojos que había

entrevisto, pero entonces reparó en la tristeza que se reflejaba en sus ojos.

—¿No sería un buen comienzo? El aprecio, quiero decir.

Eliza no quería hacerle daño ni ofenderlo, pero fue incapaz de hablar por un momento.

—Bueno, solo quería declararme. Te agradecería que pensaras en lo que te he dicho. Puedo darte un bonito hogar y soy un hombre honrado, no como... —Hizo una pausa.

—¿No como?

—Da igual. No importa. Tú piensa en lo que te he dicho. Mis intenciones son completamente sinceras.

—Como te he dicho, me siento halagada.

—Por favor, ten en cuenta que no hay muchos británicos entre los que elegir aquí, en la India. ¿Has pensado en el futuro? ¿En lo que harás cuando termines el proyecto?

—Todavía no.

—Pues deberías. En cualquier caso, espero poder convencerte de que solo deseo tu bien.

Mientras se alejaba, Eliza se acercó a un estanque cuadrado rodeado de velas. En torno a este, había unas pequeñas carpas de muselina con un lado abierto y orientado hacia el agua, cada una con espacio suficiente para dos personas. Se dirigió a la más alejada y se dejó caer sobre uno de los mullidos almohadones de seda. Oyó una fuerte explosión y de

pronto los fuegos artificiales iluminaron el cielo. Al principio, Eliza se tensó al oír el ruido, pero decidió dejarse llevar por el espectáculo; cuando terminó, a punto de llorar por segunda vez en la noche, esta vez sin siquiera entender por qué, contempló cómo el reflejo de la luz de las velas bailaba sobre el agua y se sintió abrumada por la soledad.

Vio que Jay caminaba solo y aparentemente absorto en sus pensamientos al otro lado del estanque. Cuando levantó los ojos y la vio, Eliza volvió a sentir la misma conexión que había experimentado justo antes de bajar juntos las escaleras hasta el salón del *durbar*. Jay rodeó el estanque para acercarse a ella y, cuando llegó a la

tienda, sonrió y le preguntó si estaba bien, sola. Eliza asintió con la cabeza y Jay pareció dudar, pero le hizo una reverencia y se alejó.

DURANTE UNA SEMANA o más, todo pareció ir sobre ruedas, y Eliza pronto atribuyó las lágrimas que había derramado la noche del *durbar* a un ataque de sensiblería. No era momento de dejar que las emociones de ningún tipo se interpusiesen en su camino. Era momento de trabajar. Hasta entonces, los criados le habían permitido libre acceso a la mayor parte del castillo, incluidas las cocinas y la despensa, y hasta las mujeres del *zenana* la trataban con

amabilidad. De hecho, cuando descubrió que Anish seguía teniendo concubinas, Eliza no pudo evitar ponerse de parte de las mujeres, muchas de las cuales eran mayores y llevaban allí desde la época de su padre. Algunas de las mujeres le contaron que las habían llevado al castillo cuando solo eran bebés para vivir en el *zenana*. Muchas no habían vuelto a salir del palacio desde entonces. Pero reían, cosían y cantaban, y estando en su compañía, Eliza descubrió una especie de camaradería completamente nueva para ella.

No tenía nada que ver con el tiempo que había pasado en un pequeño internado de niñas, por cortesía de un hombre al que su madre llamaba su

«tío». Su nombre era James Langton y Eliza sabía que no era pariente suyo. Había puesto a disposición de Eliza y de su madre una de las casitas que había en su finca y lo único que Anna tenía que hacer a cambio era supervisar a los criados cuando él se marchaba.

Hasta ahora, Eliza no entendía la fuerza con la que otras personas parecían estar arraigadas en su mundo. Pero ahora, aunque las mujeres del *zenana* chismorreasen sobre ella a sus espaldas, no le importaba. Le gustaba pasar tiempo con ellas. Las niñas del internado no le caían bien y nunca había llegado a hacer verdaderas amigas. Pero solo oía hablar con malicia a las mujeres del *zenana* después de una de

las visitas de Priya, y pronto se dio cuenta de que las mujeres no confiaban en su maharaní.

Justo cuando Eliza estaba tomando una fotografía de una de las concubinas más jóvenes, Indira entró en la habitación con una bolsa en la mano y hablando en inglés para que las demás mujeres no la entendieran.

—¿Quieres ver una cosa? —dijo, con una amplia sonrisa en la cara, y, con aire satisfecho, acercó una silla y se dejó caer en el asiento.

—Depende.

—Es una especie de funeral.

Cuando asimiló las palabras de la joven, Eliza frunció el ceño. Estaba harta de funerales.

—Te gustará. Te lo prometo.

Eliza vaciló. Apenas había visto a Indi desde la noche del baile, cuando la chica dejó entrever claramente los celos que sentía.

—Kiri también viene.

—¿En serio? ¿La criada?

Indi asintió con la cabeza.

—Nos reuniremos con ella en la ciudad.

Eliza tomó una decisión y empezó a recoger sus cosas.

—Ya he terminado por hoy, así que ¿por qué no? Pero no quiero tardar demasiado, me gustaría revelar las placas cuando vuelva. ¿Te importa que lleve la Rolleiflex?

—No, siempre que la lleves en un

bolso en bandolera. —Se levantó de un salto y le tendió un paquete—. No tardaremos mucho, pero tendrás que cambiarte. Te he traído ropa india.

—¿De dónde la has sacado?

Indi inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió con aire misterioso.

—Siempre me salgo con la mía. Y ahora, cámbiate.

—¿Delante de las mujeres?

Indi se echó a reír.

—Por supuesto. Somos todas mujeres. No es la primera vez que ven a una chica desnuda. Ya recogerás tu ropa más tarde.

Eliza no era ninguna mojigata, pero las mejillas le ardieron de vergüenza mientras se cambiaba, haciendo lo

posible por cubrir distintas partes de su cuerpo. Las mujeres, que no dejaban de reír y charlar, hablaban demasiado rápido como para que Eliza pudiera seguir las. Parecían mirarla amistosamente, aunque la novedad de ver a una mujer blanca medio desnuda ponerse roja como un tomate debía de parecerles de lo más fascinante. Cuando terminó, Eliza, que ahora llevaba la falda de vuelo y la blusa ajustada típicas de la región, se sintió como una mujer nueva.

Cuando salieron del *zenana*, Indi empujó repentinamente a Eliza para que se escondiese en un recoveco del pasillo. Esta frunció el ceño, pero Indi se llevó un dedo a los labios. Pasados

unos segundos, dijo:

—¡Es Chatur! El diván... el alto funcionario de la corte.

Eliza recordó los sombríos ojos oscuros y las cejas pobladas del anciano.

—¿Y qué?

—Tiene ojos hasta en la nuca. Está acostumbrado a verme por aquí, pero cuanto menos sepa de ti, mejor. Si no te andas con cuidado, intentará meter las narices en tus asuntos. Sal. Ya se ha ido.

—¿Por qué tengo que andarme con cuidado?

—No le gustan los cambios y no es amigo de los británicos. Dudo que esté de acuerdo con tu presencia aquí. Es de lo más anticuado. Es muy amigo de

Priya. Te aconsejo que los evites a ambos.

Después Indira empezó a hablar de esto y aquello. Fuera lo que fuese lo que la había disgustado la noche del baile, parecía habersele pasado. Puede que Indi y Jay hubiesen hablado. Sea como fuere, Eliza comprobó con alivio que no parecían avecinarse más problemas. Fascinada por lo que había podido entrever de la vida del castillo, le preocupaba que el rencor y la envidia pudieran echar a perder su estancia allí. Y en cuanto a Clifford, lo relegó al fondo de su mente.

Era la primera visita que Eliza hacía al centro de la ciudad medieval, donde se reunieron con Kiri, que las

acompañaría. Entusiasmada por los vivos colores que salpicaban el laberinto de calles serpenteantes, Eliza notó que el corazón empezaba a latirle con más fuerza. Los bazares de la ciudad vieja se extendían como estrechas cintas de colores que confluían en la torre del reloj, y mientras Eliza seguía a Indi y a Kiri, pasaron junto a toda clase de artesanos, desde tintoreros hasta titiriteros. Por un momento, se le pasó por la cabeza que, si se perdía aquí, no volvería a salir jamás. ¿La ayudarían estas personas tan ajetreadas, cada una con su propia vida, sus propias alegrías y sus propios miedos, que parecían estar tan cerca pero, al mismo tiempo, tan lejos unas de otras?

En el mercado de especias, las rodearon los aromas de las distintas clases de incienso y el olor acre de la carne de cabra al carbón. Después, a medida que se adentraban en los bazares que vendían de todo, desde dulces hasta saris, el tañido monótono de un tambor empezó a cobrar fuerza, justo cuando se intensificó el olor a cañerías.

—¿Es un festival? —preguntó Eliza, consciente de que el amor de la India por las festividades se manifestaba en cualquier ocasión, desde la celebración del nacimiento de un dios o una cosecha satisfactoria hasta los numerosos festivales de música.

—No exactamente.

Eliza se detuvo en mitad de la calle.

—¿Qué es?

Indi la miró con una sonrisa de oreja a oreja, sin dejar de andar.

—Kiri proviene de una familia de titiriteros. Y hoy es un día especial para ellos. Muévete o te atropellará un *rickshaw*.

—Pero dijiste que...

—Que era un funeral. Y lo es. En cierto sentido.

—Hablas con mucho misterio.

Indi se echó a reír y cogió del brazo a Eliza y después a Kiri, que sonreía con ganas.

—Ya verás. ¿Crees en el karma o en el destino?

—¿En el destino? No sé muy bien qué quiere decir.

—Yo sí creo. Tenemos algo llamado *adit chukker*, la rueda de la fortuna. Aquí el destino es sumamente importante. Y hoy no es ninguna excepción.

En aquel momento Eliza oyó una voz inglesa que la llamaba por su nombre. Se giró y vio a Dottie, que corría en dirección a ella con la cara colorada.

—Me pareció que eras tú —dijo—. Dios, estoy sin aliento. Regla número uno: ¡nunca corras con este calor! Pero ¿qué haces aquí, con esa ropa?

—Tienes razón, es un poco raro. Voy a una especie de funeral.

—Dios mío, ¿no será peligroso?

Miró a su alrededor, como buscando a posibles asaltantes escondidos en los

callejones.

—Seguro que no —la tranquilizó Eliza—. Pero bueno, ¿cómo estás, Dottie? Fue una pena que no vinieras al *durbar*.

—Tenía una de mis espantosas jaquecas. Julian me da un brebaje que me deja fuera de combate. —Dottie le puso una mano en el antebrazo a Eliza e hizo una pausa—. Pero en serio, andar por ahí tu sola...

—Estoy con ellas —señaló a Indi y a Kiri.

—Quería decir...

—Sé lo que querías decir, pero estoy bien. De verdad.

—¿Crees que a Clifford le parecería bien?

—Seguramente no. Pero mira, ¿por qué no vienes con nosotras?

Dottie sonrió.

—Pues la verdad es que me apetecería bastante, pero estoy con Julian. Está buscando un tablero de ajedrez.

—Una lástima.

Eliza dio un paso hacia delante y miró a Indi.

—Tal vez en otra ocasión.

Eliza asintió con la cabeza.

—Siento marcharme con tanta prisa, pero no puedo retrasarlas más.

—Por supuesto. ¿Nos veremos pronto?

Eliza percibió un tono pensativo en la voz de la mujer y se dio cuenta de que

Dottie debía de sentirse muy sola. Procuraría llamarla pronto.

Dottie se alejó y Eliza regresó a donde la esperaban las chicas.

Cuando por fin llegaron a las afueras de la ciudad, se dirigieron a la orilla del río. No era demasiado ancho y ciertamente no parecía muy profundo, pero aquí había menos polvo que en la ciudad vieja y Eliza notó, agradecida, una cierta frescura en el aire. Entonces vio que un grupo de gente se había reunido para ver un teatrillo de guiñol.

—¿Para esto hemos venido?

—Más o menos.

Las impresionantes marionetas de casi un metro de altura sobre un escenario en miniatura, con las cabezas

talladas en maderas nobles y los cuerpos cubiertos por elaborados trajes, no se parecían a nada que Eliza hubiese visto antes. El titiritero, semioculto tras el escenario, hablaba a través de lo que parecía un tallo de bambú para disfrazar la voz y movía las extremidades articuladas de las marionetas manipulando las cuerdas a las que estaban atadas. A su lado, una mujer tocaba el tambor que Eliza había oído desde la ciudad.

—El tambor es un *dholak* —explicó Indi—. Las historias tratan del destino. Y del amor, la guerra y el honor. Puedes preguntárselo a Jay si quieres. Él lo sabe todo sobre el honor.

Eliza se preguntó si el tono de voz de

Indi encerraba alguna indirecta, pero se encogió de hombros. Seguramente, eran imaginaciones suyas.

—Los titiriteros son trabajadores del campo de la zona de Nagaur y se les conoce como *kathputliwalas*. Suelen representar sus guiñoles por la tarde noche, pero este es especial.

Eliza oyó ulular y silbar al titiritero mientras una segunda mujer narraba la historia y la primera seguía cantando y tocando el tambor.

—Hemos venido a ver un funeral — continuó Indi.

—¿El de quién?

—Está tirada allí.

Aunque no le apetecía ver un cadáver, Eliza no pudo evitar girar la cabeza para

mirar. Pero solo vio a Kiri, sentada en el suelo junto a otra marioneta de un metro de altura que yacía sobre un lecho de seda.

—Esa marioneta ya está vieja y no se puede usar.

Eliza vio terminar el espectáculo. El titiritero se acercó a Kiri y la besó en la parte superior de la cabeza. A continuación cogió la marioneta vieja y la llevó con cariño hasta la orilla del río, donde empezó a rezar. Eliza captó la escena con la cámara y, sin dejar de rezar, el hombre metió la marioneta en el agua con ayuda de Kiri.

—Cuanto más tiempo flote, más contentos estarán los dioses —explicó Indi.

—¿Por qué le ayuda Kiri?

—Porque el titiritero es su padre.

—¿Y ella no vive con su familia?

—No puede. Para trabajar en el castillo, debe vivir en el castillo.

Tras presenciar la escena junto al río, las tres vagaron por los bazares esquivando las bicicletas, las vacas que dormitaban en el suelo y las mercancías expuestas sobre las aceras, parándose solo para ponerse unos chales de colores vivos en torno al cuello y para probarse collares, posando y riendo como niñas.

—El estilo indio de vestir te sienta bien, Eliza.

—Pero ¿por qué he tenido que ponerme esta ropa? ¿No habría bastado

con cubrirme la cabeza?

—Sí. Pero pensé que sería más divertido. Además, la gente te miraría menos.

Eliza sonrió. Se lo estaba pasando en grande, aunque estaba algo cohibida por su piel clara. Más animada que de costumbre y admirada ante lo bien que Indi conocía la ciudad, fue como descubrir una nueva parte de sí misma. Nadie molestó a las chicas y las calles vibraban bajo los pies de una mezcla de mujeres, algunas todavía en el *purdah* y otras que ya habían salido. Compraron bolitas de masa frita o *golgappe* y buñuelos de lentejas que Indira llamó *daalbaatichurma*, y fueron a comérselos a uno de los parques.

Cuando llegaron al pie de la colina, ya estaba atardeciendo, y Eliza alzó la vista, asombrada. El fuerte entero estaba profusamente iluminado y parecía cubierto de pan de oro. Las relucientes ventanas invitaban a entrar y Eliza pensó que, si no se agarraba bien, caería al reino de las hadas para no volver nunca al mundo real. Había sido un día precioso y lleno de felicidad, un día para alegrarse de lo fácil que podía ser la vida cuando una no tenía que protegerse de ningún peligro. Eliza esperaba que Indi y ella llegaran a ser verdaderas amigas. Hacía mucho tiempo que no tenía una amiga de verdad.

AQUELLA NOCHE ELIZA soñó con Oliver y, al despertar, cantidad de viejos sentimientos y recuerdos ya olvidados le llegaron repentinamente de lo más profundo del corazón. No podía dejar de pensar en el día en que se conocieron. Se le había caído la pila de libros que llevaba cuando Eliza se tropezó con él en una librería, o, mejor dicho, cuando se chocó con él por ir caminando hacia atrás sin mirar. Cuando se agachó para ayudarlo a recogerlos, vio que eran

todos libros de arte, incluidos los catálogos de varias exposiciones en Londres y París. Se quedó allí en cuclillas, mirando las fotografías, y Oliver se sentó a su lado. Al principio solo fue capaz de asentir en silencio, pero después de hablar del tiempo durante un rato, los dos empezaron a reír. Qué gracia, estar sentada en el suelo con un completo desconocido. Y entonces él la ayudó a levantarse y la invitó a acompañarlo al salón de té que había al lado de la librería.

Pero los buenos tiempos no duraron mucho, y pensó en el día en que tuvieron una violenta pelea. Lo único que había dicho era que quería ser fotógrafa. Oliver se puso furioso, cerró la puerta

de un portazo y salió a la calle sin entender la motivación de Eliza. Ella sintió miedo, como si le hubiesen propinado un fuerte puñetazo en la boca del estómago, y su miedo resultó estar justificado: Oliver no vio el autobús que lo mató y Eliza tuvo que aprender a tragarse el desgarrador sentimiento de culpa por lo ocurrido.

Alguien llamó a la puerta, interrumpiendo sus recuerdos, y al abrirla le sorprendió ver al diván, Chatur, esperándola. No le sonrió, sino que, con una mirada de desprecio, le tendió una hoja de papel que sostenía entre las yemas de los dedos.

—He traído una lista de las personas a las que debe fotografiar y en qué

orden. Como verá, me he tomado la libertad de sugerirle los lugares más adecuados.

—Ya veo.

Chatur le dedicó una sonrisa helada.

—Estoy seguro de que mis obligaciones me permitirán estar presente en algunas ocasiones, pero, si no estoy disponible, le acompañará uno de los guardias.

Molesta por la intromisión, Eliza frunció el ceño.

—Me gusta elegir personalmente a mis modelos. Además, creí que iba a tener libre acceso al palacio.

—Hasta cierto punto, señorita Fraser. Hasta cierto punto. Bueno, espero que la lista le resulte útil. Y ahora, tengo a

algunos guardias esperando a que los fotografíe. Los encontrará en el patio más cercano.

Mientras el diván hacía una reverencia y se giraba, dispuesto a irse, Eliza pensó en lo que le había dicho Laxmi. Habían quedado en que se le permitiría hacer lo que quisiera, sin seguir las órdenes de nadie. Simplemente, ignoraría la lista de Chatur.

En el patio, los tres guardias esperaban formando una rígida fila y no hicieron caso de lo que les decía. Estaba devanándose los sesos, intentando averiguar cómo conseguir una imagen más informal, cuando apareció Dev y se la quedó mirando. Se fijó en su pelo,

más corto que el de Jay, y en sus ojos, mucho más oscuros. Con una nariz más grande que la del príncipe, su rostro tenía una expresión mucho más hostil. El joven le provocaba una sensación un tanto extraña, como si se mantuviese en equilibrio sobre la cuerda floja, aunque la sonrisa que tenía fija en la cara no delataba nada. Al principio la miró con desconfianza, pero pronto, una vez entendió la situación, pareció cambiar de actitud.

—¿Necesitas ayuda? —dijo.

—Pues no, aunque no consigo que se relajen. Me gustaría pillarlos con la guardia baja.

Dev miró a los guardias, pensativo. Después sonrió.

—Tengo justo lo que necesitas.

Sacó una especie de tela de la bolsa que llevaba, la dejó en el suelo y sacó un pequeño morral. Al verlo, los guardias se le acercaron rápidamente. Dev dijo unas palabras y ellos asintieron, sin siquiera mirar a Eliza.

—Es un juego —explicó Dev—. Lo llamamos *challas*.

Desplegó un gran cuadrado de lona cubierto de seda y decorado con casillas y dibujos. Se puso en cuclillas y los hombres lo imitaron. Sacó varias fichas y conchas de caurí del morral. Eliza pensó que el tablero era precioso.

—Sabes lo que te haces, ¿verdad? —dijo.

Dev estaba de espaldas a ella, pero lo

vio asentir con la cabeza y después pareció olvidar por completo su presencia. Había sido muy astuto por su parte, porque ahora podría hacer la clase de fotografías que de verdad quería. Pero no sabía qué pensar de Dev. Al llegar, casi parecía desconfiar de ella pero poco después se había mostrado de lo más servicial. ¿Por qué sería?

Aprovechando una breve pausa en el juego, se levantó y se acercó a Eliza.

—Se juega al *challas* desde hace siglos. Antes se utilizaba para enseñar tácticas de guerra y estrategia a los jóvenes.

—Parece que se te dan bien. Las tácticas, quiero decir.

Dev se encogió de hombros.

—¿Qué haces por aquí hoy?

—He venido a cazar con los halcones de Jay. Por favor, no le compliques todavía más la vida, señorita Fraser. No tiene las cosas fáciles en palacio, y no creo que pasar tiempo contigo vaya a mejorar su de por sí problemática relación con Chatur.

—¿Chatur de verdad es tan poderoso?

Dev hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Me temo que sí. Pero, cambiando de tema, Jay me ha dicho que, de pequeña, viviste en la India.

—Viví en Delhi cuando era niña, pero tras la muerte de mi padre volvimos a Inglaterra.

Dev, con la mirada fija en sus pies, dio una patada a las piedrecitas del suelo y no dijo nada.

—Bueno, gracias por tu ayuda —dijo Eliza—. Te lo agradezco. —Y se volvió para recoger sus cosas.

AL DÍA SIGUIENTE volvió a quedarse a solas con Jayant. Esta vez subió al sidecar descubierto que estaba acoplado a una motocicleta. No sabía que Jay iba a acompañarla a la aldea, pero por lo visto se había ofrecido a ir con ella, para sorpresa y alegría de Eliza. Hoy llevaba una larga túnica al estilo indio con pantalones europeos, ambos de color gris marengo, y en su piel percibió

un sutil aroma a sándalo, como el que llevaba Laxmi, aunque con un toque de cedro y, quizás, de lima.

—Me gusta la moto —dijo Eliza.

—Antes tenía una Brough Superior de 1925, pero me la robaron a principios de año. Esta es una Harley-Davidson.

Avanzaron rápidamente, mientras las ruedas de la moto levantaban nubes de polvo, pero Eliza se concentró en el camino que tenían delante y, cuando se le pasó la extraña sensación de timidez que la invadía al estar cerca de Jay, decidió aprovechar esta oportunidad de conocer mejor al príncipe. Había muchas cosas que aún no sabía de él y de su mundo. A veces parecía sumido en una especie de oscuridad, pero al mismo

tiempo estaba lleno alegría y de vitalidad, aunque también tuviese carácter. Sin duda, tenía carácter.

—No irás a decirme que va a ser otro viaje de varios días, ¿verdad? —gritó, levantando la cara hacia la motocicleta.

Jay rio.

—No queda tan lejos, estaremos de vuelta antes de la hora del té. Pero hay mucho que ver. Es la aldea perfecta. Podrás ver cómo es la vida en el campo y, con un poco de suerte, retratar alguna que otra cara interesante. Además, es donde nació Indi.

Mientras recorrían las llanuras de Rajpután, descubrió que el aire era sorprendentemente húmedo. Eliza vio cabras pastando en mitad del camino y

pasaron junto a rebaños de camellos y de búfalos. Se dio cuenta de lo rápido que se estaba aclimatando a este nuevo mundo. Le encantaba el olor a arena del desierto y el viento que le alborotaba el pelo. Era como si la brisa la llenase de todo aquello que le había faltado durante tanto tiempo.

—Aquí la vida sigue siendo sencilla, como desde hace siglos —gritó Jay, por encima del ruido del motor—. Los artesanos tejen alfombras de pelo de camello, como han hecho siempre, y fabrican cántaros de agua con la arcilla de la zona. Me gusta venir a observar los pájaros.

—¿Eres ornitólogo aficionado?

—Yo no diría tanto, pero somos punto

de paso para muchas especies migratorias. Si estás atenta, verás periquitos y pavos reales.

Mientras Jay hablaba, Eliza no dejaba de pensar y de apreciar un nuevo entusiasmo por la vida que no había experimentado nunca. Cada vez que se veían, el príncipe la sorprendía con algo nuevo.

—Si nos acercamos al lago Olvi, podrás ver aves acuáticas, garzas, martines pescadores, somormujos y aves zancudas. A veces hay grullas damiselas.

—Para —dijo, entre risas—. Entre la arena y el calor, no puedo pensar con claridad. Es demasiado para asimilarlo y apenas te oigo con el ruido de la moto.

En aquel momento, Eliza vio a un animal que no había visto nunca y Jay detuvo el motor.

—Es una *chinkara*, una gacela asiática, aunque por aquí se ven más antílopes negros. —Jay pareció perder el hilo e hizo una pausa, como si estuviese pensando en algo—. Si bien es cierto que la vida diaria no ha cambiado en muchos aspectos, quiero que entiendas que para nosotros, los gobernantes, las cosas ya no son como antes. Los británicos nos han suplantado en el poder e instaurado su propio sistema de dominio indirecto.

Eliza frunció el ceño, pero el tema le interesaba lo suficiente como para hacerle una pregunta.

—Lo que no entiendo es por qué los príncipes firmaron los tratados con los británicos. ¿Por qué cedieron tanto?

—Originariamente, los *rajputs* no provenían de esta región, así que tuvieron que conquistar las tierras, que pasaron a ser suyas. Todo giraba en torno al parentesco, al clan y a la conquista de territorios. Los distintos clanes estaban en guerra continua, en un intento de adquirir todavía más tierras y riquezas. Nuestro poderío militar aumentó gracias a los matrimonios de conveniencia entre los distintos clanes.

—En Inglaterra es igual: los aristócratas solo se casan entre sí. ¡Así les salen los niños, con las barbillas poco pronunciadas!

Jay se echó a reír.

—Los británicos se ofrecieron a salvaguardar nuestros territorios, pero a cambio tuvimos que subordinarnos a ellos.

—Me extraña que aceptarais.

—Supongo que estábamos hartos de luchar entre nosotros y de pagar el precio de la guerra. Los británicos tenían miedo de que los estados principescos se sublevaran, así que nos mantenían aislados unos de otros. Las cosas han mejorado un poco, ahora que están más abiertos a tener una relación de cooperación.

—Somos muy distintos, ¿verdad? —dijo—. Me refiero a los británicos y los *rajputs*.

—Completamente distintos, aunque a los británicos les gusta la idea de la nobleza. Pero a algunos nos cuesta asimilar las diferencias. Algunos de los hombres que se educan en Inglaterra pierden el norte al volver a la India y, al no tener un objetivo claro, se dan a la bebida.

—¿A ti también te cuesta?

—Tengo un pie en cada mundo, pero ninguno de los dos es mi verdadero lugar —dijo, entre risas—. Mi hermano se contenta con ser un príncipe de opereta. Yo no.

Permanecieron en silencio unos instantes, mientras Eliza reflexionaba sobre lo dicho y Jay encendía un cigarrillo. Bajó del sidecar para estirar

las piernas y lo miró, fumando a horcajadas sobre la moto. El viento le había alborotado el pelo y tenía la mano izquierda manchada de aceite. Se la frotó descuidadamente en los pantalones y le sonrió. Era un hombre complejo y, aunque había hablado de su vida un tanto a la ligera, Eliza no creyó que de verdad fuese feliz viviendo sin rumbo. Aunque exudaba soltura y encanto, intuyó que escondía algo más.

—Pero tú tampoco eres feliz —Jay interrumpió sus pensamientos, como si le hubiese leído la mente.

—No sé a qué te refieres —dijo, irritada de repente. Era un tema demasiado delicado. Además, ahora que el aire había perdido la humedad y la

frescura de antes, el calor, que empezaba a apretar, la puso susceptible.

—Intentas aparentar indiferencia, pero empiezo a no creérmelo.

—Vaya, no te andas con rodeos —dijo Eliza, esforzándose por no parecer ofendida—. Y te gusta meterte donde no te llaman.

Se hizo una breve pausa.

—Ya te lo he dicho: no soy británico.

—¡Eso está claro!

—Los británicos creen que nos han llevado por el buen camino —continuó—, pero, simplemente, algunas de las viejas costumbres han pasado a la clandestinidad.

—¿A qué te refieres?

—Estoy pensando en Indi. Y en lo que

estuvo a punto de pasarle.

Eliza frunció el ceño.

—Vino al castillo porque hace mucho tiempo su abuela me salvó la vida. Mi madre le dio a su abuela un retrato en miniatura en señal de agradecimiento y le dijo que si alguna vez necesitaba ayuda, llevase la miniatura al castillo y preguntase por la maharaní.

—¿Y qué pasó?

—Que Indi aprendió a copiarla.

—¿Con ayuda de un *thakur*?

—Sí.

—Pero ¿qué es lo que estuvo a punto de pasarle?

—Te lo contaré después. Pero ahora tenemos que irnos.

—Mira, antes de irnos, no sé si

debería decírtelo, pero Devdan me advirtió de que no pasase tiempo contigo porque podría causarme problemas con Chatur.

—¿Eso te dijo?

—El caso es que vi algo durante el partido de polo en el que te lesionaste. No te lo dije antes porque pensé que serían imaginaciones mías, pero vi que Chatur y otro hombre se reían de tu caída. Me pregunto si...

Jay la interrumpió.

—Te preguntas si Chatur anda detrás del accidente. ¿Es eso lo que crees?

—Supuse que solo era una broma, pero ¿crees que podría ser algo serio?

Jay frunció el ceño y pareció pensar en lo que acababa de decirle. Al poco,

murmuró:

—Chatur es una amenaza, pero mi hermano no se da cuenta. No se detendrá ante nada. Ya se lo he advertido a Anish.

—¿Cómo que no se detendrá ante nada? ¿Qué es lo que pretende?

—Controlar a mi hermano y hacerse con el poder.

Eliza suspiró. Todo esto le venía grande.

Jay volvió a arrancar la motocicleta y siguieron adelante durante un rato. Ninguno de los dos hizo intento de hablar hasta que Jay se detuvo en una aldea donde una fina capa de polvo cubría las casas de adobe. Contenta de poder estirar las piernas, Eliza bajó del sidecar y miró a su alrededor. Casi

parecía que las casas hubiesen brotado de la tierra como árboles o arbustos, y la sencilla belleza de las líneas curvadas de las construcciones despertó su curiosidad de fotógrafa. Esta vez, solo usaría la Rolleiflex.

—El *garh* o fortaleza es la casa solariega del terrateniente de esta zona —explicó Jay—. Antes que nada, te lo presentaré.

—¿Y a los aldeanos también?

—Sí, sí, pero debemos presentarnos ante el *thakur* primero. Le interesa el arte; de hecho, tiene cierto talento como artista. Es el noble que tomó a Indi bajo su protección. Tenemos mucho que agradecerle.

Mientras paseaban por la aldea, Eliza

sonrió al ver la armoniosa mezcla de artesanos absortos en sus oficios, mujeres que caminaban como reinas para ir a buscar agua al pozo, niños que corrían y gritaban por las calles y hasta animales pastando. Había perros dormitando por todas partes y todas las personas con las que se encontraron parecían amables. A pesar de los comentarios personales que Jay había hecho antes, sintió una inmensa gratitud por que la hubiese llevado a la aldea, y lo siguió mientras recorría con soltura las calles a grandes zancadas.

—La familia del *thakur* pertenece al mismo clan que nosotros —explicó—. Y mi hermano Anish es el jefe del clan. Mira, ahí está el fuerte.

Eliza contempló una fortaleza dorada, pequeña pero muy bonita. Tras atravesar un arco de piedra, un criado los guio hasta un jardín interior, donde el *thakur* estaba pintando frente a un caballete. Era otro de esos hombres altos de aspecto digno a los que Eliza estaba empezando a acostumbrarse a conocer, solo que el noble tenía el bigote salpicado de canas y era evidente que era mucho mayor que Jay. Se levantó del asiento, se secó las manos con un paño y se les acercó con los brazos abiertos.

—Bienvenidos, bienvenidos —los recibió—. Jayant, qué alegría verte a ti y a tu bella acompañante. ¿Qué puedo ofreceros?

—Una bebida fría para los dos —dijo

Jay—. ¿Te parece bien, Eliza?

Ella asintió y juntó las palmas de la mano a modo de saludo.

—Por favor, tomad asiento. —
Mientras se acomodaban, el *thakur* siguió hablando—. La fortaleza se construyó hace unos doscientos años y fue un regalo del maharajá como recompensa a la valentía de mi antepasado. A cambio de las tierras, él se comprometió a mantener ocho monturas para la caballería del maharajá y a luchar en las batallas que se produjesen. Por suerte, yo ya no tengo que cumplir este acuerdo.

Eliza sonrió.

—Esperaba poder tomar algunas fotografías de los aldeanos. ¿Cree que

les importará?

—Ningún problema. Creo que la fotografía es el nuevo arte.

—Espero que no sustituya a la pintura, sino que coexista con ella.

—Estoy de acuerdo. Jayant me ha dicho que habla nuestro idioma.

—Un poco.

—Peca de modestia.

—¿Cómo está Indira? —le preguntó el *thakur* a Jay. Aunque sonreía, no pudo disimular una mirada tensa—. Rara vez nos visita.

—Y sé que entiende por qué.

El noble pareció apenado.

—Sí, aunque echo de menos su presencia y su alegría. Pero no demos más vueltas al pasado.

Eliza quiso saber más, pero, por la expresión en el rostro de ambos, entendió que sería mejor no preguntar. Cuando se levantaron, Jay y el *thakur* se alejaron un momento, de forma que no pudo oír lo que decían.

Entonces el *thakur* los llevó hasta la salida del fuerte.

—En tiempos, la fortaleza estaba rodeada de muros de adobe. Mi abuelo construyó estas murallas de piedra, pero la mayor parte del *garh* sigue tal y como era en un principio. Ampliaron la puerta para que pudiese pasar un hombre sentado en un *howdah*, a lomos de un elefante.

—Es espléndida —dijo Eliza.

El *thakur* asintió.

—Antes de hacer las fotografías, ¿le gustaría conocer a la abuela de Indira?

—Me encantaría.

—La llevaré hasta allí y después la dejaré trabajar.

Una vez en la aldea, se detuvieron frente a una choza sencilla con un pequeño patio y un escuálido rosal. El *thakur* llamó en voz alta y una mujer mayor de aspecto impecable, con el pelo cano, salió de la choza, como si estuviera esperándolos. Los miró sin sonreír y se cubrió el cabello con un pañuelo.

—No habla inglés. ¿Crees que la entenderás? —le preguntó Jay.

—Si no la entiendo, te lo diré.

Eliza se concentró mientras Jay y el

thakur hablaban con la mujer. Ante todo, quería oír que Indira estaba bien y feliz y pareció satisfecha con sus respuestas, que la hicieron relajarse visiblemente. Pero cuando Eliza oyó mencionar su propio nombre, la mujer la miró fijamente y pidió a Jay que repitiera lo que acababa de decir.

—Eliza Fraser —dijo.

La expresión de la mujer se volvió hostil y retrocedió varios pasos rápidamente. Entonces, tan repentinamente como había aparecido, volvió a meterse en la choza, dando por terminada la conversación. Jay y el *thakur* intercambiaron miradas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, incómoda y desconcertada.

—No es nada por lo que debas preocuparte —la tranquilizó Jay.

Eliza aceptó lo que le decía sin hacer comentarios, pero pensó que tenía que haber algo más. El *thakur* intervino para limar asperezas.

—Me gustaría hablarle de las rentas. Como ocurre desde tiempos inmemoriales, la mayor parte proviene de las tierras. Los campesinos cultivan los campos para mí y, a cambio, reciben parte de la cosecha. A los pastores se les permite que sus animales pasten en las tierras a cambio de parte de sus rebaños.

—Mi amigo Devdan tendría algo que decir al respecto —dijo Jay, con una sonrisa.

El *thakur* levantó las manos, aparentemente alarmado.

—Recuerda que conozco a tu amigo. Es un agitador, ¿verdad? Un joven peligroso. Un *badmash*.

—En realidad, no es mal tipo. Solo un poco bocazas.

—Bueno, yo me andaría con ojo. Pero ahora debo decirles adiós. Encantado de conocerla, señorita Fraser.

Y, dicho esto, volvió a llevarse a Jay a un lado para decirle unas cuantas palabras en privado.

Después, Jay y Eliza caminaron por las afueras de la aldea. El príncipe estaba más callado que antes y Eliza no sabía por qué, aunque no pudo evitar pensar que tenía algo que ver con ella, y

la idea hizo que un escalofrío de alarma le erizase los vellos de la nuca. Pero, como estaba tan ocupada (un carrete solo permitía hacer seis fotografías, así que cada pocos minutos Eliza tenía que meterse en un lugar oscuro a cambiar el carrete, mientras lo protegía con la bolsa), no le preguntó qué le pasaba. Luego, a medida que se adentraban en las estrechas callejuelas y vio la forma tan rudimentaria en que vivía la gente en esta llanura estéril, la horrorizó la extrema pobreza. ¿Cómo podían permitir que los habitantes del castillo nadaran en la abundancia mientras estas personas languidecían en plena miseria? En los callejones, algunos de los niños estaban completamente desnudos, y Eliza tuvo

que ir con cuidado para evitar pisar el reguero de agua sucia que corría por una zanja en mitad de la calle. Aquí la gente estaba más delgada y llevaba grabada la miseria en las arrugas del rostro. Al ver la diferencia entre esta parte del pueblo y la que habían visitado antes, se quedó en silencio. Aunque no tenía nada de romántico, hizo fotos de cada detalle: de los pobres, los abandonados y los aparentemente olvidados. Y se le pasó por la cabeza que, al retratar la lamentable situación de los pobres, tal vez encontrase la forma de dar voz a los que no la tenían.

Cuando volvió a subir al sidecar, Jay le preguntó si le apetecía ir a un bazar a pocos kilómetros de distancia, donde

podría comprar telas decoradas con dibujos impresos con bloques de madera tallada a mano. Además, él tenía asuntos de los que ocuparse en la zona.

—Es un pueblo remoto y poco visitado. Si quieres conocer la auténtica Rajpután, no tendrás una oportunidad mejor.

Era una sugerencia de lo más amable, aunque Jay habló con voz solemne y en un tono cortante que Eliza no había percibido hasta entonces. Mientras recorrían el camino más accidentado con el que se habían topado hasta el momento, Eliza pensó en la abuela de Indi y decidió pedirle a Jay que le hablase de la chica.

Jay detuvo la motocicleta por un

momento, como si estuviese decidiendo qué camino seguir.

—Antes dijiste que algunas de las viejas costumbres han pasado a la clandestinidad y mencionaste a Indi. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Esperaba que ahora estuviese dispuesto a explicárselo.

Jay suspiró.

—Ya habrás notado que Indi es diferente. Tiene la piel algo más clara que el resto de nosotros y no sabe quién es su padre. Y para colmo de males, su madre la abandonó. Aunque descende de una larga estirpe de guerreros *rajput*, al menos por parte de madre, sufre la deshonra de haber perdido a sus padres. Los lazos de sangre lo son todo para

nosotros.

—Pobrecilla —dijo Eliza, consciente de lo duro que era crecer sin un padre. Al no tener ni padre ni madre, Indi debía de sentirse completamente perdida y vivir con una terrible sensación de aislamiento. No era de extrañar que estuviese tan unida emocionalmente a Jay.

Se habían quedado en silencio y, cuando Eliza miró a Jay, este se giró para devolverle la mirada.

—¿Qué? —dijo.

—¿Tan ciego estás que no te das cuenta de que está enamorada de ti?

Jay la miró desconcertado, frunció el ceño y habló casi como si Eliza no estuviese allí.

—Tonterías. Indi es como una hermana para mí.

Eliza resopló discretamente y por un momento se hizo un incómodo silencio.

—Consiguió destacar de entre el resto de aldeanos gracias al interés del *thakur*, y si no hubiera sido por la protección de su abuela, la habrían señalado como *dakan*.

—¿Qué quiere decir?

Jay la miró, como intentando evaluar su reacción.

—Una mujer sospechosa de brujería.

—¿Hoy día?

Asintió lentamente con la cabeza.

—Cuando otra mujer a la que consideraban *dakan* fue hallada muerta con un hacha clavada en la espalda, la

abuela de Indi reaccionó rápidamente y la envió al castillo con la miniatura original y algunas de sus propias pinturas. Indi le dijo a Laxmi que no tenía un lugar seguro en el que vivir, y como estaba en deuda con su abuela, mi madre tuvo que acogerla. A las brujas les clavan un hacha en la espalda.

Un escalofrío de alarma recorrió el cuerpo de Eliza.

—¿Quieres decir que podían haberla matado a ella también? Así que a eso te referías cuando dijiste que te preocupaba lo que estuvo a punto de pasarle...

—Indi tiene talento y es muy guapa. Otras mujeres estarían celosas.

Al recordar la belleza de Indi, Eliza

estuvo de acuerdo.

—¿Qué pasó cuando llegó al castillo?

—Empezó trabajando de criada, pero cuando descubrimos su talento, mi madre le encomendó la tarea de pintar a todos los miembros de la familia real. Se convirtió en los ojos y los oídos de mi madre. Recuerda que, por entonces, Laxmi era maharaní. No sé muy bien cómo lo hace, pero Indi sigue teniendo un oído especial para las intrigas, chismorreos y conspiraciones que se cuecen en el castillo.

—Laxmi debió de ser una reina maravillosa.

—Lo fue. Y una madre maravillosa... aunque, a veces, demasiado maravillosa. La última parte de la frase la dijo casi

como en un aparte, y Eliza no pudo evitar comparar a Laxmi, que parecía desvivirse por sus hijos, con el desinterés de Anna. Hasta el momento, Eliza no había pensado mucho en la maternidad y no tenía gran concepto de ella.

Jay parecía distraído, como si sopesase los dos caminos que tenía por delante y se preguntase cuál debía tomar. Pronto retomó el comentario anterior de Eliza.

—Aunque, por supuesto, los británicos prohibieron utilizar las palabras «rey» y «reina». Así que mi padre se vio obligado a convertirse en «jefe». Y nos prohibieron llevar corona, que quedó reservada a la realeza

británica.

Eliza hizo una mueca.

—La verdad es que casi tiene gracia, pero no puedo evitar sentirme culpable.

Jay le dedicó una mirada franca.

—No tienes por qué. Nosotros también hicimos muchas cosas mal. Si no fuera porque un hijo suyo ha subido al trono, mi madre, al ser viuda, no disfrutaría del estatus privilegiado que tiene.

—Ya veo.

—Será mejor que sigamos adelante.

—Volvió a subirse a la motocicleta—. Creo que es por aquí.

Después de recorrer unas millas, apagó el motor y se detuvieron.

—No te alejes, por favor —dijo,

apoyando la moto contra un árbol. Aunque se esforzó por caminar con aire despreocupado, Eliza intuyó que pasaba algo por lo tensos que tenía los hombros y la expresión inquieta de su rostro. Se acercó a un lugareño y hablaron animadamente, Jay levantando la voz, y el hombre, negando con la cabeza.

Eliza oyó un extraño balido ahogado y, al mirar por un callejón que salía hacia un lado, vio a una cabra viva colgada por las patas traseras. Se estremeció cuando uno de los aldeanos desenfundó una espada y decapitó al animal de un tajo.

Jay se volvió hacia ella.

—Rápido, vuelve al sidecar.

—Pero acabo de ver a un...

—No hables, tenemos que darnos prisa. —Le puso una mano sobre la espalda y casi le dio un empujón.

—¿Qué pasa?

Mientras arrancaba la motocicleta, Jay se giró hacia ella, con una expresión de profunda angustia en la cara.

—Te dije que las antiguas costumbres habían pasado a la clandestinidad.

—Sí.

—Está a punto de suceder algo terrible.

MIENTRAS JAY CONDUCCIÓN frenéticamente por un camino de tierra cada vez más rocoso, Eliza se agarró a su asiento y sintió que el miedo le formaba un nudo en la garganta. No saber de qué huían la ponía todavía más nerviosa, y nunca lo había visto tan preocupado. Intuía que Jay vivía en un mundo que estaba más allá de su vista, un reino interior que protegía celosamente y que, al igual que el principado *rajput*, que quizá nunca

llegase a entender, este hombre encerraba capas y más capas. Oculto bajo los rituales y costumbres de su vida había algo importante, algo que lo unía todo. Se preguntó qué sería y decidió intentar aprender más sobre los dioses hindúes. Puede que eso la ayudase a comprender mejor a estas personas, pero por ahora el secreto de Jay no tenía nada de místico ni de extraño; simplemente eran los pensamientos íntimos de otro ser humano que, en aquel momento, había decidido excluirla de su mente.

—Dímelo, por favor —gritó—. ¿Qué es lo que pasa?

—Van a quemar a una viuda. El *thakur* había oído rumores de que iba a

ser mañana, pero la abuela de Indira me dijo que fuese a la aldea de la que acabamos de salir, y me he enterado de que es hoy.

—Dios mío. ¡Creí que habías dicho que el *satí* era ilegal! Tenemos que detenerlo.

—Es lo que estoy intentando. Es ilegal, pero eso no significa que no se haga. La gente sabe que los británicos se mostrarán reacios a intervenir si lo celebran en un lugar remoto.

El sol, que ahora estaba en el punto más alto, caía a plomo sobre un paisaje blanqueado y completamente desierto que se había vuelto amenazador. Al borde de las lágrimas, Eliza deseó estar en cualquier lugar del mundo menos allí.

—Mira, Eliza —continuó Jay—. Ya te advertí que los antiguos rituales habían pasado a la clandestinidad. Y vamos a enfrentarnos a uno de ellos.

—Pero ¡quemar viva a una mujer!

—Las cosas no cambian de la noche a la mañana.

Mientras Jay conducía en silencio, Eliza contempló la belleza descarnada de las estribaciones del desierto, completamente asqueada por dentro. Algo más tarde, el tañido de los tambores les alertó de que se acercaban.

Cuando Jay bajó de la motocicleta, Eliza hizo ademán de seguirlo.

—No, quédate aquí. Puede que lleguemos tarde.

—Voy contigo.

Jay hizo una pausa que solo duró una fracción de segundo.

—De acuerdo, pero tendremos que correr.

Aunque el mes de diciembre se consideraba el invierno de Rajpután, podía hacer más calor que en pleno verano inglés. El día de hoy no era ninguna excepción, y Eliza ya tenía la frente perlada de sudor.

—Cúbrete la cabeza y la cara con el pañuelo.

Mientras se acercaban a la reunión, el golpeteo de los tambores y una especie de cántico invadieron el aire.

—¿Qué está pasando?

Jay dejó de correr y se quedó quieto un momento.

—¿Ves algo más allá, detrás de ese edificio, junto al lecho del río seco?

Eliza se giró para mirar a un nutrido grupo de personas casi completamente oculto por el edificio.

—Voy a tener que rodearlos, pero quiero que te quedes aquí. No puedes hacer nada, pero si les digo quién soy, tal vez consiga detenerlo.

Esta vez Eliza obedeció y esperó, al menos durante un rato; pero, pasados unos minutos, cuando Jay quedó fuera de su vista y comprobó que los cánticos no cesaban, empezó a temblar. Corrió tras él hasta llegar al edificio, donde se dio cuenta de que el sonido del tambor era una invocación a la muerte.

Primero vio a Jay negando con la

cabeza y discutiendo a voces con un grupo de hombres. Eliza no veía a la chica, pero a unos veinte metros de distancia un sacerdote, de pie junto a la pira funeraria, balanceaba un objeto grande lleno de incienso. Otro hacía sonar una campana que resultaba audible incluso por encima de los tambores, mientras que otros dos hombres vertían aceite de sendas jarras de barro sobre los troncos de madera noble. Cuando otro hombre encendió una antorcha y la pegó a la madera ya preparada, varias llamas prendieron de inmediato, para apagarse poco después. Entonces oyó un aullido terrible y penetrante y por fin vio a la chica, a la que traían a rastras.

Eliza dio un paso adelante y gritó,

pero ni siquiera la miraron. Todos los ojos estaban puestos en la figura menuda que los hombres arrastraban hacia la pira. Se hizo el silencio y Eliza comprobó horrorizada que, aunque la chica tenía las manos atadas, por un momento pareció resignarse a su destino. Pero entonces todo cambió: Jay le dio la espalda a los sacerdotes, salió corriendo hacia la chica y, abriéndose camino a codazos y empujones, consiguió romper el cordón de hombres.

Se oyeron un chisporroteo y un siseo y, de pronto, la pira entera salió ardiendo. A Eliza casi se le para el corazón cuando Jay agarró a la chica de las manos y empezó a tirar de ella para alejarla de las llamas. Pasaron unos

segundos en los que Eliza olió el miedo de la chica en su propia nariz y sintió su terror en su propia piel temblorosa. Jay intentó arrastrarla con todas sus fuerzas y por un momento pareció que también iba a morir quemado; pero entonces tres de los hombres lo agarraron y lo separaron de la chica. Jay se esforzó por escabullirse y volver a abalanzarse sobre ella, pero los hombres lo tenían aferrado con todas sus fuerzas. Ahora las llamas se levantaron por los bordes de la pira, encerrando a la chica en el centro, de donde seguía intentando escapar. Gritó y gritó cuando un grupo de varios hombres y una anciana rodeó la pira y volvieron a empujarla hacia dentro, esta vez con palos largos, en

dirección al cadáver envuelto en un sudario blanco que descansaba boca arriba sobre los troncos.

Aun así, la chica se las arregló para darles esquinazo y correr hacia un lado de la hoguera, donde las llamas eran algo más débiles. Un hombre alzó la espada, dispuesto a atacarla, por lo que se vio obligada a retroceder hacia las llamas. Desde el otro lado de la pira una gran multitud la observaba en silencio. Eliza sintió ganas de correr hacia la hoguera y sacar a rastras a la chica, pero entonces Jay logró escapar y, una vez más, intentó llegar hasta la viuda. Pero era demasiado tarde: en ese mismo momento las llamas amarillas empezaron a lamerle los pies a la joven;

se le prendió la falda, luego el chal y por último el pelo, que ardieron con una llamarada tan viva y cegadora que Eliza apenas pudo mirar. Mientras el infierno envolvía a la chica, Eliza no vio a Jay, pero continuaron los gritos, en un tono cada vez más desesperado.

Una despiadada nube de humo negro se elevó en el aire y, con ella, un olor que Eliza supo que no olvidaría mientras viviera. El viento avivó las llamas, que se retorcieron y bailaron, elevando los gritos de la chica hacia el cielo azul y completamente despejado.

Eliza dio unos pasos atrás, tambaleándose, y echó a correr a lo loco, en un intento de dejar atrás la terrible escena. Y cuando la mujer dejó

de gritar, lo único que se oyó fue el crepitar del fuego. Totalmente conmocionada, se dobló hacia delante y, cegada por las lágrimas, notó que Jay la rodeaba con los brazos para alejarla del olor a carne quemada.

—No deberías haberlo visto —dijo.

Eliza se retorció hasta liberarse y le golpeó el pecho con los puños.

—¿Por qué ha tenido que pasar? ¿Por qué?

Jay volvió a abrazarla, esta vez con más fuerza, y Eliza vio que se había quemado una de las manos.

—Te has hecho daño.

—No es nada.

—Ví cómo intentabas salvarla.

Jay negó con la cabeza.

—Era demasiado tarde. Tenía la esperanza de convencerles de que no lo hicieran. Escondieron a la chica y pensé que tenía tiempo.

Le rodeó los hombros con el brazo y la ayudó a volver a la motocicleta.

Mientras subía al sidecar, con el corazón todavía latiendo al ritmo del tambor que había convocado implacablemente a una mujer a su muerte, Eliza se echó a llorar. Cuando se le pasó un poco, miró a Jay, que tenía los brazos cruzados sobre el manillar y la frente apoyada en las manos. Sentía un dolor tan desgarrador en el pecho que pensó que su propia voz iba a tomar el relevo de los gritos desesperados de la mujer.

—Era muy joven —dijo.

Eliza no respondió, pero tragó una bocanada de aire en un intento de respirar con normalidad.

—No vamos a volver a casa. Creo que te llevaré a mi palacio. Está a solo una hora del castillo de Juraipur, pero tendremos más privacidad. Podremos hablar libremente, a diferencia de en el castillo.

—No hay nada de qué hablar —se las apañó para decir a través de los sollozos, que amenazaban con volver a estallar.

—Hay mucho que decir, pero antes hay que ocuparse de las emociones que provoca presenciar una cosa así. Para mí no era la primera vez.

No hablaron durante el viaje y, después de aproximadamente una hora, llegaron a lo que en seguida reconoció como un palacio de una belleza marchita. Jay la condujo, a través de una enorme puerta abierta en una alta y extensa muralla, hasta un hermoso patio rodeado por edificios de piedra dorada por tres lados, con puertas que daban al espacio central.

—Las dependencias del servicio, los establos y los almacenes —explicó.

En el lado contrario a la puerta de entrada una galería con columnas se extendía a lo largo de un antiguo edificio de dos pisos. Estaba claro que aquí había agua porque, a diferencia del resto de sitios en los que había estado, el

patio era sorprendentemente verde y unas flores que parecían petunias de color rojo y rosa rebosaban de las macetas que adornaban los bordes del jardín. Un árbol alto, de hojas alargadas y salpicado de flores amarillas, se erguía en el centro, proporcionando una generosa sombra a los dos bancos que tenía debajo.

—Es una acacia siamea —dijo, al ver que Eliza lo miraba—. Pueden llegar a medir veinte metros. Esta no ha crecido tanto todavía. Utilizamos la madera de acacia para hacer muebles y otros objetos. Hay más en los jardines, allí atrás —dijo, señalando hacia un punto más allá de la columnata.

Cuando atravesaron el edificio, otra

galería y la terraza que conducía hasta una escalera exterior en la parte trasera, Eliza vio los extensos jardines y un huerto. La brisa le trajo el olor a hierba y respiró la frescura del aire. Aunque seguía sin saber cómo iba a superar la repulsión y el horror que sentía, traerla a este refugio de paz había sido muy atento por parte de Jay. Se detuvo un momento para mirar a lo lejos y vio que en la parte trasera del palacio la tierra descendía con una suave pendiente.

Jay la condujo hasta uno de los dormitorios del primer piso.

—Cuando haga más fresco y estés preparada, baja a la terraza a buscarme —dijo, dándole un apretón en la mano—. Hasta luego.

Eliza se tumbó en la cama, en la que era evidente que no había dormido nadie desde hacía tiempo. Oía a bolitas de alcanfor, pero también había un sutil perfume que le recordó a Laxmi. Tal vez hubiese sido el cuarto de la madre de Jay en algún momento. Junto al dormitorio había una pequeña salita, que Jay llamó *dari khana*, con el suelo cubierto por una gran alfombra y varios cojines. Eliza intentó pensar en otras cosas, pero no dejaba de oír los gritos de la mujer, que se repetían una y otra vez en su cabeza. Como forastera en una tierra extraña, esperaba que venir a la India la ayudase a encontrar el norte, pero cada vez se sentía más perdida. No era un mundo cómodo para ella, ni para

ninguna mujer, pensó. Ni siquiera sabía si corría peligro o estaba a salvo. Y para colmo de males, era viuda. ¿Qué se sentiría al morir de forma tan atroz? Un dolor desgarrador, un miedo insoportable y una crueldad más terrible de lo que jamás habría imaginado.

Cuando empezó a oscurecer y el cielo se tiñó de rosa y luego de lila, fue en busca de Jay, al que encontró sentado en una butaca de mimbre con un whisky en la mano en la galería con arcos de la parte trasera del edificio, más pequeña e íntima que el pórtico con columnas de la parte delantera. Con aire abatido, se pasó la mano por la cabeza para apartarse el pelo alborotado de la cara. Cuando se frotó la frente, Eliza vio que

la tenía tiznada de negro por el fuego.

—Antes vivíamos aquí la mayor parte del tiempo —dijo, indicando con un gesto de la mano vendada el paisaje que se extendía al otro lado de la galería—. ¿Te apetece una copa?

Mientras un mayordomo le traía una bebida, se sentó en un sillón frente a Jay. A medida que caía la oscuridad, la luna se elevaba en el cielo, proyectando una luz plateada sobre el jardín, donde el perfume nocturno a tierra y a una mezcla de salsas intensamente aromáticas impregnaba el aire. Pensó que podría perderse en el agradable calor de la noche, pero entonces Jay empezó a hablar.

—Un par de semanas antes de morir

mi abuelo, mi abuela dejó de comer y beber. Cuidó de su marido y lo atendió durante su enfermedad, pero una noche, ya casi de madrugada, oí que cantaba *ram, ram* una y otra vez. Mi abuelo acababa de morir y ella estaba anunciando que iba a cometer el *satí* cuando lo cremasen a la mañana siguiente. Creía que sobrevivir a su marido era una deshonra para una mujer.

Se metió en el bolsillo una caja de cerillas que había sobre la mesa, se levantó y cogió una vela de una caja de metal que colgaba de la pared. Sacó la caja de cerillas, encendió una y prendió la vela. Cuando usó la mecha encendida para prender un par de lámparas fijadas a la pared exterior, el olor a aceite

ardiendo invadió el aire. La luz parpadeó y Eliza observó la estela de humo durante unos minutos.

—¿Y tú estabas allí?

—Mi madre y yo fuimos a su palacio porque sabía que a su padre no le quedaba mucho tiempo. Cuando murió, mi abuela se lavó, se puso su traje de novia y veló el cadáver de mi abuelo durante el resto de la noche, con el aullido de los perros de la ciudad como única compañía. Al salir el sol, llegó su *devar*, el hermano de su marido, para realizar los últimos ritos. Cuando una *satí* camina hacia la pira, la acompaña una multitud, que ya había empezado a congregarse.

—¿Y lo viste todo?

Jay, que hasta entonces había tenido la mirada perdida en la oscuridad, ahora se volvió para mirarla; con los ojos sombríos, sin rastro de su luz habitual, y con los labios retorcidos en una sonrisa forzada.

—Mi abuela envió un criado a buscarme, pero mi madre interceptó el mensaje y ordenó que me encerraran en mi habitación. Pero, aunque mi madre se opusiese, tenía que verlo, así que me escapé por la ventana. Quería mucho a mis abuelos. —Hizo una pausa y tragó saliva antes de continuar—. A veces atan a las mujeres a la pira. Pero a mi abuela, no. Cuando por fin llegué, las llamas ardían furiosamente y ni siquiera pude verla, pero sí la oí. Estuvo

cantando *ram, ram* hasta el momento de morir. Aún hoy la gente sigue rindiéndole culto.

Eliza se quedó en silencio unos instantes. Observó las facciones marcadas y las líneas angulosas de su rostro, que parecía más poblado de sombras a la luz de las lámparas, y vio el dolor y la conmoción que llevaba grabados. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Pero entonces Jay encorvó los hombros, se hundió en el silencio y pareció retirarse a su interior, mirándose las manos con la cabeza gacha. Vio cómo se le tensaba el músculo de la mandíbula. Y pensar que un niño fue testigo de algo tan terrible... Debió de dejarlo roto, como la muerte de su padre

la había dejado rota a ella.

—¿Cuántos años tenías?

—Trece. Fue una semana antes de mi catorce cumpleaños, durante las vacaciones del colegio; si no, habría estado en Inglaterra.

Eliza lo miró con lágrimas en los ojos, llena de compasión por el niño que había sido.

—Y supongo que, cuando volviste a la escuela, no se lo dirías a nadie.

Jay negó con la cabeza y la miró. Eliza sintió que, a través de esa mirada, podía ver su alma, y ella, la de él. Pero entonces bajó los ojos.

—Ya me consideraban un salvaje o una especie de mascota. Mi abuela adoraba a su marido y su muerte la dejó

destrozada, pero, aparte de mi madre, nadie trató de disuadirla. A su cuñado solo le preocupaba que, si no lo hacía, deshonoraría a la familia.

—¿Por qué lo permiten las mujeres?

Jay se encogió de hombros.

—Algunos siguen considerándolo el mayor signo de entrega y sacrificio que puede mostrar una mujer. Mi abuela quería estar con su marido en la otra vida, así que para ella era la única opción.

—Pero es un crimen contra las mujeres.

Volvió a mirarla, con una tristeza tan profunda en los ojos que sintió ganas de consolarlo, pero tenía que decirlo:

—¿Y si no hay otra vida, Jay?

Dejó escapar un profundo suspiro, pero le sostuvo la mirada.

—¿Tan poco valor tienen las mujeres aquí?

—Las que quieren ser *satis* dicen que es un gesto voluntario de entrega. Tú y yo diríamos que les han lavado el cerebro. No cabe duda de que han interiorizado las antiguas creencias. Las únicas opciones eran dejar que las quemasen o que las considerasen un fracaso como esposas.

—¿Y lo hacían sin coerción?

Jay resopló y, por fin, apartó la mirada. Por un momento, Eliza tuvo la sensación de que acababa de romperse un hechizo.

—No, no. Los sacerdotes, que reciben

algunas de las posesiones de valor de las mujeres, las animan. Sus parientes por parte de ambas familias, que quieren quedarse con sus joyas, las animan, y en algunos casos hay que drogar a las mujeres con *bhang*, que tú conoces como marihuana, u opio. O las atan al cadáver del marido con cuerdas, o las sujetan con pesos. Y aunque la vida de viuda es difícil, muchas intentan huir, lo que sería una deshonra para toda su familia.

—¿Porque el instinto de supervivencia es más fuerte que los lazos familiares y que cualquier promesa de inmortalidad?

—Así es.

—Pero algunas creen de verdad en el

satí, como tu abuela.

—Creo que sí. Para algunas es, y siempre ha sido, una elección profundamente espiritual. Es difícil de entender, ¿verdad? Pero se hace por muchas razones, no siempre por coerción ni por religión, y a veces una mujer deprimida o desesperada lo aprovecha para suicidarse, simple y llanamente, ya que el suicidio, por supuesto, es ilegal.

—Parece que la costumbre está ligada a una visión idealizada de cómo deben ser las mujeres.

—Tu cultura no es tan distinta, aunque es menos extrema, por supuesto.

—Nosotros no quemamos a las mujeres. —A pesar de la amargura que

tenía marcada en el rostro, Eliza lo fulminó con la mirada—. Y en Inglaterra no se practica el infanticidio femenino.

—Puede que ahora no, pero retrocede en el tiempo. ¿Sabes que cuando los británicos prohibieron el *sati*, empezaron a darse más casos que antes?

Eliza negó con la cabeza y se produjo un silencio incómodo.

—¿Qué piensas hacer?

—Decírselo a Anish y a Chatur, que no harán nada. Y también hablaré con Clifford Salter. Puede que los británicos intenten dar con los culpables, pero no llegarán a ninguna parte. Los aldeanos cerrarán filas.

—Podrías identificarlos.

—Los británicos no llevarán las

cosas tan lejos. Saben que la costumbre sigue viva.

—¿Por qué en todas partes del mundo se maltrata y siempre se ha maltratado a las mujeres? —dijo Eliza, con tal sensación de angustia que apenas le salía la voz.

Jay se encogió de hombros.

—Es la pregunta de siempre. Y no conozco la respuesta.

Eliza se dio cuenta de que estaban tratando temas muy delicados, pero al mismo tiempo, si iba a quedarse, sentía una necesidad cada vez mayor ya no de juzgar a la India, sino de entenderla mejor.

La noche cubría el jardín como una manta. Aunque no veía nada, oía el

chasquido de las ramas y a los animales que correteaban entre la maleza y vaciló unos instantes antes de abrir la boca, temiendo que, si decía algo inoportuno o metía la pata, los mismos cimientos de su vida se derrumbarían. Vio su reflejo en los ojos tristes de Jay y quiso darle algo de sí misma. Siempre había creído que, al no hablar de su padre, se protegía a sí misma; pero solo había conseguido vivir detrás de un cristal que ahora estaba a punto de resquebrajarse.

Por fin rompió el largo silencio y lo miró directamente a los ojos.

—Mi padre murió cuando tenía once años —dijo, con el corazón acelerado.

—Siento mucho oír eso.

Su mirada le indicó que era sincero.

—Yo también fui testigo de su muerte.

ELIZA ABRIÓ LOS ojos y descubrió una mañana dorada, con un aire tan dulce y fresco que casi consiguió convencerse de que lo ocurrido el día anterior no había sido verdad, sino solo una pesadilla disipada por la luz del sol. Si no hubiese sido por el olor. Cansada, se había metido en la cama vestida la noche anterior y ahora se arrancó con repugnancia la ropa, que todavía estaba impregnada del olor a sacrificio humano, y encontró una bata en un

armario alto de madera oscura. Se envolvió en el batín y bajó a la terraza, en busca de Jay.

En el jardín, el día era tan apacible que no se movía ni una hoja, pero aun así, percibió el olor de las hierbas aromáticas que manaba de los arriates y un perfume a jazmín y a madreselva impregnaba el aire. Vio que la galería arqueada que flanqueaba la terraza era de color arena y que la piedra relucía al sol de la mañana. La noche anterior no había podido distinguir el color.

—Ojalá la vida fuera siempre así — dijo, al ver llegar a Jay detrás del mayordomo, que llevaba una bandeja con un juego de café.

—¿Cómo?

—Pacífica.

Jay alzó la vista al cielo, como buscando una respuesta, y se volvió hacia Eliza.

—Aquí es donde está mi corazón —dijo, con los ojos relucientes de emoción—. Es aquí donde vengo cuando el mundo se vuelve insoportable. Y, casualmente, es donde nací.

—¿La habitación en la que duermo era la de tu madre?

Se miraron y él asintió con la cabeza.

—Todos tenemos el corazón roto. Tú, yo e Indi. Es lo que nos une.

Jay parecía absorto en sus pensamientos y Eliza consideró que tenía razón. La barba incipiente empezaba a asomarle en el mentón,

todavía llevaba la ropa de ayer y olía a tierra, arena y humo. Aunque se había limpiado las manchas negras de la cara, en cierto modo parecía perdido.

—¿Necesitas ropa limpia? — preguntó—. Yo la necesito urgentemente. Eliza asintió.

—Eso puedo arreglarlo.

—Y tengo que lavarme el pelo.

A diferencia de Clifford, Eliza empezaba a pensar que los británicos no habían sabido entender las costumbres de las razas nativas de la India. Pero hasta ahora había pensado que los británicos tenían la razón de su parte. Y sin embargo, si hacían oídos sordos a horrores como el *satí*, eso también los convertía en culpables. No cabía duda

de que habían actuado con excesiva severidad a la hora de aplastar las rebeliones, y, bien pensado, ¿qué derecho tenían a estar allí? Lo ocurrido ayer le había calado hondo. La misoginia tenía muchas caras en las distintas partes del mundo, pero nadie merecía que lo quemaran vivo, que lo cocinaran como si fuese un pedazo de carne. Nadie.

Contempló el hermoso jardín descuidado y la invadieron su calma y su serenidad. Era un lugar salvaje y maravilloso, con caminos despejados y exuberantes plantas florales (rosales trepadores, jazmines y muchas especies que ni siquiera conocía) que caían en cascadas. Aunque no era difícil ver

cómo podría ser todavía más magnífico; por ejemplo, abriendo huecos para que se apreciase mejor la vista en algunos lugares. Era evidente que aquí también había agua, y puede que la pendiente que describía la tierra tuviese algo que ver con ello.

Se decidió a preguntar.

—Parte del agua procede de la lluvia, que recogemos en pequeños depósitos. Durante las lluvias, se forman pequeños ríos o *nallahs* y tenemos pozos. Pero queda mucho por hacer: tenemos que construir presas, aljibes y cisternas. Básicamente, necesitamos un sistema de riego, pero no sé muy bien qué hacer.

—¿No quieres mejorar la vida de la gente?

Jay frunció el ceño, pero era evidente que esta última idea le había llegado hondo.

Eliza siguió pensando en el agua. Tal vez no pudiese hacer nada por mejorar el trato dado a las mujeres, pero pensar en otras formas de ayudar a la gente contribuía a que se sintiese mejor.

—Tiene que haber una manera de ayudar.

—Hago todo lo que puedo, solo doy trabajo a los hombres de la zona y dejo que saquen agua del pozo de nuestro patio, pero reformar el sistema de impuestos para que sea más justo depende de mi hermano, y se niega.

—Pero ¿y la idea del riego?

—Bueno, como te he dicho...

Eliza lo interrumpió.

—Podrías construir algún tipo de sistema —dijo.

—Ya lo he estudiado.

—Quiero decir aquí, en tus propias tierras. Es el lugar perfecto. Allí, donde hay una pendiente, podrías excavar un embalse, y quizá otros algo más allá.

—Debes de pensar que me sale el dinero por las orejas. La motocicleta es mía, Eliza, pero el coche es de mi madre. Tengo este bonito aunque viejo palacio que apenas puedo permitirme restaurar y una asignación bastante generosa, pero jamás conseguiría estirla lo suficiente como para financiar un proyecto de irrigación.

—Entonces recauda dinero. Querer es

poder. —Hizo una breve pausa, pero no podía dejar de hablar—. ¿Es que no ves la pobreza del pueblo?

—Por supuesto.

—No, Jay. No lo creo. Ves lo que quieres ver, pero voy a revelar las fotografías de ayer y voy a hacer que las mires con los ojos bien abiertos. No podrás ignorar los problemas tan fácilmente cuando veas las cosas en blanco y negro. Es hora de actuar. Haz algo.

—Hablas como mi amigo Devdan.

—Bueno, si su objetivo es luchar contra las desigualdades de su país, estoy con él. Aquí tienes agua. Así que empieza por aquí.

—¿Y el dinero?

—Recáudalo. Te ayudaré en todo lo que pueda.

Eliza agradeció estar en el palacio de Jay, que era un retiro especial, un oasis tanto para la mente como para el alma. A pesar de lo que había presenciado, tenía la impresión de haber dado un paso hacia una meta que creía haber perdido y que había cambiado su forma de pensar. No habría sabido decir lo que era. Una sensación de pertenencia, tal vez. Aunque fuese extraño decirlo después de haber visto algo que solo podía hacerla sentir como forastera.

Después de desayunar una especie de pastel con un requesón lechoso y miel, volvió a su habitación, donde encontró un conjunto de ropa al estilo indio sobre

la cama, y en el pequeño lavamanos, una palangana y una jarra de agua tibia. Se lavó el pelo hasta librarse por completo del olor, pero no pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas al pensar en la joven. Ella nunca volvería a lavarse el pelo, a tener hijos ni vida. Se dejó el cabello aún mojado suelto, se vistió y encontró a Jay sentado en una habitación de la planta baja, con pocos muebles pero luminosa y bien ventilada, cuyas paredes de color claro brillaban como cáscaras de huevo pulidas.

Al verla, sonrió y se levantó.

—Tienes un pelo precioso.

—¿Te refieres a esto? —Levantó uno de los mechones mojados.

Jay se echó a reír.

—Cuando está seco. Es una mezcla de muchos colores distintos. A veces brilla como el oro, y a veces, como el fuego.

—Así que no es el pelaje de un camello, después de todo.

—Fue un comentario de lo más grosero. Perdóname.

La miró a los ojos y, por un momento, Eliza sintió que podría perdonarle cualquier cosa.

—Creí que eras otra británica que venía a mirarnos boquiabiertos a los pintorescos nativos.

—Nunca he sido así.

Echaron a andar mientras hablaban. Primero la llevó al precioso pórtico con columnas que le había descrito una vez. En realidad, era más bien una logia o un

porche grande, como le había dicho, que arrancaba en la terraza y recorría uno de los lados del jardín. Los arcos eran apuntados y las pechinas estaban decoradas con flores y hojas delicadamente talladas, algunas de las cuales estaban rotas. La piedra era de un tono dorado claro.

—Tenemos abundantes arenisca, pizarra, mármol y otros materiales aquí, en Rajpután. Gran parte del mármol para el Taj de Agra se extrajo de las canteras de Makrana. Pero también tenemos piedra caliza de Jaisalmer y algo de piedra rojiza, que se usó para construir el Fuerte rojo de Delhi. ¿Lo has visto?

—Sí, y me gustaría volver a Delhi. Como sabes, viví allí con mi familia. De

hecho, seguramente tenga que ir en algún momento a recoger las copias de mis fotografías de la imprenta.

—Bueno, pues procura alojarte en el Imperial. Es lo que hacen todos los británicos.

Asintió con la cabeza y atravesaron un ancho portal que conducía a una imponente habitación de doble altura, en la que la luz entraba a raudales por ventanas que estaban ocultas a la vista.

—Están encima de los arcos — explicó Jay, al ver que las buscaba.

La luz iluminaba la mitad superior de la sala como si el sol se hubiese inventado justo con ese objetivo, y la altura era tan descomunal que sus voces parecieron transformarse al elevarse

hacia el techo.

—Es una sala de recepciones, pero mira el suelo.

Eliza miró hacia abajo y vio que el suelo de mármol estaba desgastado y empezaba a desmoronarse en algunos puntos.

Jay se quedó quieto un momento.

—¿Quieres hablar de lo que le pasó a tu padre?

Eliza cerró los ojos durante uno o dos segundos y, cuando los abrió, vio que Jay la miraba con tanta bondad que tuvo que parpadear para contener las lágrimas.

—Ocurrió el 12 de diciembre de 1912. Nunca olvidaré esa fecha, porque iba a lomos de un elefante, justo por

detrás del virrey, que estaba a la cabeza del desfile. Mi madre y yo estábamos orgullosísimas de él. La sede del gobierno británico iba a trasladarse de Calcuta a Delhi y aquel día el virrey hizo su entrada triunfal en la ciudad.

Jay la miraba atentamente, con los ojos ensombrecidos.

—Sigue.

Eliza se preparó para contarle lo ocurrido sin perder los nervios.

—Alguien lanzó una bomba. Mi madre y yo estábamos asomadas al balcón y lo vimos todo. Vi cómo mi padre se desplomaba en la silla y cuando bajé corriendo a la calle me enteré de que la bomba lo había matado. —Hizo una pausa y Jay le tendió una

mano—. Fue culpa mía. Le pedí que se parase a saludarme. Si no se hubiera detenido... En fin, corrí hasta él y lo abracé con todas mis fuerzas. Le dije que lo quería. Y durante muchos años me obligué a creer que me había oído. Alguien me ayudó a levantarme, pero mi vestido blanco nuevo estaba teñido del rojo de su sangre.

—Eliza, puede que la pregunta te parezca extraña, pero ¿crees en el destino?

—No sé si entiendo muy bien lo que significa —dijo.

—Nosotros creemos que uno puede cambiar su propio destino, pero que hay cosas que están escritas. Que están destinadas a pasar; no hay otra opción.

—¿Qué clase de cosas?

Jay pareció sopesar si debía decirle algo importante, pero decidió no hacerlo. Se limitó a sonreír y a hacer un gesto con la mano, como indicando que no se lo tomase demasiado en serio.

—Supongo que cada uno lo interpreta a su manera. Solo me preguntaba cómo lo interpretarías tú.

DESPUÉS DEL DESAYUNO, Jay la condujo a través del jardín hasta los establos, situados en la parte trasera del palacio. A Eliza empezaba a extrañarle que no hubieran vuelto al castillo y decidió preguntarle cuándo lo harían.

—¿Sabes montar a caballo? —Jay le

contestó con otra pregunta, con la cara vuelta hacia el sol.

—Estoy un poco oxidada.

La miró y sonrió.

—Había pensado que podríamos hacer una pequeña excursión fuera de las rutas marcadas.

Un mozo de cuadra lo saludó y Jay le devolvió afectuosamente el saludo. Mientras el muchacho sacaba dos caballos de la cuadra, Eliza no pudo dejar de preocuparse por el destino ni de pensar por qué le habría preguntado por sus creencias. Decidió preguntárselo más tarde.

—Son caballos del desierto —dijo Jay, ajeno a sus pensamientos.

Eliza admiró las magníficas cabezas

que se levantaban sobre los gruesos cuellos arqueados y las hermosas orejas curvadas terminadas en punta, pero lo que más le llamó la atención fueron las largas pestañas y los amplios ollares, que no dejaban de resoplar.

—El caballo del desierto desciende del caballo árabe.

—Espera, ¿no podríamos ir de excursión otro día? Tengo que volver al castillo para revelar el carrete antes de que se deteriore. ¿Te importa?

—Solo daremos un paseo corto. No te preocupes, el tuyo es muy dócil.

Se sentía dividida entre el deseo de pasar más tiempo con él y la preocupación por sus habilidades como amazona.

—No haré más que retrasarte.

Cuando le respondió con solo una sonrisa, se dio cuenta de que negarse no iba a servir de nada y asintió con nerviosismo para demostrar su aceptación. La última vez que había montado a caballo fue de adolescente, pero empezaba a darse cuenta de que Jay era alguien en el que podía confiar en este mundo extraño, y no pudo resistirse a la oportunidad de pasar algo más de tiempo en su compañía.

—¿Probamos a pelo? Si no lo has experimentado nunca, te parecerá una verdadera maravilla. Te ayudará a superar el terrible recuerdo de lo que pasó ayer.

Aunque no lo dijo, Eliza pensó que

nada podría borrar ese recuerdo, nunca.

—Así se crea un vínculo mucho mayor con el animal. ¿Te apetece probarlo? No podrás montar de costado.

Eliza lo miró, pero no dijo nada. Jay interpretó su silencio como aceptación y la ayudó a subir al caballo, desde el que lo observó con el corazón acelerado.

—Mírame —dijo, subiendo a su caballo—. Tienes que sentarte un poco más hacia delante y dejar que las piernas caigan relajadas sobre el lomo. Y no le aprietes los costados con las piernas ni los talones cuando quieras frenar o parar. No te pongas nerviosa.

Pero a Eliza no le apetecía poner su vida en manos del animal.

—No te pasará nada. Confía en el

caballo. Si no te fías, sentirá tu miedo. Relájate y disfruta del paseo.

Antes de echar a andar, miró a Jay.

—¿Qué querías decir cuando me hablaste del destino?

Se encogió de hombros.

—Aquí pensamos mucho en el destino.

Eliza no quedó satisfecha con su respuesta y, al ver que apartaba la mirada, no se creyó del todo que fuera por eso por lo que había sacado el tema. Había algo que evitaba decirle.

Comenzaron con cuidado, y aunque no iban a un ritmo muy rápido, a Eliza empezaron a sudarle las palmas de las manos y la frente. Pasaron junto a varias aldeas asoladas por la pobreza y

comprobó la miseria que rodeaba a la gente, que a duras penas se ganaba la vida en este paisaje reseco. Volvió a pensar en cómo el agua podría cambiar las vidas de estas personas. Luego, poco a poco, a medida que fueron dejando atrás las aldeas y el viento le alborotó el pelo, empezó a disfrutar de la experiencia de montar a caballo por el terreno accidentado pero mágico de Rajpután. Hasta comenzó a sentir un vínculo más estrecho con su montura.

Jay cumplió con su palabra. El paseo fue corto, y poco después estaba de vuelta en el sidecar.

—¿Te ha gustado? —le preguntó, antes de acelerar la motocicleta.

—¿Sabes qué? Me he sorprendido a

mí misma.

Y era cierto. Aunque los gritos de la mujer seguían resonándole en la cabeza, después del paseo estaba algo menos tensa.

Jay rio y Eliza lo miró.

—Deberías haberte visto la cara —dijo—. Toda colorada, como un tomate. Me entraron ganas de llevarte a mi reino secreto y hacerte prisionera.

—¿Así que tienes un reino secreto? —contestó, y apartó rápidamente la vista, aunque no le apetecía plantearse si lo hizo por vergüenza o porque volvía a acelerársele el corazón.

CUANDO VOLVIERON AL castillo, la primera persona a la que Eliza vio fue Indira. La luz entraba a raudales por los altos ventanales del vestíbulo, formando caprichosos dibujos en el suelo, y Eliza los observó, consciente de que no encajaba en este mundo tan fastuoso.

—Has tardado más de lo esperado — le dijo Indi con una sonrisa, aunque con aire de nerviosismo mientras caminaban juntas por las habitaciones de la planta baja.

—Sí.

Indi se detuvo mientras que Eliza siguió andando.

—¿Por qué? Se puede ir y volver a mi aldea en el mismo día.

Pensando que Indira lo preguntaba por simple curiosidad, Eliza se volvió para mirarla.

—Pasó algo.

—¿Con Jay?

Se le cayó el alma a los pies. Esperaba poder hablar de lo ocurrido con Indi, pero, sorprendida por la mirada fría y dura que le devolvió, entendió que se equivocaba.

—Preferiría no hablar del tema.

—¿Pasaste la noche en su palacio?

—Sí, en la antigua habitación de

Laxmi, creo.

—Que ahora es el dormitorio de Jay.

—No lo sabía.

—¿Dónde durmió él?

—No lo sé. Mira, tengo que revelar las fotos de ayer.

Eliza se alejó unos pasos, pero Indi la siguió y la agarró de la manga.

—Esta ropa no es tuya. ¿Qué le ha pasado a tu ropa?

Indi tenía los ojos entrecerrados y la misma mirada de celos y desconfianza que Eliza había visto la noche del baile. Desconcertada por la hostilidad abierta con la que la trataba, le respondió con torpeza.

—Yo... yo...

—Te ofreció su dormitorio. Eres una

privilegiada. A mí nunca me lo ha ofrecido.

Eliza se rebeló ante el tono de voz de Indi. No iba a dejar que le hablara así.

—Pues lo siento, pero no es culpa mía. Y ahora, disculpa, pero tengo que irme.

La ignoró y consiguió escabullirse, pero la breve conversación con Indi le dejó un mal sabor de boca. Por nada del mundo quería que Indira se convirtiese en su enemiga.

AUNQUE LO INTENTÓ, no podía quitarse el *satí* de la cabeza. Lo que le encogía el corazón no era ni siquiera el horror de haberlo presenciado, sino el espantoso

olor que se le había metido en la nariz y del que no podía librarse. Decidió que tenía que hablar con alguien; con alguien inglés que de verdad comprendiese lo que sentía. Así que salió sin decírselo a nadie, pagó a un *rickshaw* para que la llevase y quince minutos después estaba sentada en uno de los cómodos sofás del salón de Dottie, tomando el té en una taza de porcelana china.

—Bueno, debo decir que es un verdadero placer —la saludó Dottie—. Me resulta difícil ocupar las horas, aunque no creo que tú tengas ese problema.

Eliza hizo un gesto negativo con la cabeza, escuchándola solo a medias. La normalidad de Dottie y de todo lo que

era inglés la sorprendió: el jarroncito de guisantes de olor sobre la mesa de centro, el piano en un rincón, los cuadros de perros ovejeros y el bonito estampado de flores de las cortinas. «Es un tejido de Liberty, traído de Londres», pensó, negando otra vez con la cabeza, invadida por una oleada de nostalgia.

—Quería hablar contigo —dijo por fin—. No dejo de darle vueltas a algo y ya no sé qué pensar ni qué sentir. —Notó que se le formaba un nudo en la garganta y respiró hondo, con un estremecimiento. ¿Sería capaz de hablar de lo ocurrido? Las palabras no podían expresar la realidad de semejante muerte.

—Por supuesto.

Eliza observó el rostro amable de Dottie.

—Si te lo digo, no se lo cuentes a nadie.

Dottie la miró, perpleja.

—Yo... —Eliza hizo una pausa—. He visto algo.

—¿Sí?

—Ví cómo quemaban a una mujer.

Dottie se mordió el labio.

—Es horrible. ¿Fue un accidente?

—No. No lo... —Respiró hondo—. La quemaron... por ser viuda.

Dottie se tapó la boca con la mano y se quedó blanca como el papel.

—¡Dios santo! No sé qué decir. Debes de estar en estado de *shock*.

—Eso creo. Pensé que no me había

afectado tanto, pero no puedo desprenderme del olor a carne quemada. No puedo quitármelo de la cabeza. Dottie, fue la cosa más desgarradora que he visto nunca.

—Oh, querida.

Eliza rompió en sollozos. Dottie se levantó y empezó a andar de acá para allá por la habitación.

—Bueno, va contra la ley; así que lo primero es decírselo a Clifford y luego...

—No —la interrumpió Eliza—. No. Deja que se encargue Jay. Dice que se siguen produciendo *satis* y que las autoridades se cruzan de brazos. Quizá prefiera encargarse del asunto dentro del propio principado, sin implicar a los

británicos.

Esta vez fue Dottie la que pareció desconcertada y miró boquiabierta a Eliza.

—¡No te llevaría a verlo!

—No. Íbamos de camino a otro sitio y paramos para intentar evitarlo.

—¿Y?

—Fue muy valiente, hasta se quemó la mano, pero... —No pudo reprimir otro sollozo—. Cuando llegamos, ya era tarde.

Dottie se acercó al mueble bar y giró la llave.

—Creo que necesitas algo más fuerte que el té. Sé lo que hago. —Levantó una botella—. Brandy, ¿te parece?

Eliza asintió y Dottie se acercó con

dos vasos del líquido de color ámbar. En cuanto se sentó en el sofá junto a Eliza, se terminó el suyo de un trago.

—Dios, esta gente —dijo—. Me importa un comino su sistema de creencias; es una absoluta aberración. Un acto de barbarie. —Negó con la cabeza—. Justo cuando empezabas a sentirte como en casa, sucede algo así.

—Decimos «algo así», pero no hay nada comparable, ¿verdad? No sé qué hacer. Fue lo más horrible que he visto nunca.

Eliza agachó la cabeza y sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—De eso estoy segura.

—Me siento asqueada.

Se inclinó hacia delante y se tapó la

cara con las manos.

Dottie le dio unas palmaditas en la espalda.

—Pobrecilla.

Eliza giró la cabeza para mirarla.

—Jay dice que el *satí* ha pasado a la clandestinidad y que durante un tiempo se dio hasta con más frecuencia cuando lo ilegalizamos. Dejemos que sea Jay el que lo denuncie. Será mejor que salga de él.

—¿Te ha dicho que digas eso?

Eliza levantó la vista.

—¡No! Por supuesto no.

—Porque es un asesinato, Eliza. No podemos dejar que salgan impunes.

—No sería la primera vez. Mira, será mejor que me vaya. Por favor, por ahora

no se lo cuentes a nadie. La verdad es que no quiero que Clifford se entere de que estuve allí. Le echaría la culpa a Jay o intentaría cortarme las alas.

Dottie le tocó la mano.

—Querida, no puedo dejarte ir en este estado. Estás temblando. Quédate un rato y come algo. ¿Un sándwich tal vez?

AQUELLA MISMA TARDE, Eliza trabajó en el cuarto oscuro, y cuando terminó, se perdió en los recuerdos de lo que había visto y lo que le había dicho Dottie. Cuando pensó en Jay, se dio cuenta de que empezaba a cogerle cariño. Había querido preguntarle otra vez por el destino y tampoco podía dejar de pensar

en eso. ¿Sería como la suerte, algo sobre lo que no se tiene ningún control? Porque nunca estaría de acuerdo con una visión tan fatalista de la vida.

Pronto sus pensamientos empezaron a girar en torno a Indira. Iba a tener que pensar en una forma de impulsar su amistad con la chica, en vez de la rivalidad. Después de un rato, se desvistió, se tumbó en la cama y escuchó los pájaros que cantaban frente a su ventana. Al principio las voces del pasado se negaban a callar. Primero, su padre, que le prometía saludarla con la mano; luego Oliver, justo antes de salir de casa, dando un portazo a su matrimonio y a su propia vida. Pero por fin, agotada por una mezcla de dolor y

conmoción, se quedó dormida.

La despertó un discreto golpecito en la puerta y, pensando que serían Indi o Kiri, se envolvió en un holgado batín de seda y se acercó a la puerta, con el pelo completamente alborotado. Para su sorpresa, se encontró a Jay en el pasillo. Se miraron y, ruborizándose, Eliza se cerró la bata sobre el pecho.

—¿Qué quieres? —se las arregló para decir.

—Mi madre quiere hablar contigo.

—¿Por qué has venido a decírmelo?
¿He hecho algo malo?

—No. Simplemente me lo sugirió.

Eliza le sostuvo la mirada durante la breve conversación, pero ahora Jay apartó un momento los ojos y volvió a

mirarla.

—Eliza, yo...

—¿Sí?

Estiró el brazo y le tocó el pelo.

—Tienes un pelo precioso.

Eliza sonrió.

—Creo que ya me lo habías dicho antes.

En su expresión había algo que le hacía sentir más de lo que quería. Pero ¿estaría jugando con ella? Se llevó los dedos a la cadena de plata que llevaba siempre, acarició la pequeña gema que descansaba sobre la curva de su garganta y notó que tenía el pulso acelerado. En aquel momento Inglaterra parecía muy lejana. De hecho, cada vez que Jay la miraba, Inglaterra parecía

alejarse un poco más.

—¿Te importa esperar en el pasillo? O mejor aún, espera: échales un vistazo a estas mientras me visto.

Dio un paso atrás, cogió las hojas de contacto y se las dio con las manos temblorosas. No debía dejar que su presencia la afectara hasta ese punto.

Mientras se vestía, oyó a alguien hablando en hindi en el pasillo y se acercó a la puerta para intentar averiguar de qué se trataba.

Primero reconoció la voz grave de Jay, pero luego una estridente voz de mujer la eclipsó y, aunque no logró distinguir las palabras, le quedó claro que la que hablaba era Indira. Eliza no se consideraba atractiva, pero no era la

primera vez que experimentaba la envidia de otras mujeres. Cuando estaba en el internado, un grupo de chicas la sujetó por la fuerza y le cortó la larga melena. Después del incidente, había vivido aterrorizada, y lo último que necesitaba ahora que se sentía tan perdida en este nuevo mundo era ser víctima de la malicia de otra mujer.

Pasado un rato, el pasillo quedó en silencio, y cuando Eliza salió del dormitorio, Jay estaba andando de acá para allá, examinando sus fotos.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

—Perdona, apenas he tenido tiempo de miraras, pero entiendo lo que me decías de la pobreza. Uno se acostumbra, ¿entiendes? ¿Puedo

quedármelas un tiempo? —Esbozó una media sonrisa e hizo un gesto negativo con la cabeza—. También tenías razón en lo de Indira. He estado ciego.

—Siempre es más fácil detectar esas cosas desde fuera.

Jay suspiró.

—Nunca le he dado esperanzas. No tengo sentimientos de ese tipo por ella. Habría estado mal, siempre ha sido como una hermana pequeña para mí. —La miró con una expresión que Eliza no supo interpretar—. Cuando me case, tendrá que ser con alguien de mi misma clase. Si le pasa algo a mi hermano, tendré que reinar.

«Bueno, eso está bastante claro», pensó Eliza.

—Como te he dicho, si muere Anish, lo sucederé en el trono, aunque Chatur hará todo lo posible por evitarlo. Hay muchas cosas que me gustaría cambiar, y uno de los primeros puntos de la lista sería quitarle poder a Chatur. Pero, para hacerlo, tendría que seguir las tradiciones.

—Por supuesto. En cualquier caso, no tiene nada que ver conmigo.

Se esforzó por no delatar ninguna emoción ante su tono de voz ni el contenido de sus palabras, pero lo que acababa de decir la había dejado desconcertada, y se preguntó si habría sido un mensaje de advertencia también para ella.

—Ahora vamos a hablar con Laxmi.

Por cierto, ya he hablado del *satí* con Clifford Salter. Como era de esperar, se quedó escandalizado y ha prometido investigarlo. —Jay hizo una pausa—. No le dije que tú también lo habías visto. ¿Crees que debí mencionarlo?

—No. Prefiero que no lo sepa. No quiero que me proteja demasiado.

—La verdad es que podrá hacer muy poco.

Jay la condujo, a través de interminables salas y pasillos, hasta el vestíbulo azul en el que había esperado cuando llegó al castillo.

—Indi pintó esta habitación para mi madre.

Eliza contempló las flores, hojas y volutas celestes realzadas en oro que

subían por las paredes y se desplegaban por el techo.

—Tiene un talento increíble.

En ese momento salió Laxmi y le tendió una mano a Eliza.

—Me alegro de verte. Mi hijo me ha hablado de vuestro viaje.

Sin saber a qué parte del viaje se refería, y escuchando el ritmo irregular de su corazón, Eliza asintió.

Cuando llegaron al principal salón de recepciones, vio que era precioso. Como un reluciente palacio recubierto de diminutos espejos o *sheesh mahal*, todas las paredes estaban adornadas con teselas de cristal de todos los colores y el techo estaba decorado con frescos de ángeles alados y yesería dorada. Eliza

lo contempló, asombrada. Nunca había visto nada parecido, y el suelo estaba cubierto de montones de almohadones de seda, aunque Laxmi le indicó que se sentase en una silla. Eliza se sentó al borde de un rígido asiento de terciopelo rojo mientras que Jay se echaba en un diván.

—Tengo entendido que has pensado en un sistema de riego —dijo Laxmi.

—Solo era una idea.

—Y buena, aunque puede que mi hijo mayor, Anish, no esté de acuerdo. Pero desde que Jayant me habló de ella esta mañana, no he dejado de darle vueltas. Me doy cuenta de que, si queremos que la gente siga de nuestra parte, tenemos que hacerles la vida más fácil; de lo

contrario, los británicos o los rebeldes los convencerán de que se vuelvan contra nosotros. Como sabes, ya se están produciendo disturbios en algunas partes del estado, y el malestar de la gente no hace más que aumentar. Temo por nuestro reino y llevo tiempo esperando a que Anish tome medidas, pero, ya que no reacciona, veo que voy a tener que encargarme yo misma del asunto. Así que he ideado un plan y necesito contárselo a alguien.

Jay enarcó las cejas.

—Prepárate para quedarte con la boca abierta.

—Mi idea es la siguiente. Tenemos una colección considerable de joyas familiares en nuestras cajas fuertes. Si

conseguimos que los británicos se comprometan a financiar el proyecto, estaré encantada de cubrir los costes iniciales para que podamos contratar a un ingeniero que dibuje los planos.

—Debemos ser completamente sinceros, madre.

Animada por Jay, Laxmi se encogió de hombros.

—Muy bien.

—Eliza, la idea de mi madre es que, una vez tengamos el plan proyectado por el ingeniero, hipotequemos algunas de las joyas de la familia, con la condición de que los británicos nos apoyen con préstamos más adelante.

—Pero que esto quede entre nosotros tres —advirtió Laxmi—. Mi hijo mayor

no debe enterarse de lo de la hipoteca. Jayant me ha asegurado que podemos confiar en tu discreción.

—Por supuesto. —Eliza reflexionó un momento—. Antes de empezar, tendríamos que estar seguros de que nos darían el visto bueno al proyecto y de que hay fondos disponibles.

—Exactamente, y ahí es donde entras en juego tú. Si pudieras hablar del proyecto con tu amigo el señor Salter y convencerlo de que nos selle los permisos necesarios, los préstamos estarían prácticamente asegurados. Hasta podría ayudarnos a buscar inversores que respaldasen el proyecto.

Eliza no esperaba que Jay se tomase tan en serio sus comentarios, hechos casi

sin pensar, pero se alegró de que así fuera.

—No sé si tengo tanta influencia, pero lo intentaré.

Debatieron la idea durante media hora más, y cuando Jay se marchó a un partido de polo, Eliza se puso en pie.

—Quédate, Eliza. Ahora que nos conoces un poco mejor, ¿hay alguna pregunta que quieras que te responda? —preguntó Laxmi, indicándole que volviera a tomar asiento—. ¿Hay algo que quieras saber?

Eliza estaba encantada. Lo que había ocurrido le había hecho dudar de si estaría a salvo en el castillo, pero, al mismo tiempo, no podía quitarse de la cabeza la idea de que, si quería sentirse

como en casa en Rajpután, tenía que saber más.

—Me gustaría entender mejor vuestra cultura —dijo, aunque la imagen de la pira funeraria en llamas seguía grabada a fuego en su mente.

—¿La cultura del castillo? ¿O la estricta etiqueta que rige nuestras relaciones?

Eliza se lo pensó y decidió no decir nada del *satí*.

—Bueno, ambas cosas; pero me refería a los rituales, a las oraciones. A los dioses. ¿Qué representan? Por lo que he visto, hay muchos.

—Somos una sociedad muy apegada a sus costumbres, y nuestras *pujas* u oraciones dotan de significado a lo que,

de otro modo, sería un mundo sin sentido. Somos hindúes. No es una religión, aunque algunos lo crean. Es lo que vivimos desde el nacimiento, un modo de vida.

—Pero entonces ¿los dioses no existen de verdad?

—La verdad es cuestión de interpretaciones. Los dioses existen en nuestras mentes y en nuestros corazones, que es donde importan. Nos dan la estructura dentro de la cual vivimos nuestras vidas. Aunque no todo es bueno, sabemos dónde estamos. Sabemos cuál es nuestro lugar en el mundo. ¿Tú puedes decir lo mismo?

Eliza pensó en las aldeas, donde los estrechos y polvorientos callejones

serpenteaban con solo un canal de drenaje, que los hombres excavaban a diario, en mitad de la calle. A pesar de la pobreza, le habían encantado las casas de adobe, las vacas y perros que dormitaban en el suelo y los niños de ojos negros que la miraban al pasar. Había admirado a las mujeres increíblemente elegantes: altas, con la espalda recta y la cabeza y el rostro cubiertos con ligerísimos pañuelos de muselina. No podía ser más distinto de Inglaterra, alejada en el tiempo y en el espacio, pero, aún más, en dignidad y tradición.

—La verdad es que no lo había pensado —dijo, volviendo a la pregunta de Laxmi, aunque no era del todo cierto.

En determinados aspectos, no tenía ni idea de cuál era su lugar en el mundo, y sintió ganas de decirle a Laxmi lo terrible que había sido presenciar el *satí* y que se había sentido vulnerable porque ella también era viuda. Deseaba con todas sus fuerzas sincerarse con esta mujer tan generosa. Decirle la verdad.

—Dime, ¿qué puedo hacer para ayudar a que te adaptes todavía mejor? —le preguntó Laxmi—. Tienes una expresión de angustia en los ojos, y te quedan muchos meses por delante si quieres compartir un año de nuestras vidas aquí, en Juraipur.

—Me gustaría que me enseñaras todo el castillo. Incluida la fortaleza. No sé cómo ir de un lado a otro y no quiero

tener que depender constantemente de otras personas.

SEGUNDA PARTE

«Si lloras por haber perdido el sol,
las lágrimas no te dejarán ver las estrellas».

RABINDRANATH TAGORE

ELIZA SE QUEDÓ dormida escuchando el sensual repiqueteo de las campanas de oración y, por la mañana, se despertó con una sensación de esperanza más fuerte de lo que jamás se habría imaginado. Contempló el cielo azul y despejado y vio cómo una docena de periquitos de un verde vivo revoloteaban de árbol en árbol, y sus alas abiertas dejaban entrever las plumas amarillas de debajo. Pronto encontró una escalera que bajaba

directamente al patio y salió a caminar bajo los arcos lobulados y las delicadas columnas que lo rodeaban.

Algo más tarde, llegó Jay para ayudarla a familiarizarse mejor con el castillo.

—No esperaba que fueras a enseñármelo tú —dijo Eliza.

Jay hizo una reverencia.

—Pedí expresamente que me concedieran ese placer.

Jay la guio en una visita bastante formal, durante la cual se lo enseñó todo: los salones de *durbar*, las armerías, toda clase de salas, las dependencias de los hombres, los salones de banquetes, las oficinas interconectadas, las inmensas

bibliotecas, los innumerables talleres, los establos y almacenes, las cocinas y todavía más jardines rodeados por tapias, hasta regresar al *zenana*. Eliza hizo lo que pudo por trazar un mapa de todo en su memoria mientras Jay le explicaba cada sección, aunque el castillo era tan gigantesco que solo conseguiría retener una mínima parte. Pero si ahora podía andar por el palacio sin escolta y sabiendo más o menos adónde iba, se sentiría mucho más como en casa.

—Bueno —dijo Jay, cuando terminaron—. ¿Cómo estás? Sé sincera.

—Te refieres a después de ver...

—Sí.

—Voy superándolo, supongo.

—Algo tan terrible no se olvida rápidamente. Si alguna vez necesitas hablar de ello, no lo dudes.

—Gracias.

Jay sonrió.

—Y ahora, he organizado una escapada a la azotea. Una pequeña distracción.

Eliza dio un paso atrás.

—¿En serio? ¿Dónde?

Jay se llevó un dedo a los labios.

—Sígueme.

La condujo a través de una puerta que daba a una parte oscura y aparentemente abandonada de la fortaleza. Eliza se estremeció cuando pasaron entre viejas paredes de yeso agrietadas y subieron unas sombrías y estrechas escaleras. Las

ventanas eran meros tragaluces y el laberinto de pasillos interconectados y habitaciones húmedas y oscuras olía a desolación. Hasta los talleres eran más claustrofóbicos que en el resto del castillo.

—Esta es la parte más antigua de la fortaleza y del castillo y, como ves, está abandonada. Ve con cuidado, hay grietas en el suelo.

Tras subir con dificultad varios tramos de una escalera de caracol, Jay se sacó del bolsillo una llave y abrió una pesada puerta remachada con clavos. Después de la oscuridad, la luz del sol la golpeó con fuerza y, tropezándose por un momento, sofocó un grito de asombro. Jay la sujetó con una

mano y la guio hacia la azotea.

—Es donde vengo cuando quiero estar a solas —dijo—. Nadie se deja caer por aquí.

Eliza contempló la vista que los rodeaba, boquiabierta ante la opalescencia del interminable cielo azul. Era maravilloso, como estar en la cima del mundo, inmersa en el viento que le alborotaba el cabello y en un aire tan fresco que casi se mareó al respirarlo.

—Es precioso.

La ciudad resplandecía a sus pies, como cubierta de oro, y las amplias llanuras, con sus estribaciones rocosas, parecían estar envueltas en una bruma gris. Entre estas colinas bajas y la

ciudad, nutridos rebaños de ovejas vagaban en libertad. Levantó la vista al cielo y vio un águila sobrevolando las murallas. Estaban en la parte de atrás del castillo, y cuando se acercó al parapeto para mirar hacia abajo, vio la distribución del edificio a sus pies, con sus numerosos pasajes y patios. Las personas parecían diminutas, lo que le hizo darse cuenta de lo altos que estaban en realidad. Mareada, dio un paso atrás.

—¿Estás bien? —dijo Jay.

—Sí. Es por el aire. Parece tan puro.

—Como el mejor champán.

—Mejor todavía.

—Ahora tengo algo que enseñarte.

Se acercó a una pequeña estructura redonda de ladrillo y abrió la puerta. En

seguida salió con una enorme cometa entre las manos. Hecha con dos travesaños cruzados y seda tensada sobre el marco, la cometa con forma de rombo era de un rojo y naranja vivos, y su superficie estaba decorada con dibujos abigarrados. Decenas de largas cintas amarillas revoloteaban, atadas a la punta inferior.

—¿Quieres aprender a volarla? Hace un día perfecto, con este viento tan suave.

—Deja que te vea primero.

—¿Por qué no me ayudas a lanzarla? En realidad, volamos cometas durante todo el año, pero sobre todo entre principios de diciembre y el festival de *Sankrat*, donde no solo presumimos de

nuestras fabulosas cometas y nuestras habilidades de vuelo sino que además usamos la cuerda de la cometa para estrangular el cordel de los competidores, bloqueando su cometa mientras la nuestra sigue en el aire.

—Espero no tener que competir contigo.

Jay se echó a reír.

—Bueno, desde luego, no volando cometas.

Eliza observó cómo sostenía el ovillo de cuerda y le pedía que sujetase la cometa. Desenrolló unos veinte metros de cuerda y esperó, estudiando la dirección del viento. Después le pidió que se alejase unos veinte metros, hasta que la cuerda quedó extendida entre los

dos, y que se colocase de espaldas al viento, con la cometa en las manos.

—Y ahora, suéltala —dijo.

Eliza obedeció y vio cómo la cometa se inclinaba y, al poco, empezaba a elevarse.

—Cuando el viento sopla sobre la superficie de la cometa, se divide en dos corrientes de aire. Una fluye sobre la cometa, y la otra, por debajo. Es lo que le hace volar.

Soltó algo más de cuerda para que la cometa volase más alto. Eliza vio cómo hacía piruetas y caía en picado, como si estuviese viva, seguida de una estela de cintas y trazando caprichosos dibujos en el aire.

—Ven, sujétalo —la llamó.

Se acercó a él y Jay le pasó el ovillo de cuerda. Eliza no esperaba que vibrase con tanta fuerza y casi lo soltó de la sorpresa. Así que Jay se le acercó por detrás, la rodeó con los brazos y le cubrió las manos con las suyas para que volaran juntos la cometa. Con Jay tan cerca y sintiendo vibrar la cometa en las manos de él y en las suyas propias, se le quedó la boca seca y tuvo que esforzarse por tragar saliva. Miró el paisaje, salpicado de motas verdes, y el erial de arena que llegaba hasta el horizonte, donde las diminutas granjas y aldeas parecían meros puntos. Divisó una delgada cinta de color azul y pensó que tal vez fuese el mismo río en el que descansaba la marioneta. Y aunque veía

todo esto, solo era consciente de los fuertes latidos de su corazón. El tiempo se detuvo, suspendido y tembloroso, como si esperase a que uno de los dos se moviera.

Sopló una repentina ráfaga de viento y Jay recogió la cometa y volvió a darle cuerda. Eliza se quedó quieta en sus brazos, sin aliento.

—Ahora, la volaré yo —dijo Jay.

Eliza se apartó.

—Gracias.

—Pensé que te ayudaría a sentirte mejor.

—Pues ha funcionado.

—Mira, voy a estar fuera un tiempo. Tengo que hacer contactos, tal vez incluso en Inglaterra; conseguir

inversores y patrocinadores para el proyecto de irrigación. ¿Te las arreglarás?

—Sí, por supuesto. Y siempre me queda mi amiga Dottie.

CON JAYANT SINGH en la cabeza, Eliza salió hacia la Residencia, la grandiosa mansión de Clifford Salter, acompañada por un guardia de librea y un conductor de *rickshaw*, que le mostrarían el camino y esperarían para escoltarla de vuelta al castillo. Iba a darle las hojas de contacto y las placas fotográficas y a pedirle que ayudara a Jay a conseguir los permisos y préstamos necesarios para el proyecto de riego.

La habitación a la que la condujo un criado parecía sacada de una casa de campo inglesa, con tan solo un leve toque oriental. Se sentó de espaldas a la ventana y dejó con cuidado sobre la mesa el sobre con las hojas y el paquete de placas fotográficas.

Cuando Clifford entró en la habitación, con el consabido traje de lino de color claro, camisa y corbata, Eliza se levantó y le tendió la mano. Clifford ignoró el gesto y se le acercó para darle un beso en la mejilla. Le brillaban los ojos de placer y Eliza se dio cuenta de que estaba encantado de verla.

—Qué gusto verte. Pediré que nos preparen el té.

Y, acercando una silla, se sentó frente a ella y agitó una campanilla. Se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—¿Y bien? Vamos, cuéntame.

Eliza sonrió.

—No tengo mucho que contar. Últimamente he podido tomar fotos más informales.

—Estupendo. Queremos captar la verdadera esencia de Rajpután, no las fotografías rígidas y preparadas que tanto gustan a estos supuestos miembros de la realeza. Y ahora, dime, ¿Jayant Singh recibe muchas visitas?

—La verdad es que no tengo ni idea.

—Pero debes de haber visto algo. ¿Tal vez alguien que parezca fuera de lugar? Quizá un tipo peligroso. Nunca se

sabe quién puede influir en esta gente.

—Tiene un amigo que se llama Devdan. Sí parece un poco distinto, pero es todo lo que sé.

—Muy bien. ¿Y qué hay de Laxmi?

—¿De Laxmi? Nunca la he visto recibir visitas, aunque supongo que las tendrá.

—¿Y Chatur? ¿Lo visita alguien sospechoso?

—Lo único que sé de Chatur es que es arrogante y condescendiente. ¿Cómo iba a saber si tiene visitas sospechosas? Es un castillo muy grande, Clifford.

—Por supuesto, por supuesto. Pero no me has dicho por qué has venido. A menos que sea... —Hizo una pausa—. ¿Debo hacerme ilusiones?

Eliza negó con la cabeza.

—Lo siento.

—¿Entonces...?

—Jayant Singh ha decidido contratar a un ingeniero que proyecte un plan para captar agua con la que regar sus tierras y mejorar las condiciones de vida de las aldeas que dependen de él. Quiere traer prosperidad a la zona y cree que el agua es la solución.

—Ya veo... así que el agua. Bueno, es cierto que trae prosperidad. ¿Quiere perforar el suelo?

—No creo. El proyecto todavía está en su fase inicial, pero Clifford, la gente es muy pobre y las lluvias han sido escasas. Cuando miro sus rostros desfigurados, me siento culpable. El

caso es que necesitamos tu ayuda.

Clifford hizo una mueca.

—¿Necesitamos?

—Bueno, yo no, sino Laxmi y Jay; pero me he ofrecido a ayudarles en lo que pueda. Solo hace falta ver la pobreza para querer ayudar.

—¿Jay? ¿Así lo llamas? —Se hizo una pausa incómoda, durante la cual Clifford la estudió con atención—. Espero que no haya gato encerrado en todo esto...

—Por supuesto que no.

Clifford pareció planteárselo.

—¿Y para qué me necesitan?

—Para ayudarles a recaudar dinero y sellar los permisos necesarios. Jay necesita el visto bueno de los británicos

para seguir adelante con el proyecto. Y necesita un permiso para represar un río.

—¿Y dinero británico?

—Exactamente.

Clifford resopló.

—¡Tienen riquezas escondidas y nos vienen pidiendo con la gorra en la mano, como de costumbre!

Se levantó y reflexionó, con las manos en los bolsillos.

—¿Te apetece quedarte a almorzar, Eliza? Me dará tiempo a planteármelo y, tal vez, a enviar un par de mensajes a las personas clave. ¿Qué me dices?

Eliza inclinó la cabeza.

—Lo haré encantada.

—Salgamos al jardín. Ahora da la sombra.

Una vez en el jardín, se sentaron juntos en un banco, demasiado apretados para el gusto de Eliza, pero pensó que sería un pequeño precio a pagar si Clifford accedía, así que contuvo las ganas de apartarse. Se quedó sentada tranquilamente, con las manos en el regazo, y esperó, como habría hecho Laxmi. Sonrió al pensar en cuánto había influido en ella la marajaní y observó el bonito cenador, la fuente en la que el agua salpicaba delicadamente y las plantas trepadoras que se derramaban sobre las tapias del jardín.

—Daría cualquier cosa por saber en qué piensas —dijo Clifford.

—En tu precioso jardín —contestó, y el británico la recompensó con una

sonrisa.

—Es la niña de mis ojos. Por cierto —dijo, colocándose el nudo de la corbata—, he recibido una carta... A juzgar por el matasellos, debe de ser de tu madre. Te la daré antes de que te vayas.

Eliza le dio las gracias, aunque no le entusiasmaba demasiado recibir una carta de su madre, que seguramente estaría llena de quejas.

—Entonces ¿cómo te estás adaptando? —preguntó.

Un mayordomo de blanco salió con unas bebidas previas al almuerzo en una bandeja de plata y Eliza vio cómo Clifford cogía su copa y tomaba un sorbo. Estaba claro que era un hombre

meticuloso: llevaba las uñas muy cortas y siempre iba impecablemente vestido, sin importar el tiempo que hiciese.

—Bueno, todo me resulta extraño, por supuesto —dijo.

—¿Extraño? ¿Eso es todo? —Frunció el ceño—. ¿No te incomoda la poligamia? ¿Las concubinas? Como mujer, creí que te parecería aborrecible.

—Intento no pensar en ello, y las concubinas son muy amables.

—¿Y la idolatría? —Clifford no se daba por vencido.

—Me la ha explicado Laxmi. Es todo bastante sensato.

Sabía que sería incapaz de hablar con él de la quema de viudas.

Clifford enarcó las cejas.

—Espero que no te estés convirtiendo en uno de los nativos. Porque entonces, estarías en un buen lío.

No tenía ni idea de lo lejos que estaba de adoptar las costumbres de la India.

—Qué va, Clifford —se limitó a decir.

Él la miró, entrecerrando los ojos tras los cristales de las gafas.

—Ten cuidado, Eliza.

—Como he dicho, estoy bien.

Alzó la vista y le sostuvo la mirada, esperando que fuese cierto.

—Bueno, Anish no sirve para gobernar. Constantemente aplastamos la desobediencia civil y conatos de rebeliones que ni siquiera parecen interesarle. La Corona Británica es la

que manda en la India, y este tipo a veces lo olvida. Si te soy sincero, nos gustaría deponerlo, y tú podrías ayudarme.

—¿Cómo?

—Todavía no estoy seguro. Es solo una idea. Su padre era un buen hombre, abierto a hacer los cambios que le sugerimos, pero este solo quiere ponerse sus mejores galas y jugar al polo, aunque se está poniendo demasiado gordo hasta para eso. Si no conseguimos que los estados principescos sigan estando de nuestro lado, se lo pondremos fácil a los rebeldes.

—¿Los rebeldes?

—Los que están a favor de una India independiente. No podemos permitir que

se produzcan más motines. Tal y como están las cosas, la desobediencia civil va en aumento.

Se hizo un breve silencio.

—Clifford, ¿eres religioso? ¿Crees en el destino?

—¿En el destino como un rumbo predeterminado que toman los acontecimientos y que escapa a nuestro control?

—Supongo.

Negó con la cabeza.

—Eso es fatalismo. Si no se puede cambiar el destino, ¿por qué intentarlo?

—Exactamente.

—En cualquier caso, no soy un hombre religioso.

—Creo que los hindúes no ven el

destino como nosotros —dijo Eliza.

—No. Tendrías que preguntarles a ellos, pero creo que está relacionado con su idea del karma. El destino como lo definimos nosotros significa simplemente algo que estaba predestinado a suceder. Pero ellos creen que se ve afectado por nuestros actos pasados y presentes. A veces me pregunto si los malentendidos que se producen entre nuestras culturas se reducen a una simple interpretación del lenguaje.

CUANDO VOLVIÓ AL castillo, Eliza fue derecha a sus habitaciones, donde le horrorizó descubrir que el candado del

cuarto oscuro no estaba bien cerrado. Habría jurado que lo había cerrado con llave después de recoger las hojas de contacto y las placas para llevárselas a Clifford, pero puede que, con las prisas, no lo cerrase del todo. Agitó la campanilla para que le trajeran un té *masala chai* y se sentó al escritorio, dispuesta a leer la carta de su madre.

Cuando terminó, la dejó caer al suelo y escondió la cara entre las manos. No podía ser verdad. Su madre mentía. Tenía que estar mintiendo. Le vino a la mente un recuerdo que llevaba mucho tiempo reprimiendo. Tendría unos ocho años y hacía un precioso día de sol. Eliza estaba encantada de poder acompañar a su aya, que tenía que

comprar unas piezas de encaje en Chandni Chowk. Mientras el aya pagaba, Eliza miró por el escaparate de la tienda y vio a su padre en la calle, con un enorme ramo de flores en la mano. Cuando llegó a casa, le preguntó muy ilusionada a su madre dónde estaban las flores que papá había traído a casa. Pero no había flores. De hecho, su madre le dijo que hacía dos días que no lo veía. A pesar de que Eliza era muy pequeña, la respuesta de su madre le había causado escalofríos.

Cogió la carta y la releyó, con la sensación de que cada palabra le rompía más el corazón.

Mi querida Eliza:

Esta es una carta que hace muchos años he querido escribirte. Quise decírtelo cuando te casaste con Oliver, pero no me salían las palabras y nunca fui capaz de hablarte cara a cara del comportamiento despreciable de tu padre. Sé que lo idolatrabas, pero te juro que todo lo que voy a contarte es la pura verdad. Ahora que empieza a flaquearme la salud, debo hablar mientras pueda. No te preocupes, no te estoy pidiendo que vuelvas a casa; al menos, todavía no.

Todo empezó cuando estaba embarazada de ti, unos meses antes de que nacieras. No sospechaba

nada hasta que una de mis amigas me dijo que había visto a David besando a una bailarina en uno de los jardines de Delhi. Lo quería y me negué a creerlo, así que lo relegué al fondo de mi mente. Después de lo que dijo, dejé de considerarla mi amiga. Confiaba en David. Éramos felices y supuse que estaba celosa. Yo tenía un marido guapo y joven, mientras que ella era una solterona que dependía de la generosidad de su hermano.

Pero el daño ya estaba hecho y, poco a poco, empecé a fijarme en pequeños detalles. En que tu padre llegaba a casa con un sutil olor a jazmín y el cuello de la camisa

ligeramente torcido. A veces volvía tarde a casa sin darme explicaciones, y poco a poco empezó a pasar días fuera. Cuando me enteré de que tenía cuantiosas deudas de juego, la verdad es que me sentí aliviada. Imagínate. «Por lo menos, no tiene una amante», fue lo que pensé, lo que me repetí a mí misma una y otra vez. Pero me temo que me equivocaba. Pronto entendería la verdadera magnitud de su traición, no solo a mí, sino también a ti.

Todo salió a la luz antes de su muerte. No solo nos había arruinado económicamente con su adicción al juego, sino que además

había derrochado casi todo lo que teníamos y contraído otras deudas porque llevaba años manteniendo a una bailarina en un pisito cerca de Chandni Chowk. Deudas que, tras su muerte, sus acreedores exigieron que saldase yo. Hay más, mucho más, pero no consigo obligarme a hablar de ello.

Nunca he querido destrozar la visión tan idolatrada que tenías de tu padre, pero no me siento con fuerzas para seguir guardando estos secretos. Lo siento.

Espero que al recibo de esta carta te encuentres bien. Dale recuerdos a Clifford. Si muestra interés por ti, espero que accedas.

Como ahora sabes, ningún hombre es perfecto, ni siquiera tu querido padre.

De tu madre, que te quiere.

Aunque el suelo empezó a temblarle bajo los pies, Eliza se levantó y caminó de un lado a otro de la habitación, dolida por la amargura que rezumaban estas páginas. ¿Qué interés podía tener su madre en contarle estas terribles mentiras? Anna había asestado un golpe certero al corazón mismo de la mujer que Eliza creía ser y de quien creía que era su padre. Pensó en sus abrazos de oso y en su cariñosa sonrisa y entonces recordó sus ausencias. ¡Oh, Dios! ¿Y si todo fuese verdad? No. Era otro intento

de su madre de minar su amor por su padre. Podía oír el tono de voz de su madre mientras escribía la carta. Fuese cierto o no, Eliza estaba destrozada: el mero hecho de que Anna hubiese escrito todas estas cosas la repugnaba, y había dicho que había MÁS. ¿Qué MÁS podía haber? ¿Y sería verdad que la salud de su madre estaba empeorando gravemente, o solo sería un burdo intento de chantaje emocional?

Fue a buscar a Jayant, pero le dijeron que se había marchado y que estaría fuera una temporada para reunirse con los ingenieros británicos. Le sorprendió que ni siquiera hubiese esperado a saber cómo le había ido con Clifford.

Cuando iba de vuelta a sus

habitaciones, oyó pasos a sus espaldas. Sintió que se le erizaban los vellos de la nuca y se giró. No había nadie. Solo los crujidos y chirridos del viejo castillo. Pero la recorrió un escalofrío al pensar que alguien podría estar observándola y escuchándola en silencio. Se dijo que solo eran imaginaciones suyas, pero algo rondaba por los pasillos del palacio, de eso estaba segura. ¿Tal vez una criada discreta? ¿O un sigiloso guardia? O eso, o el castillo estaba lleno de fantasmas, lo cual no la sorprendería. No pudo identificar esta presencia y la sensación de que una sombra la acompañaba allá donde iba en la penumbra de los pasillos se convirtió en un miedo persistente, aunque casi

inconsciente.

Se apresuró a buscar alivio en un patio iluminado por el sol, donde Indi estaba empezando un nuevo dibujo frente a un pequeño caballete. Un aroma a rosas y a jazmín impregnaba el aire y, deseando sentirse parte de la vida cotidiana del castillo, Eliza la observó unos momentos. Entonces, completamente desanimada y muy necesitada de una amiga, decidió intentar congraciarse una vez más con la chica.

—¿Es el boceto para un cuadro nuevo? —preguntó con voz amable, dando unos pasos hacia delante.

Indi se dio la vuelta, pero no sonrió.

—Solo es un boceto.

—Es bueno.

Indi no respondió, y Eliza tuvo la impresión de que estaba malgastando saliva.

—Me preguntaba si te gustaría aprender fotografía. Me encantaría enseñarte mis trucos para captar un momento especial.

Indi la miró fijamente.

—*Nahin dhanyavaad.*

Y, dicho esto, se giró ostentosamente e ignoró a Eliza. Había sido un «no, gracias» de lo más enérgico.

ENERO

DESPUÉS DE AQUELLO, Eliza se refugió en lo único que sabía hacer para sobrevivir a los contratiempos de la vida. Absorta en el trabajo, le dolían menos las acusaciones de su madre. Se levantó antes del amanecer, cuando una calima azul cubría con su velo la ciudad a sus pies, y sin que aún hubieran empezado a repicar las campanas del templo, exploró el castillo en busca de

enfoques originales de la arquitectura de las murallas, de recónditos rincones de exquisita decoración o de marcados contrastes entre luces y sombras. Eran momentos extraños pero sublimes, de una soledad casi agradable. Fue a la ciudad, acompañada, por supuesto, y consiguió captar algunas imágenes de los artesanos trabajando; hasta vio a un músico tocando un instrumento que parecía hecho con la corteza de un coco.

Una vez de vuelta en el castillo, le alegró recibir una breve nota de Clifford en la que le decía que ya había puesto en marcha las cosas y que seguramente Jay recibiría el visto bueno para el proyecto de riego. Después de leerla, fotografió a los criados con la sensación de haberse

quitado un peso de encima. Todos se mostraron dispuestos y le invitaron a pasar tiempo con las concubinas, cuyos largos chales en tonos rosa y naranja se arremolinaban y resplandecían sobre el verde esmeralda de sus faldas y túnicas. Empezaban a confiar en ella y, charlando y riendo, le permitieron tomar las fotografías naturales que Eliza deseaba. Más tarde, cuando reveló las hojas de contacto, las mujeres exclamaron y señalaron, ilusionadas, las imágenes de sí mismas. A cambio, se ofrecieron a iniciarla en las dieciséis artes de la feminidad. Eliza declinó al principio, por miedo a lo que supondría aprenderlas, pero las concubinas insistieron hasta no dejarle otra opción.

La sala a la que la condujeron estaba en la planta baja, era enorme y tenía las paredes y suelos revestidos de mármol rosa claro. Las ventanas estaban veladas por celosías delicadamente talladas, a través de las cuales el sol dibujaba patrones geométricos en el suelo con sus rayos dorados. Aquí las *jalís* parecían creadas más por su belleza que para ocultar a las mujeres, dejaban pasar más luz y proyectaban menos sombras. Y cuando las criadas trajeron unos enormes cuencos de agua humeante que vertieron en un profundo *ghangal* de cobre, una especie de bañera, Eliza esperó, expectante y feliz.

Las concubinas la sentaron en un banco de madera, le lavaron el pelo con

agua de coco y la bañaron en agua perfumada con jazmín. Pero las sonrisas de Eliza, avergonzada por estar desnuda delante de ellas, y con tantos pares de ojos evaluándola y tantos dedos tocándole la pálida piel, pronto dieron paso a la timidez. Oía que las mujeres hacían comentarios personales sobre sus pechos y sus muslos, pero poco a poco empezó a bajar la guardia. Una vez se dejó llevar, empezó a caer en una profunda relajación. Mientras la secaban y le masajeban el cuerpo con aceites perfumados, le contaron sus historias. Una le dijo que era la tercera hija de una familia pobre sin hijos varones, y que venía de muy lejos de allí, de una tierra mísera y estéril.

—Entonces ¿tienes hermanas? —dijo Eliza—. Yo siempre quise tener una hermana.

La chica negó con la cabeza y empezó a frotarle los pies con una piedra áspera.

—A ellas se las llevaron los lobos y a mí me trajeron aquí.

—¿Cuando eras un bebé?

—Mis padres eran demasiado pobres como para quedarse conmigo. ¿De qué sirve una niña?

Entonces la chica le masajeó los pies con una especie de manteca, cantando en voz baja mientras trabajaba.

Otra de las concubinas señaló que Eliza debía ponerse más joyas o la tomarían por una viuda. Aunque Eliza protestó, le dijeron que visitara al *sonar*

u orfebre a la primera ocasión y comprase todas las joyas que pudiese. Eliza se rio, pero tomó nota. Durante el tiempo que pasó allí, las mujeres no dejaron de abrazarse y de estallar en carcajadas ante bromas que Eliza no entendía, pero se dejó llevar por una especie de confusa ensoñación y le gustó poder entender un poco mejor este país con tradiciones tan diversas.

Una de las mujeres había hecho algo que llamó *kajal*. Era la sustancia negra con la que se maquillaban los ojos, y se ofreció a enseñarle a Eliza cómo usarla. Cuando terminó, Eliza se miró al espejo y le sorprendió ver lo mucho que realzaba su mirada. Sus ojos parecían más verdes, más brillantes, y cuando

sonrió al ver el resultado, la mujer le dio un frasquito de *kajal* en una minúscula cajita de plata con un palito de madera con el que aplicarlo.

Llevaba viviendo en el castillo desde mediados de noviembre y había pasado una Navidad tranquila en casa de Dottie. Ahora hacía bastante frío por las noches, y tuvo que buscar un par de mantas. Le dieron un *razai*, una colcha rellena de algodón impregnada de un fuerte olor a almizcle, que creían que ayudaba a retener el calor en el cuerpo. Y así, igual que el resto de habitantes del castillo, Eliza se acostumbró a envolverse en un gran mantón de cachemira a primera hora de la mañana y a quitárselo solo cuando empezaba a apretar el calor del

día. Todavía tenía la sensación de que la seguían, aunque, cada vez que se volvía a mirar, no había nadie. El castillo estaba envuelto en misterio. A veces tenía una especie de corazonada, como si estuviese a punto de ocurrir algo horrible, y la incómoda sensación de estar siendo observada la dejaba crispada y tensa. Otras veces lo atribuía a algún ruido procedente de algún otro sitio.

Le sorprendió descubrir lo mucho que echaba de menos a Jay, y, deseando que fuesen sus pasos los que oía resonar por los largos pasillos, no podía librarse de la sensación de que algo iba mal.

UNA MAÑANA TEMPRANO oyó que llamaban a su puerta y, al abrirla, se encontró con una de las criadas, que le indicó que la siguiera. Al principio no desconfió, pero cuando descendieron a las entrañas del edificio, se le puso la carne de gallina. En un lugar tan inmenso como el castillo, era fácil dejarse llevar por el miedo; pero no era solo que los corredores de la planta baja fueran pasadizos fríos y sin ventanas, apenas iluminados por lámparas de aceite: ocurría algo extraño.

Cuando la chica se detuvo frente a una puerta de madera oscura, Eliza se sorprendió al ver que el diván, Chatur, la abría y le hacía señas de que entrase. Vaciló y se volvió a mirar a la criada,

pero los guardias armados que habían aparecido de pronto en el pasillo le impidieron el paso. No confiaba en Chatur. Todo en él, desde su postura erguida hasta su mueca de desprecio, no solo insinuaba desdén, sino que lo expresaba activamente.

Cuando Eliza entró en el cuarto oscuro y sofocante, el diván la miró con una sonrisa fría y amenazadora.

—¿Significa mucho para usted este proyecto fotográfico? —dijo.

—Así es —respondió, con un tono de voz uniforme y con toda la dignidad que pudo.

—Lástima. —Otra de esas sonrisas que no le llegaban a los ojos, como si se burlase de ella—. Tal vez haya oído que

aquí consideramos que una viuda es una mujer culpable. Nos parece deshonroso que una mujer sobreviva a su marido.

Estaba jugando al gato y ratón. Eliza tragó saliva.

—Una creencia completamente ridícula, según mi manera de pensar.

El diván ignoró su comentario.

—Me he enterado de que es viuda, señora Cavendish. Esta clase de rumores se propagan como la pólvora en un mundo tan cerrado como el nuestro.

Se le desbocó el corazón, y cuando abrió la boca para preguntar, la interrumpió.

—Cómo me haya enterado no es asunto suyo.

—No estoy de acuerdo.

—Bueno, sea como fuere, lo importante es que no podemos permitir que una mujer como usted se mueva libremente. Creemos que el contacto con una viuda trae muy mala suerte, y son pocos los que desearán estar en su compañía. En consecuencia, yo mismo o uno de mis hombres la acompañará a todas partes, supervisará todas las fotografías que quiera tomar y examinará con atención sus hojas de contacto. Cualquier cosa que considere inapropiada será destruida. ¿Está claro?

Indignada, Eliza se mantuvo firme.

—Perfectamente claro, aunque creo que el residente británico tendrá algo que decir al respecto.

—Tengo entendido que el señor Salter

se encuentra en Calcuta, y probablemente estará ausente durante algunas semanas.

—Entonces, el príncipe Jay...

—No se deje engañar. Al príncipe no le quedará otra opción que hacer lo que le digo. Son órdenes del maharajá.

—Le ha dicho que soy viuda.

—Era mi deber. Aquí creemos en el deber, y el primer deber de una esposa es mantener con vida a su marido. — Soltó una amarga carcajada—. Algo que usted no supo hacer.

Eliza se dio la vuelta, pero en seguida volvió a girarse y, cansada de preguntarse constantemente si eran imaginaciones suyas, decidió hablar a las claras.

—¿Por qué ha ordenado que me sigan?

Chatur sonrió.

—Son imaginaciones tuyas. Nadie la está siguiendo, pero, si así fuera, ¿no le convendría abandonar el castillo ahora? Antes de que, por así decirlo, le ocurra algo peor. A usted, o incluso a otra persona. Estos castillos pueden ser de lo más peligrosos.

Eliza retrocedió instintivamente al percibir la amenaza velada en su voz.

—¿Por qué iba a pasar algo?

—Es solo una forma de hablar, señorita Fraser. Pero ya vio lo que pasó en el partido de polo.

El diván extendió las manos y, con una expresión de tristeza fingida, se

encogió de hombros.

Ahora Eliza estaba segura de que Chatur estaba detrás de la caída de Jay, y no pudo evitar preocuparse no solo por sí misma, sino también por él. Por muy indefensa que se sintiera, no quiso darle a Chatur el placer de ver lo mucho que le habían afectado sus palabras, así que hizo todo lo posible por tragarse el miedo. Aparte de sus amenazas veladas, sus movimientos quedarían tremendamente limitados. Las cosas no podían ir peor.

Deseó que Jayant volviese a casa y pensó que, ahora que Chatur sabía la verdad, Laxmi también se enteraría. Avergonzada por haber ocultado su verdadera situación, se esforzó por

controlar la angustia. ¿Qué diría Laxmi? Y, ahora que Chatur vigilaba cada uno de sus movimientos, ¿estaba segura en el castillo? A pesar de que le lloraban los ojos y le sudaban las palmas de las manos, se dijo a sí misma que no debía ser ridícula. No iba a pasarle nada. Chatur solo quería intimidarla, ¿verdad?

CON JAY FUERA de casa, Eliza era consciente de que había perdido a su único aliado. Las parlanchinas concubinas dejaron de visitarla, y su acceso al castillo quedó severamente restringido. De vez en cuando, veía a las hijas de Anish patinando, pero como siempre iba acompañada de un guardia, no se atrevía a llamarlas. Estaba claro que los guardias habían recibido órdenes de entorpecer sus planes y, sintiéndose atrapada y frustrada, las

horas parecían eternas. A veces creía ahogarse en un falso silencio plagado de secretos.

Cuando las imágenes que conseguía captar se volvieron más escasas y más formales, empezó a pensar que estaba destinada a fracasar en su tarea. Volvieron las pesadillas, solo que ahora no solo oía la ensordecedora explosión de la bomba, que atronaba una y otra vez en su cabeza, sino que además percibía el olor a carne quemada en su cara y en su pelo, y se despertaba rascándose y arañándose la piel. Otras noches veía el rostro de su padre desvanecerse ante sus ojos, para quedar sustituido por la imagen de una pira funeraria, y se despertaba temblando, con el camisón

pegado a la piel y el pelo empapado en sudor.

La mayor parte del tiempo tenía la misma sensación de que la seguían, y muchas veces esperaba descubrir a alguien acechándola. Pero ¿qué le daba más miedo? ¿Que la siguieran o la angustia constante que la hacía imaginarse algo peor? Tenía la esperanza de que Chatur solo quisiese intimidarla y que no corriera ningún peligro, pero no podía evitar plantearse hacer las maletas y marcharse. Pero, si daba el paso, ¿qué la esperaba en Inglaterra? Se había gastado gran parte de sus ahorros en su equipamiento fotográfico y confiaba en que este proyecto le abriese muchas puertas.

Aunque le pagaban un sueldo mensual, no terminar el proyecto significaría renunciar a la cuantiosa prima final, y su reputación como fotógrafa quedaría dañada.

Iba andando por el pasillo, de camino a su habitación mientras planeaba el siguiente lote de fotografías, cuando se quedó quieta y rápidamente se escondió en un recoveco de la pared. Había visto a un hombre salir a hurtadillas de su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí. Cuando estuvo segura de que se había marchado, corrió a su habitación y, con las manos temblorosas, hizo girar la llave en la cerradura. El intruso había hecho todo lo posible por disimular su presencia, pero, aunque todo estaba más

o menos en su sitio, se dio cuenta de que alguien había movido las cosas que tenía encima del tocador. Ahora que tenía pruebas fehacientes de que la vigilaban, la invadió una mezcla de miedo y rabia. ¿Cómo se atrevían a entrar en su habitación sin permiso? Había reconocido al hombre, que era uno de los guardias de Chatur, así que el diván debía de andar detrás de todo esto. Arrastró una silla y la apoyó contra la puerta, aunque no haría mucho por desanimar al que quisiese entrar.

A LA MAÑANA siguiente, después de una noche sin pegar ojo, el guardia la dejó sola en el patio. Se sentó en uno de los

columpios gigantescos, que tenía cabida para cuatro mujeres a la vez, y, con las piernas colgando, dejó que los dedos de sus pies rozasen el suelo del jardín. Oyó una voz y levantó los ojos. Vio que Indi se le acercaba.

—¿Se lo dijiste tú? —preguntó en seguida. Le dolía pensar que Indi hubiera revelado su secreto, y no pudo disimular su enfado.

La chica frunció el ceño. Eliza alzó la VOZ.

—¿Les dijiste que soy viuda?

—Por supuesto que no.

—Entonces ¿quién ha sido? —preguntó Eliza. El castillo era una sociedad cerrada, plagada de susurros y rumores, en la que los secretos acababan

saliendo a la luz, y Eliza lo sabía.

—No lo sé —dijo Indi, por fin.

—Bueno, pues se han enterado y ahora me vigilan constantemente. No sé qué piensan que voy a hacer.

Indi suspiró.

—Contaminar a las demás mujeres, seguramente. Mira, deja que te ayude. Conozco todos los escondites de este castillo, mejor incluso que los guardias. Puedo sacarte de aquí sin que se enteren.

—Quieren quitarme las hojas de contacto.

—Las sacaremos también.

—¿De verdad estás dispuesta a ayudarme?

Indi asintió con la cabeza y Eliza esperó que fuese sincera.

—Además, puedo enseñarte el pasadizo secreto que comunica el *zenana* con el *mardana*, las dependencias de los hombres. Es el mejor sitio para enterarse de lo que se cuece.

—¿Cómo puedo devolverte el favor?
Indi sonrió.

—He estado pensando en ti. Siento haberme portado mal contigo. Te ofreciste a mostrarme cómo funciona la fotografía. No solo la parte técnica, sino también la artística. ¿Sigues dispuesta a enseñarme?

Animada por este rayo de esperanza, Eliza cogió de la mano a Indi, que había conseguido convencerla de que todo saldría bien.

—Me encantaría. De verdad. Podemos aprender a ver el mundo juntas. Y a ayudarnos mutuamente.

«Hasta en los momentos más oscuros, basta con tener un solo amigo», pensó Eliza, poniéndose en pie. Y mientras subían la estrecha escalera que conducía a sus habitaciones, le preguntó a Indi por su infancia. La chica hizo una pausa y se quedó quieta.

—Quería mucho a mi abuela.

—La conocí, ¿lo sabías?

Indira asintió con la cabeza.

—Ya me he enterado.

—Jay me contó a grandes rasgos lo que pasó. Tu abuela creyó que estabas en peligro.

—Siempre llevaba un collar al

cuello, como la mayoría de los niños. Y un día desapareció. Habría jurado que no lo había perdido, y cuando encontraron muerta a una mujer que era sospechosa de ser bruja, con un hacha clavada en la espalda, mi abuela supo que me habían quitado el collar mientras dormía y que yo también estaba en peligro. Mi aldea está muy atrasada y la mayoría de los vecinos son campesinos. No tenía ni madre ni padre y pensaban que me daba aires de superioridad.

Eliza recordó las suaves líneas redondeadas de las cabañas pintadas de ocre, rodeadas por muros bajos.

—Parecía un pueblecito tranquilo.

—Y lo es, pero nunca fui sumisa, y los aldeanos pensaban que mis padres

deberían haberme enterrado en una tinaja de barro.

—¿Qué?

—Es lo que les hacían a las niñas no deseadas. A muchas niñas recién nacidas las metían en tinajas de barro y las enterraban en el desierto. Pregúntale a tu amigo, el residente. Los británicos desenterraron a algunas.

Horrorizada, Eliza ahogó un grito.

—¿Quieres decir que las enterraban vivas?

—No lo sé. Seguramente sí, para no tener que matarlas. En cierto modo, es comprensible. La gente es muy pobre y las niñas salen muy caras. Los padres no obtienen un retorno por lo que invierten en criarlas, y más adelante, cuando las

chicas se van a vivir con la familia de su marido, no tienen nadie que cuide de ellos en su vejez. Y se quedan con el corazón roto, porque, por supuesto, acaban cogiéndoles cariño a sus hijas. Se dice que las madres lloran cuando nace una niña, pero también cuando su hija tiene que marcharse. Los niños se quedan con sus familias, ¿sabes?

—Pero el infanticidio ya no se practica, ¿verdad?

Indi se encogió de hombros.

—Es sorprendente de cuántas niñas se dice que se las han llevado los lobos.

FEBRERO

POR UN MOMENTO, Eliza sintió miedo cuando se encontró cara a cara con Chatur al día siguiente, pero sabía que, por muy asustada que estuviera, tenía que enfrentarse al diván. Tensando los hombros, decidió dar rienda suelta a su rabia y su frustración.

—¿Por qué ha dado órdenes de que me sigan? —preguntó, esforzándose por evitar que le temblase la voz pero

consciente de que se había ruborizado —. Quiero la verdad. Sé que es uno de sus guardias.

El diván frunció el ceño, se incorporó para parecer más alto y dio un paso hacia adelante.

—Le advertí de que alguien la acompañaría en todo momento.

—Oh, no. No me venga con esas. Esto es distinto. Es algo furtivo. Ayer vi a alguien salir de mis habitaciones.

Chatur sonrió con frialdad.

—Sería una de las criadas, sin duda.

Eliza le sostuvo su mirada.

—Era un hombre.

—Tiene una imaginación muy fértil, señorita Fraser. Yo en su lugar procuraría mantenerla a raya. Y

recuerde: independientemente de lo que piense de mí, no soy ningún estúpido. Anish no es partidario de las acusaciones descabelladas, y si le va con chismes, no la creerá. Me aseguraré de ello.

—¡Chismes!

—A mí no me engaña. Sé que la han introducido en el castillo para vigilarnos. ¿Para quién trabaja?

Eliza estuvo a punto de echarse a reír.

—Es totalmente ridículo.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto.

—Entonces, pregúntese: ¿su amigo el señor Salter le hace preguntas detalladas sobre la vida en palacio?

Ella se miró los pies y no respondió.

Chatur enarcó las cejas.

—Creo que eso demuestra que estoy en lo cierto. No hace falta decir que no nos gustan los intrusos. Le aconsejo que se ande con cuidado. Que tenga un buen día, señorita Fraser.

Eliza era plenamente consciente de que Chatur podía representar un peligro, pero su acusación de que era una espía parecía un disparate inventado para desanimarla. ¿Debería hablar del tema con Laxmi? Tal vez, pero ¿y si no la creía? ¿Y si Chatur ya estaba difundiendo mentiras para desacreditarla? No. Sería mejor que no perdiese los nervios y se guardase sus sospechas hasta que tuviese oportunidad de hablar con Clifford. En cualquier

caso, tenía que pedirle que convenciera a Anish para que volviera a darle libre acceso al castillo. En su ausencia, y sobre todo en la de Jay, se sentía perdida. El problema era que ahora no lograba quitarse de la cabeza que, desde el principio, Clifford le había hecho preguntas detalladas sobre lo que había visto en el castillo.

Al final, fue con Jay con el que habló, cuando volvió de forma inesperada aquel mismo día. El príncipe llamó a su puerta y, cuando la abrió, lo vio esperando en el pasillo, con una manta burdeos sobre los hombros y una expresión amistosa en los ojos.

—¿Te alegras de verme? —dijo, con una amplia sonrisa.

Eliza dejó escapar un suspiro de alivio y tuvo que agarrarse al marco de puerta porque le temblaban las piernas.

—Ni te lo imaginas.

—No voy a pasar mucho tiempo en Juraipur. ¿Te apetece salir a dar un paseo? Por la ciudad, quiero decir.

—Me encantaría —dijo ella. Cualquier plan era preferible a quedarse en el castillo, tal como estaban las cosas —. ¿Podemos salir así, sin avisar?

—Por supuesto, ¿por qué no? Pero procura abrigarte. Corre un aire frío. — Rio—. Aunque después de Yorkshire, esto no es nada.

—¿Así que has estado en Inglaterra?

Jay asintió y extendió el brazo para indicarle que pasase primero.

En la ciudad, el invierno, si es que podía llamarse así, no había cambiado nada. Los puestos seguían abiertos en las calles y la gente se apiñaba frente a ellos como de costumbre, aunque ahora iban envueltos en mantas. Por lo visto, nadie llevaba abrigo (sobre todo, supuso, porque no había lluvias durante esta estación fresca, pero de cielos despejados).

—¿Chai? —Ofreció Jay, mientras se le acercaba con dos tazas de la dulce bebida caliente—. En mi opinión, sabe mejor cuando hace frío.

Bebieron el té y se pararon a examinar unos exquisitos mantones de seda en preciosos tonos rojo, azul y dorado. Eliza se fijó en uno de un

intenso azul pavo real y acarició con las yemas de los dedos su sedosa textura. Por el rabillo del ojo, vio que Jay se acercaba al vendedor y, tras una breve negociación, volvía con él.

—Es tuyo. Es de seda y cachemira, me ha dicho.

—No puedo aceptarlo.

—Por supuesto que sí. Considéralo una muestra de mi estima.

Jay le envolvió delicadamente la cabeza con el mantón y le acarició la mejilla.

—Precioso. Realza el color de tus ojos.

Eliza notó que se sonrojaba, pero le sonrió.

—Gracias.

—Cuéntame, ¿cómo has estado?

Eliza vaciló un momento.

—Han pasado muchas cosas. Chatur ha convencido a Anish de que limite mis movimientos, pero lo que más me preocupa es que vi a un hombre salir de mis habitaciones. Me encaré con Chatur, pero lo negó y me acusó de ser una especie de espía. Quería preguntártelo: ¿no te parece una locura?

—Es intolerable. Pero ¿qué es lo que ha motivado las restricciones?

—Chatur se ha enterado de que soy viuda. Y, por lo visto, eso le da carta blanca para hacer lo que quiera. Cree que voy a contaminar a las demás mujeres.

El rostro de Jay se ensombreció y

apartó la mirada.

—No tiene buena pinta. Hablaré con Anish.

—No sé si servirá de algo. Si hablas con Anish y él se encara con Chatur, me odiará todavía más. Vigila todos mis movimientos. Al principio creí que eran imaginaciones mías, pero ahora estoy segura.

—Le pediré a un cerrajero que cambie las cerraduras de tu dormitorio. Chatur no tiene por qué enterarse, y solo tú tendrás la llave. O, si no te parece suficiente, tal vez podrías pasar una temporada en casa de tu amiga Dottie.

Eliza hizo una mueca.

—Dottie es un encanto, pero no sé si quiero estar tan cerca de Clifford.

—Más vale lo malo conocido...

—Quizá tengas razón.

—Tenemos que mantenerte a salvo.

Me encargaré de las cerraduras, pero partiré rumbo a Jaipur esta misma tarde. Esta vez solo serán unos días. Si te sientes en peligro mientras esté fuera, ve a casa de tu amiga. Y ve a ver a Clifford para que vuelva a darte libre acceso al castillo. Ya ha regresado de su viaje.

AQUELLA NOCHE, TRAS asegurarse de que la nueva cerradura funcionaba perfectamente, esperó a Indi. Cuando la chica apareció con ropa de estilo indio en una bolsa, Eliza se cambió y la siguió hasta los pasillos de la planta baja.

Había decidido confiar en Indi y esperaba poder moverse sin ser vista por algunas partes del castillo. El trato era que Eliza iniciaría a Indi en el arte de la fotografía y, a cambio, la chica se aseguraría de que pudiese salir del castillo a primera hora de la mañana para hacer fotos o, como ahora, al atardecer, para entregar las hojas de contacto.

Cuando oyeron toser a alguien más adelante, en el pasillo, Eliza se quedó atrás y miró a su alrededor en busca de un nicho en el que refugiarse, mientras Indi seguía adelante. Si era Chatur o uno de sus leales guardias, jamás conseguiría llevarle las hojas a Clifford. Chatur las confiscaría y ahí acabaría

todo. Eliza sospechaba que este largo pasillo en pendiente, que estaba cerca del almacén principal, y donde el aire estaba especiado por el aroma del cardamomo, el chile y el cilantro picante, corría paralelo a las cocinas. Pero había algo más: incluso aquí abajo, el empalagoso aroma a incienso de las oraciones vespertinas invadía el corredor oscuro y, junto con el olor de las lámparas de aceite desperdigadas aquí y allá, le impedía respirar con normalidad.

Oyó una risa. Pensó que debía de ser Indi y esperó un poco más. Cuando decidió arriesgarse a salir, la chica la estaba esperando.

—Ya casi estamos —susurró,

haciéndole señas de que avanzara—. No hay moros en la costa.

—¿No parece que bajamos en vez de subir?

—Antes de salir del castillo, quiero enseñarte algo. Todavía no ha oscurecido del todo, así que no pasa nada por retrasarnos unos minutos.

Después de un rato, Indi volvió a detenerse. Aunque no había ninguna lámpara de aceite, en la oscuridad Eliza distinguió un dibujo enmarcado del castillo que colgaba de la áspera pared de piedra. Indi lo retiró de la pared y lo dejó con cuidado en el suelo. Entonces, con ayuda de una pequeña lima que se sacó del bolsillo, extrajo una piedrecita que cubría un agujero oculto en el muro

y pegó la oreja.

—Te toca. Escucha.

Eliza vaciló.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Indi y Eliza no pudo evitar admirar el entusiasmo de la joven y cómo se aferraba a todo lo que le ofrecía la vida, sin hacer caso a la autoridad.

—Adelante.

Eliza hizo lo que le decía. Cuando pegó el lado de la cara al muro de piedra helado, lo que la sorprendió no fue el frío, sino las voces que oyó. Por lo visto, estaba escuchando a Devdan, el amigo de Jay.

—¿No te das cuenta? Tenemos que decidirnos —decía.

—No creo que sea necesario —

respondió otro hombre, aunque su voz no se oía tan fuerte ni tan clara—. ¿Por qué cambiar las cosas?

—Vamos a tener que elegir.

—¿Y quieres que nos unamos a una panda de rebeldes?

Aunque la voz sonaba amortiguada, Eliza estaba casi segura de que era eso lo que había dicho y de que el que hablaba era Jay. Y ella que creía que ya había salido de Juraipur.

—Es o eso o poner nuestras esperanzas en un imperio que se desmorona. Todos tus tratados no valdrán nada cuando los británicos fracasen.

—¿Y fracasarán? ¿Eso crees?

—Ya lo has visto: la desobediencia

civil es generalizada. La Corona Británica está acabada.

Se hizo un silencio, seguido del ruido de sillas arrastradas. Eliza negó con la cabeza y se volvió hacia Indira.

—¿Cuántas personas saben de esto?

—Es un canal de escucha. Un pequeño túnel o tubo perforado en la pared. Lo abrí un día, cuando era pequeña. Aparece mencionado en un antiguo libro de crónicas del castillo y calculé dónde debía de estar, más o menos.

—¿Y nadie más lo sabe?

—No estoy segura, puede que haya otros. Antiguamente, estas fortalezas eran tremendamente peligrosas. Plagadas de intrigas y asesinatos,

porque todo el mundo quería hacerse con el trono. Me encargué de averiguar los secretos del castillo cuando era niña. Todo el mundo me ignoraba y podía esconderme con facilidad, así que no fue demasiado difícil. Cuando Laxmi se dio cuenta de lo que hacía, me pidió que vigilara a Chatur. No se fía de él.

—¿Dónde estaba hablando Devdan?

—Jay tiene un pequeño estudio que da al pasillo que conduce a las dependencias de los hombres.

—Deberías haberle dicho lo del canal de escucha.

—¿Por qué iba a renunciar al poco poder que tengo?

—Pero ¿eres amiga de Jay?

Indi resopló.

—Tengo que cuidar de mí misma.

Y mientras se dirigían a un arco bajo que comunicaba con uno de los túneles que llevaban a un patio exterior, Eliza entendió que alguien con los antecedentes de Indi tuviese que buscar formas de protegerse, costase lo que costase y cayese quien cayese. Puede que el apoyo de Laxmi por sí solo no le hubiese bastado para sobrevivir en el castillo.

—¿Has pensado quién pudo decirle a Chatur que eres viuda? —dijo la chica.

—Lo he pensado, pero todavía no lo sé.

—Puede que fuera Dev, supongo. ¿Lo sabía?

Eliza asintió y se planteó la idea.

Puede que fuera Dev el que se lo dijera a Chatur o, aún peor, ¿podría haber sido Jay? ¿Se le habría escapado la verdad? Era una idea horrible, que la hacía sentirse completamente indefensa. No podía haber sido Jay, ¿verdad? Eliza confiaba en él y Jay no tenía nada que ganar con traicionarla. Pero no pudo quitarse la idea de la cabeza mientras seguía a Indi hacia el patio, donde el agua, que manaba con fuerza de las fuentes en forma de pavos reales, relucía a la luz de las ventanas del palacio y unas lámparas de arcilla desperdigadas por los caminos guiaban sus pasos.

—Es precioso —dijo Indi—, pero nadie viene por aquí. Laxmi siempre lo ha mantenido en perfecto estado. Es

donde murió su hija menor, la única niña.

—No lo sabía.

—Nunca habla del tema, pero la gente murmura que fue Anish el que la empujó, cuando era pequeño. Se abrió la cabeza contra una de las fuentes en forma de pavo real y nunca recuperó la conciencia.

—Qué triste.

—Laxmi deseaba con todas sus fuerzas tener una hija y entonces, mucho después de que nacieran los tres niños, llegó su hijita. A veces pienso que le gustaría que yo fuese la hija que perdió.

Al caer la noche, escaparon del castillo y se fundieron con las calles, donde el lado oscuro de la vida india

seguía existiendo, sin que los británicos pudieran reprimirlo. Un mundo en el que el son místico de los tambores convivía codo con codo con los fumaderos de opio en zanjas de menos de un metro de ancho. Cuando Eliza presenció la vida nocturna que se desarrollaba a media luz en esta parte oculta de la ciudad, temió por su vida, pero siguió a Indi con la cabeza baja. El laberinto de callejuelas era un atajo necesario que llevaba a la residencia británica, situada al otro lado de la ciudad. Si hubiesen dado un rodeo para evitar estas calles, habrían tardado demasiado tiempo a pie.

Cuando se aproximaban a la residencia, se les acercó un coche y Eliza dio un paso atrás al ver apearse a

Clifford; pero este la había visto por la ventanilla y la miró con el ceño fruncido. Aunque tenía que hablar con él, había querido llamar a su puerta, no que la descubriese al acecho en la oscuridad, como a una vulgar ladrona.

Cuando el conductor de librea abrió la puerta del coche, una mujer se apeó y Eliza vio el rostro de una dama británica muy conocida. Por un momento, no supo ubicarla, pero entonces se dio cuenta de que era la esposa del actual virrey. La siguió un hombre de cabello cano y aspecto importante. Por supuesto, Clifford tenía contactos al más alto nivel y hablaba con el respaldo de la autoridad superior. Y debía participar en cantidad de fiestas y eventos sociales

como este.

La voz aguda de la mujer le llegó, nítida, cuando esta se dirigió a Clifford. Un mayordomo salió de la residencia y escoltó a la dama y a su acompañante al interior, mientras Clifford le hacía señas a Eliza.

Ella se le acercó con paso vacilante: era evidente que Clifford estaba furioso.

—¡Demonios, Eliza! ¿Has perdido el juicio? ¿Qué haces correteando por ahí en plena noche, con esas pintas?

—Indira me ha ayudado a salir del castillo. Te he traído unas hojas de contacto y placas fotográficas. Han limitado mis movimientos.

—¿Ah, sí? Ya veremos. Sin duda, ha sido cosa de Anish, o, mejor dicho, de

esa maldita entrometida de su esposa. Se lava las manos después de tocar a un inglés, ¿te lo imaginas? ¡Qué desfachatez! Y si se sale con la suya, Anish acabará haciendo lo mismo. — Hizo una pausa—. En realidad, verte por aquí me ha dado una idea. No puedo hablar ahora. —Señaló la puerta por la que acababa de entrar la esposa del virrey—. Pero ¿recuerdas que te sugerí que tal vez pudieras ayudarnos?

—Sí.

—Bueno, me pasaré por el castillo para ver al maharajá. Lo hablaremos entonces.

UNA SEMANA MÁS tarde, poco después de que Eliza oyera las campanas del templo una mañana, la llamaron al estudio de Jay. Demasiado nerviosa como para explorar el pasadizo secreto ella sola, se echó el nuevo chal de cachemira por los hombros y fue por los corredores habituales. Jay le dedicó una amplia sonrisa cuando abrió la puerta y la vio allí de pie, pero Eliza dio un paso atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Ha

pasado algo?

Lo miró fijamente, sin saber qué pensar. Tenía barba de varios días, pero la miraba con los ojos color ámbar relucientes y la piel de la cara le brillaba de salud y vitalidad. Eliza no lograba quitarse de la cabeza las dudas sobre quién se lo habría dicho a Chatur y ahora no le quedaba otra opción que preguntárselo a Jay.

—Pasa, Eliza. Será mejor que no hablemos en el pasillo.

Ella negó con la cabeza.

—Dime, ¿qué es lo que pasa?

Eliza abrió la boca, pero no le salió la voz y, por un momento, no pudo devolverle la mirada. Jay frunció el ceño.

—¿Y bien?

Eliza vaciló, pero entonces las palabras le salieron de golpe.

—Tengo que preguntarte algo.

Jay sonrió.

—Dispara.

—¿Fuiste tú el que le dijo a Chatur que soy viuda? —preguntó, sintiéndose mal por sospechar de él, devolviéndole abiertamente la mirada.

—Por supuesto que no. ¿Qué te hace pensar eso?

—Indi me juró que no había sido ella. Me sugirió que tal vez fuese tu amigo Dev. Él lo sabía, pero el caso es que ni siquiera ha estado aquí; hasta ayer, es decir —Jay frunció el ceño.

—¿Devdan estuvo aquí ayer?

—Lo sabes perfectamente.

—Qué raro. Según tengo entendido, Dev no ha estado en el castillo durante mi ausencia.

—¿A qué hora llegaste ayer?

—Sobre la medianoche.

Eliza bajó la voz.

—Me pareció oírte hablar con él.

—¿Cuándo?

—Justo antes de anochecer.

Negó con la cabeza.

—Me declaro inocente.

Eliza pensó rápidamente. Si no era Jay el que hablaba con Devdan, ¿quién podía ser? La voz era casi imperceptible y puede que hubiese llegado a la conclusión equivocada. ¿Tal vez fuese Anish?

—¿Dónde estaba cuando lo oíste?

—No podemos hablar aquí.

¿Podemos salir a uno de los patios?

—Por supuesto. Pero tendrás que admitir que todo esto es un poco raro.

En el patio, se sentaron juntos en un banco junto a una de las fuentes. Eliza contempló el luminoso cielo azul y observó a los periquitos, que se alejaban con un revoloteo de un árbol plateado y polvoriento para refugiarse en el siguiente. Normalmente, entrever las plumas amarillas que tenían bajo las alas la llenaba de alegría. Pero hoy, no.

—Pronto empezará a hacer más calor, ya casi es primavera —dijo Jay—. Y después, el calor se volverá insoportable.

Pero Eliza tenía frío, y volvió a sentir esa misma timidez en su presencia, sobre todo en este patio, observado por el *zenana*.

—Actúa con naturalidad —le aconsejó Jay, como si entendiese el motivo de su reticencia—. Sonríe y no te retuerzas las manos en el regazo.

Eliza notó que se ruborizaba.

—No me había dado cuenta.

Jay hizo una pausa y miró el suelo unos segundos antes de girarse hacia ella.

—Admito que se lo conté a mi madre.

Ella se volvió para mirarlo.

—Sabías lo mucho que importaba. Confiaba en ti.

—Lo siento.

—Fui a hablar con Clifford por hacerte un favor.

—Y te lo agradezco. Mañana vendrá el ingeniero con los primeros planos. Te dejarán impresionada. Aunque el permiso para represar el río tendrá que esperar.

—¿No te das cuenta de lo que has hecho?

Jay frunció el ceño.

—¿Qué puedo decirte? Se me escapó. Mi madre es una gran admiradora tuya y lo entiende, Eliza, de verdad. No te juzga y jamás se lo diría a nadie. Y yo, desde luego, tampoco.

La invadió una oleada de ira: ¡que Jay hubiese podido pensar que podía decírselo a su madre! Eliza había

querido sincerarse ella misma con Laxmi y ahora era imposible. En el mejor de los casos, la consideraría una hipócrita, y en el peor, una mentirosa. Agachó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

—Quítate las manos de la cara. Nos observan.

Aunque Jay intentaba aparentar normalidad, Eliza había visto la preocupación en sus ojos. Se puso de pie, ignorando la sonrisa que tenía fija en el rostro.

—No. Puede que tú seas capaz de disimular, pero yo no.

—Por favor, quédate.

Eliza le dio la espalda. Sabía que Chatur se opondría a su misión si la

verdad sobre ella salía a la luz. El propio Jay le había dicho que esta clase de rumores corría como la pólvora en palacio. Y ahora lo había estropeado todo, así que ¿por qué tendría que ayudarle y contarle lo del canal de escucha? Se merecía que lo espiasen.

Volvió a su habitación, donde se echó en la cama, dividida. Aunque estaba furiosa, lo peor era el dolor aplastante de haber sido lo suficientemente ingenua como para confiar en Jay. Se regañó a sí misma por interesarse por otro hombre que había acabado decepcionándola, pero no pudo evitar oír su voz ni dejar de ver la preocupación en sus ojos.

A solas con su preocupación, Eliza observó cómo el dorado sol de la

mañana pintaba la ciudad de rosa claro. Algo más tarde, oyó la bocina de un coche y corrió hacia el gran salón que daba a la entrada principal, desde donde vio a Clifford bajarse de un gran vehículo negro. Un coche más pequeño se detuvo tras él. Un hombre joven se apeó con cuidado, con los pies por delante, y, cuando se enderezó, Eliza vio que llevaba un enorme rollo de papeles bajo el brazo. Aunque vestía al estilo occidental, parecía tener algo de sangre india. ¿Un angloindio tal vez? Eliza supuso que debía de ser el ingeniero que había contratado Jay. En realidad, estaba deseando ver los planos; pero, aunque enviaron un mensajero a solicitar su presencia en el estudio de Jay, no podía

permitirse ir. Todavía dolida por su imprudente traición, envió un mensaje diciendo que estaba indispuesta y empezó a andar de un lado a otro por su habitación, acalorada y agitada por la indignación justificada que sentía, que le tensaba la mandíbula. Pero entonces recordó que alguien podría estar espionando la reunión y supo que no podía permitirlo. Independientemente de la indiscreción de Jay, el proyecto de riego mejoraría la vida de muchas personas, y Eliza no podía ser la que destruyese esa posibilidad dejando que los planos cayesen en manos de la persona equivocada. Una vez se decidió a ir, se armó de valor y corrió por el pasadizo secreto que le había mostrado Indi,

dejando atrás a los boquiabiertos guardias. Cuando llegó, sin aliento, llamó a la puerta de Jay.

El corazón casi se le salía por la boca cuando este la abrió y varios pares de ojos se fijaron en ella.

—Creí que estabas enferma —dijo, esbozando una sonrisa.

—Tengo que hablar contigo. Pero antes, diles que lleven los planos a las habitaciones de Laxmi. Es muy importante.

—Muy bien.

Volvió a entrar en el estudio.

Eliza oyó el murmullo de sus voces y Jay salió a hablar con ella.

—Se muestran de acuerdo, aunque mi hermano está furioso.

—Es tu proyecto. Tienes que protegerlo. Tu estudio no es seguro.

—Eliza...

Lo interrumpió y todos salieron de la habitación hablando en voz baja para escapar de oídos curiosos.

—¿Dónde le dijiste a tu madre que soy viuda? ¿En qué habitación?

—¿Dónde? ¿Qué más da?

—Dímelo.

—Vino a mi estudio una tarde.

Eliza hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Jay, te prometo que ese cuarto no es seguro.

Le explicó lo del canal de escucha secreto y le dijo que, al pegar la oreja al agujero de la pared, había oído voces

provenientes de su estudio.

—¡Demonios! ¿Por eso no querías que desvelase los planos en mi despacho?

—No estaba segura. Pensé que sería mejor no dar a conocer los planos en una fase tan temprana... —Hizo una pausa—. ¿Con quién crees que estaba hablando Devdan?

—¿Estás segura de que era un hombre?

Eliza asintió.

—¿Con mi hermano, quizá?

—Me dio la impresión de que planeaban algo contra los británicos.

—Típico de Dev. Aunque creí que había dejado de intentarlo.

—¿De intentar qué?

—Dar con la manera de cambiar la mentalidad de la gente.

—A veces pienso que sería mejor que la gente se sublevara contra los británicos.

Jay sonrió.

—¡Vaya! Es una opinión de lo más antipatriótica, ¿no te parece?

Eliza se encogió de hombros.

—No me gusta cómo hablan Clifford y sus amigos.

Eliza siguió a Jay hasta el apartamento de Laxmi y, cuando atravesaron las puertas de madera de sándalo y entraron en la habitación perfumada de jazmín, el reluciente interior recubierto de espejos del dormitorio la dejó sin aliento, como la

última vez. Vio a Anish, a Priya, a Laxmi, a Clifford y a otro hombre, al joven que había visto antes con el rollo de papeles bajo el brazo. Ahora los planos estaban desplegados sobre una mesa alargada. Laxmi sonrió.

—Me alegro mucho de que hayas podido asistir a la reunión, Eliza.

Ella le devolvió la sonrisa, aunque no le gustaba sentirse el blanco de todas las miradas; sobre todo ahora que Laxmi y los demás sabían la verdad. Pero se alegró de que no hubiesen invitado a Chatur.

—¿A qué viene este traslado de última hora? —preguntó Anish, visiblemente molesto por el cambio de habitación—. ¿Por qué tanto misterio?

—No hay ningún misterio —dijo Jay—. Me di cuenta de que la mesa de mi estudio no era lo suficientemente ancha para todos los planos.

—¿Y qué hace aquí la inglesa? —preguntó Priya, haciendo gala de su arrogancia habitual.

—Para empezar, fue idea suya —explicó Laxmi, dedicando una afectuosa sonrisa a Eliza.

—¿Piensas permitir que una viuda inglesa nos dicte lo que tenemos que hacer? —resopló Priya, con desdén. A continuación dejó escapar un torrente de palabras, demasiado rápido como para que Eliza pudiera seguirlo, aunque logró captar lo esencial: Priya estaba en desacuerdo.

—Si mal no recuerdo, tú sí que aprovechas cualquier oportunidad para dictar —respondió Laxmi. Y Eliza la entendió.

Sonrió para sus adentros, intuyendo que las dos mujeres tenían cuentas pendientes, pero que Laxmi siempre saldría ganando. Se preguntó de dónde provendría la increíble fuerza interior de la marajaní.

—Madre, Priya —dijo Anish—. Dejemos a un lado nuestras diferencias personales y hablemos de los planos.

El ingeniero dio un paso adelante.

—Me llamo Andrew Sharma. Estudié en Londres y he trabajado en varios proyectos de irrigación a lo largo y ancho del imperio indio.

—Rajpután no es como cualquier otro lugar —dijo Anish, en tono inexpresivo.

El joven hizo una discreta reverencia.

—Tiene razón, señor, pero he considerado todos los factores.

Anish sonrió con superioridad.

—Como sabe, ya han fracasado numerosos proyectos. ¿Por qué el suyo iba a ser distinto?

Cuando un soplo de viento llevó hasta la habitación la fragancia de los jardines y de algo más, a Eliza le pareció distinguir los olores del desierto. Probó a sonreír a Priya, que se limitó a enarcar una ceja y sonreír con suficiencia antes de apartar la mirada.

El joven miró a Clifford, que asintió con la cabeza.

—Con el debido respeto, fracasaron sobre todo porque ignoraron los conocimientos de la gente de Rajpután. Sondeando a los lugareños, he descubierto exactamente dónde deben excavarse los embalses, la profundidad que deben tener y cómo solucionar el problema de la pendiente de las tierras del príncipe. En una segunda fase, podremos represar el río, pero por ahora es mejor no complicarnos. La gente del pueblo conoce las debilidades de la tierra y sabe dónde hay que levantar muros para evitar filtraciones. Y mis planos tienen en cuenta todo esto.

—¿Por qué malgastar todo este tiempo y dinero por unos campesinos?
—dijo Priya—. No tiene sentido.

Eliza entrelazó los dedos detrás de la espalda y observó cómo Anish se volvía hacia Jay.

—¿Estás dispuesto a asumir toda la responsabilidad por el proyecto?

Jay asintió con la cabeza.

—Me hago responsable.

—¿Y si fracasa?

—No lo creo.

—¿Y los británicos están dispuestos a respaldarlo con capital? —preguntó Anish a Clifford.

—Hasta cierto punto.

Una vez examinaron los planos detallados, Clifford solicitó hablar en privado con el maharajá. Eliza esperó que fuese para insistir en que Anish revocase las órdenes de limitar sus

movimientos. Priya y el ingeniero se marcharon y Jay y Eliza se quedaron a solas con Laxmi. Jay le dijo que, aunque Anish no había visto los planos hasta aquel día, confiaba en que su hermano les diese el visto bueno.

—Por el momento, estoy utilizando unas viejas excavadoras a vapor, ideales para cavar y desplazar rocas y tierra. Pero son máquinas pesadas y complejas y se necesitan tres hombres para manejarlas, así que espero poder hacerme con unas excavadoras diésel más baratas y sencillas en cuanto pueda pagarlas. Al menos, los hombres ya han llegado y las excavaciones ya están bastante avanzadas.

—Intenté convencerlo de que

esperase —dijo Laxmi—, pero hay que terminar el primer embalse antes de que lleguen las lluvias, en julio.

—Mientras no haya problemas imprevistos, debería darnos tiempo —añadió Jay.

Laxmi le tendió las manos a Eliza.

—Ven aquí, querida.

Eliza dio un paso adelante, pero agachó la cabeza, terriblemente avergonzada.

—Lo siento...

—No hace falta que me pidas disculpas. Lo entiendo.

Eliza alzó la vista y trató de sonreír.

—¿De verdad?

—Olvidémoslo. Haré todo lo que pueda para convencer a la gente de que

te deje fotografiarla. Muchas son personas sencillas con poca o ninguna educación más allá de estas paredes, pero si les explico que ser viuda es algo completamente distinto en tu cultura, confío en que lo entiendan. Me he enterado de que te gustó hacerles fotos a las concubinas.

—Mucho. Son cariñosas y muy graciosas.

—Veré lo que puedo hacer.

Jay la miró con cariño y con el ceño ligeramente fruncido.

—Entonces ¿estoy perdonado?

—Supongo. Aunque sigo sin saber quién se lo dijo a Chatur.

Jay le tendió una mano.

—Debe de haberse enterado por el

canal de escucha. Y ahora, despidámonos de mi madre: tiene que ir a hacer sus *pujas*.

Jay y Eliza salieron de la habitación de la marajaní y, tomando una de las escaleras principales, bajaron al gran salón donde se había celebrado el multitudinario *durbar*. Eliza le preguntó qué relación tenían Priya y Laxmi.

—Las suegras indias pueden ser muy crueles —dijo.

—Pero no es el caso de Laxmi, ¿verdad?

—No, pero mi abuela, su suegra, trató muy mal a mi madre. Mi abuela la encerraba a solas en una habitación durante días para mantenerla alejada de mi padre.

—¿Por qué?

—Para que mi madre no pudiera influir en él. Laxmi siempre fue una adelantada a su tiempo. Pero en nuestra cultura hay que obedecer la voluntad de los padres en todo momento.

—¿Aunque estén equivocados?

—Aun así —dijo, en tono serio.

—¿Y tu padre no podía hacer nada?

—Según la etiqueta, el marido debe permanecer en silencio. Laxmi intentaba complacer a su suegra, pero era inútil. Por suerte, la vieja bruja murió joven y mi madre pudo florecer.

—Pero eso no explica la mala relación entre Laxmi y Priya.

—No, tienes razón. Creo que, simplemente, a mi madre no le gusta la

esposa de mi hermano.

—Y tal vez no se fie de ella.

Caminaban a paso lento y Eliza no supo muy bien qué decir.

—La nueva cerradura funciona bien —comentó por fin.

Jay sonrió

—Seguro... Mira, ¿me permites que te lleve a la segunda noche del festival de *Holi*, en la parte más antigua de la ciudad, a principios del mes que viene? Considéralo una disculpa.

Jay dejó caer la invitación como de pasada y Eliza se quedó sorprendida.

—¿Puedes salir a la ciudad esa noche? Creí que tendrías que celebrar el *Holi* en el castillo.

—Todos los años me escapo de las

celebraciones de palacio, ya cubierto de polvo de colores. Es el mejor disfraz. Si también te vistes al estilo indio y tienes algo de color en la cara y en el pelo, nadie se fijará en nosotros.

Eliza se lo pensó un momento.

—Será divertido.

—Te prometo que nunca has visto nada parecido. Te llegará al corazón... En el festival celebramos que lo pasado pasado está.

«Justo lo que necesito», pensó Eliza con ironía.

—Es una celebración de la primavera. Un momento de despertar y de esperanza —añadió.

—¿Nunca te han reconocido?

—Si me reconocen, no importa. Pero

llevo ropa vieja y nadie espera verme allí, así que no se fijan en mí. Todo depende de las expectativas, ¿no crees?

A ELIZA LE ENCANTABA salir a primera hora de la mañana y, por el momento, no había visto más sombras que se escabullían en cuanto se daba la vuelta ni oído susurros ni pisadas silenciosas a sus espaldas. Ya no la seguían y empezaba a recobrar la esperanza. Aquel día se levantó temprano para captar la mejor luz y salió con su Rolleiflex, pensando en el ofrecimiento de Jay de llevarla al festival *Holi*. Tenía que admitir que le hacía ilusión. Respiró

el aire fresco de la mañana y comenzó a fotografiar los gigantescos columpios del patio. Entonces algo la sobresaltó y miró a su alrededor, percibiendo unas pisadas ligeras. «Otra vez no», pensó, dejando la cámara sobre un poyete. Se acercó al pórtico de donde parecían provenir los pasos y recorrió un corto pasillo. Silencio. Pero hacía un momento alguien había estado allí. Alguien de pies ligeros. De eso estaba segura. ¿Puede que una de las concubinas hubiese querido hablar con ella pero le hubiese entrado miedo? El silencio se hizo aún más perceptible y, empezando a dejarse llevar por el pánico, Eliza estuvo atenta a cualquier susurro. Nada. Pasados unos minutos, se

volvió y regresó al patio, dispuesta a terminar con su tarea, pero, al recoger la cámara, se le heló la sangre. La lente, que antes estaba en perfecto estado, estaba agrietada. ¿La habría soltado tan repentinamente como para golpear la lente? Parecía improbable: estaba segura de que lo habría notado. ¿Quién había estado en el patio? Decidió volver a sus habitaciones, murmurando para sus adentros.

Aunque empezaba a hacer algo más de calor, todavía no habían alcanzado ni de lejos las temperaturas abrasadoras del verano. Eliza sabía que le resultaría imposible escaparse a la ciudad cuando llegase el calor extremo y, deseosa de averiguar qué le había pasado a su

cámara, decidió sacar el máximo partido de un almuerzo de gala al que la había invitado Clifford. Y, ya que estaba, le preguntaría dónde debía reparar la cámara.

Escogió una bonita falda de verano color rosa claro, de sedoso crepé de China, y la combinó con una blusa con las mangas ligeramente afaroladas. La falda, ceñida a la cintura, se le ajustaba a las caderas y realzaba su figura más que cualquier otra prenda de las que poseía. Era el conjunto que se ponía cuando quería impresionar. Se puso un collar de perlas auténticas y, mientras buscaba los pendientes a juego, decidió no hablarle a Clifford del hombre que había visto salir de su habitación ahora

que habían cambiado la cerradura. Seguramente insistiría en que se trasladase a casa de Dottie.

De camino a la salida, justo donde unos rayos de sol proyectaban caprichosos dibujos sobre el suelo de mármol, se encontró con Jay.

—Estás preciosa hoy —dijo, con una amplia sonrisa—. Ese color te favorece.

—Me han invitado a un almuerzo —murmuró, ruborizándose bajo la mirada atenta de Jay.

—Típicamente británico. —Le hizo una reverencia—. Pásalo bien. Por cierto, el proyecto de riego está progresando mucho, pero todavía tenemos que confirmar la financiación que nos prometieron para poder terminar

el primer embalse. De lo contrario, todo este trabajo no servirá para nada.

—¿Y te la confirmarán?

Jay inclinó la cabeza en un gesto que tanto podía ser un asentimiento como una negación.

—Antes me gustaría enseñártelo.

No podía decirle que prefería pasar tiempo con él que con Clifford y que estaría encantada de ir ahora mismo. Al pensarlo, un intenso rubor le subió por el cuello.

—Y estás todavía más guapa cuando te sonrojas —añadió.

—¡Oh, calla! Seguramente será un aburrimiento.

—¿Te importaría preguntarle a Clifford si está haciendo progresos con

los inversores y si ya tiene el permiso para represar el río? Cuando estuve en Calcuta, las negociaciones parecían ir bastante bien, pero no he vuelto a tener noticias desde que regresé.

Más tarde, mientras Eliza miraba por la ventanilla del coche, la pobreza volvió a golpearla y se esforzó por darle sentido a lo que veía. Los niños de la calle, con sus enormes ojos oscuros, seguían el coche con avidez, sin duda esperando recibir una limosna cuando el vehículo llegara a su destino. A juzgar por las chabolas que había a ambos lados de la carretera, quedaba claro que mucha gente no tenía casa. Rebuscó unas rupias en su bolso y las sostuvo en la mano, preparada para cuando bajase del

coche. Eliza se fijaba en los detalles, siempre había sido observadora. Había sido su vía de escape, una forma de sobreponerse a la muerte de su padre. Se fijaba en las cosas y después, en su imaginación, se las contaba a su padre. Una vez su madre se la encontró en el jardín con una margarita en la mano y hablando en voz alta con su padre imaginario. Su madre le dio un cachete en la mano y la margarita cayó al suelo. A partir de aquel día, Eliza mantuvo en secreto sus conversaciones con su padre.

Mientras el coche se acercaba a la casa de Clifford, Eliza seguía pensando que sería un almuerzo con invitados; pero, una vez más, acabó a solas con

Clifford. Después de un delicioso pollo asado con patatas y verduras al vapor, Eliza se echó hacia atrás en su silla, satisfecha. Aunque le gustaba la comida india que servían a diario en el castillo, empezaba a cansarse del arroz con *dal*.

—Bueno —dijo Clifford—. ¿Te queda hueco para el pastel de manzana?

—¿Estás intentando cebarme?

—En absoluto. Creo que estás perfecta tal y como estás.

Eliza rio.

—Pero no me has invitado a tu casa para echarme piropos.

Clifford sonrió.

—No. Quería decirte que has recuperado la libertad.

—Gracias. Significa mucho para mí.

Pero ahora voy a necesitar tu ayuda con otra cosa.

—Dispara.

—Esta mañana ha ocurrido algo extraño. Le di la espalda a mi cámara un momento y cuando volví la lente estaba rota. Tenía una grieta justo en el centro. Es la que utilizo cuando quiero ir de un sitio a otro.

—Debiste de darle un golpe sin darte cuenta.

—La verdad es que no lo creo, pero ¿dónde puedo comprar una nueva lente? Además, me preocupa que el cuerpo de la Rolleiflex también haya quedado dañado.

—¿Has traído la cámara?

—La dejé en la mesita del recibidor.

—La enviaré a Delhi, pero tengo que advertirte de que tardará bastante. — Hizo una pausa—. Y ahora quiero explicarte mi idea. Consultártela, por así decirlo.

—Adelante.

Clifford asintió.

—Bueno, como sabes, estoy haciendo todo lo que puedo para conseguir financiación para el proyecto de riego de tu querido príncipe.

—No es mi querido príncipe, Clifford.

—Es solo una forma de hablar. Lo que quiero decir es que te agradecería muchísimo que hicieses algo por mí a cambio.

—Por supuesto. Cualquier cosa.

—Lo que quiero es que mantengas los ojos bien abiertos y que me informes si ocurre algo fuera de lo normal. Creo que ya te he dicho que creemos que Anish es un gobernante débil y dado a los excesos, y no nos importaría cambiar un par de cosas, tú ya me entiendes.

—¿Me estás pidiendo que espíe para vosotros? —dijo, sin saber cómo responder a su sorprendente petición y empezando a pensar que las acusaciones de Chatur podrían tener algo de cierto.

—Por supuesto que no. Simplemente, ándate con ojo. Si pasa algo que te produzca dudas, o que te parezca extraño, dímelo. Siempre puedes decir que tienes que verme con el pretexto de entregar las placas fotográficas y las

fotografías que quieres enviar a la imprenta.

MARZO

POR FIN LLEGÓ el segundo día del festival de *Holi*. Ilusionada, pero también nerviosa por ir a la ciudad con Jay aquella noche, Eliza recordó su primer viaje con él. Parte de ella anhelaba estar en los tupidos bosques de la cordillera de Aravalli, viendo a las grullas damisela volar bajo sobre el desierto y a los grandes pelícanos blancos despegar sobre la superficie del

agua. La petición de Clifford la había puesto nerviosa, y Jay seguía siendo la única persona en la que, aunque no sin ciertas dudas, creía que podía confiar.

Aquella noche, mientras participaba en las celebraciones que tenían lugar en uno de los patios, estuvo atenta a su llegada y pronto lo vio entrar con un niño pequeño. Supuso que debía de ser su hermano pequeño, del que había oído hablar pero al que nunca había visto. Después de más o menos una hora, Jay se le acercó, envuelto en una manta de lana a rayas. Le susurró algo al oído y salieron discretamente del patio para dirigirse a otro pasadizo que no conocía. Inmensamente aliviada de poder dejar atrás la atmósfera asfixiante del castillo,

Eliza respiró con más tranquilidad.

—¿Ese niño era tu hermano? — preguntó.

—Sí. Va al internado en Inglaterra, pero ha vuelto para hacernos una breve visita. Es importante para nosotros que no se vuelva demasiado inglés, pero el viaje de ida y vuelta a Inglaterra es muy largo, así que no regresa tan a menudo como nos gustaría. —Hizo una pausa—. Ten en cuenta que nadie, exceptuando la familia, sabe de esta salida. Dame la mano. Me temo que tendrás que agarrarte fuerte. Está muy oscuro.

Eliza rio.

—Es todo un honor.

Caminaron lentamente y, por alguna razón, estar a oscuras con él le aflojó la

lengua.

—Una vez me preguntaste si creía en el destino. ¿Por qué?

—Es una larga historia. Te la contaré algún día.

—Cuéntamela ahora. Por favor.

En sus puntos más estrechos, donde el túnel solo permitía que pasasen de uno en uno, Eliza percibió el olor a tierra mojada y a follaje y oyó el débil goteo del agua.

—Hay un arroyo subterráneo — explicó Jay, que volviéndose hacia ella, la cogió también de la otra mano. Sus dedos se cerraron con fuerza en torno a los suyos y, como si se hubieran puesto de acuerdo, dejaron de andar.

—Me hablaste de tu padre y de la

bomba que tiraron aquel día en Delhi.

—Sí —dijo Eliza, oyendo el zumbido de los insectos voladores y preguntándose qué estaría a punto de decir.

—¿Recuerdas haber visto a un chico indio aquel día?

Eliza reflexionó.

—Creo que sí. ¿Quieres decir abajo, en la calle?

—Te ayudó a levantarte cuando estabas arrodillada junto a tu padre.

—Sí.

—Lo que ocurrió fue terrible, pero nunca olvidé a aquella chica inglesa. Nunca te olvidé. Era yo. El muchacho indio era yo.

Parecía increíble que pudiera ser

cierto, y Eliza se alegró de que Jay no viese las lágrimas que le inundaron los ojos. Le apretó con fuerza las manos y, a pesar de la completa oscuridad, algo inexplicable pasó como una chispa entre ellos. Se quedaron así unos minutos y la invadió una extraordinaria sensación de paz. Que Jay hubiese estado allí, que hubiese compartido el momento justo en que perdió a su padre, liberó algo en su interior. No habría podido explicarlo, pero saber que, después de todo, no había estado sola durante aquellos momentos terribles, sino que él también estaba allí, le dio la fuerza que necesitaba para dejar de vivir a la sombra de la muerte de su padre. Contuvo la respiración y dejó que esta

nueva sensación se apoderase de ella, sin querer moverse, ni ahora ni nunca. Pero en el túnel hacía frío, y cuando se estremeció, siguieron adelante.

—Yo iba en el desfile —explicó Jay — con mi madre, en un *howdah* a lomos de uno de los elefantes. Me bajé cuando se produjo la explosión.

—¿Te diste cuenta de que era yo desde el principio? Cuando llegué, quiero decir.

—En un primer momento, no; pero me dijiste que habías vivido en Delhi y recordé que el hombre al que asesinaron se llamaba Fraser. Hice algunas averiguaciones y me pregunté si podrías ser tú.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando te

conté lo de la bomba?

—Porque no te conocía lo suficiente. Me preocupaba cómo podría afectarte.

—Me alegro de que me lo hayas dicho ahora. Significa mucho para mí y te lo agradezco de corazón.

La salida del castillo estaba oculta tras una pesada puerta de madera que chirrió cuando Jay la empujó.

—Cuidado con los espinos —le advirtió al salir.

Después, mientras se dirigían a la ciudad vieja, le dio la manta y le pidió que se cubriera la cabeza y la mayor parte del rostro, aunque ya estaba tan cubierta del polvo de colores del festival que nadie se daría cuenta de que no era uno de ellos. Las celebraciones

del castillo no la habían preparado en absoluto para lo que estaba a punto de ver aquí, en la ciudad.

Era la noche antes de la luna llena: por todas partes ardían hogueras donde se quemaban todas las hojas y ramas secas del invierno, y una nutrida multitud llenaba las calles y plazas. Pero lo que empezó a latirle en las venas fue el tamborileo hipnótico, el ritmo que se entrelazaba con la gente, que bailaba sin dejar de arrojar polvo de colores. Nubes de todas las tonalidades iluminaban el aire (rojo, azul, verde y amarillo), se arremolinaban, volaban en grandes bocanadas y flotaban sobre sus cabezas. Era como si el cielo hubiese decidido abrir su caja de pinturas y

vaciaron los colores sobre el mundo, a sus pies. El ruido ensordecedor no les permitía hablar, pero Jay la tomó con fuerza de la mano y Eliza supo que no debía soltarlo. Se tocó la cara y al mirarse los dedos vio que los tenía teñidos de azul. Tenía polvo en el pelo, las pestañas y la boca y se sintió aliviada cuando la gente que seguía las celebraciones desde los balcones más altos de las casas que flanqueaban la calle empezó a rociarlos con agua con largas mangueras. Pero al mezclarse con el agua, el polvo de colores se cuajó y se hizo imposible quitárselo. De no haber estado con Jay, la bulliciosa noche exótica habría sido demasiado para ella. Pero estando con él, solo tuvo un par de

momentos de ansiedad, cuando el caos y el ruido amenazaron con abrumar su sensibilidad inglesa. La ciudad entera parecía fuera de control; sin embargo, era la celebración más perfecta de la vida que había experimentado nunca y, después de un rato, se dejó llevar por ella. Jay estaba en su elemento: reía a carcajadas mientras esquivaba el agua y el polvo y Eliza, indefensa e impotente, echó la cabeza hacia atrás y rio con él.

Poco después Jay la agarró y la condujo hasta un callejón apartado. Le sorprendió ver que la gente corría en todas direcciones cuando unos guerreros *rajput* llegaron cabalgando a toda velocidad, atravesando con sus caballos las nubes rojas y amarillas y arrojando

todavía más polvo a la multitud al pasar. Eliza era profundamente consciente de la proximidad de Jay, y cuando pasaron los jinetes y él no se separó, se dio cuenta de que el corazón estaba a punto de salirse por la boca. Cuando la rodeó con ambos brazos, no pensó, sino que simplemente se hundió en su abrazo. Jay la apretó contra su pecho y el calor de su cuerpo le pareció tan alarmante y excitante que deseó que no la soltase nunca. Cuando Jay retrocedió un paso, Eliza levantó la barbilla y lo miró fijamente a los ojos color ámbar.

—Eliza. He estado esperando que te dieras cuenta de lo que siento por ti.

Apenas podía respirar. El corazón desbocado le latía con fuerza en la

garganta en lugar de en el pecho. Y entonces, cuando la besó con dulzura, no supo qué pensar. Jay no se detuvo, sino que el beso se fue haciendo cada vez más ardiente, hasta notar que le sujetaba la nuca con la mano izquierda. Mareada por la celebración del *Holi*, le pareció que el mundo entero se inclinaba. Un empujoncito y caería por el borde. Cuando todo terminó, se esforzó por encontrar algo que decir, pero se dio por vencida. No importaba. Ahora las palabras no importaban. Lo único que importaba esta noche eran las sensaciones. A la luz de una lámpara de aceite, contempló la curva de sus labios y su piel bruñida y extendió la mano para tocarle la mejilla. Tenía la piel más

suave de lo que había imaginado, con un sutil aroma de sándalo y cedro, pero lo que la desconcertó fue la palidez de su mano sobre la piel oscura de él.

La multitud prorrumpió en ovaciones y Eliza se dio cuenta de que algo a su alrededor estaba cambiando. Jay sonrió y apartó la mano de Eliza de su cara.

—Tienes que ver esto.

De espaldas al edificio que formaba un lado de la calle, observaron cómo varios elefantes pintados de colores vivos, con telas bordadas en la cabeza, avanzaban pesadamente por el centro de la calzada, haciendo tintinear los cascabeles que les ceñían las patas al levantar un enorme pie tras otro. Los *mahouts* llevaban llamativos parasoles

e iban sentados sobre alfombras bordadas con hilos de oro.

—Bueno —dijo Jay, una vez pasaron —, no creo que se pueda vivir sin remordimientos de ninguna clase, pero ¿estás lista para decirle adiós al pasado?

TUMBADA EN LA cama viendo llegar el amanecer, Eliza repasó cada detalle de la noche anterior. Se concentró en los bonitos ojos color ámbar de Jay y recordó cómo la había embriagado el hechizo del *Holi*. Nunca había sentido algo así estando con Oliver. De hecho, ahora que lo pensaba, apenas recordaba cómo era su vida con Oliver. En vez de

pensar en el pasado, se imaginó los brazos de Jay rodeándola, y cuando la sensación la atravesó como un rayo, fue como si todo su cuerpo despertara. Se puso boca abajo, deseando sentir sus manos sobre su piel, y se apretó contra el colchón. Sentía una excitación casi insoportable. Entonces pensó en lo que le había preguntado. ¿Estaba dispuesta a dejar atrás el pasado? Una parte de ella lo deseaba de verdad, pero entonces recordó lo que había dicho Jay del día en que había muerto su padre. ¿Creía en el destino en el sentido de una fórmula preestablecida para la vida? No. Pero tenía que admitir que era extraordinario que Jay hubiese estado allí hacía tantos años, durante los momentos más duros

de toda su vida, y ahora que volvía a estar con ella, se esforzó por no pensar en el futuro. Pero su mente seguía estando rebosante de imágenes y no dejaba de saltar de una escena a otra. No pudo evitar verse a sí misma en un futuro idealizado. Con él. Por supuesto, era imposible. Lo sabía perfectamente, pero no pudo evitar dejarse llevar por un ensueño lleno de esperanza.

Intentó convencerse de que no sentía nada por él, intentó culpar a la noche y al hechizo del *Holi*. Pero Jay le había llegado al alma, y por mucho que lo intentase, jamás conseguiría quitar importancia a la conexión que había experimentado estando con él. Había sido como volver a casa, solo que su

casa no era un lugar, sino una persona...

AL DÍA SIGUIENTE llegó una criada con un sobre. Se apresuró a abrirlo y vio que era una nota de Jay. Le decía que había disfrutado mucho de su compañía y que esperaba verla muy pronto. También le decía que nunca había estado tan bella como aquella noche, cubierta de polvo de colores. Cuando Laxmi quiso hablar con ella más tarde, Eliza se preocupó de que lo ocurrido la noche anterior se hubiese filtrado de alguna manera. Puede que Chatur los hubiese espiado, o que hubiese enviado a alguien a vigilarlos: a alguien que los habría estado observando y lo habría visto

todo. Alguien que los habría observado salir del castillo y los habría seguido. Eliza odiaba la idea de que el diván vigilase cada uno de sus movimientos y la sensación de impotencia al pensar que no tenía dónde esconderse. A Laxmi no le gustaría que se hubiese escapado a la ciudad con Jay y, sin duda, no le haría gracia lo del beso. Eliza sabía que Laxmi llevaba años intentando concertar un matrimonio para Jay y esperaba forjar una fuerte alianza con otra familia real; no un clan *rajput*, ya que, por lo visto, no estaba permitido, sino una familia de otra región del imperio indio.

Eliza se preparó para lo peor mientras caminaba lentamente hacia las habitaciones de Laxmi. Para llegar a los

apartamentos de la maharaní tuvo que atravesar cuatro pasillos distintos, que solían estar patrullados por eunucos. Eliza sabía que tradicionalmente los eunucos custodiaban la castidad de las mujeres y ayudaban a mantener una barrera en torno a la maharaní. Pero los aposentos interiores siempre estaban vigilados por dos mujeres. Eliza las saludó con un gesto de la cabeza y llamó discretamente a la puerta. La abrió la propia Laxmi y Eliza se sintió aliviada al ver que le sonreía afectuosamente. Puede que, después de todo, no lo supiese.

—¿Te apetece un tentempié? — preguntó Laxmi. Digna y orgullosa, pero también amable y generosa, la trató con

la cordialidad de siempre. Las patas de gallo que rodeaban sus ojos afables y amistosos en un rostro de piel por lo demás lisa eran el único signo de envejecimiento perceptible.

Eliza le pidió agua.

Aquel día Laxmi iba vestida como una reina de la cabeza a los pies, con distintas tonalidades azules y verdes con ribetes de plata. Siempre que Eliza estaba con ella, procuraba inconscientemente sentarse más recta. O tal vez fuese por el esplendor de las paredes adornadas con teselas de vidrio de colores y de los ángeles alados pintados en el techo.

—Me he enterado de que fuiste a la ciudad vieja para celebrar el *Holi*.

Eliza se terminó el agua de un trago y dejó el vaso sobre la mesa, derramándolo sobre un exquisito taraceado de nácar.

—Vaya, lo siento mucho, yo...

Laxmi rechazó sus disculpas con un gesto de la mano e hizo sonar una campanita de plata.

—Sahili, la doncella, se encargará. Es muy hábil. ¿Sabes que vino conmigo a palacio cuando era niña?

—¿De verdad?

—Era parte de mi dote. Y ahora mira, querida, no me opongo a que pases tiempo con mi hijo. Espero que lo entiendas. De hecho, fui yo la que sugirió que te llevase a la feria de camellos y a la aldea.

Era verdad. No cabía duda de que Laxmi los había reunido, aunque, por supuesto, no era consciente de lo que podría suceder. ¿Estaría a punto de separarlos?

—Pasó muchos años en el internado, en Inglaterra. Parecía aburrido y supuse que le gustaría estar en compañía de una inglesa.

Aunque hablaba en un tono tranquilizador, Eliza contuvo el aliento.

—Pero nunca podrá ofrecerte nada más que una amistad. ¿Lo entiendes, Eliza?

Eliza tragó saliva al intuir la certeza que se escondía tras las preguntas aparentemente inofensivas de Laxmi.

—Sí, por supuesto.

—El problema no es solo que seas inglesa. Antiguamente se celebraban muchos matrimonios entre la realeza india y la aristocracia europea; a veces, con personas que ni siquiera eran aristócratas. A las mujeres se las reconocía como esposas legítimas, y a sus hijos, como herederos legítimos. Pero entonces lord Curzon aprobó una ley para prohibir que el hijo de un gobernante hindú y su esposa europea pudiese acceder al trono.

—No lo sabía.

—Aunque Jay no ocupe el trono, lo hará si a Anish le pasa algo. Anish no tiene hijos. Y un reino sin heredero pronto caería en manos de los británicos. Y además, hay un problema

más grave. Aparte de que seas inglesa y de que ningún hijo tuyo pudiera ocupar el trono.

Eliza frunció el ceño.

—No sé a qué te refieres.

—Jayant no puede casarse con una viuda. Exceptuando a la esposa de su predecesor.

Así que era eso. Por un momento, no supo qué decir, pero se esforzó por hablar.

—No estoy buscando marido, Laxmi. Te lo prometo.

Intentó relegar a Jay al fondo de su mente.

—Entonces, no hay de qué preocuparse. Simplemente, no quiero darte falsas esperanzas ni ver que

terminas haciéndote daño. Podrías acabar siendo poco más que una concubina, una segunda o tercera esposa tal vez, oculta a los ojos del mundo. Espero que lo entiendas. Aquí el matrimonio no es una cuestión romántica. Es complicado elaborar una estrategia que mejore la fortuna y el estatus de ambas familias.

Se hizo un breve silencio.

—No me sorprendería que quisieras irte después de los problemas que has tenido con Chatur. Sí, me he enterado... Así que tal vez sea mejor que te marches antes de las lluvias en vez de quedarte un año entero —añadió Laxmi.

Este último comentario la golpeó con fuerza, y se quedó aturdida al darse

cuenta de lo que insinuaba Laxmi. Contempló su rostro inteligente y se preguntó qué tramaba la maharaní. Siempre había pensado que estaría aquí cuando comenzasen las lluvias y que podría ver el monzón. No solo quería fotografiar la etapa inicial del proyecto de Jay cuando estuviese terminada, sino que también quería captar la esencia de las propias lluvias. Todos hablaban de ellas en un tono tan reverencial que quería verlas con sus propios ojos. Jay le había dicho que tenía que ver cómo las nubes se cernían sobre Udaipur, la ciudad de los lagos.

Eliza asintió, sin decir nada. Antes de las lluvias era demasiado pronto, y marcharse no formaba parte de su plan.

Clifford había organizado una estancia de un año.

—Admito que me gusta Jay —dijo, pasados unos minutos—, pero quiero estar aquí para las lluvias y también, para el comienzo del otoño. No tienes nada que temer de mis expectativas.

—Sea como sea, deja que te lo explique mejor para que lo entiendas. Lo hago por tu bien, querida. Está escrito que una maharaní disfruta de un estatus más elevado que una *rani* o segunda esposa. Una maharaní tiene unos aposentos preciosos, come en platos de oro, lleva ropas exquisitas y la colman de regalos y joyas. Una *rani*, ya sea la segunda, tercera, o cuarta esposa, sin importar el número, solo tiene una

habitación propia, quizá con una pequeña corte propia, o quizá no. Y es poco probable que una concubina tenga una habitación propia. Así que ya ves: el estatus lo es todo.

—Como he dicho, no tengo ninguna expectativa con respecto a su hijo — insistió Eliza, un tanto precipitadamente.

Laxmi asintió con aprobación.

—Nuestra gente nunca llega aceptar del todo a las mujeres de culturas europeas. Nuestras relaciones con nuestros súbditos son muy concretas y especiales. La gente normal jamás aceptaría a una viuda, ¿sabes?

Se hizo un breve silencio. Eliza no sabía qué más podía decir para convencer a Laxmi de que Jay estaba a

salvo de sus avances.

—En cualquier caso, me complace decirte que, tras consultar a varios horólogos y sacerdotes, creo haber encontrado un matrimonio propicio para mi hijo. Una muchacha maravillosa, de una familia real y con una importante dote. Espero que se casen pronto.

Laxmi había hablado con animación y ahora sonreía con ganas, mientras Eliza hacía lo posible por disimular su sorpresa. ¿Lo sabría Jay? ¿Habría aceptado? Era como si el destino colgase sobre su cabeza, dispuesto a imponer su castigo por el beso de la noche anterior, y sintió ganas de salir con el rabo entre las piernas e ir a lamerse las heridas.

—Creo que ahora nos entendemos. En todos los palacios y castillos, se da la práctica del espionaje. Nada pasa desapercibido, querida. Nada. Te habría dicho algo antes, pero no quise interferir mientras no hubiese nada de lo que preocuparse.

—¿Y crees que ahora lo hay, aunque Jay está prácticamente comprometido?

—Entiendo a mi propio hijo.

Laxmi hizo una pausa. Parecía que aún le quedaba una última preocupación.

Mientras tanto, Eliza deseó estar en cualquier otro lugar. No importaba dónde, siempre y cuando pudiera encontrar consuelo y acallar sus caóticos pensamientos.

—Para una mujer, es difícil. Ya lo

sabes: en el pasado, si se descubría que una *rani* o concubina tenía una aventura con otro hombre, se le imponía la pena de muerte. Antes se gobernaba mediante el miedo. Ninguna mujer de palacio se habría atrevido a mostrarle el rostro a un hombre que no fuese su marido.

—¿Y estás de acuerdo con todo eso?

—Yo no diría tanto. Pero sí creo que el deber de una esposa es mantener unidos el matrimonio y la familia.

—¿Aunque el marido vaya por mal camino?

—¿El marido? —Se echó a reír—. Los maridos tenían cantidad de esposas y concubinas. Mi padre tenía trescientas. El «mal camino», como dices tú, formaba parte del sistema.

—¿Y no crees que la desigualdad es injusta?

—Solo creo que, si una mujer no mantiene unidos el matrimonio y la familia, ¿quién va a hacerlo? No somos hombres. Para nosotras, es distinto.

—Hace poco me enteré de que mi padre tenía una amante. Destrozó a mi madre.

Era la primera vez que Eliza hablaba del tema. De hecho, era la primera vez que se permitía plantearse que la acusación de su madre podía ser cierta, pero había algo en Laxmi que la animó a confesar.

—Los hombres son como son, querida, así que es preferible dar cabida a sus debilidades en el sistema, ¿no

crees? Así no puede haber sorpresas desagradables.

—No tienes un concepto muy alto de los hombres.

—Todo lo contrario.

—¿Y qué pasa con los celos? Son parte de la naturaleza humana.

—Muchas de las *rani* y las concubinas eran, y son, buenas amigas; pero, por supuesto, había celos, y sigue habiéndolos.

—¿Y qué pasa entonces?

—¿La mayoría de las veces? Alguien muere envenenado.

EL HUMOR DE Eliza cambió drásticamente tras su conversación con Laxmi. ¡Qué ingenua había sido al dejarse llevar por un romanticismo imposible! A partir de ahora, su relación con Jay debía ser estrictamente formal. Cuando se lo encontró al llegar a la entrada de su parte del edificio, se limitó a saludarlo con un brusco asentimiento de cabeza y subió con prisas las escaleras. No se paró a ver cómo reaccionaba y, una vez en su

habitación, cerró la puerta con llave, mientras el corazón le golpeaba contra las costillas. Estaba sin aliento, aunque no había venido corriendo, y, al pensar en lo sucedido, se dio cuenta de que, bajo la dignidad que encarnaba Laxmi, se escondía una voluntad de acero.

Puede que Laxmi tuviese razón. Tal vez lo mejor que podía hacer era dar por terminado el proyecto lo más rápidamente posible. Seis meses en Juraipur eran más que suficiente, y se marcharía para no volver de este castillo dejado de la mano de Dios. Dottie estaría de acuerdo, de eso no tenía ninguna duda. Tomaría algunas fotos más de la familia real y unas pocas en la ciudad vieja, aunque, por supuesto,

tendría que usar la Sanderson.

De hecho, Clifford había organizado un pícnic a orillas del lago, a las afueras de la ciudad. Aprovecharía la ocasión para decirle que quería acelerar las cosas. Y en cuanto al proyecto de riego de Jay, tendría que seguir adelante sin su ayuda.

«Lo bueno nunca dura», susurró, pensando en cuando su madre y ella se fueron de la India para ir a vivir a la casita que les dejó James Langton en Gloucestershire. Eliza pensaba que este amigo de su madre quería tenerla allí, que se alegraría de que hubiese una niña en casa, pero pronto la enviaron a un internado de tercera y siempre había creído que lo hizo porque quería

quitarla de en medio.

Al pensar en el pícnic de Clifford, le volvió a la mente otro recuerdo. Se acordó de lo que había pasado justo antes de que la enviaran al internado.

La única vez que James Langton acompañó a Eliza y Anna en una pequeña excursión, salieron a pasear por los campos inundados de luz mientras James cargaba con una cesta de pícnic. Fue a principios de primavera y Eliza se alegró de que, por una vez, el amigo de su madre las acompañara. Pero no le gustaron los pasteles de pollo que había hecho Anna y, cuando se sentó accidentalmente en una boñiga de vaca, Eliza se echó a reír. Langton la agarró por el codo, la hizo levantarse de la

manta en la que estaba sentada y le dio una sonora bofetada. Por entonces debía de tener casi trece años y el episodio le resultó de lo más humillante. Volvió corriendo a casa, sin parar de llorar, y Anna regresó casi dos horas más tarde, con el pelo alborotado y los botones del vestido torcidos. Justo cuando Eliza necesitaba el amor y el consuelo de su madre, Anna se había puesto de parte de Langton. Fue una amarga traición.

Eliza no estaba de humor para ir de pícnic, pero se puso un vestido de batista con falda de vuelo de un clarísimo tono de verde con un sombrero de paja de ala ancha. Varios conocidos de Clifford estarían allí y Eliza se preparó mentalmente para una

tarde de conversaciones intrascendentes. Por mucho que no le gustasen algunas cosas en el castillo, jamás se podría acusar a sus habitantes de mantener conversaciones aburridas.

Le sorprendió comprobar que el pícnic no iba a ser en absoluto como esperaba.

El lugar donde se celebró no podría haber sido más impresionante. Multitud de criados pasaban acarreando butacas, una mesa, ventiladores y varias sombrillas enormes de los carros tirados por caballos. Lo dispusieron todo con vistas a un lago que resplandecía bajo el sol de la tarde. Grúas, pelícanos y cigüeñas se congregaban en las orillas; hasta había patos en el agua, y los

árboles que rodeaban el lago estallaban con el canto de los pájaros. Las montañas de los alrededores se elevaban, azules, a lo lejos. Estaba claro que Clifford no había reparado en gastos y que había pensado en todo. Julian Hopkins, el médico, y su esposa Dottie siempre la trataban con amabilidad, aunque Eliza no pudo evitar sentirse un poco culpable al darle un abrazo a la mujer. Se había prometido a sí misma visitarla, pero no había tenido tiempo.

—¿No hace demasiado calor para ti? —le preguntó Clifford, señalando un asiento bajo una de las sombrillas—. Podríamos haber bajado hasta la orilla del lago, pero aquí el aire es más fresco. Espero que te guste, Eliza.

—Es precioso —dijo, viendo cómo los pájaros se apiñaban a la orilla del agua—. Me gustaría hacer algunas fotos después del almuerzo, por la tarde, cuando el sol esté algo más bajo. Me encanta captar la luz tenue.

Los demás invitados hablaban amigablemente mientras los criados ponían la mesa con un mantel de lino almidonado y cubiertos de plata. Hasta había dos pequeñas carpas de seda con el techo de muselina, que habían dejado abiertas por el lado que daba al lago.

—Son *kanats* —explicó Clifford, al ver que las miraba—. Perfectas para descansar después de un almuerzo abundante.

Eliza se levantó y se acercó a echar

un vistazo a su interior. Dentro, el suelo estaba cubierto de montones de almohadones de satén y tres músicos ya se habían instalado junto a la carpa. El aire olía a limpio y era sorprendentemente fresco, y Eliza deseó poder relajarse un poco, aunque no conseguía quitarse de la cabeza a Jay. Lo ocurrido la noche del *Holi* la había conmocionado, dejándola tensa. No había venido en busca de amor, y por supuesto, no había sido amor. Pero entonces ¿qué había sido? ¿Lujuria? Una parte de ella seguía pensando que había algo más profundo que los conectaba. Se quedó inmóvil, pensando y observando el lago, mirándolo sin ver. ¿Acaso no le había dicho Jay que el sufrimiento los

unía? Aunque cuando lo dijo, también había incluido a Indi.

—Bueno —iba diciendo Clifford—, ¿qué te parece?

—¿Cómo?

—¿No me estabas escuchando?

—Perdona, estaba a kilómetros de aquí. —Indicó vagamente la vista con un gesto de la mano—. Es todo tan hermoso.

—Te estaba diciendo que deberíamos visitar el palacio a orillas del lago de Udaipur. Es el sitio más romántico del mundo, sobre todo durante la estación de lluvias.

—Un sitio para enamorarse, ¿eh, Clifford? —bromeó uno de los hombres, dándole un codazo al otro.

Los otros dos hombres que formaban parte de la pequeña reunión eran militares estacionados en el sur, pero la esposa de uno de ellos, que los acompañaba hoy, conocía a Clifford desde niña, así que habían venido a visitarlo de camino a la boda de su hermana, en el Punjab.

—Seguro que se alegra de volver a estar con los de su clase, señorita Fraser —dijo el más joven de los dos hombres.

Molesta por el comentario, Eliza hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

La mujer, que se llamaba Gloria Whitstable, tomó la palabra.

—No sé cómo lo soporta. No podría dormir ni una sola noche en uno de esos espantosos castillos. Tendría miedo de

que me asesinaran mientras duermo.

—En realidad —respondió Eliza, presa de una creciente irritación—, me ha gustado bastante. Y mi año en la India todavía no ha terminado.

—Estoy segura de que debe de ser fascinante —intervino Dottie, y Eliza se lo agradeció con una sonrisa.

—Tengo noticias —anunció Clifford, de repente.

—¿Sí?

—Me han preguntado si querías subir a Shimla para emprender un proyecto corto. Es una buena oferta. Además, no sobrevivirías al calor de aquí. Si te soy sincero, Shimla es el único sitio medianamente soportable. Y no tendrías que vivir con los indios.

Quieren crear un archivo visual de las actividades de recreo de los británicos. Ya sabes: las fiestas de verano, el teatro de aficionados, el club, esa clase de cosas.

Aunque había estado planteándose preguntarle a Clifford si podía dar por terminado su proyecto actual antes de tiempo, ahora que tenía una propuesta en firme, le dio un vuelco el corazón.

—Vaya, te echaremos de menos — dijo Dottie—. Aunque, por supuesto, Shimla es maravillosa. La verdad, me das envidia.

Eliza se sintió aún más culpable al recordar lo sola que estaba Dottie. Al ver que no contestaba, Clifford se mostró dolido.

—Bastaría con un simple «gracias», Eliza. No estarías tan sola y procuraría subir a Shimla si tengo tiempo.

Seguía sin saber qué decir. Por supuesto, sería una forma de escapar del dilema en el que se encontraba, pero no podría ver a Jay, y le sorprendió comprobar lo fuertes que eran sus sentimientos por él. Era fácil pensar en marcharse sin tener verdaderas posibilidades, pero enfrentarse a una perspectiva concreta era muy distinto.

—¿Eliza?

—Perdona. Estaba pensando.

—Habría creído que no había nada que pensarse. Es una oportunidad fantástica.

—Pero mi año aquí no ha terminado.

Clifford se encogió de hombros.

—Nunca quisiste que me quedase un año entero, ¿verdad, Clifford?

—Por supuesto que sí. Solo que ha surgido este otro proyecto.

—Bueno, ¿te importa que lo consulte con la almohada? Sabes que mi cámara aún no ha vuelto de Delhi y quiero hacer más fotos para el archivo.

—De eso estoy seguro, pero ten en cuenta que quieren una respuesta para finales de esta semana. Si no, buscarán a otro. Siempre puedes volver a Rajpután en septiembre.

—Tendrás tu respuesta. Siento ponértelo tan difícil.

—En absoluto. Lo entiendo.

Pero era evidente, por el mal

disimulado enfado con el que la miró, que no lo entendía. Eliza prefirió guardarse sus pensamientos y no explicárselo, e, ignorando la expresión de su rostro, siguió el hilo de sus ideas. Cuando les sirvieron un espléndido almuerzo, se dio cuenta de que no tenía apetito, y mientras jugueteaba con la comida en el plato, esperó que Clifford no pretendiese que se echase con él en una de las carpas.

—Por cierto —dijo, con una discreta tos—, estamos teniendo algunos problemas con la financiación del proyecto de riego.

—Creí que habías dicho que el dinero llegaría a tiempo.

Clifford negó con la cabeza.

—Lo esperaba, Eliza; nunca lo prometí.

—Pero Jay tiene que terminar la primera etapa en julio, antes de que lleguen las lluvias, o todo el trabajo no habrá servido para nada. Las lluvias se llevarán por delante las orillas que han excavado si no están terminados los cimientos.

—Lo siento. He hecho todo lo que he podido.

—¿Me estás diciendo que no hay dinero?

Volvió a encogerse de hombros.

—Clifford, es terrible. Este proyecto significaría muchísimo para la gente del pueblo.

—¿Para la gente del pueblo o para ti,

Eliza? —La miró atentamente y le resultó casi imposible disimular lo que de verdad sentía.

Clifford se inclinó hacia ella y le habló en voz baja.

—¿Te has metido en un lío, Eliza? ¿Has empezado a sentir algo por un tipo como él? Sería muy poco ortodoxo.

Eliza se plantó ante su tono autoritario.

—Por supuesto que no —dijo, apartándose de Clifford e intentando parecer ofendida.

—Bien. Porque ese indio no te conviene, ¿sabes? Y mi oferta sigue en pie.

—¿Te refieres a Shimla o a...?

—A ambas cosas, querida. A ambas

cosas. Ya te darás cuenta de que no me rindo con facilidad —añadió, en tono insistente—. Pero si me haces feliz, te haré feliz, tú ya me entiendes. Y nunca se sabe —hizo una pausa, como si reflexionara—: puede que consigamos financiación para el proyecto, después de todo.

CUANDO ELIZA VOLVIÓ al castillo, casi se había hecho de noche y estaba furiosa. Había captado perfectamente las indirectas de Clifford y sus palabras la habían exasperado, pero pronto se olvidó de todo cuando vio que había alboroto en el castillo. Relegó a Clifford al fondo de su mente, al menos por el momento, y observó el ir y venir de personas con expresión seria y preocupada por los patios. Nadie le prestó atención. Estaba a punto de

escaparse a su habitación para pensar en Shimla cuando vio a Indi bajo uno de los pórticos con columnas. La chica le hizo señas de que se acercase y Eliza atravesó el patio.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó.

—Anish se ha puesto enfermo.

—¿Es grave?

—Creo que sí. Lo están atendiendo varios médicos y astrólogos.

—¿Sabes qué le pasa?

Indi negó con la cabeza, pero Eliza se dio cuenta de que algo la preocupaba.

—Se pondrá bien, ¿verdad?

La chica volvió a negar con la cabeza.

—Nadie lo sabe. El problema es que, si a Anish le pasa algo, Jay tendrá que tomar el poder y Chatur no se detendrá

ante nada para evitarlo.

—¿Por qué?

—Jay es partidario de modernizar Rajpután. Chatur es justo lo contrario y se niega a aceptar cualquier otro punto de vista. Sabe manipular a Anish para sus propios fines, pero a Jay no podría manejarlo. Creo que Chatur lleva algún tiempo preocupado por la salud de Anish, pero nos lo ha ocultado.

Eliza se alejó, nerviosa por lo que le había dicho Indi. Intentó convencerse de que solo estaba algo alterada porque Laxmi había mencionado el envenenamiento y, aunque la enfermedad de Anish no tenía nada que ver con ella, decidió quitarse de en medio aquella noche e ir a trabajar en el cuarto oscuro.

Mientras revelaba las fotografías más recientes, no pudo evitar darle vueltas a la cabeza. Había intentado estar a la altura de las expectativas, primero como hija y luego como esposa, pero había fracasado en ambos casos. Había hecho todo lo posible por ser una buena esposa para Oliver: cocinaba para él, mantenía immaculado su pequeño apartamento y trataba de responder a sus avances, aunque solían culminar en frustración por ambas partes. Oliver era el único hombre con el que había estado, y al principio, inexperta en el arte de hacer el amor, se culpaba a sí misma. Pero tenía un importante aliado: los libros. Leía mucho, y se había pasado gran parte de la infancia con la nariz entre las

páginas. Y así, poco a poco, después de leer sobre el sexo y ruborizarse hasta las orejas, se había dado cuenta de que Oliver no era en absoluto un amante tierno ni una persona sensible. Esperaba que se abriese de piernas siempre que se lo exigía y que le dejase penetrar en su cuerpo sin apenas acariciarla. Y cuando se negaba, se lo hacía pagar. Eliza odiaba el sexo con Oliver, así de sencillo, y se esforzaba por no odiarlo a él también. En una de esas ocasiones, Oliver, furioso, le dijo que era fría y asexual. En respuesta, Eliza tiró su alianza de boda por la ventana y le dijo que quería ser fotógrafa profesional. Al día siguiente intentó hacer las paces con él, decorando la mesa del comedor con

un centro de flores, poniéndose su mejor vestido y aplicándose unas gotas de perfume detrás de las orejas. No funcionó y, despechada, le dijo que se dedicaría a la fotografía costara lo que costase. Oliver dio un fuerte portazo al salir y aquella fue la última vez que lo vio con vida. Y aunque ahora se daba cuenta de que nunca lo había querido, le entristecía que hubiese muerto de esa forma, sin sentido.

Poco a poco, se fue tranquilizando. El silencio absoluto del cuarto oscuro le dio tiempo y espacio para pensar y la relajó, como si verter mecánicamente las sustancias químicas acallase su mente. Pero tenía que enfrentarse al hecho de que no tenía nada que ofrecer a

un hombre, aparte de la fotografía. ¿De qué servía saber retratar a una persona tal y como era en realidad? ¿De qué servía su habilidad para hacer que la gente se sintiese cómoda para poder tomar una fotografía natural? Ya había fracasado como esposa y, ciertamente, no deseaba volver a casarse si su matrimonio iba a significar malgastar su vida cuidando a alguien que debería ser capaz de cuidar de sí mismo. Por supuesto, Jay querría una esposa sumisa y jamás se interesaría por ella; estaba destinado a una vida muy distinta. Después de todo, solo había sido un beso, y Jay debía de haber besado a innumerables mujeres. La había deslumbrado, eso era todo, y trató de

convencerse de que no tenía importancia.

Pero Clifford la había decepcionado. Había prometido ayudarles con la financiación del proyecto de riego y ahora había dejado a Jay en la estacada. Laxmi ya había hipotecado algunas de las joyas de la familia para pagar al ingeniero y alquilar la maquinaria necesaria para iniciar la construcción. Sería un desastre tener que cancelarlo todo ahora. Todos habían confiado en que Clifford consiguiese la financiación, y aunque Eliza jamás podría hacerlo, le había insinuado que todavía podía lograr los fondos si le daba lo que quería.

Cuando Jay fue a su habitación

aquella misma noche, Eliza abrió la puerta y, tras comprobar que no había nadie en el pasillo, le dejó entrar. Jay parecía nervioso y agitaba un periódico.

—¿Has visto esto? —Dejó el periódico sobre la mesa con un golpe seco—. Tu querido Winston Churchill ha llamado a Gandhi «faquir medio desnudo».

Eliza se quedó desconcertada.

—Gandhi fue a la residencia del virrey vestido solo con un taparrabos. A los británicos no les hizo ni pizca de gracia. —Jay hablaba con furia, pero hizo una pausa—. En realidad, si lo piensas, casi tiene gracia. Qué pena que no estuvieras allí para hacer una foto. Habrías ganado una fortuna.

—Ya veo.

Jay frunció el ceño y se rascó la cabeza.

—¿Te pasa algo? Perdona, hasta ahora no he tenido oportunidad de venir a hablar contigo.

—¿Cómo está tu hermano? — preguntó, pero tenía la boca seca y luchó por tragarse un nudo de emociones contradictorias: deseaba aprovechar al máximo cada momento con él, pero sabía que no debía. Su propia voz le sonó extraña. La soltura con la que se habían tratado hasta entonces había desaparecido; era como si nunca hubieran compartido su mundo secreto aquella noche.

Jay hizo una mueca y Eliza no supo

entender qué pensaba o sentía.

—Está bien, o se pondrá bien. Una simple indigestión, seguramente.

—Pero Indi parecía preocupada.

—¿Sí? —Jay hizo una pausa y, mientras atravesaba el cuarto para sentarse en el sillón, Eliza deseó ser más valiente. Pero siempre estaba el miedo al rechazo, a decir demasiado, a que le hiciesen daño. Era mejor no bajar la guardia.

—No he venido a hablar de Indi ni de mi hermano.

Eliza le miró las manos y se las imaginó acariciándole la nuca, como cuando la había besado.

—Entonces ¿de qué? —Intentó no delatar la vulnerabilidad que sentía con

su tono de voz, pero le preocupó que Jay la hubiese percibido de todos modos.

—He estado pensando en lo que pasó la noche del *Holi*.

—Yo también —dijo, avergonzada de su propia debilidad, pero contenta de que lo hubiese mencionado.

—Háblame de ti —dijo Jay, con un suspiro.

Eliza se sorprendió.

—¿Que te hable de qué?

—Siempre hay algo que te frena, ¿verdad? Lo noté desde el principio. Este no es tu sitio, pero me pregunto si hay algún lugar en el que de verdad te sientas como en casa.

Habló en voz baja, en el mismo tono que había utilizado cuando le había

dicho que había estado presente durante la muerte de su padre. Eliza se derrumbó en el sofá y, encorvada, se miró los pies.

—A veces, en la vida hay que arriesgarse.

Eliza lo miró y volvió a apartar la mirada.

—Me arriesgué al venir aquí.

—Me refería a tu corazón —hizo una pausa—. Eliza, mírame.

Ella negó con la cabeza.

—Clifford me ha ofrecido otro trabajo.

—Vaya, eso es bueno, ¿no?

—Sería en Shimla. Tengo que decirle si acepto a finales de esta semana.

No se atrevió a mirar para ver si el rostro de Jay reflejaba lo que sentía,

pero cuando habló, lo hizo con una voz totalmente inexpresiva.

—¿Cuándo tendrías que marcharte?

—De inmediato.

Oyó que respiraba hondo.

—Eliza, no sé qué expectativas tienes.

Ella lo miró.

—Relájate. No tengo expectativas.

—Es importante que entiendas que tu vida está en tus propias manos.

—Entonces ¿qué pasa con el destino?

—El destino se lo labra uno mismo.

—¿De verdad es lo que piensas?

—Es lo que creo. Sabes que aquí creemos en el karma. Lo que haces ahora afectará al futuro, ya sea en esta vida o en la siguiente.

—Así que, si me porto bien, me reencarnaré en una princesa india. Para que un príncipe pueda estar conmigo. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Por supuesto que no —le dedicó una amplia sonrisa—. De todos modos, lo odiarías. Ser una esposa india, quiero decir.

Eliza no sonrió. Quiso fulminarlo con la mirada. Pero, dijeran lo que dijeren cualquiera de los dos, no cambiaría las cosas. Ella siempre sería una viuda de pasado dudoso y él siempre sería el glamuroso e inaccesible príncipe Jayant Singh Rathore. Un hombre adorado por innumerables mujeres. Nunca llegaría a conocer el palacio, la India ni a él más allá de la superficie. Unas gotas de

sudor le perlaron la frente y se pasó la mano por la cara para enjugárselas. Sentía un calor terrible en la nuca.

—Eliza, ¿qué te pasa? Dímelo.

Respiró hondo.

—Tengo algo que decirte. Clifford no ha podido conseguir financiación para tu proyecto de riego.

Se preparó para lo peor, deseando que Jay le suplicase que rechazase la oferta de trabajo en Shimla, y se esforzó por no titubear bajo su mirada.

Pero solo hubo silencio y el aire pareció volverse más frío.

—¿Por qué me miras así? —preguntó por fin, todavía esperanzada, aunque en su corazón ya lo sabía.

Cuando Jay se puso en pie de un salto,

se le cayó el alma a los pies.

—Para recordar cada detalle de ti cuando te vayas —dijo.

Eliza luchó por no derrumbarse bajo una desconcertante sensación de decepción, extrañamente mezclada con algo casi parecido al alivio. Era el final. Todo había terminado antes de empezar.

Jay se dirigió hacia la puerta.

—Si me disculpas, tengo cosas en que pensar. No te preocupes por nada. Ahora que el proyecto ya está en marcha, no pienso detenerme. Tengo que terminar antes de las lluvias y todavía me quedan unos meses. Gracias por tu ayuda. Buenas noches.

Y, haciendo una reverencia, salió de la habitación.

ELIZA DURMIÓ MAL y se despertó con el estómago revuelto. Una cosa estaba clara: no podía dejar las cosas así. Se moría por ver a Jay y necesitaba hablar con él, aunque no sabía muy bien qué parte de sus sentimientos era auténtica y qué parte se debía a la atracción del amor prohibido. Se lavó y vistió rápidamente y, con el corazón acelerado y las palmas de las manos sudorosas, fue a buscarlo. Después de llamar insistentemente a la puerta de su

apartamento sin recibir respuesta, solo quedaba un sitio: su estudio.

Recorrió con prisa el pasillo principal, cada vez más convencida de que estaba cometiendo un error, y al acercarse al estudio vio que la puerta estaba entreabierta. No había vuelta atrás. Así que se armó de valor y abrió la puerta de un empujón, esperando ver a Jay. En la habitación, un sorprendido Dev se levantó precipitadamente tras (a juzgar por el ángulo de la silla) haber estado sentado al escritorio de Jay, utilizando su máquina de escribir. Eliza observó la escena y supuso que estaría esperando a su amigo, aunque había algo que no cuadraba.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó.

—La puerta no estaba cerrada con llave. Jay a veces me deja usar su máquina de escribir.

—¿Cuándo has llegado? —insistió, notando que Dev parecía sumamente incómodo, como si la llegada de Eliza lo hubiera puesto en una situación comprometida.

—Anoche —dijo, esbozando una sonrisa rápida, y, recobrando la compostura, dobló los papeles que había sacado de la máquina de escribir.

—¿Dónde está Jay?

—¿Quién sabe? Cogió la motocicleta y se marchó al amanecer.

—¿En serio? ¿Adónde?

Dev se encogió de hombros.

—No lo dijo. Lo hace de vez en

cuando, cuando algo le preocupa. O si está de malas. Quizá haya ido a ver cómo va avanzando el proyecto de riego.

—Bueno, será mejor que me vaya — dijo Eliza, dando un paso hacia la puerta —. Tengo mucho que hacer.

—¿Estás haciendo las maletas? Jay me dijo que te ibas.

Eliza hizo una pausa. No quería que su partida se convirtiese en uno de los chismes de palacio. Además, hablar de ella era como hacerla realidad.

—Todavía no está decidido.

—Mira, yo tengo mi propia motocicleta. De hecho, he venido hasta aquí en moto. El viaje sería más accidentado que con Jay y no tengo

sidecar, pero, si estás dispuesta a agarrarte con todas tus fuerzas, puedes venir conmigo al palacio de Jay. A ver si está allí. Y a hacer un par de fotos del proyecto.

—No estoy segura —dijo Eliza, dudosa. No quería que Jay pensase que lo perseguía, pero entonces recordó el olor de las mañanas en el desierto y un impulso irracional se apoderó de ella. No tenía nada que perder y, sorprendiéndose a sí misma, accedió a la propuesta de Devdan.

—Tendré que llevar la Sanderson, que es más pesada, las placas y un trípode. Es algo engorrosa y más difícil de usar, pero será lo mejor. ¿Habrá espacio en la motocicleta?

—La ataremos con correas.

UN PAR DE horas más tarde, bajo un cielo resplandeciente, Eliza se aferró a Dev, que conducía demasiado rápido por los polvorientos senderos del desierto, dando sacudidas cuando se topaba con alguna mata de hierba o uno de los muchos espinos. Después de un par de kilómetros, Eliza se envolvió la cabeza en el chal y se tapó la boca, esperando evitar las nubes de arena y polvo. La moto era más pequeña que la de Jay y mucho más ruidosa, y cuando llegaron al palacio, el sol ya estaba muy alto en el cielo y Eliza tenía todos los huesos del cuerpo molidos. El edificio dormitaba

en mitad de la calima del desierto, en silencio y, aparentemente, vacío. Eliza intentó alisarse el pelo alborotado, consciente de que debía de estar hecha un espanto, y volvió a pensar que tal vez venir no había sido buena idea. Notó que tenía el corazón acelerado, signo evidente de inquietud: había querido venir y no se arrepentía de haber seguido aquel impulso, pero, pensándolo mejor, ¿qué diría Jay al verla aparecer sin previo aviso?

—¿Hemos hecho bien en venir hasta aquí sin pedir permiso? —dijo, intentando no parecer patética.

Dev se echó a reír.

—Ven. Echemos un vistazo a las obras.

—¿No deberíamos buscar a Jay primero? Para decirle que estamos aquí.

—Si Jay está en casa, pronto se dará cuenta de que hemos llegado.

Caminaron hacia el patio en el que Eliza se había sentado con Jay hacía tantos meses. Casi esperaba verlo allí esperándola y, al no encontrarlo, no supo cómo reaccionar. ¿Sería verdad que estaba comprometido o a punto de comprometerse? Se sentía mal por haber dejado que la besara o, mejor dicho, por haberle dado ánimos.

Siguió a Dev y atravesaron los descuidados jardines y, después, un pequeño huerto. Por fin, llegaron al lugar donde ya habían empezado las imponentes obras. Habían excavado un

pozo rectangular de cientos y cientos de metros de ancho, aunque el resto estaba evidentemente sin terminar. Eliza observó la tierra, dura como la piedra, y la abrumó la enormidad de la tarea. Todavía quedaba mucho por cavar y pronto se les acabaría el tiempo. Se fijó en que, cerca de allí, ya habían comenzado las tareas de construcción: supuso que sería uno de los muros para evitar posibles fugas de agua. El pozo estaba vacío, por supuesto, pero, consciente de que las lluvias habían sido escasas los dos años anteriores, Jay tenía que terminar a tiempo este primer embalse.

—Tendrá que darse prisa si quiere que las orillas reforzadas estén listas

antes de las lluvias —dijo Dev—. ¿Alguna vez has estado aquí durante el monzón?

—Cuando era pequeña. Apenas lo recuerdo.

—Es maravilloso. Cuando empieza el aguacero, la gente lo recibe con risas y una alegría desenfrenada. Marca el final del calor sofocante.

—Y la llegada del agua. —Señaló el embalse todavía por terminar de Jay—. Espera represar el río y construir un enorme dique con escalones de mármol que bajen hasta el agua. Y sé que, cuando termine ese proyecto, está planeando excavar un embalse mucho mayor, de kilómetro y medio de ancho por kilómetro y medio de largo.

—Pero, por lo visto, ahora mismo no están trabajando —dijo Dev.

Eliza negó con la cabeza y, desanimada, echó un vistazo a las excavadoras a vapor abandonadas. Se esforzó por disimular lo mucho que le dolía la amarga decepción que debía de sentir Jay.

—Se ha producido un retraso en la financiación —explicó, una vez consiguió controlar su dolor.

—¿Solo un pequeño retraso?

—No lo sé. ¿Por qué no damos una vuelta?

Echaron a andar por el borde del embalse recién excavado. Dev parecía absorto en sus pensamientos, pero a Eliza no le importó. Ella también estaba

pensando y preguntándose qué sentiría Jay al ver las obras así, completamente abandonadas. Tuvo ganas de consolarlo y, al mismo tiempo, se le hizo un nudo en el estómago al pensar que podría tropezarse con él en cualquier momento.

—¿Es la financiación británica la que se ha agotado? —dijo Dev, por fin.

Eliza asintió.

Dev se detuvo.

—¿Y quién la ha organizado?

—Clifford Salter.

Dev resopló y contempló el pozo vacío. Eliza intuyó que le ocultaba algo, tal vez por deferencia hacia ella. Pero entonces vio clara la verdad.

—No te caigo bien, ¿verdad? —se encaró con él.

—Y con razón, ¿no te parece?

Eliza enarcó las cejas. Dev se encogió de hombros y siguió andando.

—La verdad es que no tengo nada contra ti personalmente, pero los británicos ya no son bienvenidos aquí. Durante los doce años que han pasado desde la masacre de Amritsar, el resentimiento se ha vuelto cada vez más amargo. Ahora se producen disturbios por todas partes.

—Sé que lo que pasó en Amritsar fue horrible.

La respuesta de Devdan fue casi un gemido.

—¿Horrible? ¿Así lo describes?

—¿Cómo, si no?

—Los británicos dispararon contra

miles de indios durante una manifestación pacífica por una ley tremendamente injusta que prohibía el derecho de reunión a grupos de más de cinco indios. Cuando el pueblo salió a las calles para protestar, las tropas británicas abrieron fuego. Hubo 379 muertos y 1.500 heridos indios. Fueron blancos fáciles, atrapados en un parque vallado. Yo diría que fue más que horrible.

Eliza trató de imaginarse la aterradora escena y sintió una inmensa tristeza al pensar en la pérdida de tantas vidas.

—Y todo, en represalia por el asesinato de tres europeos y una agresión sexual a una mujer británica.

Ordenaron a los indios que se arrastrasen por el suelo de la calle donde la mujer había sido agredida.

Eliza levantó la mirada y vio que hablaba con extrema vehemencia.

—La humillación nunca es bien recibida. —Dev soltó una amarga carcajada—. Por encima de todo, los británicos odian la idea de que nuestras manos morenas y lascivas puedan tocar la carne de una mujer blanca. Para ellos es una abominación.

—Entiendo que estés furioso, de verdad —dijo, y se le vino a la mente la imagen de Jay besándola.

—Es imposible que lo entiendas.

No sabía qué decir y comprendía que su respuesta había sido poco

contundente. Pero no quería que la vieran como a una representante del dominio británico y se había sentido obligada a decir algo.

—Antiguamente, los británicos elegían a las chicas más bonitas de las aldeas. Las utilizaban como putas y luego las rechazaban. Las familias no podían aceptarlas después de que las hubiesen corrompido. ¿Cómo crees que le sentaba eso a la gente? Así que sí, la gente está resentida.

—Lo siento.

—¿Crees que eso sirve de algo?

Eliza negó con la cabeza.

—Creo que la madre de Indira pudo ser una de esas mujeres que se llevaron los británicos. Seguramente la

expulsaron cuando se quedó embarazada.

—¿Crees que el padre de Indi era británico? ¿Es lo que piensa todo el mundo?

Dev se encogió de hombros.

—Tiene la piel más clara que nosotros y no sabemos nada de ella. La abuela de Indi nunca ha querido hablar de los orígenes de su nieta. Seguramente por vergüenza.

Volvieron a caminar por el borde del embalse y Eliza se alegró. Quería ver a Jay pero, al mismo tiempo, no quería descubrir la verdad sobre su compromiso. Hasta el momento, no había ni rastro de un futuro matrimonio, pero no podía quitarse de la cabeza las

palabras de Laxmi.

—Su madre pudo haber sido una de esas mujeres utilizadas y maltratadas. Me casaría con Indi si pudiese, pero a mi madre le daría un ataque solo de pensarlo.

—¿Y qué opina tu padre?

—Murió hace mucho.

—Lo siento.

Dev la miró y su rostro se ensombreció por un momento.

—Yo también. La relación de los indios con los británicos ha pasado por muchas fases. Pero ha llegado la hora de que reclamemos lo que nos pertenece por derecho.

—¿Eso crees?

—Sí, y muchos de los británicos están

de acuerdo. Ya en 1920 Montagu dijo que no podían quedarse en un país donde no los querían.

—¿Y qué haces tú personalmente para acelerar nuestra retirada?

—Ahora mismo no estoy en activo. Intenté convencer a Anish de que me diese permiso para organizar una marcha de protesta, pero no le interesó la idea. En fin, ¿no te lo dijo Jay? Soy de los de mucho ruido y pocas nueces.

—No es eso lo que he oído decir.

—¿Qué quieres decir?

—Es solo un rumor. Ya sabes.

—No me sorprendería que los británicos se hayan retirado de esto... — hizo una mueca y señaló el embalse con un gesto de la mano— adrede.

—¿Por qué iban a hacer algo así?

—¿Sabes si Jay ha contraído deudas para financiar el proyecto?

Eliza se mordió el labio, pero no respondió.

—Las deudas desacreditarían a Jay y le traerían problemas en palacio. No es ningún secreto que quieren deshacerse de Anish, y si Jay quedase desacreditado, habría motivos de peso para que no sucediese a su hermano.

Eliza pensó en lo que había dicho Clifford. Los británicos querían destituir a Anish, así que era plausible que meter a Jay en dificultades financieras y fomentar la división en el castillo jugase a su favor.

—Y ahora ¿qué? —preguntó,

encogiéndose de hombros.

—Dímelo tú.

RESULTÓ QUE JAY no estaba en su palacio y, cuando volvieron al castillo del maharajá, en Juraipur, Eliza decidió bajar a hurtadillas hasta el canal de escucha del pasillo inferior. Sabía que Jay tenía la costumbre de espiar de vez en cuando, pero sería de lo más violento que alguien lo viese allí abajo, en las entrañas del palacio. Eliza había bajado por su cuenta unas cuantas veces, pero la habitación siempre había estado en silencio. Hasta hoy. Hoy pasaba algo. Oyó un profundo suspiro y una respiración pesada, seguidos por la voz

de un hombre. Puede que Jay hubiese vuelto a casa después de su misterioso viaje.

—Hoy no pareces muy contenta. ¿Te has aburrido de mí?

Oyó el murmullo de una voz de mujer y después un estrépito, como si algo se estrellase contra el suelo. El hombre empezó a maldecir y la mujer rio. Eliza reconoció esa risa.

—La puerta está cerrada y he dejado la llave en la cerradura. Nadie se enterará.

—Aquí no. Te dije que aquí no.

—¿No quieres imaginarte que soy tu adorado príncipe Jay? Pensé que te excitaría estar aquí.

Eliza se dio cuenta de que el hombre

era Chatur, y estaba segura de que estaba en el estudio con Indira.

Volvió a colocar el cuadro en la pared y fue corriendo a las habitaciones de Jay, esperando que de verdad hubiera vuelto a casa. Pero el castillo era enorme, y al tomar uno de los pasadizos secretos, era fácil girar en el lugar equivocado. Tardó casi diez minutos, y cuando llegó, no había nadie. Se precipitó hacia el estudio sin pararse a pensar si la prisa era estrictamente necesaria. No le había dado la impresión de que Indi estuviera en peligro, pero no podía imaginarse que ninguna mujer pudiera elegir estar a solas con un hombre tan despiadado como Chatur. La puerta del estudio

estaba cerrada con llave y la aporreó con todas sus fuerzas hasta hacerse daño en la mano.

—¿Quién está ahí dentro? —gritó.

No hubo respuesta. Esperó cinco minutos y, cuando vio a Jay acercarse por el pasillo, parpadeó para contener las lágrimas, con un nudo en la garganta.

—Creí que te marchabas —dijo él.

Eliza negó con la cabeza.

—No pienso irme.

Y, llevándose un dedo a los labios, se alejó unos pasos de la puerta.

—He oído a Indira hablando con Chatur —susurró—. Estaban ahí dentro, creo que estaba intentando violarla. Intentando hacerle algo.

—¿Contra su voluntad?

—Tampoco me pareció que ella intentase pararle los pies. Pero creo que quería irse a otro sitio.

—No querría que la oyeran aquí.

Jay se acercó a la puerta y giró su llave en la cerradura. Abrió la puerta y ambos comprobaron que la habitación estaba vacía. Jay entró, seguido de Eliza, que empezaba a preguntarse si se habría imaginado todo el episodio. El príncipe miró a su alrededor y dijo, en voz baja:

—Parece que todo está en su sitio.

Con unos cuantos pasos, se colocó detrás del escritorio, se agachó y se levantó con un fragmento de cristal entre los dedos.

—Mi reloj tenía la esfera de cristal

—echó un vistazo a su escritorio—. Y no está.

Eliza le contestó, también en un susurro.

—Me pareció oír que algo caía al suelo.

—Dios mío, ¿en qué lío se ha metido ahora? Será mejor que salgamos al pasillo —dijo, abriendo la puerta.

Una vez en el corredor, miró a su alrededor y siguió hablando en voz baja.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Eliza.

—Informar a Chatur de que sé lo que se trae entre manos. Espero que con eso baste.

—¿No puedes deshacerte de Chatur?

—Ojalá. Pero eso solo puede

decidirlo Anish.

—¿Por qué no se lo dices?

—Sería mi palabra contra la de Chatur, y no haría más que causarle problemas a Indi. Ya se me ocurrirá algo.

—Eres muy protector con ella.

—Aparte de a su anciana abuela, no tiene a nadie en el mundo.

—¿Eso es todo?

—Le tengo mucho cariño a Indira, aunque no es lo que pensabas antes. Le di falsas esperanzas, fue culpa mía. Estaba acostumbrado a pensar en ella como en una hermana. Últimamente he intentado distanciarme un poco, pero no quiero hacerle daño.

Consciente de que se estaba

sonrojando, Eliza apartó la cara.

—Sobre todo ahora que estás a punto de comprometerte —consiguió decir, a pesar de sentirse destrozada por emociones de lo más ambiguo: miedo, decepción, vergüenza y lo peor de todo: deseo.

Jay echó la cabeza hacia atrás y rio con ganas.

—Mi querida amiga, has debido de hablar con mi madre. Larguémonos de aquí.

Fueron a las habitaciones de Eliza, donde Jay se sentó en el diván.

—Siéntate conmigo, Eliza. Te prometo que no estoy comprometido, ni quiero estarlo. Y ahora, dime: ¿es verdad que no vas a dejarnos? ¿Que no

vas a dejarme?

El corazón le dio un vuelco de alivio y sonrió.

—Voy a quedarme.

Aunque sabía que no podía tener nada permanente con Jay, al menos le preocupaba que pudiera marcharse. Se sentó a su lado y respiró hondo. Jay le cogió la mano, le dio vuelta y trazó las líneas que le surcaban la palma.

—¿Ves mi futuro? —preguntó.

—Todavía no —dijo—, pero quizás lo vea pronto.

Eliza sintió un extraño zumbido en la cabeza y levantó la otra mano para acariciarle el pelo de las sienes. Le miró a los preciosos ojos color ámbar y le maravilló la intensidad con la que su

mirada la atravesó. Jay le soltó la palma de la mano y, cogiéndole la otra mano, se la llevó a los labios y le besó suavemente las yemas de los dedos. Le encantaba que la tocara, aunque nunca la había tocado así. Cuanto más se le acercaba, más viva se sentía, y una mezcla de amor, esperanza y calor se apoderó de su mente hasta olvidar por completo el miedo.

AQUELLA MISMA TARDE, Anish mandó llamar a Eliza a una de sus salas de estar, tan recargada que no supo dónde posar la mirada. Anish estaba sentado sobre un enorme almohadón con las piernas separadas para acomodar su creciente panza y Jay ocupaba una silla frente a su hermano. El suelo estaba cubierto de cojines de raso colocados en torno a una ancha mesa de centro. Eliza observó al delgado *punkawallah*, que tiraba de la pesada cuerda que

accionaba un gran abanico hecho de tela tensada sobre un marco de madera. El abanico, que estaba colgado del techo justo sobre la cabeza de Anish, flotaba de arriba abajo. Los suaves soplos de aire llegaban hasta donde estaba Eliza, cada vez más incómoda.

—¡No se lo piense más, muchacha! Siéntese.

Miró a su alrededor y eligió una silla de respaldo duro, en la que se sentó, rígida y con las manos cruzadas en el regazo.

—¿Ya se encuentra mejor? — preguntó Eliza—. Recuerdo que estuvo indispuerto poco después del *Holi*.

Anish inclinó la cabeza.

—En realidad, empezó antes. Pero

durante el *Holi*, Chatur me trajo un frasco de una sustancia química que había descubierto escondido en algún rincón del castillo. Y usted es la única que tiene acceso a esa clase de cosas.

—¿Qué sustancia era?

—Ácido pirogálico, creo. Ponía algo así en la etiqueta. Me preguntaba si sería venenoso.

Eliza se sintió palidecer. Los cristales de ácido pirogálico eran tremendamente peligrosos y podían tener efectos degenerativos permanentes sobre el sistema nervioso. El veneno podía ingerirse o absorberse a través de la piel, por lo que guardaba los frascos bajo llave en el cuarto oscuro. Aunque Indi también había trabajado en la

habitación, siempre había sido bajo la supervisión de Eliza y no tenía llave propia, así que no podía haber sido ella. Entonces Eliza recordó con horror el día en que había vuelto y se había encontrado la puerta del cuarto oscuro abierta. Pensó que debía de haberse dejado el candado abierto en un descuido, pero tal vez no hubiese sido culpa suya después de todo. Y, si no se lo había dejado abierto, alguien debía de tener una llave.

Cuando se lo contó a los dos hermanos, Jay se puso en pie y balanceó con impaciencia los brazos.

—Ahí lo tienes: problema resuelto. Anish solo quería saber cómo había salido el ácido pirogálico del cuarto

oscuro y si se lo habías dado a alguien.

—No. Por supuesto que no. Pero ¿por qué iba a robarlo alguien?

—¿No es obvio?

—Pero ¿quién iba a querer hacer daño al maharajá?

Anish se echó a reír, pero su carcajada fue corta, seca y desprovista de alegría.

—Temo por mi vida constantemente. Puede que estemos en el siglo XX, pero es difícil deshacerse de las viejas costumbres. Tengo un larguísimo linaje de antepasados envenenados. Si no supiera que mi hermano no tiene las miras puestas en el trono, sospecharía de él.

Jay puso los ojos en blanco.

—¿Dónde está el frasco que te dio Chatur?

—Mandé destruirlo.

—¿Y estaba lleno?

—Hasta el borde.

Eliza dejó escapar un suspiro de alivio.

—Bueno, espero que ya se encuentre mejor, señor.

—Estoy mejor, aunque todavía no me encuentro del todo bien. Como entenderá, quiero que esto quede entre nosotros, pero voy a pedirle al señor Salter que me recomiende un buen médico del pecho. No quiero que los habitantes del castillo se preocupen sin motivo.

Eliza se levantó.

—Hay un médico que vive justo al lado de Clifford Salter. Él sabrá a quién recomendararnos.

—De acuerdo. Y ahora, por si alguien más tiene una llave del cuarto oscuro —añadió Anish—, cuente las botellas y procure cambiar el candado de la puerta. Hágalo hoy. Jay la ayudará.

Cuando Eliza y Jay salieron de los aposentos de Anish y echaron a andar por el pasillo, Jay se detuvo y la miró a los ojos. Ella le sonrió.

—¿Sabes que ayer fui a ver el proyecto con Dev?

—Sí. —Le cogió la mano—. No te imaginas lo contento que estoy de que vayas a quedarte.

Este hombre le llegaba al alma. Con

él se sentía más real, como si ahora tuviese un lugar en el que encajaba. Aunque no lo dijo, pensó que estaba harta de huir: de la escuela, de su madre (al casarse con Oliver con solo diecisiete años) y, siendo sincera, otra vez de su madre al venir a Rajpután. Se le vino a la mente la cara pálida y desmejorada de su madre.

—Daría cualquier cosa por saber en qué estás pensando —dijo Jay.

Eliza negó con la cabeza.

—No es nada.

—Bueno —dijo—, háblame de ese veneno. ¿No corres riesgos al utilizarlo?

—El ácido pirogálico puede provocar convulsiones y dolencias gastrointestinales graves a largo plazo.

Hasta puede llegar a matar.

—¿Y a corto plazo?

—Irrita la piel y los ojos. Siempre uso guantes; si no lo hiciera, me teñiría los dedos de negro. Y llevo mascarilla. Me da miedo pensar en lo que podría haber ocurrido.

—Enséñame los dedos.

Eliza levantó las manos y meneó los dedos. Jay sonrió.

—No sé quién lo habrá robado, pero busquemos un candado nuevo en el almacén del castillo.

—¿Has tenido éxito? —dijo, esforzándose por hacer caso omiso de la persistente preocupación que le producía el ácido pirogálico, y le sonrió.

—¿Te refieres a la búsqueda de inversores? Todavía no.

—Podría volver a hablar con Clifford, aunque no creo que sirva de mucho.

—No quiero que te veas obligada a suplicarle.

Eliza suspiró.

—Puede que sea nuestra única posibilidad.

—Tengo uno o dos contactos. Antiguos compañeros de escuela, en Inglaterra. Estoy tanteándolos. El tiempo no está de mi parte, pero, cuando consiga solucionarlo, ¿por qué no vienes a mi palacio conmigo? —La miró con una afectuosa sonrisa—. Quédate unos días. Una vez que el proyecto vuelva a

estar en marcha. Cuando empiecen a subir las temperaturas aquí, allí hará más fresco. Ven conmigo. Haz unas cuantas fotos. Y tendremos tiempo de hablar como es debido.

—Me encantaría.

—Además, si no te importa, me vendría bien que me echaras una mano con el papeleo.

—Por supuesto. Quería preguntarte una cosa: ¿has hablado con Indi sobre Chatur?

—Admitió que Chatur le había pedido que recabase información para él.

—¿Y qué dijo de lo otro?

—Se mostró ofendida y se negó a hablar de ello, pero he hablado con Chatur. —Hizo una pausa—. ¿Sabes?

Ahora que lo pienso, puede que fuese Chatur el que robó el ácido, o más probablemente, uno de sus hombres. No me creo que se lo encontrase escondido en algún rincón.

—Pero entonces ¿por qué iba a dárselo a Anish?

—Para dejarte en mal lugar.

CUANDO ELIZA VISITÓ la residencia de Clifford unos días más tarde, se lo encontró sentado a la sombra en el porche que daba al jardín. Clifford se levantó para saludarla, pero no la recibió con la amabilidad de antes.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? —dijo, mientras bebía a sorbos lo que

parecía ser un gin-tonic—. ¿Te apetece uno? —añadió, cuando vio que Eliza lo miraba.

—Preferiría un refresco de lima, por favor.

—¿Con sal o azúcar?

—En realidad, me gusta mezclarlas —hizo una pausa—. Clifford, no voy a andarme con rodeos.

—Estaría bien que vinieras a verme porque sí, no porque quieres algo.

Eliza pensó rápidamente.

—Verás, he estado intentando ayudarte a recabar información sobre Anish.

Clifford se animó visiblemente.

—Está enfermo.

—Bueno, sé que tuvo una pequeña

crisis después del *Holi*. Una indigestión, ¿no?

—Es más que eso. Tiene una dolencia de pecho. Va a pedirte que le recomiendes a un buen médico occidental. Me da la impresión de que no quiere que los habitantes del castillo se enteren de que tiene problemas de salud.

—Qué interesante. Le pediré a Julian Hopkins, mi vecino, que me recomiende a alguien. Me vendría muy bien colocar a uno de mis hombres en el castillo. Gracias. Si te enteras de algo más, no dudes en decírmelo.

Eliza sonrió.

—Mira, me alegro de haberte sido de ayuda, pero tienes razón: hay algo con lo

que podrías ayudarme.

—¿Con la financiación del proyecto de riego?

Eliza asintió con la cabeza.

—Bueno, da la casualidad de que he encontrado una nueva posibilidad. Aunque su éxito depende de ti.

—¿De mí?

—Quiero que te replantees mi propuesta de matrimonio. Te tengo mucho aprecio, Eliza.

Eliza se examinó las uñas, deseando estar en otro sitio, pero Clifford la miraba fijamente, esperando una respuesta. Se preguntó si no sería mejor fingir algo de interés.

—Y si acepto, este posible inversor...

—Podremos contar con él

definitivamente. Pero quiere que le garanticéis no solo que va a recuperar su inversión, sino, además, que podrá ganar dinero con ella.

—Entonces, acepto replanteármelo. Pero no te prometo nada.

Clifford se levantó de un salto y le tendió las dos manos. Eliza se puso en pie y dejó que la cogiera de las manos. Pero entonces la besó.

ABRIL
SHUBHARAMBH BAGH

JAY Y ELIZA estaban pasando una temporada en el palacio de él. Jay había estado trabajando sin parar desde que llegaron, instalado tras el enorme escritorio de su despacho desde las siete de la mañana hasta altas horas de la noche. Con cantidad de archivadores y borradores de cartas dispuestos a su alrededor, examinaba minuciosamente

los planos del proyecto. Ya estaba proyectada la segunda etapa y tenían un croquis de la presa que querían construir en el río, pero todavía no habían conseguido los permisos necesarios. Daba la impresión de que los británicos estaban jugando al despiste.

La gente lo visitaba a menudo: andrajosos mendigos de las aldeas, pero también ingleses de aspecto estirado y hasta ricos comerciantes indios provenientes de otros estados y de la India británica. Jay los trataba a todos con la misma naturalidad y buenos modales, y Eliza vio en él una determinación que no había visto antes y que la hizo apreciarlo aún más. No queriendo entrometerse, le ayudaba de

buena gana con el papeleo, y a veces lo sorprendía mirándola con unos ojos ardientes que lo decían todo sin necesidad de intercambiar palabras. Entonces, cuando veía que Eliza le devolvía la mirada, Jay agachaba la cabeza. Cuando le pasaba unos papeles, él le rozaba accidentalmente la mano y, cada vez que se tocaban, una sacudida le recorría el cuerpo. Deseaba que volviera a besarla, y habría jurado que él también lo deseaba, sobre todo cuando la sorprendía mirándolo y le dedicaba una de sus sonrisas lentas y seductoras. Cada día que pasaba era un tormento, y Eliza empezaba a ponerse nerviosa pensando que tal vez Jay se arrepintiese de lo ocurrido entre ellos.

El deseo la había dejado impotente y solo podía debatirse en el placer casi insoportable de tenerlo cerca, sin perder la esperanza de llegar a conseguir algo más.

Una tarde, cuando empezaba a refrescar y oyeron repicar las campanas del templo, salieron a ver cómo iba el proyecto. Jay la rodeó con un brazo y la estrechó contra sí mientras contemplaban el pozo. Eliza supo que este era el momento. Jay la giró hacia él y la besó con infinita ternura.

—Estaba deseando volver a hacerlo —le dijo, dando un paso atrás y llevándose una mano al corazón—. Estoy muy feliz de que estés aquí. Espero tener algo más de tiempo a partir

de ahora.

—No pasa nada.

—En absoluto. Mereces más.

La estrechó contra su pecho y le pasó los dedos por el pelo.

—Siento haber estado tan distraído. A veces pienso que la suerte está echada y que el resultado está en manos de los dioses.

—Pero no rezas, ¿verdad? — preguntó. Cogiéndole la mano y llevándosela a los labios, le besó las yemas de los dedos y volvió a dejarla caer.

—Los rezos se los dejo a las mujeres. Los puntos fuertes de nuestra sociedad siempre han sido nuestro valor y nuestra resistencia.

—¿Y vuestras creencias? ¿El karma, por ejemplo?

Siguieron andando, ahora cogidos del brazo.

—El karma desempeña un papel fundamental en la vida de todo ser vivo. Creemos que no se nace una sola vez, sino que llevamos toda la eternidad aquí. El Señor Krishna lo dice en los libros sagrados: así como nunca hubo un momento en el que no estuve aquí, nunca habrá un momento en el que deje de existir.

—Creo que lo entiendo.

—Pero el karma tiene un pasado y un futuro. Podemos influir en lo que sucede. Y ahora es el momento de cambiar las cosas en la India —dijo.

—Y tú estás contribuyendo a ese cambio.

—No me refiero solo a mejorar las vidas de los agricultores y campesinos. Me refiero a los británicos. Hasta en nuestros propios palacios y *havelis*, estamos separados de los europeos, nuestros invitados. Se quedan con los asientos preferentes y con los lugares de mayor importancia a la mesa y a nosotros nos marginan. Es un juego en el que siempre salen con ventaja. Pero ¿te imaginas qué se siente cuando te tratan así en tu propia casa?

Jay dejó de andar y su mirada penetrante la desconcertó. Y, aunque deseaba que la besase de nuevo, intuía la energía que contenía con todas sus

fuerzas y se dio cuenta de que necesitaba hablar.

—Debe de ser de lo más humillante —dijo por fin.

—Nos sentimos como marionetas en manos de los representantes del gobierno. Solo somos una pequeña parte del teatro que es el imperio británico. Los británicos aceptaron nuestra petición de que nos concedieran el estatus de Dominio en 1929, pero entonces surgió la espinosa cuestión de conceder los mismos derechos tanto a hindúes como a musulmanes, así que no hemos avanzado nada.

—¿Cuál sería la solución?

—Necesitamos una libertad no contaminada por las diferencias

religiosas. Y, sobre todo, necesitamos que los británicos se retiren, completa e irrevocablemente. Después, que el mundo nos juzgue por nuestros actos.

Eliza se quedó muy quieta.

—Lo entiendo. De verdad.

Jay la miró con una profunda tristeza en los ojos.

—¿Sí? Odio tener que ir a hablar con gente como Clifford Salter y mendigarles favores. Sé que los británicos ya han empezado a delegar el poder, pero no es suficiente. Queremos que llegue el día en que los indios gobernemos nuestra propia nación y en que la India sea libre.

—Y ese día llegará, Jay, porque tiene que llegar. Ahora, hasta yo me doy

cuenta.

Jay le acarició la mejilla con la palma de la mano.

—Me alegro de que lo entiendas. Antes iba a la Cámara de los Príncipes con la esperanza de cambiar las cosas; incluso desempeñé un papel importante en las reuniones de Delhi durante un tiempo. Desde 1920 nos representa la Cámara.

—¿Y por qué dejaste de ir?

—Principalmente, me pudo la desilusión. No hay igualdad entre nosotros y los británicos. Hagamos lo que hagamos, nos prohíben anunciar nuestras reuniones y nos amenazan con impunidad. La Cámara de Príncipes tiene las manos atadas.

Jay solo la había invitado a pasar unos días en su palacio y Eliza no quería abusar de su hospitalidad, así que, algo más tarde, justo cuando empezaba a oscurecer y el cielo seguía teñido de rosa, le preguntó si no iba siendo hora de que se fuera.

Él la miró, sorprendido.

—¿Quieres irte?

Eliza apartó la mirada y negó con la cabeza. Tenía las palabras atascadas en la garganta.

—Quédate. Tengo algo más que decirte. ¿Has visto ir y venir a los hombres?

—Por supuesto.

—He pedido prestado dinero a las clases mercantiles para poder continuar

con el proyecto.

Eliza rio.

—Y yo que creía que estabas buscando formas de ahorrar gastos.

—Y así era, al principio; pero me anima el ejemplo de Bikaner. Se ha comprometido a realizar nueve proyectos de riego, además de construir varias líneas de tren y hospitales. Contrataré a toda la gente de los alrededores que pueda. Algunos de los nuevos empezarán mañana, quiero que continúen con la excavación. Otros se encargarán de construir los muros y después cavarán los canales de riego que conectarán el embalse con las aldeas.

Eliza respondió a su inquebrantable

entusiasmo con tanta esperanza que temió que fuera a reventarle el corazón.

—Por supuesto, Bikaner construyó el canal del Ganges, que trae agua del Punjab. Nosotros estamos demasiado lejos del Punjab, pero cerca de mis tierras hay un pequeño río. Solo necesitamos los permisos para represarlo.

—¿Has ultimado los detalles con el inversor del que me habló Clifford?

—Ajá. Creo que crearemos cincuenta aldeas nuevas en un plazo de cinco años. Las obras necesarias no solo servirán para devolver el préstamo, sino que además le proporcionarán ingresos fijos.

Eliza se alegró de que tuviese un plan, aunque no le había confesado a Jay la

condición de la que dependía.

—Bueno —dijo—, faltan menos de cuatro meses para que lleguen las lluvias.

—Sí.

—Me pregunto cómo estará Indi.

—Ha vuelto a su aldea.

La noticia sorprendió a Eliza.

—¿Para siempre?

—No. Su abuela está muy enferma.

Indi ha ido a cuidarla. El *thakur* se encargará de que no le falte de nada y siempre tendrá un lugar en el castillo.

—¿Para qué? ¿Para acabar en manos de un hombre como Chatur? Necesita tener su propia vida, un marido, una familia.

—¡Mira quién habla de la familia!

—¿Qué quieres decir?

—Dejaste sola a tu madre. Tú misma lo dijiste.

—No pude ayudarla. Lo intenté. Si me hubiese quedado, habría destruido también mi vida. Es una alcohólica.

Jay se miró los pies un momento y pronto levantó la vista.

—Aquí creemos que los hijos tienen el deber de cuidar de sus padres.

Eliza se puso tensa.

—¿Pase lo que pase?

Asintió con la cabeza.

—¿Te entristece la idea?

Eliza se quedó en silencio, pensando, y no respondió. Jay no tenía ni idea de cómo era Anna Fraser ni de cómo se sentía al ver a su madre cometer un lento

suicidio.

—Lo intenté, pero no lo conseguí —
dijo por fin.

Jay le tendió las dos manos.

—No te juzgo.

—Por lo que dices, parece que sí.

Enfadada y dolida, se negó a cogerlo
de las manos.

—Venga, Eliza. Solo te decía que
aquí las cosas son distintas.

Se dio la vuelta bruscamente y se
alejó. Un momento después, Jay se le
acercó por detrás y la rodeó con los
brazos.

—Eliza. Eliza.

La giró hacia sí y posó los labios en
su cuello. Ella se estremeció,
respondiendo inmediatamente a la mano

que le había puesto en el hombro, entreabriendo los labios, con la respiración entrecortada. Cuando se besaron, fue como si hubiera sido su destino desde siempre. Después, mientras caminaban de regreso al palacio, cogidos de la mano, Eliza relegó las dudas al fondo de su mente. Jay la había alojado en sus propias habitaciones y, cuando llegaron al *dari khana*, donde la alfombra estaba cubierta de montones de almohadones, le ordenó que se quedase quieta mientras la desnudaba, besándole la cara interna de los brazos y el vientre mientras la desvestía. Jay se tomó su tiempo, y aunque Eliza estaba desesperada por tumbarse con él sobre

los almohadones, entendió por qué lo hacía.

Cuando por fin estuvo desnuda ante él, le besó los pechos. Luego la apartó de él con el brazo.

—¿Cómo te sientes?

—Como si estuviese loca. Insegura. Y muerta de miedo.

—Bien —dijo.

Entonces Eliza se recostó sobre la alfombra cubierta de cojines. Apenas entraba luz por las ventanas de la habitación, que ahora estaba casi a oscuras. Eliza quiso verle la cara y pensó que ojalá estuviese encendida la lámpara. Pero ahora estaba encima de ella y sus cuerpos se movían rítmicamente. Se olvidó de la lámpara.

Jay se detuvo un momento y le exploró el rostro con las yemas de los dedos.

—Incluso en la oscuridad —dijo—, veo tus bonitos ojos.

Cuando sus dedos se deslizaron en su interior, Eliza jadeó. Y entonces empezaron a hacer el amor de una forma que jamás habría creído posible: con una conexión tan fuerte que le sacó el aliento de los pulmones. Intentó hablar, pero no pudo, y, una vez terminaron, se tumbaron en la cama, ambos goteando de sudor y con las piernas entrelazadas. Había perdido por completo la capacidad de pensar. Quería a este hombre, y era lo único que existía en el mundo. Lo quería con cada parte de su ser, más de lo que nunca había querido

nada ni a nadie, y no iba a dejar que los separaran.

—Mi bella inglesa —dijo, trazándole el contorno de la mandíbula con el dedo—. ¿Sigues estando insegura?

Eliza rio.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Quieres que encienda la lámpara?

—Todavía no —dijo—. Quiero sentirte a mi lado.

Por un momento, Jay pareció pensar en algo. Luego le dijo:

—Eres toda una valiente. No sé si sabré estar a la altura.

—No seas tonto. Por supuesto que lo estarás. No soy nada valiente.

Antes de dormirse, Eliza se quedó muy quieta, escuchando su respiración y

el silencio de la noche del desierto.

CUANDO DESPERTÓ, VIO que Jay seguía allí. El corazón se estremeció de alegría al darse cuenta y lo observó mientras dormía. Contempló sus pestañas increíblemente largas y el precioso tono bruñido de su piel y pensó que estaba igual que siempre. Los dos tenían el mismo aspecto de siempre y, sin embargo, todo había cambiado.

Le tocó la cara, con cuidado de no despertarlo, simplemente para sentir su suavidad. Se acercó y le besó el lóbulo de la oreja. Jay se movió. Le acarició el cuello y después el estómago con una uña y él gimió. Deslizó la mano hasta

más abajo y notó que él se endurecía bajo sus dedos. Nunca se lo había hecho a Oliver y sentía curiosidad. Empezó a mover la mano. Jay volvió a gemir y Eliza disfrutó de esta nueva sensación. La sensación de poder hacerle esto. «Puede que las dieciséis artes de la feminidad tuviesen algo de bueno después de todo», pensó con una sonrisita.

De repente, Jay la colocó sobre él.

—¿Qué me estás haciendo? —dijo.

—¿No es evidente?

—¿Quién iba a pensar que detrás de toda esa reserva inglesa había un pendón desorejado?

—¿Y quién iba a pensar que no eres ni oficial ni caballero?

DESPUÉS DE AQUELLO, sus días en el palacio cambiaron. Día tras día, trabajaban y hacían el amor; comían y hacían el amor; paseaban y hacían el amor. Y a veces, se pasaban el día haciendo el amor. Mientras estuviesen en el palacio de Jay, el resto del mundo no existía. Solo estaban el proyecto y Jay. Eliza nunca había sido tan feliz. Se despertaba feliz y se iba a la cama con una sonrisa en la cara. ¿Por qué nadie le había dicho nunca que era posible vivir así? Y esa idea la llevó a preguntarse si sus padres habrían sido felices juntos. Porque, sin duda, una vez experimentabas esto, aunque solo fuera vez, estarías enamorado de la vida para siempre.

Cuando no hablaban del agua o de su pasado, leían y hablaban de libros. Jay le confesó que no había leído a ninguno de los autores rusos y Eliza le recomendó *Guerra y paz* y *Relatos de un cazador*, de Turguenev. Ella le dijo que le encantaban Thomas Hardy y Henry James, pero no soportaba a Dickens. El poeta favorito de Jay era John Donne, que a ella también le encantaba, y la de Eliza, Emily Dickinson, de quien Jay no había oído hablar. Él le preguntó si había leído a Tagore y cuando Eliza negó con la cabeza, se ofreció a prestarle uno de sus libros. A ambos les gustaba el cine. También hablaban de la comida y de sus sitios favoritos. A Jay le encantaban las

plazas de Londres. Tenía un amigo que vivía en Orme Square. Eliza le dijo, entre risas, que ella no tenía amigos tan distinguidos. Jay le advirtió de que no pensaba hablarle de sus aventuras sexuales de adolescente y Eliza le contestó que prefería no saberlo.

Nunca le dijo «te quiero», ni ella a él.

Y sin embargo, Eliza sabía que la conexión entre los dos iba mucho más allá del sexo, los libros o las películas. Y por primera vez en su vida, empezó a creer que dos almas podían estar conectadas; que hay personas con las que puedes relacionarte de alma a alma. Con algunos, solo hablas durante una hora o dos; otros llegarán a ser amigos para siempre. Y al pensarlo, se dio

cuenta de que la India la estaba cambiando. Antes nunca habría pensado en las almas. Para ella las relaciones siempre habían sido algo difícil que era preferible evitar; no este placer de descubrir poco a poco a otro ser humano mientras él te descubre a ti. El espacio entre ellos, aunque presente al principio, se disolvía con suma facilidad, como si vivieran sin muros ni límites, hasta el punto de que no sabría decir dónde terminaba él y empezaba ella. Y cuanto más se acercaban, más insistente se volvía la idea de que separarse de sus bonitos ojos, que la miraban mientras hacían el amor, sería como separarse de sí misma.

Una noche, cuando por fin se sintió lo

suficientemente segura como para mostrar a Jay las partes más profundas de su ser, el dolor por la muerte de su padre la envolvió y una sensación muy parecida al pánico la golpeó en la boca del estómago. Todos sus intentos de controlarla fracasaron y supo que lo único que podía hacer era dejar que la horrible sensación la engullera. O bien sobreviviría, o se ahogaría en ella. Con cada punzada de emoción, el dolor iba en aumento, aplastándole el pecho y dejándola sin respiración. Sintió que su mente se derrumbaba y la pena que llevaba tanto tiempo reprimiendo la consumía, y por primera vez respondió a sus necesidades más profundas. Entonces Jay la abrazó y la acunó

mientras lloraba. Era como si nunca hubiese llorado de verdad por su padre, y la presencia de Jay era lo que lo había hecho posible.

Después de secarle las lágrimas con los dedos, Jay la apartó un momento de él y la miró.

—Lo único que puede sanar una pena tan grande es dejar correr las lágrimas que ya no puedes ocultar. Para conocer de verdad el amor, hay que quedar asolado por él.

—¿Y a nosotros nos ha asolado? — dijo.

Jay sonrió.

—Todavía no.

—¿Sabes qué se siente al quedar asolado?

Negó con la cabeza.

—Puede que lo descubramos juntos.

COMO JAY TENÍA que convencer a los aldeanos de que el proyecto favorecería a la gente del pueblo, fueron a caballo a las aldeas, y aunque al principio no parecían tenerlo claro, después de un par de visitas empezaron a sonreír con ganas cada vez que lo veían llegar. La grave sequía no les había permitido cultivar la tierra los dos últimos años y se les había muerto el ganado. Eliza no sabía cómo se las apañaban para sobrevivir, pero un día vio cómo Jay concedía pequeños préstamos a los agricultores y no pudo evitar pensar que

sería un gobernante maravilloso. No se dedicaría a holgazanear en el castillo, engullendo delicias turcas. Era fuerte y estaba en espléndida forma, y cuanto más lo conocía, más consciente era de que se había enamorado de verdad. Relegó las advertencias de Laxmi al fondo de su mente. Mientras Anish estuviera con vida, no pensaría en el futuro.

Cuando visitaban las aldeas, iban solos, exceptuando a uno de los fieles criados de Jay, y acampaban en tiendas pequeñas que solían levantar junto una pequeña fogata. Durante uno de los viajes de regreso, desmontaron de los caballos y Jay se alejó en busca de leña para el fuego. Detrás de las tiendas

había un grupo de árboles achaparrados donde unos diminutos pájaros verdes revoloteaban y saltaban de rama en rama, y a lo lejos se vislumbraban las arenas del desierto. Cuando Jay volvió con un haz de leña bajo el brazo, Eliza observó la concentración que se reflejaba en su rostro al colocar las ramas y encender el fuego y no pudo evitar sonreír. Cuando las llamas empezaron a arder con fuerza, ya se había hecho de noche, pero aún no estaba del todo oscuro y Eliza lo observó, mientras el fuego le iluminaba intermitentemente la cara.

—¿Qué pasa?

—Estaba pensando en tu padre. Apenas me has hablado de él.

—Más que un hombre, era un gigante. Un reformador, a diferencia de su padre, mi abuelo, que casi nos cuesta el estado. Me gustaría ser como mi padre y, con tu ayuda, creo que lo conseguiré.

—¿Con mi ayuda?

—Somos un gran equipo, ¿no crees?

Eliza sonrió.

—Eso espero.

—En cuanto a mi abuelo paterno, los británicos lo acusaron de ser un mal gobernante y adquirió fama de corrupto y cruel.

—¿Qué hizo?

—Una de sus esposas se suicidó de una forma horrible, pero se extendió el rumor de que la había matado él. De no haber muerto repentinamente, lo habrían

destituido los británicos y podríamos haber perdido el reino. Por suerte, mi padre era un hombre de honor y fue un buen gobernante, partidario de las reformas. Sirvió en el ejército británico y supo salvar la brecha entre nuestras culturas con naturalidad y elegancia. Lo recuerdo, cuando era muy pequeño, vestido de seda con brocados y un turbante rematado por una larga pluma.

—¿Te pareces a él?

—Un poco. Una fastuosa escolta lo acompañaba allá donde iba, y cuando teníamos visitantes nobles, llegaban en carrozas de plata tiradas por bueyes.

—¿Así que no trataba a la gente con tanta cercanía como tú?

—Los tiempos han cambiado, y mi

padre no se educó en Inglaterra.

—Cuando más me gustas es cuando estás en plena naturaleza.

—Pero, como a mí, le encantaba el deporte y encumbró todavía más a nuestro estado al casarse con mi madre, que provenía de una poderosa familia real. Así es como siempre se han hecho las cosas, ¿entiendes? Aquí el matrimonio es una unión entre familias, no solo entre dos personas. Y está en juego la reputación de toda la familia.

Dejó de hablar y contempló el fuego, aparentemente absorto en sus pensamientos.

Aunque le había dicho que no estaba comprometido, eso no significaba que no fuera a estarlo en un futuro, y Eliza no

pudo evitar pensar en ello.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo.

—Te escucho.

—¿Qué ha pasado con tu matrimonio concertado? —preguntó por fin.

Cuando Jay se volvió a mirarla, vio una tristeza tan profunda en sus ojos que ella también sintió su dolor.

—Lo que tenemos es tan nuevo... no pensemos en eso ahora.

Y aunque Eliza prefería no hablar del tema, no podía evitar darle vueltas.

—Háblame de tu madre —dijo Jay.

Eliza suspiró.

—Mi madre tiene problemas con la bebida desde hace años. Creo que la muerte de mi padre la dejó destrozada. Era una mujer orgullosa, pero nunca fue

fuerte, y no tenía dinero, ¿sabes? Se vio obligada a depender de la caridad de James Langton. Aunque decía que era mi tío, no éramos familia. Lo conocía desde antes de casarse con mi padre, y cuando volvimos a Inglaterra, se convirtió en el amante de mi madre.

—Debió de ser muy duro para ti, también.

—Solo la tenía a ella. No teníamos familia o, mejor dicho, familia que se hablara con nosotros. Quería a mi padre, pero mi relación con mi madre siempre ha sido difícil. Estando aquí, me envió una carta en la que me decía cosas terribles de mi padre. Lo acusó de habernos arruinado con su adicción al juego y de haber tenido una amante

durante años.

—Puede que tener más de una esposa tenga sus ventajas. —Jay hizo una pausa para ver cómo reaccionaba—. Así no hay necesidad de tener amantes.

Aunque sabía que lo decía en broma o no del todo en serio, no pudo evitar contestarle con enfado.

—Solo que no es recíproco. Nadie se para a pensar que las mujeres también querrían tener más de un marido.

Jay la miró con el ceño fruncido y se hizo el ofendido.

—¡Pero qué espanto, señorita! ¿Qué mujer que se precie querría tener dos hombres pudiendo tener uno? Un hombre y muchas mujeres. Así es como se hace.

Aunque seguía molesta, no pudo

evitar sonreír.

—¡Para ya, idiota!

—¿Le estás diciendo a un rajá que se calle? Para eso solo hay un castigo. Ven aquí.

—¿Y si me niego?

—Te tendré atada a la cama mucho, mucho tiempo.

—Tendrás que atraparme primero.

Eliza se levantó de un salto y echó a correr hacia la oscuridad, alejándose del fuego. Se escondió tras un arbusto espinoso, sin quitar los ojos de Jay e intentando controlar su respiración acelerada. Aunque lo oía moverse entre la maleza, apenas veía nada. Por encima de su cabeza, el sendero de estrellas plateadas era la única fuente de luz.

Oyó el aullido lastimero de un chacal a lo lejos, notó un pinchazo en la pierna y se le escapó un grito. Sin saber exactamente dónde estaba, Jay echó a correr en la dirección de la que provenía su voz.

—¿Estás bien? No deberías alejarte en plena noche. Hay todo tipo de animales al acecho.

—Creo que me ha picado algo, pero apenas me ha dolido.

—Pues te he oído gritar.

—De sorpresa, pero no ha sido nada.

—Pero ¿te ha dolido?

—Tranquilo, solo ha sido un pinchazo, tal vez una hormiga.

Jay la rodeó con el brazo.

—¿Estás segura de que no ha sido una

serpiente?

—Ni idea. Estaba oscuro como boca de lobo.

—Una picadura de serpiente duele. Creo que deberíamos recoger nuestras cosas y volver al palacio, por si acaso.

—Está muy oscuro. No me pasa nada, de verdad. Solo quiero irme a la cama.

Se acostaron justo después del incidente, pero una hora después Eliza se despertó con retortijones. Se incorporó en la cama y se dobló en dos, intentando no despertar a Jay y escuchando el silencio, que, como descubrió, aterrada, estaba plagado de ruidos. Se pasó el resto de la fría noche del desierto tiritando en la cama improvisada, todo lo cerca de Jay que

podía estar sin molestarle. Sentía náuseas y quería levantarse, pero, demasiado nerviosa como para salir de la tienda, se quedó donde estaba hasta las primeras luces del amanecer. Cuando Jay se despertó, la miró con atención y le cambió la cara.

—Dime cómo te encuentras.

—Tengo náuseas. Y me duele mucho el estómago. ¿Crees que me habrá sentado mal algo de lo que he comido?

Pero él la miró tan serio que empezó a notar una punzada de preocupación.

—Quiero buscar otra vez esa picadura.

La noche anterior había intentado encontrarla a la luz de una lámpara de aceite, y pareció aliviado cuando no

había visto nada.

—¿Otra vez?

Le mostró el tobillo donde había sentido la picadura.

—No parece una mordedura de serpiente. Pero la zona de alrededor está enrojecida y un poco hinchada.

—¿Qué crees que ha sido?

Jay negó con la cabeza.

—No estoy seguro. ¿Tienes algún otro síntoma?

—Me duele el pecho.

—¿Te duele al respirar?

—Un poco.

Jay abrió con una mano la puerta de la tienda y llamó al criado. Volviéndose hacia el exterior, habló en voz baja y demasiado rápido como para que Eliza

lo entendiera.

—¿Qué le has dicho? —preguntó, cuando volvió a su lado.

—He mandado llamar a la abuela de Indi. Puede que tarde una o dos horas, pero no hay nadie mejor. Se ha llevado la motocicleta. Es más rápida que su camello.

—¿Crees que es grave?

Eliza trató de sonreír, pero no lo consiguió.

Jay le rodeó las manos con las suyas y las frotó para calentárselas, pero no dijo nada.

—Creí que la *daadee ma* de Indi estaba enferma.

—Esperemos que se haya recuperado lo suficiente para venir.

—¿Cómo vamos a llevarla a casa?
¿Cómo vamos a volver a casa?

—No quiero trasladarte, y menos a lomos de un camello o en motocicleta. No quiero que te preocupes por nada ni que pases demasiado calor, pero todavía es muy temprano y hace fresco. Tienes que beber. ¿Crees que tolerarás algo de agua?

Eliza intentó levantar la cabeza, pero cayó sin fuerzas sobre la almohada.

—Me duele todo el cuerpo.

Jay le rodeó los hombros con un brazo.

—Apóyate en mí e intenta beber un par de sorbos.

Con la otra mano, le acercó el tazón de agua a los labios.

—Estoy mareada —dijo, volviendo a caer sobre la cama y dándose cuenta de que no podía quedarse quieta.

—No te muevas —dijo Jay, sujetándole los brazos.

Estuvo con ella todo el tiempo, menos cuando salía a ver si se acercaba la abuela de Indi. Y, aunque estaba enferma, se maravilló de que estuviesen juntos en mitad del desierto. Qué extraño era. Extraño pero perfecto.

—Cuando te pregunté si creías que era grave, no me contestaste.

Jay sonrió.

—No soy médico, pero seguro que no es nada. Tú relájate y descansa.

Intentó incorporarse.

—La habitación me da vueltas.

—Será de toda la ginebra que bebiste anoche.

—No bebí nada... —Y la tienda dio un giro de 180 grados. Fue como viajar por un túnel oscuro a toda velocidad, y notó que Jay la sostenía mientras ella caía hacia adelante. Y después, nada.

Cuando volvió en sí, Jay estaba tumbado a su lado, en la cama. Al principio solo fue consciente de que él le acariciaba suavemente el pelo con la mano y luego percibió su respiración lenta y constante. Durante aquel momento delicioso, olvidó que estaba enferma, pero entonces se sentó en la cama y vomitó sobre el edredón. Jay se levantó de un salto, tiró de la colcha, la enrolló y la arrojó al exterior de la

tienda. A continuación sacó una piel animal de debajo de la cama.

—Es lo único que tengo. Hasta que avance el día y empiece a hacer calor.

¿Cómo estás?

—No estoy segura. ¿Y si vuelvo a vomitar?

—Esperemos que no. Pero tienes que beber. No quiero que te deshidrates.

Le tocó la piel, la frente y la nuca.

—Estás sudando mucho.

—Me duele la cabeza.

—Esperemos que la abuela de Indi llegue pronto.

—Pero ¿qué va a hacer?

—Lo sabe todo sobre el desierto y sus peligros.

—¿Crees que podrá curarme?

—No te preocupes. Todo va a salir bien. Y ahora, descansa.

Aunque había hablado en tono tranquilizador, Eliza vio la preocupación en sus ojos. Dejó escapar poco a poco el aliento y se quedó quieta.

Eliza perdió casi por completo la noción del tiempo. Los minutos parecían horas y las horas pasaban en un abrir y cerrar de ojos.

A veces Jay le preguntaba cómo estaba y a veces ella le preguntaba en qué estaba pensando. Pero ninguno de los dos decía la verdad, pensó. Él le decía que todo saldría bien, pero sus ojos lo delataban. Ella le decía que estaba mejor, pero era mentira. Y en sus momentos de lucidez, recordaba que no

habían hablado de qué pasaría después de las lluvias.

Mientras Eliza murmuraba sobre las lluvias, Jay parecía cada vez más preocupado y andaba de acá para allá en el interior de la tienda cuando no estaba sentado a su lado. Por fin Eliza oyó el ruido del motor de una motocicleta y a varias personas que hablaban en voz alta. Poco después entró la anciana, apoyándose en un bastón. Lo primero que hizo fue examinar la zona de la picadura. Frunció el ceño.

—Dos puntitos rojos —dijo con claridad, para que la entendiera Eliza—. Una viuda negra.

Jay se relajó visiblemente y dejó escapar poco a poco el aliento.

—Lo que pensaba.

—Has hecho bien en no moverla. No queremos que el veneno se mezcle más con su sangre.

—Entonces ¿no puedo trasladarla?

—Hoy no. Pero no dejes que pase calor. Solo los niños pequeños y los ancianos mueren por una picadura de viuda negra.

—Pero ha tenido una reacción bastante grave, ¿no?

—Sí, igual que tú, jovencito. Solo que, cuando eras muy pequeño, te di un remedio a base de hierbas. Hoy no lo tengo aquí. Lo pasará mal, pero sobrevivirá. —Jay asintió con la cabeza

—. Abanícala, ponle compresas húmedas y frías sobre la piel: en la

nuca, en el pecho y en la cara, y dale agua con una pizca de sal.

—Qué curioso que le haya pasado también a ella —dijo, mientras acompañaba a la anciana hasta la puerta.

—¿Amas a esta mujer? —oyó que preguntaba la anciana, pero no oyó la respuesta de Jay.

Minutos después, Jay volvió a entrar en la tienda, con una amplia sonrisa.

—Así que hoy nos quedaremos aquí y, si estás mejor, volveremos a casa por la mañana.

—¿Cómo está la abuela de Indi?

—Mucho más delgada y frágil.

—Me siento fatal por haberla hecho venir hasta aquí.

—No te preocupes. Ha venido

encantada. Y ahora, por favor, bebe algo. Tenemos que evitar que te dé un golpe de calor.

Eliza asintió. Empezaba a apretar el calor y sabía que las temperaturas podían ser sofocantes.

—Me siento como si me hubieran dado un hachazo en la parte de atrás de la cabeza. Debo de estar hecha un espanto.

—Mi pobre inglesa. Lo del hacha debe de doler, pero tú nunca podrías estar hecha un espanto.

—No es lo que pensabas cuando nos conocimos.

Eliza no tenía fuerzas para reír, pero Jay sonrió.

—Y ahora, escúchame. Justo antes de

que lleguen las lluvias, te llevaré a Udaipur para que veas llegar el monzón. Piensa en la lluvia al caer. Piensa en el frescor. Te ayudará.

—¿Por qué las llaman viudas negras?

—Porque son de color negro y se comen a sus maridos.

Esta vez fue ella la que le sonrió a pesar del dolor.

DOS DÍAS DESPUÉS, ya en el palacio de Jay, se miraron sin decir nada, uno frente a otro, en el dormitorio. Jay le desabrochó lentamente los botones de la camisa y cerró los ojos. ¿Quién estaba al mando? ¿Quién tomaba la iniciativa? ¿Quién marcaba el ritmo? Eliza había

creído preferir que fuese él, pero, casi sin darse cuenta, las cosas estaban cada vez más igualadas, y descubrió que también le gustaba, que disfrutaba de la sensación de poder que sentía en las yemas de los dedos.

—¿Estás segura de que ya estás lo suficientemente recuperada?

Eliza rio.

—¿Qué es lo que tiene tanta gracia?
—dijo Jay, abriendo los ojos.

—Estoy lo bastante bien.

Pasaron unos instantes en los que cada uno dejó entrar al otro, o eso le pareció a Eliza. Era como penetrar en un mundo nuevo, que no era ni el de él ni el de ella, sino uno que habían construido entre los dos, donde no había espacio

para nada más. Era un mundo que, una vez construido, no podía perderse nunca; que seguiría existiendo incluso después de su muerte. Quiso llegar a lo más profundo de su ser y descubrir lo que lo hacía ser como era.

Después, cuando terminaron de hacer el amor, con los brazos y las piernas enmarañados, Jay le pasó los dedos por la espina dorsal.

—Mírame —dijo—. Abre los ojos.

Eliza abrió los ojos, sonrió y le cogió de la mano.

—¿Por qué sonríes?

—No lo sé. Porque estoy feliz, supongo.

Jay sonrió con ganas.

—Me encanta verte sonreír y oírte

reír.

—Tú me haces reír —dijo ella.

—No estoy seguro de que sea algo bueno.

—Es bueno. Fantástico.

Cuando la besó, ella lo miró directamente a los ojos y le pasó los dedos por el pelo. Jay se estremeció y la abrazó. A veces le preocupaba qué rumbo tomaría su relación, pero en aquel momento, cara a cara con él, no le importó. Se retorció lentamente entre sus brazos, con la boca contra su mejilla.

—Gracias —le susurró.

—¿Por qué?

—Por ser tú. Por estar aquí. Por... —

Hizo una pausa.

—¿Por qué?

—Por algo que no esperaba sentir nunca. —Se estiró perezosamente—. Ojalá pudiera durar para siempre. Ojalá pudiéramos quedarnos justo así.

Jay no respondió, sino que le acarició la cara interna del muslo.

—Aunque supongo que nos entraría hambre —añadió ella.

—Yo ya tengo hambre. ¿Tú no?

—Sí, pero me da pereza moverme. Después de todo esto, comer me parece demasiado básico.

—Lo básico es bueno, mujer.

—Pero el amor es mejor.

Jay hizo una mueca.

—Hummm. Deja que me lo piense. ¿Comida o amor?

Eliza le dio un codazo en las

costillas.

—Ay —protestó, y, entre risas, la atrajo hacia sí y la abrazó.

Le gustaba que la abrazara, le gustaba verlo sonreír, oírlo reír y hasta verlo fruncir el ceño. ¿Es que no había nada de él que no le gustara?

—¿Me quieres? —dijo, reuniendo el valor de preguntar—. ¿Me quieres de verdad?

—¿No te lo he dejado lo bastante claro?

TERCERA PARTE

«No es la luz lo que necesitamos, sino el fuego;
no es la lluvia suave, sino un trueno.
Necesitamos de la tormenta, la tempestad
y el terremoto».

FREDERICK DOUGLASS

SIN MÁS EFECTOS adversos de la picadura de araña y llena de amor por Jay, Eliza pronto volvió al castillo de Juraipur. Dottie se había enterado de que había estado enferma y por fin se armó de valor y la visitó en palacio, donde entró en las habitaciones de Eliza con un ramo de flores en la mano.

—He de decir que tienes un aspecto estupendo. Esperaba verte demacrada y paliducha.

Eliza sonrió y se reclinó en el sofá,

feliz.

Dottie se la quedó mirando.

—¡Vaya, vaya! ¿Así que Clifford te ha hecho una proposición?

—¿Clifford?

Dottie dejó las flores sobre una mesita.

—Tienes todo el aspecto de una mujer que acaba de decir que sí.

—No.

—Entonces ¿qué pasa? —Bajó la voz—. ¿O debería decir quién? —Se hizo una breve pausa y Dottie se tapó la boca con la mano—. No te habrás atrevido...

Eliza no respondió.

—Te has enamorado de uno de ellos. Es eso, ¿verdad?

Eliza sonrió, sin poder contenerse, y

asintió con la cabeza.

—De Jay.

Dottie se levantó y se la quedó mirando, con las manos sobre las caderas.

—Pues ¡se va a armar una buena! Por ambas partes.

—¿No te alegras ni un poco por mí?

Dottie se acercó a la ventana y se asomó al exterior antes de volver a girarse hacia Eliza.

—Acabará en lágrimas, mi amor. Estas cosas siempre acaban mal. Aunque me imagino que debe de ser deliciosamente romántico. —La última frase la pronunció en tono pensativo.

—¿Te importaría hablar con Clifford para calmar los ánimos? —preguntó

Eliza.

Dottie negó con la cabeza.

—No, querida, no puedo. Te aconsejo que pongas fin a esto antes de que llegue más lejos.

—No puedo.

—O, mejor dicho, no quieres. No te culpo, de verdad que no. Debe de ser irresistiblemente emocionante, pero Jay nunca se casará contigo, sino con una de su clase.

—Yo no estoy tan segura.

—Pues yo sí. Te dejará y destruirá tu reputación.

—Olvidas que ya he estado casada. No soy precisamente una virgen.

Dottie se sentó junto a Eliza en el sofá y la tomó de la mano.

—La gente perdona a un marido muerto, pero no perdona a una mujer repudiada, sobre todo si el hombre en cuestión no es uno de los nuestros.

Eliza suspiró. No era lo que quería oír.

—Sinceramente, querida: ponle fin, y pronto.

JAY LE HABÍA dado a Eliza la llave de su estudio para que pudiera usarlo cuando quisiese, ya fuese para tomar fotografías en el despacho o para ordenar los papeles del proyecto cuando él no estuviera. Eliza pensó que sería buena idea tomar fotografías de cada miembro de la familia y del resto de habitantes

del palacio por separado; aunque en realidad, los mejores retratos de personas que había tomado siempre los había hecho en la ciudad o en el propio desierto. La naturaleza tenía algo que realzaba a las personas.

Indi ya había regresado de casa de su abuela y Eliza se sintió aliviada cuando le dijo que atravesar el desierto a la carrera en motocicleta no la había dejado más frágil que antes.

—Debes de estar contenta —dijo Eliza, mientras colocaba la cámara sobre el trípode en el estudio para fotografiar a Indi. La Rolleiflex todavía no había vuelto de Delhi.

—Fue muy duro ver a la abuela apagarse poco a poco —dijo la chica—.

Si te digo la verdad, no creo que esté mejor. Se hace la valiente, pero apenas come.

—¿No has querido quedarte con ella?

—Insistió en que volviera el castillo... ¿Qué más te da? —dijo Indi, después de una breve pausa—. Tú llevas siglos fuera.

Eliza pensó en Jay y en su conversación con Dottie, pero se las apañó para que no se le notase la preocupación en la cara.

—He estado ayudando a Jay con el proyecto de riego. El nuevo inversor todavía tiene que firmar unos papeles para cedernos los fondos. Pero los conseguiremos un día de estos y entonces habrá que acelerar las obras.

—Me encantaría ver cómo van avanzando.

—Estoy segura de que Jay te llevará encantado. Y ahora, ¿te importa sentarte en el escritorio?

—¿En el escritorio?

—Quiero que sea un retrato relajado.

Indi obedeció y se sentó en el borde de la mesa.

—¿Y si finjo leer un libro?

—Buena idea.

Indi cogió un tomo abierto que estaba sobre el escritorio de Jay y simuló estar absorta en él.

—Ahora, levanta la vista y sonríe.

Indi hizo lo que le pedía y una vez más Eliza se quedó boquiabierta ante la belleza de la chica. Sintió ganas de

sacar el tema de la relación de Indi con Chatur, pero como Jay ya lo había hablado con ella, decidió no meter el dedo en la llaga.

—¿Quieres hacerme otra foto de pie?
—sugirió Indi.

—Primero hagamos otra con el libro en la mano.

—*Hē bhagavāna* —dijo Indi, pasando las páginas—, ¿por qué estará leyendo Jay sobre productos químicos tóxicos?

—Ni idea —dijo Eliza, y se apresuró a cambiar de tema—. ¿Sabías que tu abuela vino a ayudarme cuando me picó una viuda negra?

—Me lo dijo. Me pareció un poco raro, la verdad: no dejaba de hablar de

ti. No entiendo por qué tanto alboroto: la gente rara vez muere de una picadura de viuda negra.

—Por lo visto, tuve una reacción extrema. Jay se portó genial.

Eliza no pudo evitar sonreír al recordar con cuánta ternura y atención había cuidado de ella cuando estuvo enferma.

—Oh, seguro que sí —dijo Indi, con una sonrisa fría que no le llegó a los ojos.

—Indi, yo...

—No te preocupes: se te nota en la mirada. Y a él también, la verdad. Pero andad con cuidado: si yo me he dado cuenta, los demás no tardarán en saberlo.

—Lo siento. Empezamos siendo amigos.

—No te disculpes. Ya he superado lo que sentía por él. Pero yo, en tu lugar, no me enamoraría. No eres la primera, Eliza, ni mucho menos. Y a Laxmi no le hará ni pizca de gracia.

—Ella no lo sabe —dijo Eliza, con toda la tranquilidad que le permitía su corazón acelerado. Se le vino a la mente la imagen de sus piernas entrelazadas con las de Jay, tan morenas contra el blanco de las sábanas.

Indi hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Puede que te parezca la bondad personificada, pero cuando se trata de sus queridos hijos, los defiende a capa y

espada. No te equivoques: no permitirá que lo vuestro continúe. Será mejor que te andes con cuidado.

Eliza se examinó las uñas y por un momento no respondió. Cuando habló, lo hizo en un tenso hilillo de voz.

—¿Quieres decir que no soy la primera inglesa?

—Por supuesto. Seguro que te ha hablado de ellas. ¿No es eso lo que hacen los amantes? Se cuentan cosas. Y, de todas formas, no eres virgen, así que ¿qué importa? Por lo general, le gustan las casadas. Así la cosa termina en un santiamén.

Eliza tragó saliva. ¿Cuántas mujeres habría habido?

—¿Por eso Jay estaba leyendo sobre

sustancias tóxicas? —dijo Indi.

—Perdona, no te sigo.

—Para envenenar a Laxmi. —Echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajadas, pero Eliza se sintió horrorizada. Seguramente, había estado leyendo sobre el ácido pirogálico.

En aquel momento entró Jay. Eliza notó el nerviosismo en sus ojos cuando le vio la cara.

—Era broma, Eliza, una simple broma —dijo Indi.

—¿Algo va mal? —dijo Jay, mirando a una y a otra.

Eliza negó con la cabeza.

—Solo una broma que no he pillado.

Jay frunció el ceño.

—¿Eso es todo?

—Relájate —saltó Indi—. Vaya, qué tenso estás. ¿Has estado haciendo algo que no deberías, Jay?

—Indira sabe lo nuestro —dijo Eliza, pensando que era mejor decirlo a las claras.

Jay se encogió de hombros.

—Iba a enterarse tarde o temprano. Y ahora, Eliza, ¿dónde quieres que me ponga? —dijo, dándole la espalda a Indi.

—Siéntate tras el escritorio, ¿de acuerdo?

—Buena idea —dijo Indi—. El príncipe sentado a su escritorio. A los británicos les encantará.

Jay rio, pero Eliza supo exactamente qué imagen se le había venido a la

mente. Justo antes de salir de su palacio para volver a Juraipur, se lo había encontrado andando de acá para allá en su despacho. Jay había pedido que le ayudase a recoger los papeles que estaban desperdigados por toda la habitación, pero cuando Eliza dio unos cuantos pasos hacia él, la cogió en brazos y la sentó sobre el escritorio. Entonces, la besó en el cuello.

—Pensé que me necesitabas —dijo ella, mirando los papeles.

—Y te necesito. Más de lo que crees.

Eliza rio mientras le desabrochaba la blusa y le levantaba la falda.

—Me alegro de que no lledes pantalones —dijo.

Eliza le ayudó a despojarse de la ropa

interior y Jay se quitó los pantalones. Incluyó la cabeza y la besó en el vientre. Eliza echó la cabeza hacia atrás y miró al techo, sin un solo pensamiento en la mente, tan solo la sensación de sus labios al rozarle la piel y de sus manos sobre sus pechos. Cuando el deseo se volvió insoportable, Eliza le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo hacia sí. Los papeles salieron disparados y terminaron esparcidos por el suelo mientras hacían el amor. Cuando terminaron, los dos estaban tan empapados que fueron a su habitación, donde Eliza le secó la humedad de la piel. Y después él hizo lo mismo por ella, aunque la cosa no terminó allí. Le lavó el pelo y le masajéó suavemente el

cráneo. «Es un masaje de cabeza indio», dijo. Le pidió que se sentase en un taburete y se pasó una eternidad masajeándole la cabeza, el cuello y los hombros, hasta que Eliza tuvo la impresión de que sus músculos se habían vuelto líquidos. Entonces la llevó hasta la cama, donde volvieron a hacer el amor, esta vez tan lentamente que fue como salir de su propio cuerpo.

Eliza estaba aprendiendo qué le gustaba, cómo suspiraba cuando lo tocaba, cómo le gustaba que se moviera cuando estaba dentro de ella; pero él parecía saber exactamente lo que quería Eliza, antes incluso de que ella fuera consciente. Durante los últimos días que pasaron en su palacio, no habían podido

contenerse. Habían vivido en su propio mundo, a salvo de todo lo que pudiera hacerles daño, y todo se había vuelto hermoso. Los atardeceres eran especialmente espléndidos; los amaneceres, arrebatadores; el viento traía la fragancia del franchipán y el jazmín y el sol brillaba más que nunca. Su amor por él y su amor por la vida y su precioso palacio se habían expandido hasta abarcar todo lo que existía y todo lo que existiría jamás.

—¿Qué es lo que nos pasa? —le preguntó un día. Él le respondió que era consecuencia del terror que había experimentado ante la idea de perderla cuando la picó la viuda negra. Tenía que hacerla suya de verdad.

—Y yo tengo que hacerte mío —dijo ella—. *Hamesha*.

—Siempre —repitió Jay.

Ahora, en el estudio con Indi y Jay, Eliza volvió en sí con una sacudida. Notaba que el recuerdo la había hecho sonrojarse y se preguntó si alguna vez podría volver a mirar un escritorio de la misma manera.

Jay se percató del rubor en su cara y le guiñó un ojo, pero Indi también se había fijado.

—Por el amor de Dios. Si queréis mantenerlo en secreto, se acabaron las miradas lascivas.

Eliza no era consciente de haber mirado a Jay de esa manera, pero, por supuesto, es lo que tiene estar

enamorada. Era una locura dulce y cegadora que te dejaba indefensa, tan absorta en esa persona que te olvidabas de todos y de todo lo demás. Aunque Eliza sabía que era una locura, no quería que terminase. Jamás. Decidió que debía intentar ser más discreta, aunque, en el fondo de su mente, no estaba segura de querer que siguiese siendo un secreto. Porque, si le explicaban que se querían, Laxmi lo entendería, ¿verdad? Entonces recordó los comentarios de Indi sobre los anteriores amoríos de Jay. ¿De verdad era de esos que se enamoran a las primeras de cambio y luego se aburren? Mientras se hacía esa pregunta, lo miró y vio brillar el amor en sus ojos. No. Jay no podía ser de esos.

AL DÍA SIGUIENTE, Eliza se sorprendió cuando una criada vino a decirle que Clifford quería verla y que estaba esperando en el salón del *durbar* para poder hablar con ella.

Aunque solo eran las diez de la mañana, ya hacía calor. Eliza se puso un vestido de verano que había hecho ella misma: de un verde vivo con lunares blancos, con un corpiño ajustado que había tardado una eternidad en salirle bien, mangas cortas y el cuello blanco

almidonado. Después se dirigió al salón del *durbar*, donde se encontró a Clifford caminando de acá para allá de espaldas a las escaleras. Lo observó un momento. Qué rígidos tenía los hombros estrechos. Se lo imaginó desnudo y, al pensar en su cuerpo pálido, no pudo evitar compararlo con Jay, cuya piel relucía como el cobre bruñido a la luz de las lámparas. Se imaginó acariciando a Jay como a él le gustaba y pensó en sus cuerpos fundidos y moviéndose al unísono, como si estuviesen diseñados para encajar.

Sintió pena por Clifford, pero cuando este se giró para mirarla, se encogió instintivamente al ver lo que parecía ser una expresión triunfal en sus ojos.

—Así que decidiste no ir a Shimla.

—Ya lo sabes. Tengo cosas que hacer aquí.

—¿Cosas que hacer, Eliza?

Dándose cuenta de que intentaba avergonzarla, se negó a bajar los ojos y le sostuvo la mirada.

—¿No me contestas? —insistió.

Eliza respiró hondo.

—Clifford, estoy ocupada. ¿Querías decirme algo?

—Sí. He venido a devolverte la cámara —dijo, entregándole una caja.

—Gracias, Clifford. ¿Algo más?

—Sí, sí. Sin duda. Pronto recibiremos las hojas de impresión.

Pero seguía sin hacer ademán de marcharse.

—¿Y?

—Salgamos al patio.

Afuera, el calor ya era sofocante y Eliza empezó a sudar.

—¿No tienes calor con esa chaqueta de lino? —dijo.

—No te preocupes por mí, mi vieja amiga. Estoy acostumbrado al calor.

Se acercaron a un achaparrado árbol de malinche y se acomodaron en un banco bajo sus ramas. A estas horas, los pájaros dormían y solo se oía el murmullo del agua al caer en una pequeña fuente. El *mali* avanzaba lentamente por el jardín y cuidaba de los arriates al otro extremo del patio.

—Así que te preguntas por qué he venido.

Eliza alzó la vista al interminable azul del cielo y deseó que se marchase. Quería quedarse a solas con sus recuerdos de Jay. Le gustaba revivir cada momento que habían compartido; al pensarlo, la recorrió un pequeño escalofrío, un recuerdo casi físico. Se estaba volviendo adicta a recordar momentos demasiado excitantes como para compartírselos con nadie, aunque sabía que pronto tendrían que decirle algo a la gente. Y con «la gente», por supuesto, se refería a Laxmi. Cuando Clifford volvió a hablar, estaba absorta en sus pensamientos y por un momento pensó que había oído mal.

—¿Te importa repetirlo?

—Van a arrestar a Jayant Singh.

Giró bruscamente el cuerpo hacia él, pensando que debía de ser broma. Pero Clifford no sonreía.

—¿Por qué?

Clifford frunció los labios.

—Es sospechoso de insurrección.

—No seas ridículo. Es casi tan británico como tú y como yo.

—Pero no en lo que importa. —Se golpeó el pecho con el puño—. Su corazón es indio, hasta la médula. Cualquiera al que pillemos poniendo en circulación panfletos sediciosos será enviado a prisión por tiempo indefinido. Sea quien sea. Sin posibilidad de apelar. Y si un miembro de la familia real se rebela contra nosotros, perderá para siempre su derecho a gobernar.

—Jay no haría algo así —dijo Eliza, notando que se le llenaban los ojos de lágrimas y conteniéndose para no echarse a llorar.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente, lo sé. Es bueno y honesto.

—Y has estado pasando demasiado tiempo con él.

Eliza se puso tensa.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Lo sabe su madre?

Eliza apartó la mirada, consciente de que sus ojos le dirían la verdad.

—Ya decía yo. No le hará ninguna gracia.

—Clifford, por favor, no digas nada. Te lo pido como amigo.

Él le dedicó una sonrisa conciliadora.
—Ya veremos.

Eliza odiaba esa frase. Esa y «deja que me lo piense» o «me lo pensaré» eran las frases desdeñosas que su madre utilizaba para hacerla sentir insignificante y para que comprendiese que lo que le había pedido importaba poco o nada. Se puso en pie.

—¿Sabes qué, Clifford? Me importa un comino. No te tengo miedo.

Clifford alzó la vista hacia la galería que rodeaba el patio, oculta tras las celosías o *jali*.

—Nunca se sabe quién está observando. Personalmente, no me cabe en la cabeza que nadie quiera quedarse en un sitio así. Pero no demos a los

mirones silenciosos tema del que hablar. Tranquilízate y siéntate. No estoy aquí para convertirme en el blanco de los chismes del palacio.

Así que por eso la había traído hasta aquí. Sabía que serían el blanco de las miradas del *zenana* y que Eliza no querría montar una escena delante de las concubinas.

—Ahora, sonrío y sé buena — continuó, dando palmaditas en el asiento. Estremeciéndose, Eliza respiró hondo y se sentó, aunque apenas pudo contener las ganas de darle una bofetada en su cara de suficiencia.

—¿Qué ha hecho Jay? Dímelo exactamente.

—No puedo decírtelo todavía.

—No tienes pruebas, ¿verdad? —Lo miró a los ojos—. No hay ninguna prueba.

—Eliza, ten por seguro que tengo todo lo necesario para que tu querido príncipe Jay pase mucho tiempo entre rejas.

A pesar de que el calor era asfixiante, la recorrió un escalofrío. Tenía que ser un farol. No tenía pruebas. Pero la desazón que sentía crecía por minutos. Primero estaba lo que había dicho Indi sobre los amoríos de Jay con otras mujeres, y ahora, esto. Pero seguía sin poder creerse lo que le decía Clifford.

—¿Por qué me vienes con mentiras, Clifford? —Se encaró con él—. Así no conseguirás que te quiera.

—Quiero que me lleves al estudio de Jay cuando él no esté. ¿Lo harás? ¿Hay alguna forma de entrar sin ser vistos?

—¿Por qué?

—Hay algo que tengo que comprobar. Eliza entrecerró los ojos.

—¿Quieres que te ayude a demostrar que ha traicionado a los británicos?

—Si quieres verlo de esa manera. Aunque, por otra parte, puede que demuestre que es leal.

Eliza resopló.

—Y que todo esto no es más que una acusación inventada.

—Exactamente.

—¿Quién lo acusa?

—Eso no puedo decírtelo.

—Muy bien. Supongo que no tengo

elección. Aunque no veo la necesidad de andarse con tejemanejes.

—¿Tienes la llave?

Eliza hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Jay debe de confiar en ti.

Avanzaron lentamente por los largos pasillos de gruesas paredes, aunque el aire más fresco trajo escaso alivio a Eliza. Abrió la puerta del estudio de Jay y ambos entraron. Clifford no miró nada, sino que fue directo al escritorio y, sentándose en la silla, acercó la máquina de escribir al borde de la mesa.

—¿Dónde guarda el papel?

—En el segundo cajón del escritorio.

¿Por qué?

Clifford no respondió, sino que abrió

el cajón, sacó un folio, lo introdujo en la máquina e hizo girar lentamente el rodillo hasta que asomó por la parte superior. El chirrido del tambor irritó a Eliza, que no pudo evitar pensar que Clifford lo estaba prolongando innecesariamente... fueran cuales fuesen sus intenciones. Después de escribir algunas frases, hizo girar de nuevo el rodillo y sacó la hoja de la máquina.

—Creo que con esto bastará —dijo, poniéndose en pie y metiéndose el folio en el bolsillo.

—¿Qué acabas de escribir?

—Puedes echarle un vistazo. Nada importante, te lo prometo.

Le entregó la hoja de papel y Eliza leyó un par de frases anodinas, como

que Kent era el jardín de Inglaterra.

—¿Así que eres originario de Kent?

—Exactamente.

—¿Y qué tiene que ver Kent con Jay?

—¿Kent? Nada en absoluto. Y ahora, debo dejarte.

Eliza se quedó perpleja.

—¿No dijiste que querías echarle un vistazo a su estudio?

—Ya he visto todo lo que necesito.

Muchas gracias.

—¿No piensas explicármelo?

—En otra ocasión.

Dicho esto, se despidió con un alegre gesto de la mano y la dejó sin saber qué pensar. ¿Habría empeorado o mejorado las cosas para Jay?

COMO SI NO bastase con eso, al día siguiente el maharajá la mandó llamar a una de sus salas de estar. Cuando llegó, ya estaba sentado en un pequeño *gaddi* y Priya estaba a su lado. De pie frente a ellos estaban Jay y Laxmi. La actitud desafiante de Jay, con los brazos cruzados y las piernas separadas, le indicó que algo iba mal. También estaba Chatur, sentado en una silla de respaldo alto, con la espalda contra la pared.

—Gracias por venir —dijo Anish, haciéndole gestos de que se acercara pero sin indicarle que se sentara. Priya rehuyó la mirada de Eliza y Jay la recibió con un simple asentimiento de cabeza. Laxmi apartó la cara, pero no antes de que Eliza se fijase en que la

madre de Jay tenía los ojos rojos. ¿Qué demonios pasaba?

—¿Así que lo hiciste tú solo? —iba diciendo Anish.

—Sí. Todo fue cosa mía —contestó Jay.

—¿Y tú, madre?

—Yo...

—No ha tenido nada que ver con esto —intervino Jay.

Laxmi negó con la cabeza, pero permaneció en silencio.

—¿Cómo te hiciste con la llave si no te ayudó tu madre? —añadió Priya, escupiendo las palabras en tono despectivo y enfatizando «tu madre».

Jay miró al suelo antes de contestar, pero pronto levantó la cabeza y sostuvo

la mirada furiosa de Anish.

—Sabía dónde guardaba las llaves de la caja fuerte.

—¿Cómo te atreves a hipotecar las joyas de la familia? No pienso andarme con rodeos: son MI herencia, no la tuya.

Priya chasqueó la lengua en señal de desaprobación, pero Anish levantó la mano, como para advertirle de que guardara silencio. Si las miradas matasen, la cara de Priya habría fulminado a su marido en el acto.

Laxmi intervino, visiblemente emocionada:

—Fui yo quien se lo propuso. No es culpa de Jayant.

Priya se levantó de repente.

—¡Repítelo!

Laxmi cuadró los hombros y miró a su nuera.

—¡Le di la llave! Hipotecar las joyas fue idea mía. Es crucial que reguemos las tierras si queremos que la gente sobreviva a otra sequía. Tú, Anish, no moviste ni un dedo. Tu padre se avergonzaría de ti. ¿No te das cuenta de que, si te quedas de brazos cruzados, los británicos te acusarán de ser un mal gobernante? Y entonces lo perderemos todo.

—¡Madre! —dijo Anish, atónito.

—Madre —repitió Jay, con tristeza—. No puedo permitir que asumas la culpa.

Priya volvió a sentarse.

—Expúlsala del castillo. Adelante,

Anish.

Laxmi se mantuvo firme.

—Te lo he advertido, Anish. No has reformado el sistema de impuestos sobre las tierras y te has negado a firmar un acuerdo más justo de administración de las fincas. La gente se levantará contra nosotros si no hacemos nada para ayudarles. Sabes que la Asamblea de Estados súbditos solo quiere socavar a los príncipes.

Anish se miró las manos y jugueteó con los anillos que llevaba, un mínimo de dos en cada dedo. Priya lo fulminó con una mirada tremendamente amarga y Eliza no pudo evitar sentir lástima por Anish. Era débil y su esposa lo despreciaba por ello. Además, era

increíblemente afeminado, y Priya no tenía el aspecto de una mujer satisfecha.

—¿Quieres que los campesinos acudan a los británicos en vez de a nosotros? —dijo Laxmi.

—Tonterías, madre. Estás haciendo una montaña de un grano de arena —la tranquilizó Anish—. Y, por supuesto, el robo de las joyas no fue culpa tuya. Es responsabilidad de Jay, no tuya.

Priya resopló, tan alto que todos lo oyeron, y tomó la palabra.

—Entonces ¿cuándo hay que devolver la dichosa hipoteca?

—Tuvimos que prorrogarla cuando los primeros inversores británicos abandonaron el proyecto, pero ahora tenemos nuevos inversores y firmaremos

los papeles dentro de unos días — confirmó Jay.

—¿Y cuánto debéis?

Jay tragó saliva.

—Miles, hermano, miles.

Anish balbuceó. Se había puesto rojo como un tomate y, llevándose una mano al pecho, hizo una mueca de dolor. Laxmi dio un paso adelante, pero Priya la detuvo y habló, en tono amargo:

—No es la primera vez que le ocurre. Se le pasará. El médico británico que nos recomendó el residente no nos sirvió de nada. Y tu querido señor Hopkins le dijo a mi marido que perdiera peso e hiciera más ejercicio. Nosotros queríamos medicina.

—No te excites demasiado, hijo mío

—dijo Laxmi, negando tristemente con la cabeza.

Bajo la mirada de Eliza, Anish recuperó el color y empezó a tener mejor aspecto. Comprendió que Clifford debió de dar por hecho que Anish no se opondría al arresto de Jay por el supuesto robo de las joyas. Ese debía de ser el motivo del arresto, no unos supuestos panfletos sediciosos, y Eliza temió que Anish llegase a presentar cargos. Pero seguía sin entender por qué Clifford había querido utilizar la máquina de escribir de Jay para teclear un párrafo sobre Kent. Y, si se trataba de las joyas, ¿por qué había hablado de deslealtad a la Corona?

Anish señaló a Jay.

—Te considero el único responsable. ¿Qué sabe una mujer de estas cosas? Si saldas la hipoteca a finales de esta semana, haré la vista gorda; pero si no, me quedaré con tus tierras como compensación por la pérdida de las joyas. ¿Está claro?

Eliza contuvo la respiración mientras Jay asentía con la cabeza y decía:

—¿Por qué has mandado llamar a Eliza?

—Porque es la que está detrás de todo esto —dijo Priya.

Anish la ignoró.

—Porque quiero que sea testigo de los documentos que he redactado para explicar lo que pasará si no saldas a tiempo la hipoteca. Chatur también los

firmará.

Eliza había estado incómoda durante toda la conversación, pero ahora dejó escapar el aliento. Solo tenían que firmar a tiempo los papeles del préstamo para que Jay pudiera saldar la deuda. Todo saldría bien. Miró a Jay, como para consultarle si debía firmar. Él asintió con un gesto y apartó la mirada.

Chatur sonrió a Eliza, pero la sonrisa le heló la sangre.

ELIZA SE ASOMÓ a la ventana con la esperanza de ver llegar al mensajero procedente de Delhi con las fotografías terminadas. Aunque hacía un calor sofocante, le encantaba ver a los monos saltar de rama en rama y la vista de los tejados planos de la aldea dorada por el sol seguía dejándola sin aliento, como siempre. Las casas en forma de cubo que se apiñaban a los pies de las murallas de la fortaleza resplandecían bajo el calor del sol, que las había blanqueado

casi por completo, y en el cielo plateado, bandadas de periquitos de un verde vivo zigzagueaban y descendían en picado.

Divisó un convoy de coches que serpenteaba por la colina. El primer vehículo hizo sonar el claxon y se detuvo, y Clifford y otro hombre se bajaron, ambos con trajes oscuros de aspecto formal. El coche de detrás también paró y salieron dos oficiales del ejército británico que se enjugaron la frente con sendos pañuelos blancos. La persona que iba en el tercer coche permaneció en el vehículo. Eliza, que seguía observándolos, vio cómo los hombres entraban en el castillo y quedaban fuera de su vista. Sin entender

qué pasaba, bajó corriendo la escalera principal, evitando por poco tropezar con los últimos tres escalones.

No había nadie en el gran salón ni en el primer patio. De hecho, el castillo estaba sumido en un extraño silencio. Se sentó en uno de los enormes columpios, consciente del intenso perfume del jazmín que crecía en un rincón del patio, y agudizó el oído para ver si distinguía voces. Los aromas de la cocina ya impregnaban el aire con la fragancia del jengibre, el cardamomo y el cilantro. No quería salir de Rajpután ahora que se había acostumbrado al aire especiado y al perfume de las flores.

Jay y ella no habían hablado del futuro, aparte de asegurarse de terminar

a tiempo la primera fase del proyecto, y por lo visto lo único que tenían que hacer para conseguirlo era firmar los papeles. Además, Jay le había prometido que la llevaría a Udaipur una vez terminada la primera etapa. La ciudad de los lagos era el mejor lugar para contemplar cómo el cielo se teñía de violeta y ver acercarse las nubes antes del aguacero. Imaginando el momento, cerró los ojos y los abrió justo a tiempo para ver a Jay caminando hacia la salida entre los dos oficiales británicos. Se giró hacia ella y formó con los labios las palabras «no te preocupes». Eliza se quedó paralizada. Por supuesto que se preocupaba. Jay andaba con la espalda muy recta y la

cabeza alta, un príncipe de la cabeza a los pies, aunque los oficiales lo tenían agarrado por los codos. La escena la afectó profundamente y le quedó claro que acababan de arrestar a Jay. Se giró y vio a Laxmi, destrozada pero en pie junto a una Priya de aspecto triunfal. Se acercó corriendo a Laxmi.

—¿No podemos hacer nada?

—Solo confiar en los dioses.

Eliza se la quedó mirando.

—Es una locura. Tiene que haber algo que podamos hacer. Hablaré con Clifford Salter. Estoy segura de que nos ayudará.

—El que ha arrestado a mi hijo es tu querido señor Salter.

—Pero Anish dijo que esperaría a

que firmase los papeles. Jay tiene que ir a Delhi mañana para firmarlos. ¿Cómo va a ir si está detenido? ¿Por qué no ha esperado Anish?

Laxmi se mordió el labio.

—Esto no tiene nada que ver con la hipoteca ni con las joyas. Han acusado a mi hijo de intento de sabotaje, de escribir panfletos incendiarios contra los británicos y de incitar a la rebelión, también contra los británicos.

Eliza la miró sin comprender.

—Es completamente ridículo. Jay nunca haría algo así. ¿Qué lo acusan de sabotear, exactamente?

—Su propio proyecto de riego.

Eliza casi se echó a reír.

—Son acusaciones sin sentido y lo

sabes. Voy a ayudarle.

Y, dicho esto, dio un paso hacia adelante, con intención de salir corriendo tras los soldados y tras Jay.

Priya sonrió con suficiencia, pero Laxmi la cogió de la manga.

—No montes una escena ni nos hagas quedar en ridículo.

Eliza estaba furiosa.

—¿Es lo único que te importa? ¿No piensas reaccionar ante esta injusticia?

—Así no. Si corres tras ellos, estarás siguiéndoles el juego. Compórtate con dignidad y date algo de tiempo para pensar. Tienes mucho que aprender. Y ahora, ven conmigo.

Eliza dejó a Priya de pie en el patio y siguió a Laxmi. Cuando llegaron al

zenana, Laxmi le hizo gestos de que la siguiera hasta su sala de estar. Le extrañó ver que Laxmi no se sentaba, sino que hacía sonar la campanilla y empezaba a andar de un lado a otro de la habitación. Eliza tenía un millón de preguntas que hacerle, pero se mordió la lengua por respeto a la maharaní. Que arrestaran a un miembro de la familia real era algo fuera de lo corriente, y la madre de Jay debía de estar preocupadísima. O eso, o furiosa. Quizá ambas cosas. Así que Eliza esperó a que Laxmi hablara. Después de unos diez minutos, llegó el té y Laxmi por fin se sentó.

—¡Creía que serías una buena influencia para mi hijo y mira lo que ha

pasado!

Eliza no daba crédito a lo que oía.

—¿Crees que soy la culpable de su arresto?

—¿Recuerdas que una vez te dije que el señor Salter sería un buen marido para ti?

—Esa nunca fue una posibilidad.

Laxmi ignoró lo que le decía y siguió el hilo de sus pensamientos.

—¿Y también recordarás que te dije que había encontrado el partido perfecto para mi hijo?

Eliza la miró boquiabierta.

—¿Cómo puedes hablar de matrimonio cuando se han llevado a Jay a rastras, como a un vulgar ladrón?

—No se lo han llevado a rastras.

Atengámonos a los hechos.

Y una vez más, Eliza tuvo que escuchar el sermón de Laxmi sobre las perspectivas matrimoniales de Jay y cómo le irían las cosas si se casaba con alguien de una clase inferior.

—¿Es que no te importa la felicidad de Jay? —dijo, cuando terminó.

La mujer sonrió.

—El amor romántico pasa tan rápidamente como la vida de una libélula. Lo que hace que un matrimonio sea sólido es provenir de un mismo ambiente. Ninguna relación sobrevive a demasiadas diferencias.

—Jay y yo no somos tan distintos.

—Sois lo bastante distintos. Puede que mi hijo crea que te quiere...

—¿Te lo ha dicho?

Laxmi no respondió.

—Como te decía, lo que cree sentir ahora es consecuencia de la lujuria, no del amor.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque yo misma lo experimenté.

Eliza respiró hondo y vació de golpe los pulmones.

—¿Podemos dejar de hablar de esto ahora, por favor? ¿Qué vamos a hacer para evitar que arresten a Jay?

—Ambas cosas están conectadas, querida. —Laxmi la miró a los ojos—. Me temo que el señor Salter tiene pruebas. Me mostró un panfleto escrito en la máquina de escribir de Jay. La letra «j» tiende a quedarse atascada y no

funciona como es debido.

—Jay nunca haría algo así. Puede que otra persona entrase en su estudio.

—Sea como fuere, tienen argumentos para acusar a mi hijo y el daño está hecho.

—Pero no es justo —insistió Eliza, a punto de echarse a llorar.

—Este mundo rara vez lo es, querida. Pero me alegra ver que crees en mi hijo. Y tengo una idea para sacarlo de este lío. Si te digo lo que quiero que hagas, ¿me prometes obedecer al pie de la letra?

—Por supuesto. Haría cualquier cosa para ayudar a liberar a Jay.

—No te va a gustar.

Aunque se le pasaron toda clase de

ideas por la cabeza, Eliza asintió

—No me importa. Dime lo que tengo que hacer.

—Tendrás que darte prisa, porque Priya se ha propuesto convencer a Anish de que te expulse del castillo. Tanto Priya como Chatur están en contra de ti, y los dos son muy estrechos de miras. Desde el principio, ninguno de los dos te quería en el castillo y ambos creen que has sido una mala influencia para Jayant. Y debo decir que, visto lo visto, me inclino por darles la razón en ese punto.

Se hizo una breve pausa mientras Eliza asimilaba las palabras de Laxmi.

—Bueno, mi idea consiste en que vuelvas a hablar con el señor Salter... y,

quizás, algo más.

ELIZA OBSERVÓ A Laxmi mientras la mujer le explicaba su plan. Cuando terminó, no pudo hablar. Tenía que haber otra salida, ¿verdad?

Desconcertada por la idea de Laxmi, Eliza se marchó horrorizada y fue a su habitación a pensar. Pasó la mayor parte del resto del día mirando por la ventana de su dormitorio y preguntándose cómo había acabado en este atolladero. Recordó cada momento que había pasado con Jay. Estaba segura de que él correspondía a su amor: la trataba con una ternura y una pasión que nunca había experimentado. Lo único que deseaba

era pasar el resto de su vida a su lado, algo que nunca había esperado sentir. Pensaba dedicar su vida a su trabajo. Pero Jay y ella se sentían cómodos juntos y estaban a gusto incluso en silencio, pero con un toque de incertidumbre que lo hacía todo más excitante. A veces se ponía tan tensa que casi parecía que intentarían hacerse pedazos el uno al otro mientras hacían el amor. Y esta energía parecía surgir de la necesidad abrumadora de entrar en el alma del otro de la única forma en que sabían, como si quisiesen hacerse uno. Otras veces, era dulce y delicado y el cuerpo de Eliza se relajaba con una languidez hasta entonces desconocida. Ahora, desnuda en su cama, supo que lo

que impulsaba a Jay no era la lujuria. Él mismo se lo había dicho. Era la fuerza del destino.

Pero entonces, sin venir a cuento, recordó que le había dicho que quería una India libre, en la que los indios pudieran gobernar su propio país. ¿Habría escrito él los panfletos conflictivos, después de todo?

Mientras reflexionaba, llamaron a la puerta y se levantó de un salto: el ruido cortó el hilo de sus pensamientos desleales. Se sintió tentada de no contestar, pero, pensando que podrían ser noticias de Jay, se puso una bata y abrió la puerta.

—¿Indi? —dijo, cuando vio a la chica—. Tienes un aspecto terrible. ¿Le ha

pasado algo más a Jay?

Indi negó con la cabeza. Tenía los ojos rojos, como si hubiese estado llorando.

—No. Es por mi abuela. Ha vuelto a ponerse enferma y tengo que irme. Me necesita...

—Siento mucho oírlo.

—Pero no he venido por eso. Tengo algo para ti —dijo, entregándole un sobre a Eliza.

Cuando Indi se marchó, Eliza echó un vistazo a la carta. El sello era inglés, pero la letra no era la de su madre. Abrió el sobre con un abrecartas y dentro encontró un solo folio.

En seguida se dio cuenta de que era una carta de James Langton.

Mi querida Eliza:

Nunca me pareció sensato que hicieras las maletas y dejaras en la estacada a tu madre cuando más te necesitaba. Mientras tú te largabas al otro lado del mundo (por un capricho pasajero, debo añadir), yo me ausenté varios meses debido a ciertos negocios importantes relacionados con mi finca.

Cuando llegué a casa, descubrí que tu madre había sufrido un derrame cerebral, y ahora está ingresada en el Hospital General, donde recibe tratamiento. Los médicos creen que no es el primero.

Eliza, siento tener que decírtelo,

pero los síntomas eran evidentes desde hacía tiempo. Parece que sus problemas de pronunciación no se debían del todo a la ginebra, como decías tú. Tras la muerte prematura de tu marido, debiste quedarte en casa para cuidar de Anna. He hecho todo lo que he podido. Tienes que volver inmediatamente a casa ya sea para cuidar de tu madre, si sale con vida, o para organizar su funeral.

Yo estoy a punto de volver a casarme y no puedo seguir asumiendo la carga que representa tu madre.

Atentamente,
James Langton.

Una fuerte punzada en el pecho casi le cortó la respiración. La carta de Langton había venido a acrecentar el sentimiento de culpa que experimentaba por la muerte de su padre y de Oliver. Había sido una hija horrible, había abandonado a su madre en el peor momento posible y se sentía fatal. Su pobre madre debía de estar muy asustada y, por supuesto, tenía que volver a Inglaterra a cuidar de Anna en sus últimos días. Aunque eso no cambiara las cosas, no pudo evitar recordar cómo había intentado convencer a su madre de que no bebiera tanto. Le había escondido las botellas, la había vigilado, se había pasado noches en vela oyendo cómo su madre buscaba frenéticamente algo de alcohol. No

había servido de nada. Anna Fraser estaba empeñada en acabar con su propia vida, y ¿cómo iba a encontrar las fuerzas para dejar la ginebra cuando no tenía nada que ocupase su lugar? Eliza se daba cuenta de que su madre utilizaba el alcohol para olvidar su soledad y los demonios internos que atormentaban su vida. Incluso en sus momentos más oscuros, Eliza era consciente de que el alcoholismo de su madre era una enfermedad mental, física y emocional. Nadie le había ofrecido asistencia médica ni ninguna organización se había dignado ayudarla: todos habían dejado que su madre se ahogase en su propia adicción mientras el resto del mundo se cruzaba de brazos y la llamaba débil.

Eliza también la había considerado débil, una alcohólica de lo más voluble, imposible de tratar. Pero puede que su padre no estuviera libre de culpa. Puede que Anna no le hubiese mentado en aquella carta y que lo que hubiese provocado su declive no hubiese sido la muerte de su marido, sino su infidelidad. Y «algo más». Fuera lo que fuese ese «algo más».

Se acercó al armario, abrió la puerta y aspiró el olor a naftalina. Acarició con los dedos el vestido de seda que le había regalado Clifford. Era precioso. Perfecto. Al releer la carta, se dio cuenta de que había estado viviendo en un paraíso de tontos. Pensó en Jay y negó con la cabeza. Aunque se sentía

dividida entre ayudar al hombre al que amaba y cuidar de su pobre madre, que se estaba muriendo sola y sin amor, sabía cuál era su deber. Tras contemplar por última vez la vista que se extendía a los pies de su ventana, Eliza se echó a llorar.

ELIZA APENAS PEGÓ ojo y por la mañana su decisión amenazaba con abrumarla. Al fin y al cabo, solo había una última cosa que podía hacer por Jay antes de irse a Inglaterra. Completamente abatida, decidió hacer lo que le había pedido Laxmi. Primero escogió un vestido clásico de estilo europeo con la cintura entallada y un discreto cuello de tela y se recogió el pelo. Después se puso su mejor par de tacones, se dio un ligero toque de

colorete en las mejillas y lo combinó con un lápiz de labios de color claro, se aplicó lo poco que le quedaba de Chanel No. 5 detrás de las orejas y se armó de valor.

Había pedido un taxi, y mientras esperaba a las puertas del castillo, pensó en el tiempo que había pasado allí, desde el momento en que llegó, nerviosa y sin saber lo que le depararía el futuro, hasta la terrible imagen de Jay arrestado por dos oficiales británicos. Los últimos meses habían estado llenos de altibajos, pero, por encima de todo, siempre recordaría la alegría que había experimentado, y que nunca habría creído posible. Y sin embargo, aquí estaba ahora y, en realidad, nada había

cambiado.

Llegó el coche, que, antes de lo que habría deseado, la dejó frente a la entrada de la Residencia. Antes de llamar a la puerta, volvió la vista atrás para contemplar la ciudad. Clifford vivía en una refinada zona de elegantes *havelis* ocupada por ricos comerciantes donde también se levantaban, decididos, un puñado de edificios británicos rodeados de exuberantes jardines y envueltos en el olor de las flores. Eliza respiró hondo. Si llamaba discretamente, el mayordomo no la oiría y no tendría que seguir adelante con esto. Sintió ganas de volver al pasado, de revivir los días que había disfrutado con Jay en su palacio, los días más

felices de su vida. Pero no había vuelta atrás. Por mucho que uno se resistiese y suplicase, la fuerza del destino acababa por imponerse. Y, después de todo, este era su destino. Decidió no tocar discretamente, sino que golpeó la puerta con los nudillos. ¿De qué servía retrasar lo inevitable?

Cuando el mayordomo la condujo hasta la sombra de la galería situada en la parte trasera de la casa, Eliza se colocó con cuidado la falda y, sentándose con la espalda rígida, logró controlar sus emociones. Observó los pájaros que picoteaban el sendero de gravilla y alzó la vista hacia los retazos de azul recortados entre las ramas del franchipán. El jardín era una maraña de

flores y Eliza se preguntó cómo lograba Clifford conseguir agua suficiente para mantenerlas así de frescas. Apenas soplaba una leve brisa y empezaba a notar el calor. Echó un vistazo a su alrededor, pensando en levantarse y entrar en el interior de la casa. Por lo menos, dentro habría un ventilador.

El mayordomo salió a la galería con una jarra de refresco de lima helado y dos vasos de cristal en una bandeja de plata.

—El señor vendrá en seguida — anunció, haciendo una pequeña reverencia.

Eliza oyó pasos, se giró hacia atrás y vio a Clifford con la cara sonrojada.

—Maldito calor —refunfuñó,

sentándose frente a su invitada—. Nos tomaremos el refresco y entraremos en casa, si no te importa.

—Por supuesto.

Durante unos minutos no dijeron nada, y Eliza disfrutó de la sensación del cristal frío contra la palma acalorada de su mano. Sintió ganas de pasárselo por la frente, donde empezaba a notar los primeros síntomas de una jaqueca provocada por el calor, pero se contuvo. No solo era el calor: Eliza tenía el cuello y los hombros completamente rígidos de la tensión. ¿Sería capaz de hacer lo que le había pedido Laxmi? Cada célula del cuerpo le decía que saliese corriendo, pero siguió tranquilamente sentada, esperando no

delatar la agitación que la desgarraba por dentro.

—¿Vamos adentro? —dijo Clifford, tendiéndole una mano.

Ella asintió con la cabeza y dejó que la acompañara al interior de la casa, hasta la pequeña sala de estar donde había esperado una vez.

Clifford le indicó que se sentara, así que se dejó caer en una mullida butaca con cojines, que la engulló. «Ha sido un error», pensó, y se enderezó para sentarse en el borde del sillón. Era fundamental mantenerse bien recta y no perder el control.

—El verano va a ser un infierno, ¿verdad? —dijo, para romper el hielo.

—Bueno, te ofrecí ir a Shimla —dijo

Clifford, con rostro impasible.

—Ya lo sé.

Se hizo un largo e incómodo silencio durante el cual Eliza se planteó cómo formular lo que había venido a decir. Al final, decidió no andarse con rodeos.

—Clifford. —Tragó saliva rápidamente antes de continuar. La suerte estaba echada. No había vuelta atrás—. Me gustaría aceptar tu otra oferta, si todavía sigue en pie.

Él frunció el ceño.

—Lo que quiero decir es...

—Creo que sé lo que quieres decir.

—¿Y qué me dices?

Clifford parecía completamente desconcertado y por un momento Eliza pensó que era demasiado tarde. Lo miró,

esperando una respuesta, pero no supo interpretar la expresión de su cara.

—Clifford, te estoy diciendo que acepto tu oferta de matrimonio. —Hizo una pausa—. Si todavía quieres casarte conmigo.

Clifford seguía mirándola sin decir nada, pero entonces sonrió.

—Sabía que entrarías en razón, mi vieja amiga.

Se estremeció para sus adentros por la expresión que había utilizado, pero intentó disimular lo mucho que la incomodaba.

Clifford se puso en pie y se acercó a la butaca en la que Eliza seguía sentada muy recta, tensa y triste; pero, al parecer, no reparó en nada de eso. Le

tendió una mano y ella dejó que la levantara.

—Me has hecho un hombre muy feliz. No te decepcionaré.

Eliza agachó la cabeza un momento y después le sostuvo la mirada. Tenía un nudo en la garganta. ¿Sería capaz de decirlo o solo le saldría un gemido estrangulado?

Aparentemente desconcertado, Clifford inclinó la cabeza, como si supiese que había más, pero no estuviese seguro de qué.

—¿Es por lo de tu madre? Podemos traerla a la India si quieres. De todas formas, pronto conseguiré un traslado a Londres. Como prefieras. Tus deseos son órdenes para mí. Venga, dispara — dijo, con una amplia sonrisa de felicidad

en la cara, como si nada pudiera estropearle este momento—. Me has hecho el hombre más feliz del mundo.

Se inclinó para besarla, pero Eliza negó con la cabeza y dio un paso atrás, destrozada por el sentimiento de culpa. Intentó aclararse la garganta antes de hablar.

—Me temo que hay una condición.

Se hizo una breve pausa durante la cual oyó ulular a un pájaro en el jardín. Debía de ser un *ulu*, pensó. El nombre perfecto para un búho. Qué extraño, las cosas que se te vienen a la mente en momentos como este. Se tranquilizó y se armó de valor.

—Me casaré contigo —dijo—, pero quiero que pongas en libertad a Jay, sin

repercusiones y sin que su reputación quede manchada. Tendrás que retirar todas las acusaciones contra él y quiero que me des tu palabra de que no volverán a arrestarlo.

—Estoy encantado de comprobar que has decidido no malgastar tu vida con un indio. Pero Eliza, me estás poniendo las cosas muy difíciles.

Tragó saliva.

—Lo siento.

Clifford hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Necesito algo de tiempo para pensármelo.

—No hay tiempo. Debe quedar en libertad hoy. Tiene que ir a Delhi a firmar los acuerdos con los inversores.

De lo contrario, lo perderá todo. El proyecto de riego habrá fracasado.

—Por lo visto, ese indio significa mucho para ti...

—Jay significa mucho para mí, sí, pero también me importa el proyecto de riego. Quiere hacer el bien, Clifford, tienes que darte cuenta. Su hermano no ha movido un dedo por la gente del pueblo, y cuando conocí a Jay, su vida no tenía rumbo. Ahora tiene un fin por el que luchar, y ese fin es bueno. Sabes que nunca sabotearía su propio proyecto. No tiene sentido.

—¿Y qué hay de los panfletos?

Eliza reflexionó un momento y no pudo evitar pensar que Chatur debía de andar detrás de todo esto.

—Creo que alguien lo ha incriminado injustamente —dijo—. Yo, en tu lugar, procuraría interrogar a Chatur.

—¿Te jugarías la vida a que ha sido él?

—Sí.

—Y estás dispuesta a casarte conmigo para que Jay quede en libertad. —Hizo una pausa y la miró directamente a los ojos—. Eliza, tengo una pregunta.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Crees que podrás llegar a quererme?

Eliza le devolvió la mirada, percibiendo una profunda tristeza en sus ojos, pero llevaba el recuerdo de Jay grabado en todo su ser y no pudo decirle que sí.

—Puedo prometerte que lo intentaré.

—Bueno, tendrá que bastar con eso. Tendré que hablar otra vez con él, pero considera al príncipe Jayant un hombre libre en cuanto tengamos esa conversación. Eres consciente de que jamás debes mencionar este pequeño acuerdo entre los dos, ¿verdad? Arruinaría mi reputación. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto.

—Lo digo en serio, Eliza. Ni siquiera podrás decírselo a Jay.

Ella asintió.

Clifford fue a su oficina para hacer una llamada de teléfono y, cuando todo estuvo arreglado, volvió a la sala de estar.

—Bueno —dijo—. ¿Qué te parece si

hacemos un viajecito a Shimla? Solo nosotros dos. Podemos ir pasado mañana, a no ser que necesites algo más de tiempo para prepararte.

—Clifford, me voy a Inglaterra. En cuanto haga las maletas.

Él frunció el ceño.

—¡Vaya! Con todo lo demás, olvidé decírtelo. Mi madre está muy enferma. Está en el hospital. No tengo elección. No tiene a nadie.

Aunque visiblemente decepcionado, asintió con la cabeza.

—Por supuesto.

—Pasaré por Delhi, donde espero recoger algunas copias de las fotografías terminadas de la imprenta.

—Algunas ya están de camino a

Juraipur, creo, pero siempre puedes echarles un vistazo cuando estés allí. Además, tengo algunas de las primeras placas aquí, en casa. Te ayudaré a organizar el viaje, y permíteme que corra con los gastos de un camarote de primera clase en el *Viceroy of India*. Es el barco más rápido. Tú concéntrate en ir a Delhi en cuanto puedas. Te enviaré los billetes al hotel y tomarás el tren desde allí. —Hizo una pausa—. ¿Conoces el Imperial?

—Sí, aunque nunca me he alojado en él.

—La factura corre de mi cuenta. Solo tienes que esperar a que lleguen los pasajes. Tardarán un par de días. Enviaré un telegrama a la compañía

naviera.

—No puedo aceptar todo eso.

—Insisto, y cuando vuelvas, estoy seguro de que Julian Hopkins y Dottie te invitarán a alojarte en su casa hasta la boda. ¿Tienes idea de cuánto tiempo vas a pasar en Inglaterra?

—El tiempo necesario, supongo.

—Tengo algo para ti —dijo, abriendo un cajón del escritorio de caoba que había junto a la puerta. Sacó una cajita forrada de terciopelo y se acercó a Eliza.

—Espero que sea de tu talla.

Eliza abrió la tapa y sacó un anillo de oro cuajado de diamantes y rubíes.

—Era de mi madre. ¿Te gusta?

Asintió sin decir nada y dejó que se

lo pusiese en el dedo, ignorando las lágrimas que se le agolparon en los ojos.

—Me encargaré de poner un anuncio en *The Times* —dijo—. No hay ningún coche disponible durante los próximos días, ¿no te importa ir en tren?

Negó con la cabeza y Clifford pareció no darse cuenta de que lo único que le apetecía era hacerse un ovillo y dejarse morir.

MAYO

CLIFFORD NO ERA un mal tipo, aunque algo carente de sensibilidad: ni siquiera había notado la desesperación que se dibujó en el rostro de Eliza cuando accedió a casarse con él. O tal vez sí la notase, pero no había querido admitirlo. Era un hombre satisfecho con su visión del mundo, que se definía por la rigidez con la que trataba todo lo que tenía que ver con la India. Eliza estaba decidida a

sobrellevarlo, pero cada vez que la tocaba, sentía morir una parte de su corazón. Intentó razonar para consolarse, como si pudiese convencerse a sí misma de ignorar sus verdaderos sentimientos. Si no era demasiado tarde, tendrían niños: podría ser madre y dar una vida cómoda a sus hijos. Aprendería a valorarlo. Y además, seguiría con la fotografía.

Pero el alma le pedía a gritos la pasión y la alegría que había experimentado con Jay. Era como haber visto fugazmente el paraíso por la puerta abierta de una prisión para que te dieran con ella en las narices. Puede que la euforia no hubiese durado, pero ahora nunca lo sabría. Guardó en la maleta las

pertenencias que necesitaba para Inglaterra con un nudo asfixiante en la garganta. Ojalá pudiese guardar también el recuerdo de las manos de Jay sobre su piel, sus labios contra los suyos, su voz y el vuelco que le daba el corazón al pensar en él. Pero era imposible. Nunca podría compartimentar sus sentimientos. Y nunca olvidaría su olor a sándalo y a lima. Ni sus preciosos ojos color ámbar. Había sido ingenua al pensar que podría tener un futuro con Jay.

Se consoló al pensar que no había decepcionado a Laxmi y que, por lo menos, Jay volvería a ser libre y podría terminar su proyecto. Mientras reflexionaba, oyó un discreto golpe en la puerta y vio que entraba Laxmi con un

largo y vaporoso chal sobre los hombros. A pesar del tiempo que llevaba en el castillo, era solo la segunda vez que venía a las habitaciones de Eliza.

La maharaní le tendió las manos.

—Siempre estaré en deuda contigo por lo que has hecho hoy.

Eliza se tragó el nudo que tenía en la garganta y contentó a Laxmi con un casi imperceptible asentimiento de cabeza, pero, por miedo de revelar aunque fuese un poco de la terrible soledad que sentía, no se le acercó ni despegó los ojos del suelo.

—Sé lo difícil que habrá sido para ti —añadió.

Eliza levantó la vista.

—No te lo imaginas.

—Creo que sí. Has hecho algo completamente desinteresado. Has puesto en libertad a mi hijo y eras la única que podía hacerlo.

—No tuve elección.

—Puede. Pero no todas lo habrían hecho. Has demostrado tu verdadera valía como mujer. En otras circunstancias, habría estado orgullosa de llamarte nuera. Hija.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y la tristeza le quebró la voz cuando intentó contestar.

—A veces la vida nos enfrenta a decisiones imposibles. Sé que aprecias mucho a mi hijo, y él a ti —continuó Laxmi—, pero espero que entiendas que

es mi deber como madre.

—Gracias por todo tu apoyo durante el tiempo que he pasado en el castillo — dijo Eliza, con un hilillo de voz. Admiraba muchísimo a Laxmi y, sin embargo, era la que se interponía entre ella y Jay.

—Siento mucho que esta historia no haya tenido un final más feliz para ti.

—Me marcho a Inglaterra. Mi madre está muy enferma.

—Bueno, te tendré en mis pensamientos para que llegues sana y salva. Espero que algún día entiendas mi posición.

Eliza no pudo contestar.

—Ven aquí, querida.

Se le acercó y Laxmi la rodeó con los

brazos. Justo cuando creía que ya no le quedaban lágrimas, rompió a llorar.

EL VIAJE A Delhi, que duraría toda la noche, comenzó por la tarde. En el tren hacía un calor insoportable y el vagón estaba lleno de gente de la región. Eliza temía el poder que el Raj británico ejercía sobre estos hombres y mujeres y no quería formar parte de él, pero, al casarse con Clifford, pasaría a ser uno de ellos y tendría que mantener la boca cerrada. Cada vez era más consciente de que los británicos debían retirarse de la India. Su única esperanza era que el movimiento nacionalista se hiciese con el control sin gran derramamiento de

sangre. Como muchos otros, estaba segura de que la India conseguiría la independencia porque, tal y como estaban las cosas, no había otra opción.

Tenía el vestido humedecido por el sudor y se veía obligada a enjugarse constantemente la frente. Se quitó el anillo de compromiso porque se le estaban hinchando los dedos; o, al menos, eso se dijo. Se dio cuenta de que su única esperanza de soportar la lentitud y la estrechez del tren consistía en pensar en todas las preciosas fotografías que había tomado. Eso no podía quitárselo nadie.

Las imágenes parecían surgir de la nada y, una tras otra, fueron llenándole la mente. Primero, en el sencillo

campamento en el que había pasado la noche con Jay: los hombres arropados en sus mantas al amanecer, sentados con las piernas cruzadas junto a la pequeña fogata al aire libre. Las pequeñas charcas donde los niños cuidaban de los búfalos. El lago al alba y al atardecer. Los rostros de los hombres *rajput* y sus camellos. Los colores del castillo, que le recordaban a las piedras preciosas. Las luces nocturnas, como sacadas de un cuento de hadas. Los reflejos que el sol arrancaba al agua de las fuentes del patio. Los periquitos y las libélulas. Las concubinas cepillándose el pelo. Las mujeres que caminaban erguidas y con aire digno, con sus vestidos de vivos colores. Los bazares. Los niños. El

interminable cielo azul, que casi parecía líquido. Las fotografías de la familia real y de Indi, que devolvían la mirada al mundo con ojos que parecían saberlo todo.

Entonces pensó en las lluvias que pronto llegarían y la entristeció no poder ver los cielos teñirse de púrpura ni romper la tempestad del torrencial monzón. Deseaba con todas sus fuerzas estar en Udaipur, la ciudad de los lagos, rodeada por la cordillera de Aravalli, en el palacio fortaleza situado en la cumbre de un monte, desde donde lo habrían observado todo. Nunca había pensado que se iría de la India antes de las lluvias, pero aquí estaba, a punto de partir. Unas dolorosas punzadas en las

sienes hacían que resultase imposible abstraerse del traqueteo de las ruedas del tren sobre las vías, un monótono e insistente repiqueteo que parecía provenir del interior de su propia cabeza. Se tapó la boca con la palma de la mano por miedo a que el lamento que estaba atrapado en su interior pudiese escapar. Estos momentos de oscuridad y vacío la alejaban cada vez más del hombre al que amaba y la obligaban a casarse con un hombre al que no quería. Una y otra vez, el traqueteo de las ruedas sobre las vías se burlaba de sus sueños, cada vez más lejanos. «El hombre al que amaba, traca traca; casarse con un hombre al que no quería, traca traca».

Entonces empezó a pensar en su madre, sola en el hospital, a las puertas de la muerte, sin nadie que la quisiera. Vivir toda tu vida y terminar sin una sola persona a tu lado era un destino desolador. Por muy mala madre que hubiese sido, Anna no merecía algo así. Y aunque con el corazón encogido, Eliza estaba decidida a hacer todo lo que pudiera por ella. Por fin, sería una hija obediente, y dio gracias de, al menos, tener una última oportunidad de redimirse.

CUANDO LLEGÓ A Delhi, hacía muy mal tiempo y una especie de calima calurosa y húmeda envolvía la ciudad. Su

habitación del hotel Imperial era pequeña pero cómoda. Cuando abrió la puerta del baño, vio una bañera con los bordes redondeados sobre un suelo de baldosas blancas y negras, además de los acostumbrados lavamanos e inodoro, y un enorme espejo en una de las paredes. Dejó descorridas las pesadas cortinas del dormitorio para poder ver el cielo mientras se tumbaba en la cama con la esperanza de dormir un poco antes de que comenzase la siguiente etapa de su viaje, que no sabía si sería dentro de unos días o algo antes. Al día siguiente, esperaba tener la oportunidad de recoger algunas de sus fotografías de la imprenta para poder llevarlas a Inglaterra y mostrárselas a Anna. Con un

poco de suerte, quizá conseguiría que un periódico local se interesase por ellas. Pero en lo único en que podía pensar ahora era en refrescar su mente agotada y dar a su dolorido cuerpo la oportunidad de recuperarse de la jaqueca que llevaba soportando desde que salió de Juraipur.

Aunque el ventilador de la habitación funcionaba, no hacía más que remover el aire caliente, sin introducir la tan necesaria brisa fresca, así que al cabo de un rato cerró las cortinas para que no la molestase la luz y, agarrotada y tensa por el viaje, se tumbó sobre la colcha de satén azul claro. Pero no dejaba de retorcerse, intentando dar con una posición relajante, y no podía evitar

pensar.

Con sus ilusiones destruidas, solo ahora, cuando estaba a punto de marcharse de la India, se dio cuenta de que había llegado a considerarla su hogar, como cuando era niña. Por lo menos, cuando regresase para vivir con Clifford, estaría en la India, porque Inglaterra nunca podría hacerle sentir como este país salvaje y lleno de vida.

Volvió a ponerse el anillo de compromiso y le dio la vuelta para que pareciese una alianza de bodas. El símbolo de que era una mujer comprometida. Pero no pudo evitar sentirse propiedad de un hombre y volvió a quitárselo. Pensó en el día en que, hablando con Anna, había sacado el

tema del sufragio femenino.

Levantando la voz y con una mirada de repugnancia, su madre se había mostrado inflexible.

—Las mujeres no necesitan el voto —afirmó—. Para eso están los maridos. ¿Qué sabemos nosotras de política?

—Madre, ¿acaso no podemos informarnos y tomar nuestras propias decisiones?

—Lo que necesitas, Eliza, es un marido, no el voto. Y como ya te he dicho muchas veces, no se puede tener carrera y ser buena esposa. Las mujeres no podemos tenerlo todo.

Después de aquella conversación, Eliza había tirado la toalla. Nada convencería a su madre. Poco después

se había topado literalmente con Oliver en la librería, y el matrimonio le había parecido la mejor salida.

Al cabo de una hora en la que no dejó de pensar en el pasado, Eliza volvió a levantarse, se lavó y se puso ropa limpia. Ya que no podía descansar, tendría que ponerse en marcha.

El recepcionista pidió un coche con conductor para ella; una vez fuera, comprobó que la bruma se había levantado, así que tendría tiempo de ver la parte nueva de la ciudad antes de que oscureciese. La primera parada sería para admirar el esplendor arquitectónico del nuevo centro de gobierno británico. Acababan de terminarlo en febrero y era la primera oportunidad que tenía de

verlo.

No esperaba encontrar una imponente carretera de gravilla que conducía, a lo lejos, hasta una extraordinaria serie de cúpulas y torres en una gama de tonos rojizos, rosados, cremas y un blanco resplandeciente. Mientras el coche pasaba bajo el altísimo arco, Eliza se quedó impresionada al ver enormes tramos de hierba salpicada de árboles a ambos lados de una ancha avenida central, conocida como Camino del Rey, y una red de relucientes canales a lo largo de la ruta. El conductor le dijo que tenía unos dos kilómetros de largo, o quizá más, no estaba seguro; pero sabía que estaba flanqueada de farolas negras de principio a fin. Todos los edificios

que vio al final del camino eran majestuosos, pero el que la dejó sin aliento fue la casa palacio del virrey, que parecía sacada del Renacimiento italiano. La sillería brillaba a la intensa luz del sol. A juzgar por todo este nuevo esplendor, los británicos debían de creer que seguirían gobernando la India durante muchos años.

Este era el resultado final de aquella marcha triunfal por Delhi en 1912 para celebrar el traslado de la sede del gobierno británico, aquel día terrible en que lanzaron una bomba al virrey y el día en que murió David Fraser. Eliza contempló las centelleantes fuentes mientras el sol bajaba hacia el horizonte, pintando el cielo de un rosa

intenso, y deseó poder disfrutar más plenamente de esta nueva ciudad; pero le recordaba demasiado aquella tragedia. Más tarde, cuando empezó a caer la noche, le pidió al conductor que le mostrara las avenidas que partían de ese punto central, anchas calles flanqueadas de amplios bungalós en mitad de extensos jardines rebosantes de flores. Después, de camino al hotel, el cielo aterciopelado se volvió negro y la ciudad pareció estallar en una maravillosa llamarada de luz, como un titilante reflejo del cielo nocturno.

AL DÍA SIGUIENTE por la tarde, después de visitar la imprenta y encontrársela

cerrada, estaba a punto de entrar en el Imperial cuando, llevada por un impulso que no habría sabido definir, volvió sobre sus pasos. Unas décimas de segundo después oyó una ruidosa explosión, como el estallido de un trueno o el fogonazo de un cañón. Eliza contuvo un grito al ver una enorme bola de humo que destrozaba la ventana de la planta baja del edificio que estaba al otro lado de la calle. La explosión no produjo eco, pero la siguió el tintineo de los cristales al hacerse añicos y el estrépito de los ladrillos o la mampostería al estrellarse contra el suelo. Horrorizada, vio cómo las llamas corrían por los marcos de madera de las ventanas del primer piso. A los pocos

minutos, los cristales estaban completamente destruidos y ahora las llamas naranjas y amarillas se extendían hacia arriba, lamiendo el aire. Aunque el polvo y el humo que se elevaban de entre los escombros no la dejaron ver exactamente cuáles habían sido los daños, al parecer había explotado algo dentro del mismo edificio en el que estaban sus fotografías. Las llamas, que habían empezado a destrozar el resto del inmueble, se veían por todas las ventanas de ambos pisos. Se oyó el estallido de otras ventanas y una especie de zumbido y entonces los escombros llenaron el aire antes de empezar a caer hacia la calle en una lluvia de cascotes. Enormes columnas de humo negro se

elevaron en el cielo y los puestos que rodeaban el edificio quedaron cubiertos de cenizas y envueltos en humo blanco.

Eliza dio unos pasos hacia la imprenta, esperando que nadie hubiese resultado herido o algo peor, pero entonces recordó que el edificio estaba cerrado y no vio a nadie tendido en el suelo, muerto o herido; al menos, no a este lado de la calle. Aparte de algunas toses y resoplidos, solo se oía el crepitar del fuego. Un momento después, una multitud de criaturas ennegrecidas con aspecto de demonios acudieron en tropel al lado de la calle en el que se encontraba el Imperial. Algunos tenían cortes en los brazos y las caras, seguramente debidos a los fragmentos de

cristal que habían salido disparados. Eliza observó la escena un momento para ver si había otras personas que pudiesen necesitar su ayuda, pero el humo asfixiante se lo impidió. Entonces la humareda se despejó del centro de la calle y lo vio por fin, solo y cubierto de un polvo gris azulado. Echó a correr hacia adelante y en ese momento él la vio.

JAY ESBOZÓ UNA sonrisa y al momento se desplomó y quedó tendido en el suelo. Con el corazón en la garganta, Eliza se le acercó corriendo y se arrodilló a su lado sobre la gravilla negra del suelo, acariciándole la cara y suplicándole que abriera los ojos. No hubo respuesta. El corazón se le encogió en el pecho del miedo mientras hablaba, repitiendo una y otra vez que la ayuda estaba en camino y que aguantase: que ella estaba a su lado y que no iba a

permitir que le pasara nada.

Un empleado del hotel salió a tratar de convencerla de que volviese al edificio por si salían disparados más cascotes, pero se negó.

—La ayuda está en camino —dijo el conserje del hotel, alejándose a toda prisa para evitar el peligro.

Jay y Eliza estaban solos en mitad de la calle, pero oyó que la multitud que se había congregado a sus espaldas, en la escalera de entrada del Imperial, empezaba a recuperar el habla. Algunos lloraban de conmoción o de alivio por haber escapado con vida mientras que otros relataban animadamente sus historias. Ignorando el ruido de fondo, Eliza se concentró en Jay.

Todavía respiraba, lo que la tranquilizó hasta cierto punto, y parecía no tener ningún corte grave. Se preguntó si algo le habría golpeado la cabeza. Esperó en mitad de la calle, atenta al menor signo de movimiento, sin apartar la mirada de su rostro. Pronto oyó un repiqueteo de campanas y a un hombre que pedía a la multitud que se echase a un lado, y justo cuando apareció un médico vestido con bata blanca, Jay abrió los ojos y pareció recuperar la conciencia.

—He firmado los papeles —dijo, intentando levantar la cabeza—. Lo hemos conseguido.

Eliza lo miró y no pudo evitar sonreír.

—Casi te matan y lo primero que me

dices es que has firmado los papeles.

Jay intentó devolverle la sonrisa, pero su cabeza cayó al suelo, sin fuerzas, y se desmayó. Las lágrimas que había estado conteniendo empezaron a rodarle por las mejillas.

—¿Todavía respira? —preguntó el médico, arrodillándose junto a Eliza.

—No ha dejado de respirar en ningún momento —contestó, aferrándose a cualquier atisbo de esperanza en mitad del desconcierto—. ¿Qué le pasa? Se pondrá bien, ¿verdad?

—Es pronto para decirlo. —Auscultó el pecho de Jay y la miró—. Tiene la respiración bastante débil y el corazón acelerado. ¿Conoce a este hombre?

—Es Jayant Singh Rathore, rajá de

Juraipur.

—¿Y usted quién es?

—Una amiga —dijo, resistiéndose a las ganas de decir «soy la mujer que lo ama».

—Bueno, tendremos que llevarlo al hospital.

—¿Puedo ir? —Hizo una pausa—. ¿Por favor?

—No es lo habitual, dado que no es familia del paciente, pero de acuerdo. Parece conocerlo bien.

UNA VEZ EN el hospital, Eliza no se separó de su lado. Durante el resto de ese día y toda la noche estuvo sola, sentada en una silla de madera con

respaldo recto, intentando no llorar delante de los médicos y el resto de pacientes. «Tienes que vivir», susurró. Era como si el tiempo se hubiese volatilizado y solo quedase aquel momento. «Tienes que vivir. No puedes morirte». Era insoportable que este hombre fuerte y extraordinario hubiese sido derribado, y se aferró a la esperanza de que era joven y rebosaba salud. Si alguien podía salir de esto con vida, sin duda era él. Pero fueron pasando las horas sin que hubiese señales de mejoría. Eliza estaba atenta a sus mejillas grises, esperando que recobrasen el color; a cualquier signo de que la sangre le volvía a los pálidos labios y a un leve, casi imperceptible

parpadeo de sus largas pestañas. Pero no había nada. Seguía estando pálido, y vivo a duras penas.

Allí sentada, pensó en Clifford. Y en su madre, que también estaba enferma en una cama de hospital. Hasta aquel momento, se había olvidado por completo de su madre. Pero, pasara lo que pasase, tendría que irse a Inglaterra.

Al día siguiente le pidió a una enfermera que enviase un telegrama a Laxmi y el médico la mandó de vuelta al hotel. Tenía que comer y dormir, le dijo. Y Eliza trató de hacer ambas cosas. Lo intentó de verdad. Pero la comida le revolvió el estómago, y cuando intentó dormir, se despertó, acalorada y sudorosa, con la sensación de que la

mente iba a estallarle de preocupación. Hasta aquel momento no había caído en la cuenta de que era posible que la explosión hubiese destruido sus fotografías, y las placas originales junto con ellas.

Después de unas horas durante las cuales intentó en vano descansar, se lavó, se cambió de ropa y bajó al vestíbulo del hotel a preguntar si habían llegado los billetes, rezando para que no estuviesen. Cuando el recepcionista le entregó un sobre, lo abrió de un tirón. Los billetes de tren eran para esa misma tarde, dentro de solo dos horas. Subió corriendo las escaleras, hizo las maletas y un conductor la llevó de vuelta al hospital. Tenía que ver a Jay antes de

marcharse. Tenía que saber si iba a ponerse bien.

Cuando llegó, el médico se la llevó aparte. La guio hasta un despacho y le indicó que se sentara.

—Ha recuperado la conciencia.

Eliza respiró hondo y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Ha sufrido lesiones internas, pero tengo esperanzas de que se recupere.

Eliza se tapó la boca para disimular el temblor de la mano.

—Está muy débil, pero ha preguntado por usted. Por favor, no lo canse. Aunque le he explicado a grandes rasgos lo que pasó, por el momento no recuerda la explosión. Por favor, no diga nada que pueda disgustarlo.

Eliza asintió, con el corazón desgarrado por una mezcla de esperanza y miedo.

—Dejaré que pase unos minutos con él y luego iré a buscarla. Comprenderá que todavía está muy débil.

Eliza hizo un gesto afirmativo y se secó las estúpidas lágrimas. Estaba vivo. Se pondría bien. Era lo único que importaba. Quiso ir corriendo hasta su cama pero, tras respirar larga y profundamente varias veces, se levantó de la silla y se obligó a caminar tranquilamente y con la cabeza bien alta. Tenía un nudo en la garganta, pero se dijo que debía mantener la calma, como habría hecho Laxmi.

Cuando llegó a la cama, Jay tenía los

ojos cerrados y, por un terrible momento, temió que el médico se hubiese equivocado y que no fuera a recuperarse. Pero Jay debió de oírla arrastrar la silla porque abrió los ojos. Tanto su piel como sus labios habían recuperado algo de color. Eliza lo asimiló todo rápidamente, muy atenta a sus ojos para ver si daba señales de reconocerla.

—Eliza.

Se tragó el nudo que tenía en la garganta y se le empañaron los ojos. Había hablado en voz baja, y Eliza quiso rodearlo con los brazos y estrecharlo contra su pecho hasta que recobrase las fuerzas.

—No hables, te cansarás —le dijo.

—No sé por qué, pero de repente Clifford Salter ordenó que me dejaran en libertad.

Eliza le tendió una mano y Jay se la cogió, se la llevó a los labios y la besó. Se produjo un largo silencio durante el cual cerró los ojos, pero no le soltó la mano.

—Todo eso ya no importa ahora — dijo ella.

Jay abrió los ojos y le dedicó una cálida sonrisa.

—Vamos a escaparnos. Solos tú y yo. Acamparemos antes de las lluvias y luego iremos a Udaipur.

Eliza parpadeó rápidamente, intentando contener las lágrimas.

—Mi madre está enferma. He venido

a Delhi para coger el barco de regreso a Inglaterra.

—Entonces ¿cuando vuelvas?

Eliza asintió, consciente de que no podía decirle que, a su vuelta, se casaría con Clifford, ni tampoco podía explicarle por qué. Menos mal que no había vuelto a ponerse el anillo de compromiso. Se recordó a sí misma que no debía decir nada que pudiese perturbar la recuperación de Jay.

—Te quiero, Eliza —dijo, en voz baja —. *Main tumhe pyar karta hu aur karta rahunga.*

—Yo también te quiero. Por siempre. Con todo mi corazón.

Se quedaron así, cogidos de la mano; él, muy débil, y ella, tratando de ser

valiente. «Por lo menos, está vivo — pensó—. Vivo».

Oyó una tos y se giró para ver al médico, que estaba en la puerta de la habitación, indicando su reloj de pulsera con unos golpecitos del dedo índice.

—Me temo que el tiempo se ha acabado. Está muy débil.

Eliza asintió y se puso en pie, pero antes de marcharse se inclinó sobre Jay y le besó muy suavemente en los labios.

—Adiós, Jay.

Él no dijo nada, pero levantó la mano y le acarició el arranque del cabello con las yemas de los dedos.

Una vez en la calle, destrozada por lo ocurrido y sintiéndose completamente desdichada, Eliza entró en un callejón,

donde se desplomó y cayó al suelo. Se sentía vacía, como si las partes sólidas de su cuerpo se hubieran convertido en líquido y se le escapasen de las venas. Todo había quedado destruido, incluida su esperanza de celebrar una exposición en octubre. De hecho, todo el proyecto estaría en peligro si el incendio había dañado sus fotografías y placas. Pero mucho peor era haber perdido el amor de Jay y tener que temer por su vida. Y saber que nunca podría decirle la verdad. Se cubrió la cara con las manos y, pensando que nunca despertaría de esta pesadilla, no pudo contener más los sollozos.

CUARTA PARTE

«Solo aquellos que quedan desolados
por el amor llegan a conocerlo».

RUMI, *Masnavi*, 109

GLOUCESTERSHIRE, INGLATERRA

ELIZA CONTEMPLÓ EL cielo inmenso sobre la colina boscosa que había detrás de la casa de su madre. La casita de Anna Fraser era una vivienda cuadrada, rodeada de muros de piedra seca desmoronados. Situada en una estrecha encrucijada, la piedra caliza de la que estaba hecha brillaba como mantequilla a la luz de la tarde. La mirada de Eliza siguió el camino flanqueado de hayas

que bajaba hasta el valle y conducía hasta la avenida de acceso a la casa de James Langton. Todo era verde y daba una impresión de belleza y frescor, aunque el propio Brook Park, una casa sombría y coronada por torreones, estaba algo venido a menos. Aunque Eliza veía el remate de la torre del reloj, que se levantaba sobre los viejos establos, un grupo de oscuros abetos ocultaba la casa en sí. Echando un último vistazo al cielo, cogió la maleta, buscó la llave de repuesto, que su madre guardaba debajo de una piedra, junto a las hortensias, y abrió la destartada puerta trasera.

En el interior reinaba el silencio.

Entró en la cocina, donde los platos

estaban descuidadamente amontonados, había sartenes incrustadas de suciedad sobre la hornilla de gas y la papelera rebosaba de basura. ¿Su madre estaría aquí o seguiría en el hospital? Entró a la sala de estar y también se la encontró hecha un desastre. ¿Se habrían llevado a Anna urgentemente al hospital y dejado la casa tal como estaba? Empezó a ordenar un poco, pensando ir en taxi al hospital algo más tarde, pero entonces oyó que una voz débil decía:

—Hola. ¿Quién anda ahí?

Su madre debía de estar arriba. Sin saber en qué estado se la encontraría, Eliza subió con cuidado las escaleras y cruzó de puntillas el rellano hasta llegar al dormitorio de su madre. La puerta

estaba entreabierta. La empujó y entró en la fría y oscura habitación.

Distinguió la silueta de su madre tumbada en la cama, completamente vestida pero muy pálida.

—Volví a casa del hospital ayer — explicó, con un hilillo de voz. Eliza se le acercó y le cogió la mano izquierda.

—¿Qué te han dicho los médicos?

—Oh, ya sabes. Esto y aquello.

Acarició la mano de su madre y notó que le temblaba. Le habló en voz baja:

—No lo sé, mamá. Tienes que decírmelo.

—Estoy muy cansada, cariño, muy cansada. Llama al médico. Él te lo dirá. Ya hablaremos más tarde.

Anna hablaba con una voz tan débil

como parecía estarlo ella misma. Cerró los ojos y Eliza volvió a colocarle con cuidado la mano junto al costado. Era como si su madre estuviese atrapada dentro de su frágil cuerpo y Eliza no pudiese llegar hasta ella.

Abrió una ventana, bajó las escaleras y encontró el número de teléfono del médico de familia en una pequeña agenda que había sobre la mesita del vestíbulo. Preguntándose si Anna ni siquiera sabría lo que le pasaba, llamó en seguida a la consulta del médico. Cuando la llamada terminó, se sentó en el suelo, con la cabeza entre las manos. El ingreso de Anna en el hospital había revelado que padecía un cáncer incurable y no había nada que los

médicos pudieran hacer. El infarto cerebral había sido leve; lo que la estaba matando era el cáncer.

—Espero que se quede en casa con ella —le dijo el médico—. Queríamos dejarla ingresada en el hospital, pero insistió en volver a casa. No le queda mucho tiempo.

AL DÍA SIGUIENTE, mientras su madre dormía, Eliza intentó mitigar su dolor dando un paseo. Mientras caminaba, pensó en su madre y, después, en Jay y rezó por que se recuperase del todo de sus heridas. Perderlos a los dos sería demasiado.

Siguió el camino, que discurría entre

setos que habían podado casi hasta la raíz para que creciesen con más fuerza. Se fijó en que los frondosos valles y hondonadas de la campiña de los Cotswolds mostraban su mejor cara y lucían sus innumerables tonos de verde. En los terraplenes más altos, sobre las márgenes cubiertas de hierba, las ovejas pastaban en el mosaico de pequeños campos verdes, y en lo alto, en el cielo, con su mezcla de azul, gris y blanco, relucían las gotas de humedad iluminadas por el sol. Siguió andando hasta el bosque que coronaba la colina que había detrás de la casa grande, donde los imponentes árboles marchaban frente al horizonte con sombrío porte militar. Tras atravesarlo,

bajó por la otra cara de la loma hasta llegar al viejo bosque de campanillas, donde de niña le gustaba rodar sobre el precioso mar azul bajo el verde dosel de ramas y donde, a finales de año, reinaba el olor a ajo silvestre.

Cuando se cansaba y empezaban a dolerle los pies y las piernas por el esfuerzo, se sentaba en un tronco e intentaba imaginarse un futuro con Clifford. No había renunciado a la esperanza de hacer grandes cosas con la fotografía. De dar voz a los que no la tenían. Eso era lo más importante. Con un ánimo más positivo, se alegró al recordar cómo la cámara la ayudaba a olvidarse de todo lo demás. Decidió pasear hasta el valle que había al otro

lado de Cleeve Hill y tomar algunas fotos, o seguir el oscuro camino bordeado de árboles que llevaba hasta Winchcombe, o tal vez incluso subir a Belas Knap, el antiquísimo túmulo que la había fascinado desde niña.

De día, los paseos le calmaban la mente; durante las horas de luz, podía enfrentarse al presente.

Cuando mayo se convirtió en junio, comprobó con alivio que Anna había dejado de beber y parecía lo suficientemente recuperada como para salir a sentarse en el jardín. Un día, mientras descansaban al sol, con solo una ligera brisa que hacía necesario llevar rebeca, preguntó a Anna por su estancia en el hospital.

Su madre soltó una carcajada.

—Estuvo bastante bien.

Había hablado a la ligera, como quien describe una breve visita a Weston-super-Mare.

Eliza, decidida a sonsacarle la verdad, tocó la manga de su madre, como diciendo «venga, mamá, cuéntame».

—Te rehabilitaron, ¿verdad?

—Supongo. No he bebido ni una gota de alcohol desde que volviste a casa.

Ojalá lo hubiera conseguido mucho antes, pensó Eliza en el silencio que siguió. Pero ahora que su madre estaba más alerta y por fin empezaba a enfrentarse a la verdad, había una posibilidad, por pequeña que fuese, de

cambiar las cosas.

—Me alegro de que estés un poco mejor —dijo Eliza—. Me alegro mucho.

—Esta casa es de lo más solitaria. Me sentía sola.

—Ahora estoy aquí.

No dijeron nada más, pero Eliza miró a su madre, tan frágil, y se le encogió el corazón.

ELIZA CUIDABA SOLÍCITAMENTE de su madre enferma y pronto la ocupación preferida de Anna pasó a ser sentarse con Eliza a recordar los viejos tiempos.

—¿Te acuerdas de lo maravillosos que fueron los primeros años que pasamos en Delhi? —dijo Anna un día

al caer la tarde, cuando las sombras empezaban a alargarse.

Eliza pensó en ello. Recordaba a los monos, que parecían estar en todas partes, trepando por las tapias del jardín y subiéndose a los árboles; a veces hasta entraban en la cocina para robar comida. Le encantaban los monos.

—¿Y del jardín? —continuó Anna.

—¿De todas las flores de colores?

—Sí, de las flores.

Eliza miró a Anna y vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Qué buenos tiempos pasamos en la India, mamá. Era perfecto. ¿Te acuerdas de las tiendas de Chandni Chowk?

Anna sonrió.

—Vendían de todo.

—Sí. Hasta aceite de serpiente, como decía papá.

—Eso decía.

Y ASÍ, FUERON pasando los días; pero por la noche, la idea de haber perdido a Jay no la dejaba descansar. Y cuando conseguía conciliar el sueño, la despertaban las pesadillas, en las que lo veía cubierto de polvo negro de pies a cabeza tras una explosión; a veces muerto y a veces todavía con vida. Por la noche escribía cartas. Era lo único que podía hacer sin despertar a su madre, y le escribió muchas, muchísimas cartas a Jay, que por la mañana rompía en pedazos y quemaba en la vieja estufa

de madera. Cuando su madre se quejaba del mal olor, le decía: «Solo es la estufa; la estufa, que se está haciendo vieja». Tenía que hacer algo para librarse del dolor, tenía que dar con una forma de escapar de sus propios pensamientos, pero seguía dándole vueltas a las mismas preguntas. ¿Qué pasaría cuando se casara con Clifford? ¿Y si no podía evitar encogerse instintivamente ante sus avances?

Y seguía teniendo el corazón encogido en el pecho.

Pero el sinuoso paisaje de colinas y valles de Gloucestershire estaba precioso, como siempre en esa época del año. Los setos rebosaban vida y los árboles tenían un aspecto fresco y verde.

El cielo azul era un consuelo para Eliza, y también lo eran el aire ligeramente húmedo y el sol suave, tan distintos del calor abrasador y el aire seco de Rajpután, que quemaba la piel. Mientras su madre dormía, se decía una y otra vez que era lo mejor y que se quedaría con Anna el tiempo que fuese necesario.

Aunque pasaban los días, aburridos e indiferentes, las palabras de Jay no dejaban de repetirse en su cabeza. «Te quiero, Eliza». Se dijo que lo superaría. Haría bonitas fotografías y su arte la ayudaría a sanar. Tras la lente de la cámara, estaría a salvo. Así, miraría a un mundo incapaz de devolverle la mirada. Decidió, como había decidido cuando era niña, que el dolor se

soportaba mejor reprimiéndolo y dejándolo intacto, controlado. Aunque tal vez nunca volviese a experimentar la verdadera felicidad, siempre le quedarían sus recuerdos.

Anna no comía apenas nada, pero cuando Eliza le sugirió que la acompañara a dar uno de sus paseos por el campo, su madre hizo un gesto de asentimiento y sugirió organizar un pícnic. Salieron de la casa por una puerta situada al fondo del pequeño jardín, que conducía a un sendero de adoquines y bordeaba uno de los manzanales de James Langton. De pequeña, uno de los pasatiempos favoritos de Eliza era subir a los nudosos manzanos y sentarse en las

ramas a comer la fruta robada. Era una especie de placer secreto que llegó a su fin cuando James la descubrió un día y le ordenó que bajase inmediatamente. No le gustaba que los niños se subieran a sus preciosos manzanos. Con el corazón desbocado, Eliza quiso bajar con demasiada rapidez y, aunque estaba acostumbrada a trepar a los árboles, se le quedó atrapado el pie tras una rama y se cayó del manzano. No se rompió nada, pero se torció un tobillo y tuvo que escuchar varias reprimendas sobre lo mal que estaba que las niñas se subieran a los árboles.

Ahora, tras recorrer unos pocos cientos de metros, las dos se desviaron hacia el manzanar y, tras desplegar una

vieja manta de cuadros escoceses para que Anna se sentara, Eliza abrió la tapa de la pequeña cesta de pícnic.

—¿Cuándo la has comprado? —le preguntó a su madre.

—Hace años que la tengo.

—Pero no la usamos nunca.

—Una sola vez.

—Bueno, por lo menos la estamos usando ahora.

Eliza se tragó el dolor al pensar que seguramente sería la última vez. Entonces recordó el otro pícnic. El que habían hecho con James Langton. Alzó la vista al cielo, donde unos pocos pájaros perezosos revoloteaban con desgana de árbol en árbol. El mundo entero parecía haberse detenido, y Eliza

se quitó la rebeca.

—Hace calor, ¿verdad? —dijo.

Su madre tenía la cabeza inclinada.

—¿Mamá?

Anna levantó la vista.

—Lo siento.

—¿Por qué, mamá?

Anna hizo un gesto con la mano.

—No sé. Por los pícnicos que no tuvimos. Por todo.

—Pero he sobrevivido, ¿verdad?

Anna sonrió, como si acabara de ocurrírsele algo y se muriese de ganas de compartirlo con su hija.

—Súbete a un árbol. Venga, súbete a un árbol. —Miró a su alrededor, ilusionada—. Ese mismo. Súbete a ese.

Encantada al ver la alegría repentina

de su madre, Eliza se puso en pie.

—¿A este?

Anna asintió con la cabeza.

—No sé si recuerdo cómo se hacía — dijo Eliza, calculando la altura de la caída si algo salía mal.

—Nunca me explicaba por qué siempre tenías las rodillas magulladas.

—¿Hasta que James me encontró subida al manzano?

Anna asintió con la cabeza.

—Bueno. Allá vamos.

Eliza encontró fácilmente un punto de apoyo y en cuestión de segundos ya estaba encaramada a su antigua rama favorita. Comprobó si tenía fuerza suficiente para soportar su peso de adulta y decidió que sí. Avanzó con

cuidado por la rama y se sentó a horcajadas, con las piernas colgando.

La risa de su madre llegó hasta la copa del árbol.

—Cuando estaba aquí arriba, cantaba —dijo Eliza.

—¿Qué?

—Canciones de mi niñez.

Empezó a cantar *I Do Like to Be Beside the Sea* y poco después su madre se unió a ella. Las dos cantaron a pleno pulmón y acabaron riendo a carcajadas; Anna, con una punzada en el costado.

Eliza bajó del manzano a toda prisa.

—¿Estás bien?

Anna asintió.

—¿Qué ha pasado con él?

—¿Con James?

De repente se quedó en silencio y miró a Eliza, como decidiendo cuánto debía decir.

—Se ha marchado con su nueva esposa.

—Bueno, no estropeemos un día precioso pensando en él. A comer.

Su madre juntó las manos en una palmada.

—Espero que tengamos refresco de jengibre. Me encanta el refresco de jengibre.

—No lo sabía.

—Hay muchas cosas que no sabes. Montones de cosas.

ELIZA SE ALEGRÓ al ver que, durante los

dos días que siguieron, su relación con su madre continuó en la misma línea. Eliza nunca había visto a Anna tan feliz. Era como si sus palabras fueran imparables, como un torrente de agua que salía con fuerza de una tubería que antes estaba atascada. Y entonces el cartero llamó a la puerta. Anna no recibía mucho correo. De hecho, no habían recibido nada desde que Eliza había llegado a casa, pero en cuanto el cartero le entregó la carta, se fijó en que el sello era de la India. Había estado preguntándose si Clifford le escribiría y vivía aterrorizada ante la idea de recibir una carta de él. Por ahora, se decía, «ojos que no ven, corazón que no siente». Esperó contra todo pronóstico

que contuviese noticias de Jay.

En aquel momento, oyó la voz aguda de su madre.

—¿Hay alguna carta para mí?

El sobre estaba dirigido a Anna, así que Eliza se lo dio en cuanto esta apareció en el pequeño recibidor. Por un momento se había planteado abrirlo primero y decirle que no se había fijado en que era para Anna.

Su madre cogió el sobre y subió a su dormitorio, dejando perpleja a Eliza. No había reconocido la letra, pero la carta debía de ser de Clifford. ¿Quién más iba a conocer la dirección de su madre? Aunque, ¿por qué escribirle a Anna y no a ella?

Cuando vio que su madre no volvía a

bajar, Eliza pensó que debía de haber decidido echarse una siesta y se dispuso a hacer la limpieza de primavera del antiguo desván, donde Anna había acumulado toda clase de trastos inútiles. A Eliza no le molestó el polvo ni el aroma a sándalo, aunque le pareció más penetrante que nunca. Esperaba que los olores de su niñez fueran más fuertes, igual que de niña los colores le parecían más vivos, pero, aun así, el desván le recordó uno de aquellos solitarios días de verano en los que subía corriendo las escaleras para esconderse bajo un guardapolvo mientras su madre salía a beber. Después de un rato, se ponía de puntillas para mirar por la diminuta buhardilla y observar el exterior. Los

campos que se extendían frente a la casa le parecían enormes, y estaban habitados por robustos campesinos que se frotaban la parte baja de la espalda al enderezarse.

Echó un vistazo por la ventana (ahora los campos eran pequeñas parcelas rectangulares) y, tras arrojar a un lado unos rollos de papel pintado, movió algunas de las cajas. Al fondo del desván, un anticuado baúl de cuero dormitaba contra la pared. Estaba tachonado con clavos de metal y dos cintas de lona envolvían la parte central. Eliza se puso en cuclillas para desabrochar las hebillas y giró la llave en la cerradura. La tapa no era tan pesada como parecía.

No sabía qué había esperado, excepto tal vez que el baúl estuviese lleno; pero, aunque le sorprendió ver un frasquito de aceite de sándalo en el fondo del arcón, al menos dio con la fuente del olor. Dentro del baúl había una maleta. La sacó, cogió el frasco y se lo llevó a la nariz. El perfume, que le recordó a la piel de Jay, la envolvió, como si de pronto estuviese allí, rodeándola con los brazos. Se apresuró a soltar el frasco. Se había dicho a sí misma que seguiría con su vida, que superaría la pérdida de Jay y aprendería a vivir sin él, que su historia estaba acabada; pero no podía borrar tan fácilmente sus sentimientos. Por lo menos, mientras estuviese en Inglaterra con su madre, no tendría que

enfrentarse a la realidad de su inminente matrimonio. Y aunque había hecho todo lo posible por no pensar en Jay, cuando descubrió que este pedacito de la India llevaba todos esos años dentro de un baúl, fue como si una mano oculta la hubiese llevado de regreso a Juraipur. Todo ocurría por una razón. Toda su historia no podía acabar en nada.

La etiqueta que ocupaba la parte delantera de la maleta mostraba un granuloso dibujo de un espléndido edificio y un nombre: «Hotel Imperial, Delhi». Dentro había un objeto rectangular envuelto en papel blanco y atado con un cordel. Eliza desató la cuerda, rasgó el papel y sacó el objeto. Era una fotografía enmarcada de dos

personas con una niña pequeña, algo desvaída y cubierta de manchas. Le dio la vuelta y vio el nombre de un estudio de fotografía de Delhi.

Más tarde fue a la habitación de Anna. Quería preguntarle por las personas que aparecían en la foto. Pero se le cayó el alma a los pies cuando abrió la puerta y se dio cuenta de que el dormitorio apestaba a ginebra. Se acercó a Anna. Acarició el pelo moreno de su madre, que empezaba a clarear, tan distinto de la abundante melena de Eliza, y se lo apartó de la frente húmeda. La invadió una tristeza insoportable. Ya no juzgaba a su madre, sino que sentía lástima por ella. Miró a su alrededor para ver qué había hecho con la carta,

pensando que las noticias que contenía debían de haberle disgustado, y pronto la encontró en la papelera, rota en dos pedazos. La reconstruyó y leyó que Clifford había informado a Anna de su compromiso con Eliza. Esperaba que incluyese noticias de la explosión en Delhi. No era probable que Clifford fuera a decirle a Anna lo que le había pasado a Jay, pero podría haber mencionado si las fotografías y placas de Eliza estaban a salvo o no.

A última hora de la tarde, cuando las sombras empezaban a alargarse en el exterior, Eliza estaba pensando en empezar a preparar la cena cuando oyó la respiración siseante de su madre.

—Te vas. —Era una afirmación, no

una pregunta, y la pronunció arrastrando las palabras.

—Todavía no, mamá. No hasta...

Su madre la interrumpió.

—Claro que te vas. Siempre haces lo mismo.

—Y tú lo que haces es beber. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? Creí que eras más feliz.

Esperó una respuesta, pero su madre soltó un resoplido y apartó la mirada.

—¿Mamá?

—No he sido feliz desde que tenías cinco años.

—Pero eso no es culpa mía —dijo Eliza, temiendo que fuera a venirle otra vez con las viejas recriminaciones.

—¿Has leído la carta?

Eliza asintió con la cabeza.

—Pensaba contarte lo de la boda.

Anna frunció los labios antes de responder.

—Y, sin embargo, he tenido que enterarme por Clifford.

—Lo siento. De verdad.

Le tendió una mano, pero cuando su madre no la cogió, la dejó caer.

Anna tosió débilmente y empezó a hablar.

—Tú solo tenías cinco años cuando me enteré de lo de tu padre.

—¿De lo del juego?

—De lo de la puta.

—Dijiste que había algo más. En tu carta. ¿Qué más, mamá?

Anna negó con la cabeza y cerró los

ojos. No volvió a abrirlos y Eliza pensó que se había quedado dormida. Ya había oscurecido y empezaba a hacer frío, así que buscó una manta con la que abrigarse y bajó a la planta baja.

PASARON DOS DÍAS, en los que Anna no estuvo lo bastante recuperada como para bajar las escaleras. Eliza cuidaba de su madre; se preocupaba por ella de día y, de noche, dejaba abiertas las puertas de ambos dormitorios por si Anna la necesitaba. Y entonces una noche oyó que la llamaba a gritos. Agarró la bata y fue a toda prisa al dormitorio de su madre.

Encendió la lámpara de la mesita de

noche a tiempo para ver cómo Anna negaba con la cabeza, lentamente y con suma tristeza.

—Tengo una pequeña cuenta corriente en la oficina de correos de Cheltenham. Una suma insignificante, pero será tuya.

—No te preocupes por eso ahora, mamá.

Eliza se tragó el nudo en la garganta y vio cómo Anna abría los ojos, decía algo y volvía a cerrarlos. Murmuró algo más, pero era imposible seguir sus palabras. Le volvió el terrible recuerdo de todas las otras veces en que había bebido. Respiró hondo. Esto era distinto. La habitación estaba en completo silencio, excepto por la pesada respiración de Anna, y durante

un rato ninguna de las dos dijo nada. Entonces Anna soltó un gemido, frunció el ceño y agitó las manos.

—¿Puedo traerte algo, mamá?

Anna le dedicó una sonrisa torcida, y cuando habló, su voz era imperceptible, más aire que sonido. Eliza intentó tranquilizarla, pero su madre tenía la mirada perdida y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Hice algo malo.

—Por favor, no te alteres. ¿Qué importa eso ahora...?

—Importa.

Hizo una pausa y las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas.

Eliza no la entendía y no sabía qué decir.

Anna se secó las lágrimas y le dio un par de palmaditas en la mano, pero entonces empezó a toser y no pudo hablar durante unos minutos. Cuando retomó la palabra, lo hizo con rabia en la mirada y con la cara completamente cambiada. A Eliza le dio un vuelco el corazón al ver este vestigio de la antigua ira de Anna, pero pasó en un momento y solo quedaron sus ojos hundidos y su piel fina como el papel. Cada vez le resultaba más difícil recordarla como era antes.

Anna le cogió la mano y trató de sonreír, pero tenía los ojos rojos y bañados de lágrimas.

—Por favor. Para mí ya es tarde, pero si tú...

Se hizo un breve silencio durante el cual Eliza intentó averiguar qué quería decir.

Anna empezó a toser otra vez y Eliza le acercó un vaso de agua a los labios. Bebió un sorbo y emitió un sonido ahogado, que no llegaba a ser un grito; más bien el gemido de un animal asustado. Después volvió a hablar.

—Quizá puedas arreglarlo.

—No te entiendo.

Anna respiró hondo, consiguió no toser y habló con voz apremiante y entrecortada.

—Quiero que encuentres a tu hermana.

Eliza se quedó literalmente boquiabierta. ¿A su hermana? No tenía

hermanas. En todos sus recuerdos de infancia, solo estaban ellas dos. No podía estar hablando en serio... Miró a Anna, que acababa de quedarse dormida y cuya respiración era muy débil. Eliza la observó unos minutos y bajó silenciosamente las escaleras.

MÁS TARDE ELIZA bajó del desván el frasquito de aceite esencial para perfumar la habitación, pero no consiguió enmascarar el olor a enfermedad, que impregnaba el aire.

Y cuando su madre olió el aceite, se echó a llorar, así que Eliza lo sacó al cobertizo del jardín, donde no molestase a nadie.

Le preguntó por la hermana que había mencionado, pero Anna parecía haberlo olvidado por completo, y Eliza no pudo hacer más que observar a su madre, que la miraba como si no supiese quién era. Entonces, de pronto, susurró:

—Tu hermanastra. Me la encontré en casa una vez, sucia y descuidada, la pobre.

Después de eso, la debilidad no la dejó decir nada más y Eliza esperó, con su mano entre las suyas, viendo cómo se borraba la vida de su madre.

Entonces, sin previo aviso, mientras Eliza estaba fuera del dormitorio preparándose una taza de té, el corazón de Anna dejó de latir. Solo tenía sesenta años. Eliza ahogó un gemido y la cogió

de la mano. Y entre sollozos, cantó una de las canciones preferidas de su niñez a su madre muerta. Después lloró como nunca había llorado antes. Se habían reconciliado demasiado tarde y ahora no había vuelta atrás.

INDIA, JULIO

CON LA VIEJA fotografía que había encontrado como única pista, Eliza volvió a India. Aunque solo llevaba dos meses fuera, parecía una vida entera. Como la casa no era de Anna, una vez inscrita su muerte en el registro y celebrado el pequeño funeral, Eliza no tuvo motivos para quedarse.

Para empezar, se registró en el hotel Imperial de Delhi e intentó localizar el

estudio de fotografía donde se había tomado el retrato que había encontrado en el baúl. Por desgracia, llevaba años cerrado, y Eliza se preguntó si algún día llegaría a descubrir si su madre deliraba o si le había dicho la verdad sobre su hermanastra. Un detalle la inclinaba a creerlo: el hombre de la foto tenía un aire a su padre, aunque no se parecía en nada al padre que Eliza recordaba.

Tras parar en Calcuta y en Delhi, viajó hasta Juraipur, donde Clifford fue a recibirla en la estación. Eliza le preguntó por la explosión de Delhi y Clifford le dijo que Jay se había recuperado de sus heridas. Inmensamente aliviada por la noticia, le dio las gracias por su amabilidad. Pero

hacía un calor insoportable y Clifford, que ya tenía los cachetes sonrosados, se puso colorado como un tomate. Eliza no pudo evitar sentir algo de lástima por él. Había prometido intentar quererlo, pero sabía desde el principio que nunca lo conseguiría. Antes de dejarla en casa de Julian y Dottie, también le explicó que ni sus fotografías ni sus placas se habían perdido en la explosión: cuando se produjo, Clifford ya las había recibido todas, excepto la última remesa, en su residencia de Juraipur. Eliza dejó escapar un profundo suspiro de alivio, y cuando Clifford la besó, se esforzó por no pensar en qué haría cuando llegasen los momentos de mayor intimidad. Ahora que los olores de Rajpután le

invadían repentinamente la nariz, le resultó algo más fácil olvidar por un momento el dolor que sentía por la muerte de Anna. Aunque estaba haciendo todo lo que podía, no pudo evitar que la desesperanza se apoderase de ella.

LOS PRIMEROS DÍAS que pasó en casa del médico estuvo muy ocupada con varios eventos sociales organizados por sus anfitriones: una pequeña fiesta de cóctel, un té con invitados y una partida de bridge. Después, como hacía tanto calor, prefirieron no salir a la calle, y aunque Eliza se esforzaba por aparentar normalidad, tenía la sensación de que

los cimientos mismos de su vida se derrumbaban poco a poco. Pronto casi había olvidado el olor a tierra mojada y la atmósfera húmeda de Inglaterra y se había rendido al aire seco del desierto.

Una mañana se despertó acalorada y febril, con una imagen aterradora en la cabeza: en su sueño, se vio a sí misma convertida en una bola de fuego roja encerrada en una jaula de oro envuelta en llamas. Rompió en sollozos y pronto la oyó la mujer del médico.

A pesar de no tener hijos, Dottie era muy maternal. Cuidaba de su marido como una gallina cuida a sus polluelos, y ahora hizo lo propio con Eliza. Aunque lo hacía con buena intención, Eliza sentía ganas de taparse los oídos

con las manos y gritarle que se fuese y la dejase en paz. Sabía que no era justo, porque Dottie siempre había sido la amabilidad personificada, pero Eliza quería ahogarse en su pena, no que la consolasen y la ayudasen a superarla. Y aunque Dottie hacía todo lo posible por convencerla de que se vistiese y bajase, Eliza volvía tercamente la cara hacia la pared, consumida por una furia silenciosa.

Algo más tarde oyó unos pasos pesados en el rellano y segundos después alguien llamó discretamente a su puerta. Eliza deseó que fuera Jay y por un momento, abandonando toda cordura, creyó que estaba a punto de entrar y se apresuró a sentarse en la

cama. Cuando entró Clifford, volvió a dejarse caer sobre los almohadones y se negó a mirarlo.

—Vamos, querida —le dijo—. Estoy muy feliz de que hayas vuelto a casa, pero no puedes estar así.

Eliza no respondió. Ni siquiera movió un músculo.

—El virrey va a pasar por Juraipur la semana que viene y necesito que estés en excelente forma para recibirlo.

Eliza se giró hacia él y abrió los ojos.

—No soy un puñetero caballo, Clifford.

Leyó la irritación en sus ojos, pero no pudo evitarlo. Se preguntó si sabría algo de su hermanastra, pero cuando le sacó el tema, Clifford la miró sin comprender

y le dijo que Anna debía de estar delirando. Ahora que no le quedaba nadie a quien preguntar, Eliza se sintió tentada de dejarlo estar.

Soportó los besos húmedos de Clifford, que, por suerte, no esperaba más; pero al pensar en lo que estaba por venir, se le revolvió el estómago. Cada vez que Clifford le pedía que fijara la fecha de la boda, le ponía alguna excusa. Necesitaba algo de tiempo tras la muerte de su madre. Haría demasiado calor. Prefería que no fuese a finales de año.

Cuando no la desgarraba el dolor insoportable de estar separada de Jay, pensaba en su madre, a la que la vida había destrozado y que había acabado como un juguete roto. Era

insoportablemente triste. Pero entonces se preguntó si su madre habría estado radiante alguna vez, iluminada por una luz interior. ¿Habría sido feliz alguna vez? Y, de ser así, ¿era David Fraser el que había apagado su luz? Y ella misma, ¿no había estado siempre deslumbrada por su padre y nunca había sabido valorar a su madre?

¿Una hermanastra?

Estas palabras se le venían con frecuencia a la mente y la inquietaban. Pasó un día y después otro. A la mañana siguiente, Eliza fue al baño, se apoyó en el lavamanos y se miró al espejo. Vio su piel cenicienta y su pelo descuidado y se dio cuenta de que había cambiado, pero no a mejor. Se dio un baño y después se

sintió algo más animada.

Las pesadas cortinas del dormitorio estaban corridas. Dottie las había dejado así cuando Eliza le había dicho que la luz le hacía daño en los ojos. Pero ahora Dottie entró en la habitación con una caja entre las manos.

—Mira, Eliza —dijo—. Esto es para ti, pero primero voy a abrir las cortinas. El ambiente está viciado y te vendrá bien algo de luz y aire fresco.

Eliza miró el único rayo de sol que se distinguía por una rendija entre las cortinas. La luz se le clavó en los ojos como un cuchillo y le dio la espalda.

—Me da igual —dijo Dottie—. Date la vuelta si quieres, pero voy a ventilar la habitación.

Eliza oyó el crujido de las cortinas al plegarse y vio que la luz inundaba la habitación.

Dottie se le acercó.

—Te has lavado el pelo.

—Sí.

—Es un comienzo —dijo, dándole una palmadita en la mano—. Y ahora, abramos la caja.

Se sentaron en un pequeño sofá de dos plazas junto a la ventana que daba al jardín.

—Es de Clifford —dijo Dottie, en un tono de voz neutro.

Eliza abrió la caja y la funda de cuero que contenía y se sorprendió al ver una cámara Leica nuevecita Modelo C *Schraubgewinde*, con un juego de lentes

completo y hasta un telémetro independiente que podía acoplarse a la parte superior de la cámara.

—Qué detalle —dijo Dottie—. Clifford es un gran partido, Eliza.

Eliza parpadeó rápidamente, ilusionada. Una nueva cámara podía marcar la diferencia.

—Ha debido de costarle una fortuna. No puedo creerlo.

—Sé que no es el amor de tu vida —continuó Dottie—, pero acaba de demostrarte cuánto te quiere.

—¿Cómo sabes que no es el amor de mi vida?

—Querida, me lo dijiste, ¿recuerdas? De todas formas, se te nota en la mirada. Siempre se nota en la mirada. Yo

también me vi en una situación parecida, a mi manera.

Sorprendida por una confesión tan íntima, Eliza miró a su amiga.

—No me mires así —dijo Dottie—. Él era un humilde suboficial del ejército británico, un londinense, no me convenía... pero lo quería.

—No te juzgo. ¿Cómo iba a juzgarte?

—No es algo que suela contar a mucha gente, así que confío en que quede entre nosotras dos, pero me quedé embarazada. La vergüenza estaba matando a mi madre, así que accedí a casarme con Julian.

—¿Y qué pasó con el bebé? —preguntó Eliza, dudosa.

—Lo perdí.

—Lo siento mucho. —Hubo un momento de silencio—. ¿Y nunca tuviste otro?

—No sientas pena por mí. Durante mucho tiempo estuve como muerta por dentro, pero desde que lo superé, Julian y yo hemos sido felices y lo quiero. De verdad.

—¿Sería una impertinencia por mi parte preguntar por qué no habéis tenido hijos?

—Me temo que Julian no puede.

—¿Lo sabías cuando te casaste con él?

Dottie negó con la cabeza y se le llenaron los ojos de lágrimas. Eliza le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Sabes? Cuando estuve en

Inglaterra, mi madre me dijo que tengo una hermanastra.

—¿En serio? ¿Tienes idea de quién puede ser?

—Ni siquiera sé si es verdad.

—Entonces —dijo Dottie—, deja que sea tu hermana.

Las dos seguían sentadas y con los ojos llorosos cuando entró Clifford.

—Vaya por Dios, Dottie, espero que Eliza no te haya contagiado la enfermedad del llanto.

Eliza fingió reír, mientras que Dottie se enjugó las lágrimas con las manos.

—No seas ridículo, Clifford —dijo Eliza—. A Dottie no le pasa nada.

—¿Bueno? ¿Te gusta la cámara?

Eliza se levantó y se acercó a

Clifford.

—Me encanta. Es justo la marca y el modelo que quería. Gracias.

Y Clifford, con aire satisfecho, le dio un beso en la mejilla.

La cámara resultó ser justo lo que Eliza necesitaba. En seguida empezó a hacer fotos del precioso jardín de Dottie, de la casa y de la propia Dottie. Hasta le rogó a Clifford que le dejase un criado para que la ayudara cuando saliese a explorar la ciudad vieja. Una vez allí, fotografió las caras, las flores, la comida y todo lo que vio. Le pareció ver a Indi, pero cuando la chica se volvió, se dio cuenta de que no era ella. Pero eso solo la decidió todavía más a regresar al castillo a buscar su

equipamiento.

Una tarde, después de vagar sin rumbo fijo, se sentó en el jardín de Dottie, bañado por el sol, preguntándose cómo debía abordar el tema de su visita al castillo para organizar la devolución de sus pertenencias. Cuando Clifford se le acercó a grandes zancadas y con una amplia sonrisa en la cara, se dio cuenta de que debería haber escogido una de las butacas de mimbre.

Clifford se sentó a su lado en el banco, pero no dijo nada. Eliza lo observó unos segundos y se preparó para la desagradable conversación, cruzando firmemente las manos sobre el regazo y no sucumbiendo al impulso de alejarse de él.

—Bueno —dijo Eliza—. ¿Qué pasa? Es evidente que estás deseando decirme algo.

—En efecto —dijo, y ella vaciló bajo su mirada, tan directa—. El caso es, mi vieja amiga, que me he adelantado y he fijado la fecha.

—Oh —dijo Eliza, y se miró los pies mientras alisaba los pliegues de su falda. Cuando intentó pensar en algo más que decir, la mente se le quedó en blanco.

—No pareces muy contenta. Creí que te alegrarías.

Eliza parpadeó, conteniendo las lágrimas que amenazaban con inundarle los ojos, y respiró lenta y profundamente. Sabía perfectamente que

había estado intentando posponer lo inevitable, y, a no ser que Clifford fuese todavía más insensible de lo que pensaba, debía de haberse dado cuenta. Recordó que en tiempos le había parecido un hombre sensible: ¡qué equivocada estaba!

Clifford seguía esperando una respuesta, así que levantó la vista, pero no hacia él. Veía con tanta claridad la imagen de Jay en su imaginación que le dolía. La razón por sí sola no podía explicar la atracción, pero no se debía solo a que Jay fuese guapo e inteligente, sino también a su sensibilidad. A cómo la trataba, como si lo que decía le interesara por encima de todo.

—¿Cuándo? —preguntó por fin.

—En octubre. Para entonces habrá refrescado. Ya estoy harto de este condenado calor.

—¿Dónde?

—Aquí, en Juraipur.

Aquí, no. ¡No delante de las narices de Jay! Se esforzó por disimular su terror y, dándose cuenta de que se había estado retorciendo las manos en el regazo, se quedó quieta.

—¿Tan pronto?

—Nos estamos haciendo mayores, y si queremos oír las risas de niños por la casa... Bueno, cuanto antes empecemos a practicar, mejor.

Clifford se ruborizó y Eliza cerró los ojos, como si no lo hubiese visto. Era julio, así que solo le quedaban tres

meses. Al pensarlo, la imagen de Jay se volvió aún más nítida.

—Esperaba poder ser fotógrafa durante más tiempo. Antes de tener hijos, quiero decir —comentó con voz tranquila, como si fuese una sugerencia de lo más normal.

—Eliza, ya has cumplido los treinta. Siendo realistas, no podemos posponerlo. Así que no, creo que no.

Eliza abrió de golpe los ojos.

—Pero pensaba hacer fotografías por todo el mundo. En París o Londres, como mínimo.

Clifford extendió el brazo y le cogió la mano.

—No me estás haciendo caso. He dicho que no. Serás esposa y madre, y

además, de lo más idónea. Que no te quepa duda de que tus obligaciones acapararán cada minuto de tu tiempo. — Y, tras darle una palmadita en la mano, se la soltó—. Es mejor que la fotografía sea solo una afición. Buena chica.

Eliza se puso en pie y, sintiendo que acababa de clavarle un puñal en el corazón, lo miró, enfadada.

—Si voy a casarme contigo, Clifford, tenemos que dejar clara una cosa. No pienso aceptar órdenes sobre lo que debo o no debo hacer. Y mañana volveré al castillo a buscar mis cosas. Confío en que me dejes llevar un coche, ¿o preferirías que fuese en una carreta tirada por un camello? Después de todo, es como llegué.

Se alejó unos cuantos pasos y oyó que Clifford se le acercaba, pero cuando se volvió para mirar, vio que se dirigía hacia el otro lado, hacia la puerta del jardín.

CUANDO CHATUR LA recibió en la cima de la larga rampa que conducía a la puerta principal, todas las palabras que había estado practicando se le borraron de la mente. El diván dio un paso hacia ella, agitando en la mano unos cuantos folios de papel fotográfico ennegrecido del tipo que Eliza usaba para las hojas de contacto.

Eliza frunció el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Por qué están todas

negras?

Chatur levantó los dedos manchados de negro y le entregó los papeles.

Eliza los olisqueó.

—¿Cómo es que están quemados?

Chatur puso cara de pena.

—Estoy destrozado. Hubo un incendio.

Eliza percibía el olor a fuego, pero, además, a mentiras y engaños.

—No te creo —dijo—. ¿Dónde?

—El cuarto oscuro se incendió, y también su dormitorio.

—¿Quiere decir que todo mi equipamiento y mi ropa...? —exclamó Eliza, con un hilillo de voz, como si la hubieran dejado sin aliento de un puñetazo.

—Han quedado reducidos a ceniza.
—Negó con la cabeza—. Una lástima.

Eliza entrecerró los ojos, inclinó la cabeza hacia un lado para que se diese cuenta de que no lo creía y se secó el sudor que empezaba a brotarle en el nacimiento del pelo. El dolor que sentía se había vuelto casi insoportable.

—¿Cuándo pasó? —preguntó.

Una vez más, la miró con cara de pena.

—Justo anoche, y aquí estás, a la mañana siguiente. Por poco. Toda una lástima.

No iba a conseguir nada discutiendo con él, pero la expresión calculadora de sus ojos terminó de decidirla. Incapaz de pensar en una respuesta adecuada,

tenso la mandíbula. Alzó la vista hacia el imponente castillo, le volvió la espalda a Chatur y subió al coche sin despedirse.

DE VUELTA EN casa de Dottie, la abandonaron las fuerzas. Parecía que cada vez que lograba salir del pozo de la desesperanza, algo volvía a empujarla hacia el fondo. Cerró los ojos y se imaginó las profundidades de un hoyo de verdad. En Rajpután, los pozos oscuros y húmedos se habían utilizado para cometer tanto suicidios como asesinatos, seguramente hasta el día de hoy. La idea bastó para sacarla del momento de pánico, pero seguía estando destrozada.

Sin su equipamiento y sin su ropa, lo único que le quedaban eran los restos de los ahorros de Oliver, las sumas mensuales que había ido guardando y el modesto fondo de ahorro que su madre había depositado a buen recaudo en una oficina de correos de Cheltenham. No era precisamente una fortuna.

Estaba tan furiosa y frustrada que empezó a gritar y dar patadas por su dormitorio, en casa de Dottie. Acalorada, sin aliento y sin saber cómo deshacerse de la furia que sentía, se tumbó boca abajo en la cama y golpeó la almohada, deseando que fuese ese demonio de Chatur.

Dottie debió de oírla, porque entró en la habitación y se agachó junto a la

cama. Cuando se volvió para mirarla, Dottie le sonrió amigablemente y le preguntó a qué venía tanto ruido. Eliza la fulminó con la mirada.

—Esos malnacidos han destruido todo mi equipamiento.

—¿Quién?

—Chatur y los del castillo. Lo han quemado todo. Al principio no quise creerlo, pero es justo el tipo de cosas que suelen hacer. Bueno, que suele hacer Chatur. Lo que no entiendo es cómo sabían que iba a subir al castillo hoy.

—Querida, tal vez Clifford los llamase para avisarles de que ibas a ir. Ya sabes... queriendo ayudarte. De todos modos, puedes comprar más equipamiento, ¿no?

Eliza negó con la cabeza y añadió:

—Mi ropa también se ha quemado. Solo me quedan estas pocas cosas — dijo, señalando el armario.

Dottie la miró con una sonrisa cómplice.

—No te preocupes. Tú levántate y sígueme.

Eliza, desconcertada, hizo lo que le pedía. Las dos mujeres salieron del dormitorio y se dirigieron a un cuartito situado en la parte trasera de la casa.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Eliza, mirando a su alrededor.

—Toda esta ropa se me ha quedado pequeña. He cogido unos kilitos este último año. Una lástima, porque algunos de los modelitos son preciosos.

Pruébate todos los que quieras y quédate con los que te valgan.

—¿Estás segura?

—No creo que vuelva a estar así de delgada. La mayoría no son muy antiguos, verás que no están pasados de moda.

—Somos más o menos igual de altas, ¿verdad? —dijo Eliza.

—Creo que te saco unos centímetros, pero, si hace falta, les cogeremos el dobladillo.

Una hora después, Eliza estaba sudorosa pero contenta tras haber escogido tres blusas, dos faldas y dos vestidos. Por desgracia, Dottie no tenía pantalones; pero si necesitaba algo más, seguramente lo encontrarían en los

asfixiantes bazares. Dottie prometió enviar a una de las criadas indias al bazar con ella; así, si Eliza quería comprar ropa de estilo indio, la criada conseguiría un mejor precio fingiendo que era para ella.

Fue justo lo que hicieron. Después de pasar dos horas en la jungla del bazar con un calor insoportable, Eliza consiguió encontrar todo lo que necesitaba. Aunque las calles apestaban a pescado y a desagües, Eliza se lo pasó de maravilla, y cuando volvió a casa de Dottie al final del día, el cielo relucía, de un rosa intenso, justo antes de que el sol desapareciese tras el horizonte.

ELIZA Y DOTTIE estaban ocupadas reorganizando la biblioteca cuando oyeron que llamaban a la puerta principal. Aunque todavía era temprano, un pequeño ventilador ya estaba en marcha y el aire que expulsaba ponía a bailar las motas de polvo en los rayos de sol. Incluso a estas horas, el calor era abrasador y Dottie le explicó que, justo antes de las lluvias, sin posibilidad de escapar del insufrible calor, todo el mundo andaba de un humor de perros.

—Iré yo —dijo Dottie, limpiándose las manos en el delantal y escondiéndolo tras un cojín.

Eliza enarcó las cejas y su amiga sonrió.

—Bueno, nunca se sabe.

Mientras Dottie estaba en el vestíbulo, Eliza se asomó por la ventana y vio el gigantesco ficus del jardín. Deseó sentarse bajo sus ramas, aunque sabía que hasta la sombra le traería escaso alivio ahora que el aire se había vuelto tan seco que absorbía la humedad de la piel.

Dottie volvió a los pocos minutos con un sobre blanco en la mano.

—Para ti —dijo—. Es del castillo.

Eliza lo cogió y lo observó con

atención, invadida por un inquietante presentimiento.

—¿No vas a abrirlo? —dijo Dottie, con una mirada curiosa.

—Yo... sí, por supuesto. Es solo que...

—¿Qué pasa?

—Seguramente, son tonterías mías.

Abrió el sobre y sacó un solo folio. Mientras lo leía, apenas se dio cuenta de que le temblaban las piernas. Se apresuró a sentarse y releyó la carta, pero siguió sin poder entenderla.

—¿Son malas noticias? —preguntó Dottie, evidentemente curiosa.

—No estoy segura.

—Dime.

Eliza vaciló, sin saber si debía

revelarle el contenido del sobre o no. Después de un momento, empezó a hablar. Mintiendo, no iba a ganar nada.

—Jay quiere verme. Está en un campamento, no sé muy bien dónde.

Dottie palideció y se sentó junto a Eliza.

—¿Crees que sería buena idea?

Eliza negó con la cabeza.

—¿Qué te dice?

Eliza le pasó la nota a su amiga, que la leyó y levantó la vista.

—¡Qué presuntuoso! Da por hecho que lo dejarás todo y acudirás a su llamada.

Eliza asintió con la cabeza.

—No puedo ir.

Se hizo un largo silencio, que Dottie

fue la primera en romper. Miró a Eliza y le dedicó una media sonrisa.

—Pero tampoco puedes dejar de ir, ¿verdad?

Eliza agachó la cabeza, demasiado confusa por sus emociones encontradas como para responder.

—¿Qué vas a hacer? —insistió la mujer del médico—. Por lo que pone aquí... —indicó la nota con un golpecito del dedo y se la devolvió a Eliza— el coche vendrá a recogerte dentro de una hora.

—No puedo. Clifford se pondría furioso.

—Sí.

—Me odiaría. Todos me odiaríais.

—Yo nunca te odiaría. Eres la

primera amiga de verdad que he hecho en Rajpután. Estaba deseando que te mudases a la casa de al lado; pero lo entiendo, de verdad. Te he visto con Clifford: he visto cómo rehúyes el contacto con él, aunque hagas todo lo posible por ocultarlo.

Eliza no pudo evitar avergonzarse, pero hasta la voz de Clifford le hacía daño en los oídos. Se mordió el interior de la mejilla antes de hablar.

—¿Y si voy y Jay no quiere quedarse conmigo?

—Es un riesgo. Deberías ir, pero si decides que quieres volver, tendrás que cortar con Jay. Definitivamente. No quiero ser cruel, pero tienes que tomar una decisión y atenerte a ella.

Eliza se levantó al mismo tiempo que Dottie y las dos mujeres se fundieron en un abrazo.

—Has sido muy buena conmigo, Dottie.

Sonrió con ganas.

—Siempre estaré aquí. Y, mientras tanto, le diré a Clifford que has salido un momento con un amigo mío.

CUANDO EL SOL subió algo más en el cielo, Eliza acudió a encontrarse con Jay. No sabía qué iba a pasar, pero no ir sería como darse la espalda a sí misma. Durante el viaje, un sinfín de imágenes de Jay se le pasaron por la mente, poniéndola nerviosa. La ilusión que

sentía no llegaba a suprimir el miedo de que tal vez ni siquiera se presentase.

Bajó la ventanilla del coche y un mendigo le sonrió, así que le tiró un puñado de rupias por la ventana. Debía de ser un buen augurio, pensó, y sonrió para sus adentros: ¿acaso se estaba convirtiendo en una indígena, como dirían los británicos? Si así era, no le importaba. Se sentía libre, la sangre le corría con alegría por las venas. Será maravilloso y emocionante ser una indígena, susurró, y las palabras le burbujearon en la cabeza hasta quedar mareada.

Mientras la sensación de ilusión y de nervios se volvía casi insoportable, pasaron junto a una hilera de camellos

que salían de una aldea. Más adelante vio a un grupo de agricultores y a unos jóvenes que guiaban a sus bueyes. El conductor atravesó varias aldeas de chozas de adobe con tejados de paja, y solo entonces empezaron a invadirle las dudas. Dio una manotada a un mosquito que le zumbaba alrededor de la cara y se percató de que tenía la frente caliente al tacto. Demasiado caliente. ¿En qué estaba pensando? Había bastado con que Jay chasquease los dedos para que ella acudiese corriendo. Y ahora empezó a oír otra voz en su cabeza: la de su madre, que la regañaba y le decía que no fuera estúpida. Pero no era un simple rapapolvo, sino algo mucho, muchísimo peor, y mucho más profundo. La

devolvió al desasosiego y el malestar de otra época, cuando a las madres había que tratarlas con cautela y los padres se iban para no volver.

Hoy su mente estaba poblada de sombras, pero cuando un viento abrasador le metió un puñado de polvo y un par de moscas en los ojos, consiguió salir de su ofuscación. Quería que la llenase la luz del sol y, por encima de todo, quería estar con Jay, con la cabeza bien alta, para que todo el mundo los viera.

También quería ser como Lee Miller, la estadounidense que había conocido en París, cuya meta era ser fotógrafa. Aunque Eliza había comprendido que tal vez se casase algún día, sabía que le

quedaba mucho por hacer. No sabía cómo ni cuándo, pero todavía tenía que sacar su equipamiento del castillo para ver cuántas de las cosas habían quedado destrozadas. Y, pasara lo que pasase con Jay, esperaba poder organizar su exposición en el hotel Imperial, aunque tuviera que reducirla y hacerlo sola.

El calor, plomizo e implacable, era agotador, pero Eliza tenía una sonrisa en la cara. La primera señal de que se acercaban a su destino fue una neblina compuesta de humo, suspendida en el deslumbrante cielo azul. Apartó con la mano un enjambre de moscas y percibió el olor a carbón y el aroma dulce y tentador de la carne asada.

Cuando por fin vislumbraron el

campamento, experimentó los primeros signos de auténtica aprensión: el corazón acelerado y las palmas de las manos sudorosas. La belleza sencilla del desierto relucía bajo el sol, y habían levantado una llamativa tienda de rayas rojas y plateadas, rodeada por una docena de antorchas encendidas. ¿Todo esto sería especialmente para ella o Jay habría decidido acampar así de todos modos? ¿Sería ella el centro de la situación o no?

Miró a su alrededor, intentando dar con Jay, pero lo único que vio fue una gran bandada de pájaros, que se alzó de pronto en el cielo, por encima de la tienda. Para Eliza, fue un momento de aplastante decepción. Seguramente

estaría a punto de llegar, pensó, mientras el conductor le ayudaba a bajarse del coche y acarreaba su maleta en dirección a la tienda.

—Espere —gritó Eliza—. Yo la meteré en la tienda.

—Su cuarto está a la derecha —respondió el hombre.

Eliza se sorprendió. No sabía que podía haber más de una habitación en una tienda, pero esta era muy grande. La puerta de tela estaba abierta y, tras separar las vaporosas cortinas de muselina que cubrían la entrada, Eliza se encontró en un pequeño vestíbulo. «¡Imagínate! —pensó—, ¡una tienda con vestíbulo!». Una vez dentro, apartó una cortina más pesada que había a la

derecha y entró en la habitación que iba a ser la suya.

Todo el interior estaba decorado con franjas de sedas de color rubí que se unían en el techo de la tienda, como en una antigua carpa de circo. Pero lo que más le llamó la atención fue la cama. El armazón estaba pintado de dorado y la colcha y los cojines eran plateados. Alguien había esparcido pétalos de rosa sobre la cama y el suelo que la rodeaba, que estaba cubierto por algunos de los kílimes tejidos más hermosos que había visto nunca. Un diván, un sillón, una mesita y un tocador completaban la decoración de la habitación.

Se sentó en la cama, asombrada, pero también un poco desconcertada. La

habitación estaba perfumada y, al respirar el aire, se dio cuenta de que había dos quemadores de aceite en sendos rincones, de los que procedía un olor a rosas y a naranjas dulces. Era todo tan perfecto que casi le pareció increíble. Pensó en el sencillo pícnic del que había disfrutado con su madre y deseó que Anna pudiese haber visto todo esto. Pero, a medida que pasaba el tiempo y seguía sentada en el borde de la cama, empezó a estremecerse, inquieta. ¿Por qué la habría traído aquí Jay? ¿Y si la nota ni siquiera era de él?

Oyó el crujido de la seda y levantó la vista. Jay, con expresión seria, la observaba en silencio desde el umbral. Se le vino a la mente la imagen de sus

manos desliziándose con fluidez sobre su cuerpo y sintió que algo se despertaba en su interior. Pero Jay parecía tan distante como el sol en pleno invierno inglés y Eliza parpadeó para contener las lágrimas. ¿En qué estaría pensando? ¿Por qué no decía nada?

—Entonces, ¿ya te has recuperado de la explosión? —dijo, nerviosa.

Jay enarcó las cejas.

—Quiero decir, me contaron que estabas bien. ¿Fue una bomba?

Ahora frunció el ceño.

—Así que vamos a hablar de bombas, ¿no? Y luego, ¿qué? ¿Del tiempo?

Eliza hizo una mueca, sin entender por qué le hablaba con tanto sarcasmo, tragó saliva y le sostuvo la mirada. Hubo un

tiempo en que habría dado su vida por volver a ver esos ojos color ámbar rodeados de unas larguísimas pestañas negras y ahora necesitó todo su autocontrol para no encogerse bajo su mirada.

—Eliza, ¿por qué no viniste a verme? Me enteré de dónde estabas por mi cuñada.

—¿Te lo dijo Priya?

—Nunca deja pasar una oportunidad de quedar por encima ni de demostrar que tiene acceso a información secreta. Pero, Eliza, intenté ponerme en contacto contigo.

—Lo siento.

—No quiero tus disculpas. Dime por qué.

Eliza soltó un profundo suspiro y deseó poder hablarle del trato que había hecho con Clifford. Deseó decirle: «Lo hice porque te quiero. Lo hice por ti».

Hacía muchísimo calor y se enjugó el sudor de la frente.

—Voy a casarme con Clifford en octubre —dijo, incapaz de mirar a Jay mientras hablaba.

Jay dio varios pasos hacia ella y Eliza percibió el olor a sándalo en su piel, insoportablemente evocador. Pero cuando le contestó, fue en tono de furia.

—¿Tan poco te importo? ¿Tan poco te importa lo nuestro? Maldita sea, Eliza, ¿cómo has podido?

Odiaba malgastar estos preciosos momentos con él, pero se daba cuenta de

que, al permanecer en silencio, atormentada, estaba haciendo justo eso.

—Muy bien —dijo él—. Volveré mañana, y en cuanto llegue, lo organizaré todo para que regreses con tu prometido.

Sus palabras rezumaban despecho.

—Hasta entonces, hay una doncella que te ayudará. —Y, dicho esto, salió de la habitación.

Eliza se echó en la cama y se dio cuenta de que el techo de la tienda estaba decorado con estrellas de plata. Se tumbó boca abajo y dio rienda suelta a las lágrimas. ¿Qué le pasaba? Había venido hasta aquí porque lo quería y solo había conseguido alejarlo. Pero lo cierto era que, a menos que se decidiese

a romper su compromiso con Clifford, no era una mujer libre, y aunque no le gustaba seguir los convencionalismos, no podía ser así de insensible ni imprudente. Pero ¿y si Jay se había marchado para siempre? La sola idea volvió a llenarle los ojos de lágrimas.

Intentó convencerse a sí misma de que tenía suerte de haberlo conocido; de que Jay hubiese formado parte de su vida, aunque por poco tiempo, y que siempre atesoraría su recuerdo, que llevaría en el corazón. ¿Y qué, si no podían estar juntos? Eliza había conocido el amor cuando muchos ni siquiera llegaban a experimentarlo. Pero, cuando lo pensaba, ¿hasta qué punto lo había conocido? ¿Qué parte de sus recuerdos

era realmente él y qué parte el hombre que ella creía que era? Tal vez no importase. Porque, mientras pudiese recordar su voz grave y seductora, siempre llevaría consigo una parte de él. Jay era el único hombre al que había querido, aparte de su padre, y seguía sintiendo el mismo amor por David Fraser, independientemente de lo que hiciese. Nunca olvidaría el amor salvaje e imperfecto de Jay ni cómo se le desbocaba el corazón cuando él estaba cerca. Nunca hablaría de ello, nunca daría explicaciones, y aprendería a vivir sin él.

Cuando entró la doncella, Eliza vio que era Kiri.

—Señora.

La chica la saludó a la manera tradicional, juntando las palmas de las manos.

—Kiri, me alegro mucho de verte — dijo, tragándose la pena.

Kiri se acercó y se arrodilló en el suelo, junto a la cama.

—Dame las manos, *memsahib*.

—Por favor, no me llames así.

—¿Qué digo, entonces?

—¿Eliza?

La chica torció el gesto.

—No puedo. ¿«Señora» está bien?

Eliza no pudo evitar sonreír.

—Me parece perfecto.

—Deje que la bañe y le lave el pelo.

Después, se sentirá mejor.

—¿Dónde?

Kiri se levantó y señaló una de las cortinas que decoraban la habitación.

—Tenemos un baño. Ven.

Eliza siguió a Kiri hasta un amplio baño con una bañera de metal pulida, un retrete de barro y el suelo cubierto de alfombras. Sobre una mesita, Kiri había preparado un par de mullidos almohadones y algunas toallas.

—La ponemos guapa.

—No sé si me servirá de ayuda ahora, pero estoy agotada y me sentará bien un baño.

—Señora, todo ha estado muy mal en el castillo desde que se fue. El señor ha estado... ¿cómo se dice? De un humor de morros.

Aunque avergonzada, decidió

preguntarle:

—¿Qué crees que siente por mí?

La chica se echó a reír.

—¿No lo sabe?

Eliza negó con la cabeza.

—Si alguien menciona su nombre, sale de la habitación. Si su madre habla de casarlo con una princesa lejana, le grita. Solo tiene que mirarle la cara, señora. Lo ve allí.

Mientras Kiri la enjabonaba y después le frotaba con aceite la piel, Eliza cerró los ojos. Una vez tuvo el pelo limpio del polvo del desierto, Kiri se acercó al armario y volvió con una preciosa túnica de seda verde azulada que hacía juego con los ojos de Eliza y un par de zapatillas bordadas. Señaló un

punto de la pared opuesta de la habitación.

—¿Quieres que pase por allí, Kiri?

—Sí, señora, yo no puedo seguirla...

—Bajó los ojos.

Eliza dio un paso adelante. Debería haberlo sabido, pero solo entonces se dio cuenta de que Jay no se había ido, sino que la esperaba al otro lado de la cortina. Hizo una pausa y se volvió a mirar a Kiri, pero la chica no levantó la vista.

Apartó la cortina y, pisando con cuidado, pasó al otro lado. Observó fascinada su lado de la tienda, decorado en un intenso azul añil bordado con hilos de cobre. No vio a Jay. El suelo estaba cubierto de alfombras de un azul más

claro que el de la seda que cubría las paredes de la tienda y, al mirar hacia abajo, vio los pies de Jay. Estaba justo al otro lado de una especie de armario alto, cuyas oscuras cortinas de terciopelo lo ocultaban de su vista. Pero cuando los ojos se le acostumbraron a la penumbra, interrumpida solo por un par de velas y lámparas de aceite que iluminaban discretamente la habitación, vio que Jay daba un paso hacia ella.

—Está atardeciendo —dijo—. Puedo avivar las lámparas si quieres.

Ella negó con la cabeza.

—Veo bien.

Se hizo un largo silencio durante el cual se miraron con atención. Después, Jay se le acercó y Eliza dejó que la

llevase hasta una cama cubierta de almohadones.

—Nos sentaremos juntos. ¿Te parece bien? —le preguntó, con la voz ahogada por la emoción.

La cama era baja y ninguno de los dos habló mientras colocaban los cojines a su alrededor. A pesar del decoro con que la trataba, Eliza intuyó una profunda tristeza en Jay que no hizo más que intensificar la suya.

Cuando ambos estuvieron medio reclinados, la cogió de la mano.

—Así que no te habías ido... —dijo ella.

Silencio.

—¿Jay?

Dejó escapar un suspiro y se volvió

hacia ella.

—Mírame, Eliza.

Cambió de posición para poder girar la cabeza y mirarlo de frente. El dolor que vio en sus ojos la dejó sin habla y, notando que los suyos se le llenaban de lágrimas, luchó por controlarse.

Entonces, mientras se miraban, Jay sonrió.

—Dime la verdad, mi amor. Por el amor de Dios, ¿por qué?

—¿Por qué Clifford?

Jay asintió sin decir palabra, pero lo que le soltó la lengua fue la intensidad de su mirada. Se dio cuenta de que era incapaz de mentirle y de que, ahora que estaba con él, podía ser ella misma.

—Prometió sacarte de la cárcel y

concederte inmunidad absoluta ante futuras acusaciones.

—¿Si accedías a casarte con él?

Eliza asintió con la cabeza.

—En su defensa, diré que en realidad fue idea de tu madre. Por favor, no te enfades con ella —añadió, cuando vio que tensaba la mandíbula—. Me lo sugirió para protegerte, Jay.

—Muy bien. Si crees que eso es lo que pasó, cambiemos de tema. He hablado con Devdan. Ha admitido que Chatur le pidió que le ayudase a incriminarme por los supuestos panfletos incendiarios.

—¿Por qué iba Dev a acceder a algo así?

—Tuvo sus razones.

—¿Cuáles?

—Eliza, de verdad, no puedo decírtelo.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y no te sientes traicionado?

—Creo que Dev estaba en una posición difícil. —La miró, haciendo una mueca—. Y además, le ofrecieron una recompensa a la que no pudo resistirse: Chatur le prometió una máquina de escribir y una licencia.

—¡Oh, Dios!

—Chatur estaba detrás de todo desde el principio. Llevaba meses intentando deshacerse de mí, así que manipuló a Dev.

Eliza lo miró, asqueada.

—Sabía que Chatur no era de fiar.

Pero ¿y Dev?

—No lo sé. De verdad. Hasta ahora ha sido un buen amigo. Hemos hablado.

—¿Cómo puedes estar tan ciego? Es capaz de cualquier cosa.

—Su padre era así, pero Dev no.

—¿Qué hizo su padre?

Jay negó con la cabeza.

—Lo único que puedo decirte es que lo que hizo el padre de Dev no fue nada bueno.

—¿Qué va a pasar con Chatur?

—Anish se está planteando sus opciones.

—¿Eso es todo? —preguntó, incrédula.

—Por el momento. Y ahora quiero que descanses, comas y duermas. Espero

que eso te aclare las ideas.

Pero había algo más que preocupaba a Eliza.

—Sabes que no podemos dormir juntos ahora que estoy prometida, ¿verdad?

Jay se llevó un dedo a los labios.

—No digas nada. Quedémonos aquí tumbados hasta la hora de comer.

DURANTE LOS PRÓXIMOS dos días, el calor fue aplastante. Aprovecharon el tiempo para hablar hasta que el calor se volvió insoportable incluso para conversar. Entonces se tumbaron uno junto al otro, fatigados y sin tocarse, Jay boca arriba con las manos juntas detrás

de la cabeza y Eliza acurrucada a su lado. Las horas se desdibujaban, llenas de sentimientos vagos que no sabían expresar con palabras.

—¿Qué pasa? —dijo ella, cuando llevaban algún tiempo en silencio.

Jay la miró un momento.

—Estamos tú y yo. Con eso basta, ¿no crees?

—Es muy distinto. No sé.

—¿Tenemos que ponerle nombre a lo que sentimos?

—Eso tampoco lo sé.

Y entonces Jay le contó que el proyecto de riego estaba casi terminado y que lo había dejado en manos de un Dev profundamente arrepentido. Eliza no supo si debía fiarse de la aparente

transformación de Dev, pero cuando le preguntó a Jay, este le aseguró que su amigo no haría nada que pudiese perjudicar el proyecto. También le dijo que la explosión que había presenciado en Delhi se había debido a una vieja lámpara de aceite que alguien se había dejado encendida. El candil hizo arder unos productos químicos mal almacenados, así que no se trataba de un ataque terrorista, después de todo. Eliza se alegró. Presenciar dos bombas, ambas en Delhi, la última un espeluznante eco de la primera, habría sido demasiado.

Durmieron por separado, cada uno en su parte de la tienda; pero la segunda noche, cuando lo oyó andar de un lado a

otro, fue toda una agonía resistirse a entrar en su habitación. En el silencio y el calor de la noche, Eliza no cedió a la tentación, resistiéndose a un deseo casi insoportable. En plena noche, salió a mirar las estrellas y vio la fogata, que seguía encendida y relucía como un faro en la oscuridad del desierto. Sabía que era para mantener a raya a los animales salvajes y oyó el crujido de la arena bajo sus pies cuando se giró y volvió a entrar.

A la tercera mañana, estaba sentada con las piernas cruzadas junto al fuego, acusando la falta de sueño y esperando al café, cuando salió Jay, todavía en bata. Su piel relucía a la luz de la fogata y tenía el pelo húmedo después del

baño, pero Eliza intuyó que estaba cansado al ver sus pronunciadas ojeras. «Él tampoco ha pegado ojo», pensó.

Cuando se puso en cuclillas a su lado, se le abrió el cuello de la bata y Eliza a duras penas consiguió resistirse a extender la mano para tocarle el pecho. Quiso sentir cómo el latido de su corazón se acompasaba y su aliento se fundía con el suyo, como antes... Pero se contuvo y le preguntó qué parte de su equipamiento había quedado dañada por el incendio en el castillo.

Jay la miró, perplejo.

—Chatur me dijo que un incendio había destruido el cuarto oscuro y mi dormitorio.

—No he oído hablar de ningún

incendio. Me lo habrían dicho.

—Entonces me engañó —dijo Eliza.

—Típico de Chatur.

—Bueno. —Suspiró. El corazón amenazó con darle un vuelco, pero, una vez tuvo los sentimientos bajo control, siguió hablando—. He decidido escribir a Clifford.

Ninguno de los dos había mencionado su compromiso desde que le había contado la verdad a Jay, pero este se había interpuesto entre ambos durante todo aquel tiempo; como una sombra que no podían ignorar del todo.

—¿Y? —dijo Jay, y se le iluminaron los ojos de esperanza. «Él también es vulnerable —pensó Eliza—, a pesar de toda su fuerza y virilidad».

—Voy a romper el compromiso. ¿Hay un jinete que pueda llevar la carta?

—Tengo al hombre perfecto. Partirá hoy mismo.

Eliza no pudo resistirse a la alegría con la que habló Jay y le sonrió.

—De acuerdo, déjame a solas una hora y escribiré la carta.

Una vez se marchó, Eliza empezó a escribir y una maravillosa sensación de esperanza le llenó el corazón. El monzón se acercaba; lo notaba en el aire y en su propia sangre. Gracias a Dios. No iba a poder soportar el calor mucho más tiempo y las lluvias serían un alivio muy necesario.

Al cabo del tiempo que habían acordado, Jay entró en la tienda; esta

vez con otro hombre.

—¿Lista?

Eliza asintió con un ligero cabeceo.

—Aquí la tienes.

—Mi hombre la llevará ahora mismo —dijo Jay—. Y le dirá a tu amiga Dottie que estás sana y salva.

Eliza lo miró con una amplia sonrisa cuando Jay la cogió de la mano.

—Y ahora, tenemos que darnos prisa. Los criados tienen que recoger el campamento antes de las lluvias y nosotros, mi encantadora inglesa, saldremos rumbo a Udaipur.

UDAIPUR

EL CALOR PLOMIZO era implacable, pero ahora, de camino a Udaipur, estaba claro que la lluvia era inminente y la tormenta se acercaba, ganando fuerza. La tarde estaba nublada y, por primera vez desde su llegada a la India en noviembre, Eliza vio cómo el cielo tormentoso se llenaba de movimiento y las nubes oscuras se agolpaban y arremolinaban. Era emocionante. Nuevo.

Distinto. Pensó que ojalá tuviese su cámara para captar las nubes negras, extrañamente iluminadas, que se deslizaban sobre la lejana cordillera de Aravalli. Y, al oír el retumbar de un violento trueno, sintió que se le electrizaba la sangre, agarrada a Jay mientras conducían en dirección a las lluvias a lomos de su motocicleta.

—¿Y si empieza a llover antes de que lleguemos? —gritó.

—¡Nos mojaremos!

Rio y, delirante de alegría por volver a estar tan cerca de él, aspiró su aroma a sándalo y a limas. Habían pasado muchas cosas antes de las lluvias, y un nuevo capítulo estaba a punto de abrirse ante ellos, justo cuando el cielo estaba a

punto de abrirse para descargar un aguacero.

Cuando se acercaron a Udaipur, Eliza apenas podía contener las ganas. Estaba deseando ver la romántica ciudad de los lagos, rodeada por la cordillera de Aravalli, que se extendía en todas las direcciones, y por fin había llegado el momento. Las ráfagas de viento abrasador agitaban las matas de hierba, y aunque se moría por ponerse a saltar y a aplaudir como una niña, sabía que tenía que agarrarse a Jay. Después de un tiempo, llegaron a una fortaleza que parecía surgir de la cima de un monte, como muchos de los fuertes que había visto en la India. Jay detuvo la motocicleta, se apeó y la ayudó a

bajarse. Mientras recobraba el equilibrio, Eliza admiró los arcos, torreones y cúpulas del castillo.

—Es el único sitio desde el que se puede ver el monzón —explicó Jay.

Eliza miró hacia abajo y apenas pudo contener su asombro al ver el reflejo del palacio, que parecía flotar sobre el espejo del lago. Era un lugar encantado e increíblemente romántico.

—¿De verdad has estado en el castillo del lago? —preguntó, como si fuese imposible que alguien pudiera entrar en lo que, más que un palacio de verdad, parecía un espejismo.

Jay enarcó las cejas, como diciendo: «Por supuesto, ¿qué esperabas?».

Después de contemplar la

arrebatadora vista de la ciudad y sus alrededores, llevaron el escaso equipaje al interior de la fortaleza, donde un criado los guio hasta un pabellón cubierto con enormes arcos y columnas, detrás del cual estaba el palacio.

—Lo veremos desde aquí —anunció Jay, mientras comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia.

—¿Ya está empezando? —preguntó Eliza, extendiendo las manos para atrapar las primeras gotas.

—Eso parece.

Las ondulantes nubes se habían vuelto de un morado intenso y sorprendente. De pronto, un relámpago iluminó por completo el cielo. Sobresaltada, Eliza le dio la mano a Jay.

—Magnífico, ¿verdad? —dijo.

—Apenas puedo creer que exista un sitio así.

Jay rio y le apretó la mano. Eliza se apoyó contra su pecho y sintió latir su corazón contra su espalda.

—La ciudad está rodeada de bosques, lagos y, como ves, la cordillera. Cuando deje de llover, te enseñaré las calles y los callejones de la ciudad vieja.

—El palacio del lago parece sacado de un cuento de hadas.

—Es el Palacio Real de Verano.

—¿Podremos ir a nadar? ¿Después de las lluvias?

—Si no te molesta que haya algún que otro cocodrilo.

Por un momento, solo cayeron unas

pocas gotas de lluvia, pero entonces oyeron un trueno ensordecedor, tan fuerte que pareció que el mundo temblaba de miedo. Y entonces empezó el aguacero. Un impenetrable muro de lluvia cayó sobre la ciudad, a sus pies, estrellándose contra el lago, y por todas partes la tierra seca empezó a emitir un increíble aroma y exhaló toda la dulzura que llevaba mucho tiempo guardándose. Oyó que Jay le decía algo, pero no pudo distinguir sus palabras por encima del estruendo.

Se quedaron allí, observándolo, una hora más. La lluvia seguía cayendo como si la tormenta fuese a consumir toda el agua del mundo y el cielo quedaba iluminado una y otra vez por

los relámpagos. Pronto el aire se tiñó de blanco y la espesa cortina de lluvia ocultó por completo la ciudad, el lago y el palacio. Cuando cesaron los truenos, Jay la giró hacia él. Ahora que empezaba a anochecer, apenas distinguía su cara a través de la lluvia, pero vio sus ojos brillantes.

—¿Estás lista? —preguntó—. Solo está dando una tregua.

—Sí. Vámonos.

Mientras la conducía de vuelta a la fortaleza, Eliza le preguntó dónde estaba el dueño y si le importaba que estuvieran allí.

—Es un viejo amigo, y no te preocupes, está todo organizado.

—¿Sabías que iba a venir?

—Lo esperaba.

Una vez en su habitación, Eliza vio una enorme cama con dosel, con las cortinas descorridas.

—¿Quieres cerrarlas? —le preguntó Jay.

Eliza sacudió la cabeza y se acercó a los amplios ventanales.

—Dejemos descorridas también estas cortinas —dijo.

—Y las ventanas abiertas para poder oír...

Ella rio.

—Eres todo un romántico, Jayant Singh Rathore.

—¿Y eso es malo?

Eliza corrió hacia él y le rodeó el cuello con los brazos. Jay la apartó del

ventanal y la guio hacia la cama. Cuando Eliza se recostó sobre los almohadones, le levantó la falda y le bajó con cuidado las medias, acariciándole las piernas con los dedos.

—¿Son de seda? —dijo.

—Es mi único par. Me las ha regalado Dottie.

Pero no pudo contener la risa; como si llevase mucho tiempo reprimiendo la alegría que invadía todo su ser y ahora no tuviese más remedio que salirle a carcajadas, apoderándose de ella y haciéndola temblar y estremecerse. Jay también rio y poco después Eliza empezó a reír y llorar al mismo tiempo, mientras él le secaba las lágrimas. Cuando por fin se serenó, Jay terminó de

desnudarla y la miró.

—Qué piel tan pálida —dijo—, como la porcelana.

Embriagada por el hechizo de la noche, Eliza se sintió liberada, no sabía de qué; pero era una sensación maravillosa y algo que nunca había experimentado antes.

—Ahora me toca a mí desnudarte —dijo ella.

—Primero quiero tocarte.

Eliza cerró los ojos mientras las yemas de sus dedos se deslizaban con suma delicadeza por su piel, empezando por los dedos de los pies y terminando con los párpados. Era una sensación tan exquisita que se perdió por completo en ella. Jay tenía algo de eterno, como la

tierra de la que venía, y cuando estaba con él, así, su mundo la atraía como un imán, como si ella también formase parte de ese universo de momentos eternos y atemporales.

Cuando terminó de desnudarlo, hicieron el amor. Fue largo y muy lento y Eliza perdió por completo la noción del tiempo. Fuera estalló un trueno, que pareció hacerse eco de su acelerado corazón, y cuando todo terminó, se tumbó junto a Jay, los dos pegajosos de sudor. Se preguntó si debía decir algo, pero sintió un amor tan intenso por él que no se atrevió a hablar por miedo a estropear aquel vertiginoso momento.

Aquella noche harían el amor más de una vez. Mientras la tormenta arreciaba

afuera y el viento amenazaba con hacer penetrar la lluvia por los bordes de los marcos de las ventanas, su deseo se volvió urgente y, con el sabor a él en la lengua, Eliza decidió que estos eran los momentos más emocionantes y más hermosos de toda su vida. Era imposible que nadie oyese los sonidos que articulaban desde el exterior, consumido como estaba por el monzón; y aunque el mundo hubiera tenido los oídos puestos en ellos, no le habría importado. Pensó en los habitantes de la ciudad, a los pies de la colina. Se los imaginó sonriendo de alivio y de placer por que hubiesen llegado las lluvias y se preguntó cuántos bebés se concebirían aquella noche.

AL DÍA SIGUIENTE, durante una tregua más prolongada, Jay la llevó a la ciudad vieja. Le sorprendió ver lo mucho que había subido el nivel del agua mientras caminaban por la orilla oriental del lago Pichola, rodeado de palacios, templos, *ghats* o escaleras que conducían hasta el agua y los suaves tonos ocre y violeta de la cordillera de Aravalli, cubierta de árboles.

Pero no solo era el lago. Ríos de lluvia fluían por los estrechos barrancos y las calles que conducían al lago; todo estaba húmedo y relucía al sol de la mañana. Jay le explicó que muchos describían la ciudad como la Venecia del Este y que sus lagos, por lo general en calma, estaban rodeados de preciosos

jardines.

—Durante la estación del monzón está magnífica, cuando se llenan los cinco lagos principales de Udaipur. Como ves, los palacios también han quedado relucientes.

—Tiene que ser el lugar más romántico de toda la India.

Jay rio y la cogió de la mano.

—Entonces, estamos en el sitio perfecto.

—¿No pasa nada por que andemos juntos en público?

—¿Desde cuándo te preocupa lo que piense la gente?

—Quiero decir... aquí es distinto. No deberías hacerlo, ¿verdad?

—No creo que a nadie le importe. Al

llegar las lluvias, una especie de locura se apodera de la gente. Se les mete en la sangre y se olvidan de las restricciones habituales.

—Me alegro de que haya refrescado.

Jay pareció abarcar lo que les rodeaba con un gesto del brazo derecho.

—Mírala. El rey *rajput* maharajá Udai Singh II fundó esta ciudad en 1559.

—Es una maravilla, pero ¿ya ha terminado? —preguntó—. ¿Ya han pasado las lluvias?

Jay la miró, sorprendido.

—Desde luego, espero que no. Necesitamos mucha más agua. Lo que ha caído hasta ahora bastará para resucitar la vegetación de las montañas, pero aún tenemos que llenar el embalse que

hemos construido, en casa.

—Vaya, casi lo olvidaba.

Jay tenía razón. Las lluvias monzónicas volvieron a caer al final del día y aquella segunda tarde se dio cuenta de lo mucho que la abundancia de agua parecía aliviar y tranquilizar a Jay. ¿Cómo no se había dado cuenta de lo preocupado que estaba por que las lluvias no llegasen aquel año? Acostumbrada como estaba a los chubascos constantes de Inglaterra, era fácil olvidar que aquí la lluvia podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Disfrutaron de otra noche maravillosa juntos. Gran parte de ella la pasaron hablando a oscuras, como hacen los

enamorados en la primera fase de un romance. Fue muy distinto al tiempo que habían pasado juntos por última vez, en el palacio de Jay. Esta vez se abrieron el uno al otro con más sinceridad que nunca. Jay le habló de su infancia en Inglaterra, de cómo había llorado sobre la almohada por las noches, de cuánto había odiado la insípida comida inglesa y del terrible esnobismo británico. Y le contó lo tristes que se pusieron todos cuando Laxmi perdió a su hija, su hermana pequeña.

—Creo que por eso le cogimos tanto cariño a Indi, aunque sabíamos que nunca podría ocupar el lugar de mi hermana. Fue muy difícil para Laxmi. Un hijo es parte de uno mismo. ¿Qué hacer

cuando pierdes una parte de ti?

—Me pregunto si mi madre habrá sentido alguna vez lo que describes — dijo Eliza.

Le dijo que no creía que su madre la hubiese querido nunca. Y le confesó que no había disfrutado de un solo momento de intimidad con Oliver y que temía irse a la cama por las noches. Cuando Oliver se quedaba dormido, solía bajar a la sala de estar, donde se pasaba la mayor parte de la noche en vela, y dormía de día, cuando él estaba fuera. Llorando, le dijo que no sabía que el amor podía ser tan distinto, y, envuelta en el constante murmullo de la lluvia, por fin se quedó dormida.

A la mañana siguiente alguien los

interrumpió muy temprano, aporreando la puerta de su dormitorio.

Jay se levantó de la cama, cogió una bata y fue a abrir, mientras Eliza se tapaba la cabeza con la sábana. Nunca había estado tan feliz, pero una cosa era que los criados supiesen de su relación y otra muy distinta que uno de ellos la viese desnuda en la cama de Jay. Oyó que cerraban la puerta y, en seguida, los pasos de Jay. Sorprendida por que no volviese a la cama, tiró de la sábana y lo vio de pie, muy rígido, frente a la ventana, contemplando la vista en silencio.

—¿Qué pasa? —dijo, con un nudo en el estómago y sin poder disimular la preocupación.

Jay se volvió hacia ella y le tendió una hoja de papel.

—Toma —dijo, con voz inexpresiva—. Léelo.

Eliza se bajó de la cama y se acercó a él. Cogió el papel que le ofrecía y lo leyó, sin apenas entender lo que significaría para ellos.

—Lo siento mucho —dijo.

—Tengo que irme.

La miró con tanta tristeza que no pudo reprimir un escalofrío.

—¿Ahora? ¿Tienes que irte ahora?

Jay asintió, ceñudo.

—¿Volverás?

—Sentémonos.

—No, dímelo.

—Como acabas de leer, Anish ha

muerto y no tengo más remedio que irme. ¿Lo entiendes?

—Por supuesto —dijo Eliza, consciente de que hablaba como una niña contrariada.

—Seguramente tendré que asumir el trono lo antes posible.

—Pero ¿volverás?

Volvió a negar con la cabeza.

—No sé si podré. Al menos, no en un futuro próximo.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Ya se nos ocurrirá algo. —Dejó una cartera en la mesilla de noche—. Por si necesitas dinero.

—¿Qué? Se nos ocurrirá ¿qué? —dijo, ignorando el dinero.

—Eliza, todavía no lo sé. Lo único

que sé es que hay un caballo esperándome y que tengo que irme.

—¿No pensarás ir a caballo con este tiempo?

—Es más seguro que la moto.

—¿Más seguro?

Eliza se sentó en la silla que había frente a la ventana. Apenas podía creer lo que pasaba.

—Has perdido a tu hermano, y tu madre y Priya deben de estar tremendamente disgustadas. Te necesitan, y lo entiendo.

—No es solo eso —continuó—. Si no sucedo a mi hermano, los británicos se apoderarán de nuestro reino. Estaban deseando deshacerse de Anish y verán esto como una oportunidad.

Empezó a vestirse rápidamente y Eliza lo observó aturdida, consciente de que tenía razón y de que no podía hacer nada.

—¿Y nosotros?

—Voy a tantear el terreno. Ordenaré que un coche te lleve a mi palacio en cuanto el tiempo lo permita. Será mejor que pases una temporada allí, hasta que se calmen las cosas.

—¿Irás a verme?

—Procuraré pasar tiempo allí, pero puede que tenga que vivir en el castillo de Juraipur, al menos al principio.

—¿Y yo iré contigo?

Jay cerró los ojos un momento y no dijo nada.

—¿Jay?

Se le acercó y la abrazó con fuerza, pero Eliza lo apartó.

—Me estás diciendo que ni siquiera podremos vivir juntos. ¿Piensas casarte con una princesa?

Una vez más, no respondió.

Eliza lo miró, horrorizada por lo que significaba todo esto y deseando que Jay le dedicase unas palabras de consuelo. A pesar de la pena que sentía por la muerte de su hermano, un estallido de furia sacudió todo su ser.

Al ver que seguía sin decir nada, se dio la vuelta y huyó de la habitación y de la fortaleza, pero, sobre todo, de Jay. Bajo una lluvia cegadora, corrió por la cima del monte mientras las lágrimas le quemaban las mejillas. No le importaba

que apenas pudiese ver el suelo que tenía delante. Perdida en la oscuridad de la furiosa tormenta, su ira se volvió contra sí misma. ¡Qué ingenua y qué idiota había sido al dejarse seducir por un sitio romántico!

Cuando volvió a la fortaleza, empapada y completamente desaliñada, Jay ya se había ido. Mejor así: no habría podido soportar verlo de nuevo. Pero, ahora que de verdad se había marchado, el corazón amenazaba con rompersele en dos. Se sentía sucia y descuidada y pensó que nunca encontraría la forma de calmarse y aliviar el dolor que sentía. El momento más maravilloso de su vida se había convertido en el peor. Querer a Jay le había parecido lo más natural,

pero la había conducido hasta aquí. Su infancia solitaria había torcido todo lo que vino después, pero Jay había sabido llegarle al corazón. ¿Cómo iba a aceptar que había terminado? Allí sola, en el dormitorio que habían compartido, todas sus esperanzas se hicieron añicos. ¿Qué hacer con el amor que había inundado todo su ser? ¿Adónde iría? Pensó en lo que Jay le había dicho una vez: «Para conocer el amor, hay que quedar desolado por él». Pero no le sirvió de consuelo. Entrelazó las manos, retorciéndolas una y otra vez en su agonía.

Se negó a comer durante el resto del día y, cuando empezó a oscurecer, miró por la ventana y contempló cómo el

cielo se volvía púrpura y, luego, negro. Tal vez algún día recordaría estas noches en Udaipur sin que le doliera. Tal vez algún día olvidaría por fin el latido de su corazón mientras yacían, piel con piel. Jay le había tocado el cuerpo y mucho más que eso: le había conmovido el alma, y ahora nada volvería a ser normal. Ahora que las lluvias se habían llevado el polvo viciado del desierto y ablandado la tierra, le dolió haber compartido el monzón con él tan solo para perder todo lo que habían vivido juntos.

LA PRIMERA MAÑANA que pasó en el palacio de Jay, Eliza deshizo la pequeña maleta y examinó la habitación. Estaba desolada y se sentía injustamente tratada, y se alegró de no haber tenido que enfrentarse a Dev a su llegada, la noche anterior; sobre todo después del largo viaje, que la lluvia intermitente había entorpecido y alargado. A diferencia de antes de las lluvias, la cordillera azul de Aravalli estaba cubierta de una frondosa vegetación, y al

asomarse a la ventana de su dormitorio, vio que el paisaje resplandecía, rebosante de vida y de frescor. Por un momento se había tranquilizado al contemplar el amanecer tornasolado y ver cómo se levantaba el sol sobre las tierras de Jay, pero ahora volvía a estar triste y decaída.

Recordó su llegada al castillo de Juraipur, el noviembre anterior: la preciosa sala de techos altos donde había visto por primera vez a Jay, con su halcón posado en el brazo, y lo había tomado por un intruso; las habitaciones donde la había recibido Laxmi; las joyas, las dagas y la valiosa cristalería que relucían en las vitrinas de la madre de Jay; los baños de mármol donde las

concubinas le habían lavado el pelo; el túnel por el que había escapado a la ciudad con Jay para ir a celebrar el festival de *Holi*. Pensó y recordó hasta que la cabeza empezó a darle vueltas y un revoltillo de imágenes y sentimientos la dejó exhausta y decidió parar. Pensar en el pasado dolía demasiado.

Después de vestirse y desayunar (Jay siempre dejaba algunos criados en el palacio, incluso cuando estaba fuera), se puso las botas y atravesó el jardín y el huerto para ir a ver el recién terminado embalse. El olor a tierra mojada casi la hizo tambalearse y percibió una dulzura maravillosa en el aire. Era como si la lluvia lo hubiese transformado todo: las flores silvestres, las hojas de los

árboles y hasta el olor a musgo de la tierra parecían competir por su atención. Pero lo que le cortó la respiración fue la imagen de un enorme lago que centelleaba a la luz de la mañana. El embalse plateado se había llenado, como esperaba Jay, las presas y los muros seguían en pie y Eliza vio que todas las esclusas estaban en su lugar. Cuando las abriesen, el agua correría por los canales construidos para ello, irrigando las tierras de Jay y llegando hasta los límites de varias aldeas. Había sido todo un éxito, y el corazón de Eliza se llenó de alivio y alegría al verlo, consciente del papel que había desempeñado en el proyecto. Sabía que Jay tenía intención de excavar dos

embalses más en sus tierras a lo largo del año siguiente y que planeaba hacer mucho más. Y todo había empezado con un comentario casual de Eliza la primera vez que la había traído al palacio.

Recordó aquellos tiempos, como hacía siempre, con horror por el destino atroz que había sufrido aquella pobre mujer, pero también con tristeza al evocar los primeros momentos de su atracción por Jay. Observó el agua y escuchó el balido de un rebaño de cabras a lo lejos y, absorta en sus pensamientos, no oyó los pasos que se le acercaban por la espalda. Entonces alguien tosió y Eliza se giró.

—Vaya, aquí estás —lo saludó, suspirando para sus adentros.

Dev no respondió en seguida, como si se estuviese planteando qué decir.

—Aquí encontrarás lo que buscas, si te lo permites —dijo por fin. Sus palabras la dejaron desconcertada.

—No estoy buscando nada.

—Todos buscamos algo. Te vi llegar anoche, pero creí que sería mejor dejar que te instalaras.

Eliza se quedó donde estaba y, mirándolo fijamente, examinó el rostro de Dev. Algo en él había cambiado. Su mirada despierta se había apagado y parecía preocupado y cansado. Eliza esperó que Jay no se hubiera equivocado al depositar su confianza en este hombre. Le costaba perdonarle que hubiese participado en la trama para

implicar a Jay en un delito.

—Pensé... —dijo Dev, pero no completó la frase.

—¿Pensaste?

—Así que vas a casarte con el señor Salter, ¿verdad?

Sintió un hormigueo de enfado al oír mencionar el nombre de Clifford y respondió en tono cortante:

—Eso no es asunto tuyo.

Dev negó con la cabeza.

—Habría sido mejor que no hubieras vuelto.

—A la India...

Dev asintió y Eliza lo miró a los ojos. Leyó una hostilidad apenas velada en su mirada, pero se dio cuenta de que había algo más; algo que antes no estaba allí.

Se había propuesto descubrir lo mejor de Dev por el bien de Jay, y aunque no se lo estaba poniendo fácil, tuvo que admitir que sentía curiosidad.

—¿Estás cuidando de las tierras de Jay?

—Es mi castigo. Supongo que te lo habrá dicho.

Asintió, pero no dijo nada.

—Jay y yo nos conocemos desde hace mucho. Lo que hice estuvo mal, pero me ha perdonado.

Eliza miró al suelo e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No entiendo cómo pudiste, sobre todo cuando Jay se ha portado tan bien contigo.

—Es complicado.

No dijo más, y cuando Eliza levantó la vista al oír esa evasiva, Dev le dio la espalda y se alejó.

Subió a su habitación con la intención de volver a hacer las maletas. No quería quedarse aquí con Dev como única compañía, y se sentó en la cama a pensar. Una cosa estaba dolorosamente clara: tenía que endurecer el corazón y mantenerse ocupada, pero, a pesar de que ya no había nada que la retuviese aquí, era difícil marcharse, sobre todo de esta habitación, que seguía impregnada de su aroma a sándalo. Pero pasado un rato se levantó y empezó a organizar la ropa en un pequeño montón a los pies de la cama.

Observó por la ventana el día

caluroso y reluciente, pero, consumida por los nervios, no pudo apreciarlo. A pesar de su malestar, sabía que era ella y solo ella la que debía decidir su destino; ni Clifford, ni su madre y, definitivamente, tampoco Jay. Intentó llenar la bolsa, pero ¿por qué ya no cerraba si las cosas cabían holgadamente cuando salió de casa de Dottie? Decidió sacarlo todo y empezar de nuevo y por último, una vez terminada la maleta, metió la cartera que le había dejado Jay. Aunque su primer instinto había sido tirarla junto con su contenido al primer pozo por el que pasara, el sentido común había prevalecido. No quería estar en deuda con Jay, pero puede que necesitase el

dinero.

Justo cuando estaba cerrando la cremallera de la bolsa, Dev abrió la puerta. Una vez más, estaba cambiado; quizá algo más vulnerable y, sin duda, más cohibido que antes.

—¿Podemos hablar? —dijo.

Eliza frunció el ceño.

—No hay mucho que decir, ¿verdad? —contestó, en un intento de evitar pasar tiempo con él. Aunque no le gustó el desprecio por los británicos que había expresado cuando se conocieron, lo entendía; pero ahora no era el momento de debatir sobre la conveniencia de la retirada de los británicos de la India. Y, en cualquier caso, ahora estaba prácticamente de acuerdo con él.

Dev levantó una mano.

—Me temo que sí.

—¿Ah, sí?

—Salgamos a la terraza a tomar un café.

Eliza se lo pensó un momento. Confusa como estaba, no le apetecía en absoluto compartir un café con Dev, pero, sorprendiéndose a sí misma, accedió. No habría sabido precisar qué vio en sus ojos cuando la miró desde la puerta del dormitorio, pero, mientras apartaba de un manotazo una mosca que quería posársele en el pelo, se preguntó si sería sentimiento de culpa.

Se dirigieron a la terraza, y cuando un criado les trajo el café, se dio cuenta de que algo había cambiado en Dev. No

sabía por qué, pero parecía más bajito y un poco perdido.

—Nunca te he caído bien —dijo Eliza.

—No eras tú. Yo... —Hizo una pausa.

—¿Qué?

Dev agachó la cabeza un momento, y cuando la miró, vio que su cansancio se reflejaba en unas marcadas ojeras.

—La verdad es que no sé cómo decirlo —continuó, en un tono de voz que delataba una profunda tristeza.

Eliza sonrió.

—He aprendido que, si uno tiene algo difícil que decir, sea lo que sea, lo mejor es no andarse con rodeos.

Dev volvió a inclinar la cabeza y

Eliza se preguntó qué podía ser tan difícil.

—No sé si te he dicho que mi padre murió —dijo—. Bien... —Hizo una pausa.

—Me dijiste que tu padre no formaba parte de tu vida —le apuntó—. Que solo estabais tu madre y tú.

—Mi padre hizo algo a lo que fui incapaz de enfrentarme durante años. Entonces llegaste tú y tener que enfrentarme a ti me trajo malos recuerdos.

—No te entiendo. Recuerdo que Jay me dijo que tu padre se había metido en líos.

Dev negó con la cabeza y contempló el descuidado jardín.

—Huyó. Nunca averiguamos adónde.
Y seguimos sin saberlo.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso conmigo?

Se hizo un largo silencio durante el cual Eliza se removió, inquieta, y Dev se miró los dedos, malhumorado.

—¿Qué es lo que pasa? —insistió.

Al ver que Dev seguía sin decir nada, hizo ademán de levantarse.

—No, espera.

Lo miró.

—Por el amor de Dios, escúpelos ya.

—¿Adónde piensas ir? —preguntó, señalando la bolsa que acababa de llenar.

—Había pensado en Jaipur, tal vez, a fotografiar la ciudad rosa. Además,

tengo que volver al castillo para recoger mi equipamiento.

Dev se la quedó mirando como si no hubiera oído ni una palabra y volvió a hablar.

—El que tiró la bomba que mató a tu padre fue mi padre.

Eliza se desplomó en la silla con un ruido sordo.

—Repítelo.

—Mi padre mató a tu padre. Lo siento mucho, Eliza.

Habló en tono completamente inexpresivo, hasta el punto de que Eliza tuvo que esforzarse por darle sentido a sus palabras.

—¿Estás seguro?

Era la conversación más extraña que

había tenido nunca, y al notar que se le aceleraba el corazón, se llevó la mano al pecho. ¿Qué pasaba? ¿Qué quería decir Dev? Su mente se disparó, y apenas supo qué pensar o qué sentir. El desierto empezó a dar vueltas a su alrededor, y aunque no podía pensar con claridad, el escalofrío que le recorrió la piel le indicó que había algo de verdad en el fondo de esta historia. Aun así, se negó a creerlo.

—No puede ser —dijo.

Dev asintió y la miró con tanta tristeza que sintió ganas de darle la mano para consolarlo; pero no llegó a completar el gesto. ¿Por qué le decía esto? ¿Para minarla? ¿Cómo debía responder? «Mi padre mató a tu padre».

Mi padre. Tu padre. Las palabras resonaron en su cabeza.

Por fin recuperó la voz.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—¿Que tiró la bomba? Hace unos años, aunque me dijeron que no hablase nunca de ello.

—Me refería a desde cuándo sabes quién soy.

—Desde que Jay me contó lo que le pasó a tu padre. —Negó con la cabeza—. De pequeño, necesitaba culpar a alguien por la ausencia de mi padre, así que le eché las culpas al hombre al que mató. Me dije que no debería haber estado allí. Me convencí a mí mismo de que no había sido culpa de mi padre. Es una locura, lo sé; pero en aquel momento

era la única forma de sobrellevarlo.

—Y entonces, cuando llegué...

—La lógica que había construido durante todos estos años se desmoronó en un abrir y cerrar de ojos. Mi padre era un asesino y el tuyo estaba muerto.

Permanecieron en silencio unos minutos, mientras Eliza intentaba asimilarlo. Después de todo este tiempo...

—¿Y no volviste a tener noticias de él? —preguntó por fin.

—Nada.

—¿Cómo supiste que había sido él? ¿Hay pruebas? Puede que solo fuesen rumores o conjeturas.

—Uno de los conspiradores se lo dijo a mi madre para que entendiese por qué

había tenido que huir. Ella me lo explicó casi todo, pero me dijo que se había ido porque los británicos querían ahorcarlo. Solo me confesó por qué años después.

Lo vio tan preocupado que no le quedó otra opción que decirle algo reconfortante, aunque no pudo evitar pensar que debería haber sido al contrario.

—Mira, Dev: tú no eres tu padre.

—No lo sé. Descubrí toda la verdad cuando tenía trece o catorce años y a veces creo que debo continuar con lo que empezó mi padre. Entonces, cuando Chatur me pidió ayuda, era consciente de que estaba mal, pero también estaba seguro de que su plan fracasaría y de que a Jay no le pasaría nada.

—Pero lo arrestaron.

—Fue entonces cuando me di cuenta de lo idiota que había sido y le dije a Chatur que revelaría su participación si no convencía a Clifford de que dejase en libertad a Jay.

—¿Aunque eso significase que tu propia participación saliese a la luz?

—Sí. Pero hay más. Chatur lo sabía, Eliza. Tanto él como Clifford sabían lo de mi padre, y Chatur amenazó con decírtelo si no le ayudaba. Me sentí avergonzado. No quería que nadie más lo supiera, pero también temía por mi padre. Esa es la verdadera razón por la que ayudé a Chatur.

—¿Y Chatur fue a hablar con Clifford? ¿Admitió que eras tú y no Jay el que

estaba detrás de los panfletos? ¿Que había sido un error?

—Sí, y también le explicó que yo no tenía intención de distribuirlos, sino que solo era una estúpida broma.

—Pero Clifford no te arrestó.

—No. Jay lo organizó todo para que pudiese venir aquí.

—¿Y por qué me cuentas todo esto ahora?

—Porque estabas a punto de irte y puede que nunca volviese a surgir la ocasión. Pensé que tenías que saberlo y supongo que debía quitarme este peso de encima.

—¿Sabes que vi lo que pasó?

Dev asintió con la cabeza.

—Lo siento mucho.

Aunque no habría podido explicar por qué, Eliza supo que debía tenderle la mano y darle un apretón, y Dev recompensó su gesto con una sonrisa de completa sinceridad. Pero no pudo evitar pensar que el que debería habérselo contado era Clifford. Se aseguraría de hacerle una visita cuando volviese a Juraipur. Clifford le había ocultado quién estaba detrás del atentado de Delhi durante todos estos años y no iba a permitir que saliese de rositas.

EL COCHE Y el conductor que Jay había contratado en Udaipur para llevarla a su palacio seguían a su disposición. Cuando Dev se marchó, siguió en la terraza pensando y decidió quedarse un día más. La confesión de Dev le había aclarado la mente y, mientras contemplaba el paisaje inundado de luz que ondulaba al calor del sol, sintió pena por lo que debió de sufrir cuando era niño. Pero se alegró de que se lo hubiera dicho y no pudo evitar pensar

que los cabos sueltos que rodeaban la muerte de su padre por fin estaban atados. De pronto la mañana parecía extraña, casi irreal, y a pesar de las lluvias, la atmósfera seguía siendo asfixiante.

Volvió a entrar en el palacio y, tras recorrer un pasillo decorado con celosías de mármol ligeras como el encaje, dejó la bolsa y regresó al gran salón de altos ventanales, donde la luz, al entrar a raudales, daba la impresión de que el techo era, en realidad, el cielo. Habían pasado muchísimas cosas desde que Jay le había mostrado por primera vez el palacio, y Eliza tuvo que admitir que le costaba marcharse. Las paredes, de un tono dorado, volvían a brillar, y

resultaba fácil imaginarse los magníficos viejos tiempos en los que el palacio había sido un lugar de evasión para la familia real. Pero Eliza sabía que Jay no tenía los fondos necesarios para restaurarlo y que había invertido todo su capital en el proyecto de riego. Estaba a punto de ir a buscar la bolsa con la nueva Leica que le había regalado Clifford cuando vio a Jay en el umbral.

—No pensé que fueras a volver tan pronto —dijo—. Creí que ibas a pasar más tiempo en el castillo de Juraipur.

—Pues como ves, aquí estoy —dijo—. Me alegro de haberte encontrado. He conseguido sacar del castillo todo tu equipamiento, que llegará esta tarde.

Eliza no dijo nada y rehuyó su mirada.

¿Por qué le hablaba como si todo hubiese vuelto a la normalidad entre ellos? El silencio invadió la habitación y el aire pareció escapar por completo, dejando solo el asfixiante calor.

—¿Eliza?

—Gracias —dijo, en tono frío—. Entonces, lo del incendio era pura invención.

Jay asintió y dio unos pasos hacia ella. Aunque sintió ganas de retroceder, se mantuvo firme.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó.

Jay enarcó las cejas.

—¿Hace falta que seamos tan británicos? ¿No tenemos cosas más importantes de que hablar?

—Dímelo tú.

—Ajá.

Se miraron el uno al otro hasta que, por fin, Eliza rompió el silencio.

—Entonces ¿vas a ser maharajá?

Jay asintió.

—Ya veo. Muy bien. Estaba a punto de coger mi bolsa. Te agradecería que ordenases que me enviaran el equipamiento fotográfico a mi nuevo alojamiento.

No consiguió disimular del todo el tono de resentimiento de su voz. Le dio la espalda y echó a andar, pero oyó que Jay la seguía.

—Eliza.

Estiró el brazo para cogerle de la mano, pero ella se zafó y se giró para mirarlo.

—Confié en ti, Jay. Nunca había confiado de verdad en nadie, pero me fie de ti.

—Y puedes confiar en mí.

Hizo lo posible por ignorar la expresión de deseo que vio en sus ojos mientras seguía hablando.

—Sabías que, si algo le pasaba a Anish, tendría que tomar el relevo.

—Sí, lo sabía. Fui una ingenua al pensar que algo había cambiado. Y ahora, si no te importa, tengo que ponerme en marcha.

—Eliza. Aquí las cosas son distintas, y lo sabes. Los deseos personales no son lo primero. El deber es lo primero.

—Bueno, no te preocupes. Este «deseo personal» va a ponértelo fácil.

—Escucha lo que tengo que decirte
—insistió—. Hay algo más.

—¿Qué más puede haber, Jay? Está
todo perfectamente claro.

Jay casi pareció estremecerse. Negó
con la cabeza.

—Quédate aquí. Vive aquí. No quiero
que te vayas. Vendré siempre que pueda.

Se le hizo un nudo en el estómago y
tensó la mandíbula.

—No pienso ser tu concubina.

—No te estoy pidiendo eso.

—Entonces ¿qué me estás pidiendo
exactamente? Sabes muy bien que
tendrás que casarte con una mujer no
europea para poder tener herederos
legítimos.

Era consciente de que se le notaba la

amargura al hablar, pero no le importaba.

No hubo respuesta.

—¿De verdad crees que voy a pasar el resto de mi vida aquí —continuó— esperando tus visitas cada vez más infrecuentes?

Jay pareció pensárselo. Por fin, respondió:

—Creo que tendrás un precioso palacio en el que vivir, un proyecto de riego que dirigir si lo deseas y tu carrera como fotógrafa.

Esta vez fue ella la que negó con la cabeza.

—¿Por qué no me dijiste lo del padre de Dev?

—No quería disgustarte.

—Mejor dicho, no querías ponerme en contra de Dev.

—Tal vez fuera en parte por eso. Mira, ¿y si pongo el palacio a tu nombre? Piénsalo, Eliza: todo esto podría ser tuyo.

Indicó todo lo que los rodeaba con un gesto del brazo.

—¿De verdad crees que puedes comprarme?

—Por el amor de Dios, Eliza. Me conoces, sabes que no era lo que quería decir. Simplemente, no quiero perderte.

Eliza se cruzó de brazos.

—Jay, ya me has perdido. Nos hemos perdido el uno al otro. —Hizo una pausa y ambos se quedaron en silencio. Aunque sintió ganas de montarle una

escena y marcharse, convencida de que llevaba la razón, sencillamente no pudo —. Nunca te olvidaré, Jay, y siempre te querré, pero este no es nuestro destino. Y creo que, siendo sinceros, siempre lo hemos sabido.

Esta vez le tendió una mano. Jay tiró de ella para acercarla a él y la abrazó por última vez. Cuando se separaron, las lágrimas le empañaban los ojos y vio que Jay también tenía los ojos húmedos. Aunque se sintió tentada de ablandarse, se obligó a mantenerse firme. Quedarse no iba a traer nada bueno. Puede que funcionase al principio, pero a la larga no podrían vivir así. Tenía que ser coherente con lo que quería, y cuanto mejor consiguiese controlar sus

emociones, más fuerte sería.

—Eres una persona maravillosa, Eliza. Por favor, nunca lo olvides.

Mantuvo los ojos fijos en el rostro preocupado de Jay.

—Le enviaré una nota a Laxmi para decirles dónde enviar mi equipamiento.

—¿Adónde piensas ir?

—Primero tengo que ver a Clifford y, después, a Jaipur. Luego, bueno, montaré la exposición, si consigo reunir suficientes fotografías. Será antes de lo que tenía previsto, y después de la exposición, seguramente tendré que volver a Inglaterra. Todavía no lo sé.

—¿Tienes la cartera que te dejé en Udaipur?

Ella asintió con la cabeza.

—No quería aceptarla, pero ahora me doy cuenta de que la necesitaré para montar la exposición y enmarcar las fotografías.

—Si alguna vez necesitas algo, cualquier cosa, solo tienes que decírmelo.

Jay dejó de hablar y Eliza le sonrió a través de las lágrimas, le dio la espalda y salió de la habitación. Nunca había estado tan triste en su vida, pero no serviría de nada posponer el momento.

CUANDO ELIZA LLEGÓ a casa de Dottie, le sorprendió ver varias maletas y baúles amontonados en el jardín delantero y todas las cortinas corridas. Dottie, que estaba apoyada en una de las maletas, parecía agotada. El pelo se le había soltado de las horquillas y tenía las mejillas coloradas, pero al ver a Eliza se enderezó y se esforzó por sonreír.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Eliza.

Dottie dejó escapar un profundo suspiro y se apartó unos mechones de pelo de los ojos.

—Van a trasladarnos.

Eliza la miró, desconcertada.

—Pero ¿por qué tan pronto? No lleváis mucho tiempo aquí. Creí que habíais venido para quedaros.

—Se rumorea que Anish murió a consecuencia del tratamiento que le recomendó mi marido.

Eliza resopló.

—Eso es ridículo. Murió porque estaba obeso y era un holgazán.

Dottie se encogió de hombros.

—El caso es que vamos a trasladarnos al sur. En tiempos, no hace mucho, la palabra de un médico era ley.

Ahora por lo visto pueden expulsarnos con cualquier pretexto. Pero bueno, ya está bien de hablar de mí. ¿Cómo estás?

Eliza respiró hondo antes de hablar. Había practicado las palabras exactas con las que quería expresarlo, pero no por eso le resultó fácil decir las, ahora que había llegado el momento.

—Mi relación con Jay ha terminado.

Observó la reacción de Dottie, que pareció ser una mezcla de pena y alivio.

—¿Qué hay de Clifford? —le preguntó, con una mirada triste—. Ha estado perdido sin ti.

Eliza negó con la cabeza.

—No pienso volver con Clifford, pero tengo que hablar con él. ¿Sabes si está en casa?

Lanzó una mirada hacia la mansión de Clifford.

—Vi que un coche aparcaba frente a la casa antes, pero estaba un poco distraída. —Le señaló las maletas que estaban esparcidas por el jardín—. Perdimos algunos de nuestros objetos de valor al trasladarnos aquí y no quiero que nos vuelva a pasar.

—Entonces será mejor que no te entretenga, pero puedo echarte una mano si quieres.

—No te preocupes. Está todo bajo control. —Dottie se alejó un paso y contempló su casa—. Pero es una lástima. Es el sitio más bonito en el que he vivido. Lo echaré de menos y te echaré de menos a ti.

Abrió los brazos y las dos mujeres se abrazaron.

—Ojalá pudiera quedarme —dijo Dottie, cuando se separaron—. Ser esposa es muy difícil. Justo cuando empiezas a echar raíces, tienes que trasladarte por la carrera de tu marido. A los hombres no les importa. Tienen el trabajo y el club. Y supongo que tener hijos ayuda, pero para mí...

—Oh, Dottie, ojalá pudiera ayudarte. Dottie negó con la cabeza.

—Pase lo que pase, Eliza, aférrate a tu trabajo.

Eliza asintió.

—Gracias por todo. Escríbeme, ¿de acuerdo?

Dottie sonrió.

—Clifford te dará nuestra nueva dirección. Cuídate. Y buena suerte. Me ha encantado conocerte. ¿Prometes que seguirás dedicándote a la fotografía?

—Puedes apostarte lo que quieras.

Cuando Dottie volvió a entrar en su casa, Eliza se dirigió a la puerta del jardín, una entrada lateral de la casa de Clifford. No quiso llamar a la puerta principal para pillarlo por sorpresa, esperando hacerse con una ventaja en lo que prometía ser una conversación difícil. Levantó la vista hacia el cielo deslumbrante, protegiéndose los ojos con la mano. Cuando era pequeña y vivía en la India, su padre y ella jugaban a describir las formas caprichosas de las nubes. Pero hoy no había ni una nube

a la vista.

Al empujar la puerta, esta chirrió con fuerza, y Eliza vio que Clifford estaba en el jardín y que la había oído. Se quedó quieto, con la regadera en la mano, sin mover ni un músculo, casi como si hubiese echado raíces en aquel rincón del jardín.

—Hola, Clifford —lo saludó Eliza, consciente de que la aprensión que sentía iba en aumento.

Clifford recuperó la compostura y dio unos pasos hacia ella.

—No esperaba verte.

Eliza se fijó en que tenía las mejillas coloradas y un intenso rubor se extendía por su cuello.

—Seguro que no.

Clifford esbozó una media sonrisa.

—¿Has vuelto?

—¿Para siempre? No.

—Ah... ¿entonces?

—¿Te importa que nos sentemos a la sombra? Aquí, al sol, hace mucho calor.

Clifford señaló el banco bajo el ficus.

—¿Te parece bien?

Ella asintió con la cabeza. Clifford llamó al mayordomo para que les trajera un *lassi* dulce helado y se sentaron.

Mientras se acomodaba en el banco, Eliza contempló el jardín. Las recientes lluvias lo habían refrescado y hasta corría una ligera brisa. La hierba estaba más luminosa que antes, y los árboles, más verdes; hasta las flores parecían más animadas. «Es increíble cómo el

agua lo es todo para la vida», pensó. Pero no había venido para hablar del agua: lo que quería eran respuestas y, por muy nerviosa que estuviese, no iba a dejar que nada se lo impidiera.

—¿Bueno? —dijo Clifford, girándose hacia un lado para mirarla—. ¿Qué querías que pensara cuando te marchaste sin avisar? Y sí, sé con quién has estado. Ni por un momento me creí las mentiras de Dottie.

—Lo siento.

—Eso espero. Y encima, ¡con Jayant Singh!

Eliza no dijo nada.

—Eliza, tienes que haber notado que los indios son unos afeminados, con todas esas joyas y esos ropajes de lujo.

Eliza, que ya estaba harta de la arrogancia y los prejuicios británicos y no quería volver a oírlos en toda su vida, se tensó, incapaz de ocultar su enfado.

—Si te plantearas casarte con un indio, ambas comunidades te condenarían al ostracismo. El mestizaje está muy mal visto por ambas partes, y lo sabes. Yo lo considero una traición a los principios imperiales.

—No he venido para hablar de eso contigo. Me he formado mi propia opinión sobre los británicos en la India y solo te diré que veo las cosas de forma muy distinta. Este no es nuestro país, Clifford, sino el suyo, y tienen derecho a hacer las cosas a su manera. En cuanto a

lo mío con Jay, eso queda entre él y yo.

—Así que eso es lo que piensas. Debo decir que me has decepcionado.

—Puede. Pero ahora tengo algunas preguntas que hacerte y te agradecería que las contestases con sinceridad.

Clifford la miró, desconcertado.

—Me parece que soy yo el que debería hacerte preguntas. Después de todo, fuiste tú la que se largó de aquí y luego rompió nuestro compromiso por carta. Ni siquiera tuviste la decencia de decírmelo a la cara.

Eliza sabía que tenía razón y hasta cierto punto se avergonzaba; pero no iba a dejar que eso la disuadiese.

—Lo siento de verdad, pero no lo planeé —dijo, sosteniéndole la mirada.

Clifford resopló.

—Entonces ¿cuál era el plan? ¿Tener una aventura con el príncipe y luego volver con Clifford con el rabo entre las piernas? Tenía mejor concepto de ti.

—No había ningún plan —dijo Eliza, con tristeza.

Se quedaron en silencio unos instantes y al poco tiempo Clifford volvió a hablar.

—Me resulta difícil perdonarte que convencieras a Dottie de que mintiese por ti.

Eliza no le dijo que había sido idea de Dottie.

—Por favor, no discutamos —dijo—. Tengo cosas más importantes en mente. Y, ya que hablamos de mentir, ¿por qué

me mentiste tan descaradamente sobre el arresto de Jay?

Clifford le lanzó una mirada confusa, pero no dijo nada.

—Cuando te pedí ayuda, ya sabías que iban a poner en libertad a Jay. Chatur había ido a verte y te había dicho que había habido un error y que el culpable era Dev. Supongo que Chatur no llegaría a admitir su participación, pero no arrestaste a Dev, ¿verdad? ¿Por qué no, Clifford?

Cuando lo miró, vio que Clifford la examinaba con atención, como en busca de pistas que le indicasen cuánto sabía. Eliza se obligó a recuperar la compostura. «Que sienta el nerviosismo», pensó. Y pasado un

momento, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí. Sé la verdad. Y más aún: creo que sé por qué no interviniste.

—¿Por qué?

—Sabías que vendría corriendo a pedirte ayuda en cuanto arrestaras a Jay, ¿verdad?

Clifford negó ligeramente con la cabeza.

—No fue del todo así.

—Basta de mentiras, Clifford. Contabas con que accediera a casarme contigo para que Jay quedase en libertad.

—Y no tuve ni que convencerte. Fuiste tú la que se ofreció.

Eliza lo miró fijamente.

—¡Fui una estúpida!

Clifford tensó la mandíbula y apartó la mirada.

—También sabías que, si Jay era declarado culpable, nunca podría gobernar. Pero creo que sabías que no conseguirías que lo condenaran.

—Admito que sospechaba que había gato encerrado desde el principio. Hay algo más: antes incluso de que Chatur viniera a decirme que había sido Dev, la chica se me acercó corriendo, me dijo la verdad y me suplicó que dejase en libertad a Jay...

Eliza frunció el ceño.

—¿La chica? ¿Qué chica?

Clifford se levantó, se alejó unos pasos y se giró. La miró, pero parecía

incapaz de hablar, como si le estuviera dando vueltas a algo.

—¿Qué chica, Clifford?

—Indira, por supuesto.

—¿Indi? ¿Ella también estaba metida en el ajo?

—No. Dev le había dicho lo que planeaban él y Chatur. Nunca haría daño a Jay, aunque quizá quisiese hacerte daño a ti. —Hizo una pausa—. A su propia hermana.

La brisa amainó y el jardín quedó en completo silencio. Eliza notaba los latidos de su corazón, pero tenía la boca seca y no pudo dar con las palabras que necesitaba. ¿De qué demonios estaba hablando Clifford?

—Indira es tu hermanastra —dijo,

pronunciando lentamente las palabras, como si la considerase una idiota—. Es la hija bastarda de tu padre.

Eliza se puso en pie, pero le temblaban las piernas y tuvo que agarrarse al brazo del banco con la mano.

—Te lo estás inventando —dijo—; solo quieres provocarme.

Pero apenas le salió un hilo de voz. Algo le decía que era cierto. Pensó en la fotografía que había encontrado en el desván de su madre y, tapándose la boca con la mano, deseó que Clifford le dijera que era broma, pero él negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Es la verdad.

Sintió ganas de gritar, pero no quiso

darle la satisfacción de ver que había conseguido hacerle daño. En cierto modo, no lo culpaba: ella le había hecho daño y ahora buscaba venganza. Se obligó a mirarlo con la cabeza bien alta. Igual que Jay estaba con ella cada vez que respiraba, ahora se dio cuenta de que Indi también estaba siempre con ella. Se preguntó cómo podía haber estado tan ciega.

—¿Estás bien? —le preguntó Clifford en tono amable, aunque nada conseguiría calmarla en ese momento.

Eliza se volvió hacia él sin molestarse en disimular su enfado.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No quería hacerte daño. De verdad. Me importabas mucho.

—No estoy hecha de cristal.

—Es una hija ilegítima. No habríais podido ser amigas, y, mucho menos, hermanas.

Eliza volvió a sentarse en el banco.

—Siempre quise tener una hermana. Toda mi vida he querido tener una hermana.

Entonces recordó que su madre había hablado de echar de casa a la niña «sucias». Su madre había rechazado a Indi y su padre había sido infiel. Todo era cierto. Todas las palabras acusatorias que había pronunciado su madre eran verdad. Eliza había ignorado a Clifford mientras pensaba en todo esto, pero ahora, al recordar lo que le había dicho Dev, sintió un escalofrío.

—Pero el de Indi no es el único secreto que me has ocultado, ¿verdad, Clifford? —dijo, en tono gélido.

—No sé a qué te refieres —contestó, como quitándole importancia. Cogió unas tijeras de podar que estaban tiradas en la hierba y empezó a recortar un arbusto cercano.

Eliza quedó conmocionada ante la explosión de su propia ira.

—Por el amor de Dios, ¡sé sincero por una vez! Sabías que el padre de Dev fue el que tiró la bomba que mató a mi padre. Por eso Dev accedió a ayudar a Chatur. Tenía miedo de que se supiese la verdad. Tenía miedo de que le pasara algo a su padre.

Clifford hizo una pausa y empezó a

hablar con voz más seria.

—Solo quería protegerte, Eliza. ¿De qué te habría servido saberlo? Nunca encontramos al culpable.

Habló con calma, como si tuviese las palabras bien ensayadas.

—¿Qué me dices de Indi? No te correspondía a ti decidirlo.

—Se lo prometí a tu madre.

—Pero me pediste que viniera a Rajpután sabiendo que Indira estaba aquí. ¿Por qué?

Por un momento, no respondió. Parecía nervioso.

—No vi por qué tenías que enterarte.

—¿Y quién más lo sabe? Obviamente Indi, pero ¿y los demás? ¿Se ríen todos de mí?

Clifford habló con los ojos bajos y el ceño fruncido.

—Nunca lo habría permitido. No lo sabe nadie, Eliza. Te lo prometo. Indi acaba de enterarse hace poco. Justo antes de morir, su abuela le dijo la verdad.

Eliza no contestó, sino que alzó la vista hacia el cielo del atardecer y se inclinó hacia delante, con la cabeza entre las manos. Era demasiado para asimilarlo. No sabía qué pensar de Indi y no tenía ni idea de cómo enfrentarse a tener una hermana. Debía protegerse de todos estos sentimientos completamente desconocidos y quiso refugiarse en su interior, hacer que el muro que la rodeaba fuese aún más sólido. Alzó la

vista. El jardín le había parecido tan bello, lleno de luz y de brisa; ahora se había convertido en un lugar lleno de sombras cambiantes.

Se dio cuenta de que Clifford la estaba observando. La expresión de su rostro había cambiado y su actitud se había suavizado.

—¿De verdad me llamaste para hacer fotografías para el archivo o para que participase, sin saberlo, en una conspiración para espiar a la familia real?

—Para el archivo, por supuesto. Tengo todas tus fotografías, ya impresas. Mandaré enmarcar las que elijas. Las enviarán adonde quieras, ¿te parece bien? Y, si quieres completar el

proyecto, todo quedará archivado.

—Gracias.

—Enviaré las fotos a casa de Dottie. Supongo que no querrás pasar más tiempo aquí.

—Tengo que devolverte la Leica.

—No. Fue un regalo. Y a mí no me serviría de nada.

—Es muy generoso por tu parte. Gracias. Te devolveré el favor algún día.

Clifford extendió una mano.

—Eliza...

Ella negó con la cabeza.

—No te acerques más.

Sabía que, si Clifford decía más, se echaría a llorar, así que se levantó y, sin prisas, salió del jardín.

En casa de Dottie ya estaban cargando las maletas para llevarlas a la estación. Dottie se había puesto el sombrero y se le acercó corriendo y llamándola en voz alta.

—Estamos a punto de marcharnos, ¿Clifford te ha dado la dirección?

Eliza negó con la cabeza, y ahora que Dottie la veía de cerca, se dio cuenta de que le pasaba algo.

—Dios mío —dijo—. ¿Qué te pasa? Parece que has visto un fantasma.

Eliza no podría haber hablado aunque hubiese querido. Había llegado a la India, a Rajpután, llena de todo tipo de expectativas, pero nunca, ni en un millón de años, se habría imaginado que iba a descubrir a una hermana.

—Toma las llaves —le dijo Dottie—. Hay dos dormitorios, encontrarás todo lo que necesitas. Los muebles no son nuestros, así que los hemos dejado aquí. Quédate todo el tiempo que quieras. El alquiler está pagado hasta finales del mes que viene.

Eliza asintió con la cabeza.

—Gracias. Tengo que elegir las fotografías para la exposición, así que lo haré aquí.

—Espera un momento, te anotaré nuestra nueva dirección. —Dottie entró corriendo en la casa y salió con un trozo de papel doblado—. No sé qué ha pasado para que estés tan pálida, pero si alguna vez necesitas una amiga, escíbeme. Visítanos. Lo que quieras...

Eliza se tragó el nudo que tenía en la garganta y deseó que su amiga no tuviera que irse. Aunque, al mismo tiempo, se dio cuenta de que quizá nunca podría hablar del tema.

Dottie abrió los brazos y la estrechó. Pasado un momento, se separaron, Dottie se subió al coche que la esperaba y se marchó. Eliza observó cómo el vehículo desaparecía a lo lejos. Mientras Dottie estaba con ella, había creído que todo permanecía en silencio; pero ahora la asaltaron los ruidos de Juraipur: niños gritando, campesinos vendiendo frutas y verduras, la gente de la ciudad ocupándose de sus cosas. Eliza se tapó los oídos con las manos y entró corriendo en la casa.

ELIZA PASÓ UNA noche inquieta en casa de Dottie, en la que soñó desde que se quedaba atrapada en un arrasador incendio en el desierto hasta que buscaba los caramelos que su padre llevaba escondidos en los bolsillos; solo que, al alzar la vista, no veía el rostro de su padre, sino el de Chatur. Dicen que nos enfrentamos a nuestros problemas en sueños, pero los problemas de Eliza eran demasiado numerosos como para poder resolverlos

jamás. Aun así, se levantó con una decisión firme: tenía que hablar con Indi, aunque la idea la inquietase.

Después de escoger las fotografías que quería enmarcar, fue al castillo y una vez más se maravilló ante las enormes fortificaciones que surgían de la pared rocosa bajo un cielo amarillento y ante las incontables almenas, que parecían extenderse kilómetros y kilómetros. Mientras un criado de librea la conducía por largos pasillos con las paredes de estuco pulido, que relucían discretamente como cáscaras de huevos, seguía sin saber si Indi estaría en el castillo o si habría regresado a la aldea. Atravesaron un florido patio rodeado por una galería de

mármol con fuente que brillaba bajo el sol en el centro, hasta entrar en una parte del castillo que Eliza no conocía. Aquí el aire olía menos a jazmín y más a cardamomo y especias. El hombre le explicó que estaban en el huerto donde se cultivaban las hierbas aromáticas y las verduras y que aquella parte del castillo se encontraba detrás de las cocinas.

—Por aquí —dijo cuando llegaron al último patio, y la condujo hasta unas escaleras semiocultas en la pared. Empezaron a subir y al final de la larga escalera atravesaron una desconcertante serie de patios interconectados, rodeados por altas tapias y decorados con arcos lobulados en todos los lados.

Quando llegaron a un pequeño edificio en forma de torreón, abrió una puerta que daba a otra empinada escalera de caracol.

—¿Por aquí? —preguntó Eliza, que empezaba a sentirse algo inquieta.

El hombre asintió y empezó a subir. Una vez arriba, hizo sonar una campana que colgaba de la pared junto a una puerta azul claro. Eliza no sabía qué esperar, pero pronto oyó el tintineo de las pulseras que llevaba en el tobillo, y, cuando apareció la propia Indi, la invadió una oleada de alivio.

—¿Estas son tus habitaciones? —dijo, sorprendida.

—Mi habitación.

—¿Por qué aquí arriba?

—Pasa y lo verás.

Eliza siguió a Indira y entró en una sala que habría sido octogonal si no fuera porque una de las paredes daba al edificio principal. Acalorada de la preocupación como estaba, agradeció la brisa fresca que soplaba por las cinco ventanas, estrechas pero muy altas. La habitación de Indira no se parecía en nada a los pasillos sombríos del *zenana*, que estaban divididos en distintos apartamentos para Laxmi, Priya y las concubinas. Era un lugar encantado, inundado de luz y de aire fresco. Hipnotizada, Eliza se sintió en el séptimo cielo.

—Antes era una torre vigía —explicó Indira—. Ven, te enseñaré la vista.

Eliza se acercó a una de las ventanas y vio un magnífico panorama de la ciudad, que se extendía bajo el torreón, y de las llanuras, que llegaban hasta donde alcanzaba la vista.

—Es pequeño, pero me encanta vivir aquí arriba. Desde que acristalaron las ventanas, no he querido estar en otro sitio.

Los únicos muebles eran un *charpoy* o cama de colores cubierta de almohadones, una alfombra, un baúl y varios pufs cuadrados tirados por el suelo.

Indira le hizo gestos de que se sentara, pero, no queriendo alejarse de la ventana, Eliza se quedó donde estaba para disfrutar de la vista. Desde allí

arriba, se oían el tintineo de los cencerros de las cabras, llevado por el viento, y el murmullo de los árboles, que se mezclaba con la embriagadora fragancia a rosa y jazmín que se elevaba desde el patio. Vio algunas salpicaduras de vivos colores a lo lejos y se dio cuenta de que eran los mantones de las mujeres, que ondeaban en los tendederos mientras se secaban al sol.

Cuando se alejó a regañadientes de la espectacular vista, se volvió hacia Indira y la miró un momento antes de sentarse en uno de los pufs.

—Ya veo por qué te encanta estar aquí —dijo.

Pero lo que de verdad quería decirle era: ¿cómo te atreves a ser hija de mi

padre? Sabía que tratarla con insolencia solo le pondría las cosas más difíciles, pero apenas había empezado a desentrañar sus emociones encontradas.

Indira tampoco decía nada, sino que esperaba, sentada, doblando y volviendo a desplegar el largo chal con el que a menudo se cubría la cabeza. Hoy llevaba una falda y una blusa sencillas con unas sandalias y tenía el pelo suelto. Parecía una princesa que viviese en un torreón, pensó Eliza, una damisela que esperara a un príncipe que la rescatase, y en muchos sentidos es lo que era. Una oleada de lástima se apoderó de Eliza. Esta chica menuda, de manos y pies diminutos, no había tenido una infancia fácil. Su abuela había hecho todo lo

posible para remediar la ausencia de su madre y de su padre, pero ¿habría sido suficiente?

En aquel momento, Indi empezó a hablar.

—Entonces ¿lo sabes? Te lo veo en los ojos.

Puede que Indi hubiese intuido que empezaba a ablandarse, pensó Eliza, puede que hubiera visto una puerta abierta que la propia Eliza no había podido o querido encontrar. Se clavó una uña en la parte carnosa de la palma de la mano.

—No puedo hablar de eso.

Permanecieron en silencio varios minutos, durante los cuales Eliza escuchó los sonidos del mundo exterior

que, de vez en cuando, entraban por los altos ventanales.

—Háblame de tu infancia —dijo por fin.

—Si te refieres a nuestro padre...

Eliza se estremeció visiblemente.

—Lo siento.

—No. Sigue.

—No me acuerdo de él.

—¿Y de tu madre?

—La última vez que la vi no había cumplido los tres años. Creo que era bailarina, pero mi abuela nunca hablaba de ella. Me dijo que había deshonrado a la familia. Tuve suerte de que mi abuela me aceptara.

Se hizo otro silencio incómodo. A ninguna de las dos les resultaba fácil

tener esta conversación, y aunque Eliza sabía que había hecho bien en venir, al mismo tiempo deseó estar a kilómetros de distancia. O, por lo menos, en un sitio donde no tuviera que enfrentarse a la verdad.

—Entonces —dijo— ¿piensas quedarte en el castillo?

—No voy a volver a la aldea.

—¿Y Jay va a permitir que te quedes?

Lo había conseguido: había pronunciado su nombre sin rastro de emoción. En tono neutro.

—Bueno, supongo que la respuesta es sí.

Eliza se encogió de hombros y la compasión que había sentido por un momento volvió a convertirse en

resentimiento.

—Hay algo que quería preguntarte — dijo, cambiando de tema—. El frasco de ácido pirogálico que robaron del cuarto oscuro. Tú no... bueno, quiero decir, tú no tuviste nada que ver con la muerte de Anish, ¿verdad?

Indi la miró con los ojos muy abiertos y se echó a reír.

—¿Me estás preguntando si maté a Anish para que Jay fuera maharajá y lo tuyo con Jay terminara?

La reacción franca de Indi hizo que Eliza se avergonzase de haberlo pensado.

Indi negó con la cabeza, entre risas y con los ojos llenos de lágrimas.

—No soy ninguna asesina, Eliza.

Puede que sea muchas cosas, pero eso no. Aunque tengo que admitir que rompí tu cámara.

Eliza la miró, boquiabierta.

—Me hiciste mucho daño.

—Lo siento. Pensé que así te marcharías.

—Creí que éramos amigas.

—Lo siento. —Miró hacia abajo un momento—. Entonces no sabía quién eras.

—Y no te importó hacerle daño a alguien que no era tu... —Se detuvo, incapaz de pronunciar la palabra—. Bueno, ¿robaste el ácido?

—Chatur me lo pidió.

—Pero ¿para qué?

—Para ponerte en un aprieto. Para

que pensasen que eras un peligro para todos nosotros.

—Así que fue Chatur.

Indi asintió con la cabeza.

—Tengo muy poco poder en palacio, ¿sabes? Necesitaba a Chatur. Siento mucho no habérselo dicho a Jay. Y ahora Priya tiene las miras puestas en él...

Eliza se quedó pasmada.

—¿Priya?

—Está acostumbrada a ser una mujer poderosa en la corte, y es normal que una maharaní se case con el hermano de su esposo tras la muerte de este.

—¡Dios mío! No lo sabía. Pero él la detesta.

—¿Sigues sin entenderlo? A pesar de todo el vigor y la fuerza de Jay, para

nosotros el matrimonio no tiene nada que ver con enamorarse, como lo llamáis los británicos... Aquí lo importante es el deber y la familia. Nuestros matrimonios son concertados.

Eliza suspiró. ¿Alguna vez llegaría a entender la India?

—¿Y qué pasa con el amor? — preguntó.

—La gente acaba cogiéndose cariño. Y así los matrimonios duran.

—Pero ¿quién podría concertarte un matrimonio a ti?

Indi negó con la cabeza.

—Me gusta Dev, pero no tengo dote, solo la casa de mi abuela. Y ya la has visto. Es una choza de adobe, sin ningún valor. Estoy completamente sola en este

mundo y supongo que siempre lo estaré.

Eliza asintió y de repente se dio cuenta de lo importante que debía de ser para Indi que Chatur fuese su aliado. Sin estatus ni poder propios, la verdad era que no tenía otra opción. Pero Eliza decidió que tenía que decir algo sobre su relación con Jay. Había sido más que un simple amor romántico. Eliza lo sabía, Jay lo sabía, y quería que Indi también lo supiera.

—Quiero a Jay —dijo—. Y siempre lo querré.

—Y él a ti, estoy segura.

—Pero ¿y Priya? La idea me revuelve el estómago.

—Lo único que puedo decirte es que Jay siempre nos ha sorprendido. Tiene

sus propias opiniones sobre la vida y siempre se guía por lo que considera correcto.

—¿Sea lo que sea?

Indira asintió, y Eliza se preguntó cómo hacer avanzar la conversación y cómo ayudar a la chica. Entonces se le ocurrió una idea.

—¿Estarías dispuesta a involucrarte en el movimiento independentista? —preguntó—. Todo va a cambiar para la gente de a pie. Ahora me doy cuenta de que el autogobierno es el único camino a seguir. Solo espero que se consiga pacíficamente.

—Bueno, Dev es de lo más convincente con ese tema. Me ha convencido de que el mundo que

conocemos está a punto de llegar a su fin. Puede que no sea hoy ni mañana. Pero pasará.

Eliza sonrió.

—Supongo que no te refieres al fin del mundo, sino a la India británica.

—Sí, a eso; pero Dev cree que también desaparecerán los estados principescos. Por supuesto, la mayoría de los príncipes están luchando por conservar el trono, y no los culpo.

—Jay será un gobernante justo mientras exista el reino.

Se hizo una breve pausa, y Eliza adivinó lo que vendría a continuación.

—Háblame de él... Háblame de tu padre, Eliza. Por favor.

Respiró hondo y suspiró. Siempre le

había encantado recordar a su padre, pero ahora sus sentimientos de amor estaban mezclados hasta tal punto con la ira y el resentimiento que no sabía por dónde empezar. Recordó el día en que la llevó a ver la caza del jabalí a caballo, que detestó con toda su alma. Había mucha sangre. Más tolerable, pensó al principio, sería el día en que la llevó a ver una cacería a pie. Esperaron subidos a una alta plataforma, pero cuando el virrey disparó a un precioso elefante, Eliza se echó a llorar, para vergüenza de su padre.

—Quería a mi padre —fue lo único que pudo decir.

—¿Y tu madre?

—La infidelidad de mi padre le

arruinó la vida.

—Debes de estar resentida conmigo.

Eliza miró a Indi, tan sola en el mundo.

—Cuando Clifford me lo dijo, creí que iba a volverme loca.

Frenada por un débil recuerdo de su padre, hizo una pausa, preguntándose si sería real. Era demasiado pequeña para entender la importancia de ver a su padre de la mano de una mujer india.

—¿Estás enfadada conmigo? — preguntó Indi.

Pero Eliza, que intentaba seguir el hilo de sus pensamientos, no respondió.

—¿Estás enfadada conmigo? — repitió.

Eliza suspiró.

—Contigo, con mi padre, con Clifford por habérmelo dicho. Lo peor fue la furia que sentí contra mi madre por haber permitido que mi padre la destruyese. —Hizo una pausa—. Mi madre tenía un problema con la bebida.

—Lo siento.

—Y yo le echaba las culpas de todo. Creía que mi padre era perfecto. Menuda idiota. —Se puso en pie. La conversación empezaba a volverse demasiado dolorosa—. Creo que ya va siendo hora de que me vaya.

—¿Tan pronto? ¿Por qué no subes a la azotea a contemplar las vistas?

—¿Para que puedas tirarme de un empujón? —dijo Eliza, con una sonrisa.

Indi la miró sin comprender, pero se

echó a reír mientras se levantaba.

—Nunca se sabe. Ven. Subir al torreón me ayuda a ver los problemas desde otra perspectiva. Y ahora, antes del mediodía, es el mejor momento.

Indi cogió de la mano a Eliza y la llevó por lo que describió como un atajo. Subieron un tramo de escalones y atravesaron la puerta que había al final. Al abrirla, fue como si de verdad estuviesen en la cima del mundo. Indi abrió los brazos y empezó a dar vueltas, riendo y gritando.

—Vamos, Eliza, tú también —dijo, sin detenerse.

Eliza vaciló un momento, pero no pudo resistirse y las dos empezaron a girar. Era de lo más emocionante y,

cuando los pensamientos se disolvieron uno a uno y acabaron desapareciendo de su mente, Eliza se sintió libre. Empezó a girar más y más rápido, mientras el increíble paisaje daba vueltas a su alrededor, y se dio cuenta de que aquí, muy por encima de la ciudad, se podía perdonar todo y que esta chica que tenía tan poco era de su propia sangre.

Al oír el repiqueteo de las campanas vaciló y fue la primera en tropezar y caer al suelo, desmadejada. «Así es la vida —pensó—: igual te encumbra que te tira al suelo».

Miró a Indira, que seguía girando y gritando sin parar, y vio un águila, que volaba justo por encima de sus cabezas, atravesando el infinito y cegador cielo

azul claro. Aunque tenía calor y estaba pegajosa, la brisa empezaba a secarle la piel, y en aquel momento, y a pesar de todo lo que le había pasado, supo que volvería a ser feliz algún día.

Cuando Indi dejó de girar, sin caerse, Eliza se levantó y se le acercó. Abrió los brazos y abrazó a su hermana. Cuando se separaron, Eliza miró a Indira a los brillantes ojos verdes.

—No estás sola —le dijo—. Siempre me tendrás a mí, *bahán*, y nunca volverás a estar sola. Te lo prometo.

JAIPUR

LAS ANCHAS AVENIDAS que empezaban bajo las puertas rematadas por arcos de la ciudad de Jaipur estaban abarrotadas de soldados y de hileras de camellos cubiertos de sedas, pompones y cintas. Eliza atravesó un arco de un color rosa intenso y un segundo adornado con un complejo dibujo de flores blancas. Recordaba la ciudad rosa de su infancia y casi esperaba llevarse una decepción,

pero Jaipur cumplió todas sus expectativas y más. Los *havelis*, los palacios y los balcones relucían, cada uno de un tono distinto de rosa.

Eliza había llegado justo en el punto culminante del festival hindú del *Teej* y tuvo suerte de encontrar una habitación libre tras los arcos apuntados de un bonito hotel *haveli* en pleno corazón de la ciudad. Era un tanto irónico estar en Jaipur durante el *Teej*, uno de los tres festivales que se celebraban durante los meses del monzón, y la época en la que las mujeres rezaban a la diosa Parvati y a Shiva para que les concediesen un matrimonio feliz. El *Teej* era básicamente un festival para las mujeres y giraba en torno al amor y la entrega de

una esposa por su marido, algo que era improbable que Eliza llegase a lograr. Estaba de acuerdo con el «amor», pero en cuanto a la «entrega», tenía sus dudas.

Aunque había visto los pequeños insectos rojos que salían de la tierra durante las lluvias, no se había dado cuenta de que el festival tomaba su nombre de dichos insectos. Pero el dueño del *haveli*, un hombre bajito con unos penetrantes ojos oscuros y un constante aire de excitación, se lo había explicado todo. Le había dicho que, mientras en el norte de la India el *Teej* festejaba la llegada del monzón, en Rajpután también se celebraba para dar gracias por el final del calor abrasador

del verano. Este año las lluvias habían llegado tan tarde que el festival se había aplazado más de lo habitual. El hombre parecía estar rebosante de información; de hecho, charlaba por los codos, hasta que a Eliza empezó a darle vueltas la cabeza. Pero él continuó impassible y le dijo que, aunque el ayuno era esencial durante el *Teej*, el festival estaba lleno de vida, de alegría y de mujeres cantando y bailando. Eliza decidió salir a verlo por sí misma y se llevó su nueva Leica con ella.

En cuanto salió del *haveli*, se dio de bruces con una ciudad rebosante de multitudes exultantes. Observó los columpios que habían colgado de las ramas de los árboles más altos,

cubiertos de guirnaldas de caléndulas. Seguía resultándole extraño que estuvieran pensados para las mujeres adultas y no para los niños, pero una mirada a las caras de las mujeres de todas las edades bastó para confirmar su alegría. Eliza se fijó en que tenían las manos decoradas con complicados tatuajes de henna y los cuerpos cubiertos de joyas. «O bien esperan encontrar marido —pensó—, o rezan por la salud de su pareja». Ninguna mujer quiere pasarse el resto de su vida vestida de blanco riguroso.

Eliza se enteró de que habían construido una feria cerca del *haveli*, así que abrió la nueva Leica, dispuesta a retratar la enorme noria y las hileras de

puestos en los que se vendían muñecas y adornos de tela. Parecía que toda la ciudad se había concentrado allí. Los adultos hablaban animadamente unos con otros y reían, mientras que los niños se abrían paso entre la multitud, creando alboroto allá donde iban. Eliza le preguntó a la gente si les importaba que les hiciese una foto, y la mayoría asintieron con la cabeza y sonrieron, felices de que los retratasen con sus mejores galas. Lo más curioso era que, cada vez que Eliza estaba a punto de pulsar el botón de la cámara, se ponían serios de repente. Fotografió los elefantes decorados y pintados y a sus *howdahs*, vestidos de seda de pies a cabeza, a lo largo de las avenidas rectas

y anchas. Más adelante vio las diminutas figuras de Shiva y Parvati dispuestas sobre paños de terciopelo en las aceras y a la gente que se apiñaba para comprarlas. «Qué maravilloso debe de ser —pensó—, en un momento de soledad, formar parte de una comunidad que comparte tus creencias religiosas». Eliza había abandonado a Dios el día en que la bomba hizo volar por los aires a su padre, llevándoselo para siempre.

Poco a poco la luz fue tiñéndose de amarillo, empezó a atardecer y la ciudad, iluminada por centenares y centenares de minúsculas lámparas de barro que solo contenían aceite y una mecha, parecía sacada de un cuento de hadas. El palacio de la ciudad

resplandecía, de un rosa intenso, y los fuertes se alzaban sobre el morado oscuro de la cordillera de Aravalli. Eliza contempló la belleza de la escena, pero para ella estaba teñida de una profunda melancolía al darse cuenta de que nunca llegaría a formar parte de este mundo. No pudo evitar pensar en Jay y recordar todo lo que habían vivido juntos. Siempre guardaría como oro en paño los días que había pasado con él, pero era momento de pasar página. Y aunque una parte de ella deseaba salir huyendo, se quedó a presenciar los bailes, y ver a tantas mujeres hermosas moverse como si su vida dependiese de ello le levantó el ánimo.

Se quedó sorprendida cuando, de

pronto, una de las mujeres que tenía cerca la agarró de la mano y la condujo hasta el corazón de la multitud. Al principio, avergonzada y torpe, Eliza deseó que se la tragase la tierra. No iba vestida para bailar con desenfreno, pero al poco tiempo olvidó su vergüenza.

AQUELLA NOCHE DURMIÓ como un bebé y al día siguiente decidió ponerse sus mejores ropas de estilo indio. Se pintó una línea de *kajal* negro en torno a los ojos, como le habían enseñado las concubinas, y una vez más le sorprendió ver que el verde de sus ojos cobraba vida. Se dio un toque de colorete en las mejillas y los labios y se recogió el pelo

en un moño bajo, que se adornó con cintas de colores.

Decidió bajar a tomar un café en la galería del *haveli*, que daba a un exuberante jardín. Intentaría ser feliz y después saldría a dar un paseo por la ciudad. Hoy encajaría con la gente del pueblo, se prometió a sí misma.

Empujó las pesadas puertas talladas de la galería y le sorprendió encontrársela desierta. O bien llegaba tarde o demasiado temprano, y se preguntó si debía ir a buscar a alguien. Justo cuando estaba a punto de levantarse, un mayordomo salió a dejar una rosa roja en el florero que había en su mesa, pero se fue antes de que pudiera decirle nada. Estaba absorta en

sus pensamientos cuando oyó la voz de un hombre. Se quedó paralizada. No podía ser él, ¿verdad? Se giró hacia un lado y lo vio allí de pie, sonriendo, con los ojos color ámbar llenos de amor.

—¿Jay?

Se llevó un dedo a los labios, se le acercó, se arrodilló ante ella y se sacó una cajita de un bolsillo de la túnica. La abrió y se la mostró a Eliza; esta contempló el anillo de zafiros más bonito que había visto nunca y miró a Jay, que la observaba con expresión seria.

—Resulta —le dijo— que no puedo vivir sin ti.

Eliza no pudo evitar que se le empañaran los ojos de lágrimas y, sin

entender del todo que lo que le pasaba era verdad, solo pudo asentir sin decir nada.

—Siento mucho haberte hecho pasar por todo esto. Creí que hacía lo correcto. Quiero pedirte disculpas y preguntarte si podrás perdonarme.

Eliza seguía sin poder hablar.

—Esto me recuerda un verso de Tagore —continuó Jay—: «La fe es el pájaro que siente la luz y canta cuando el amanecer todavía está oscuro».

Eliza sonrió.

—Perdonémonos el uno al otro, ¿de acuerdo?

—Ven —dijo Jay, poniéndose en pie y abriendo los brazos—. Tú y yo construiremos nuestra fe el uno en el

otro, tanto en los momentos de oscuridad como de luz.

Eliza se le acercó. Cuando se abrazaron, sintió latir el corazón de Jay contra el suyo y supo que todo estaba bien, aunque todavía no salía de su sorpresa. Después se sentaron uno junto al otro en silencio. Era un momento demasiado precioso como para echarlo a perder con preguntas. El sol se filtraba a través de los árboles y Eliza vio a los pájaros revolotear por el jardín y a un par de monos parlanchines que se balanceaban entre las ramas y quiso conservar aquel recuerdo. Deseó poder recordar aquel momento para siempre. Porque era perfecto, y en la vida hay pocos momentos perfectos. Tenía

algunas preguntas en mente y pronto se las haría a Jay, pero por ahora, con su mano entre las suyas, experimentó una paz sublime, casi como si supiese que nada volvería a ir mal, jamás. Pasaron unos minutos durante los cuales ninguno de los dos dijo nada.

Jay fue el primero en interrumpir el silencio.

—¿Ya has tomado un café?

—Es una pregunta de lo más pragmática, pero, la verdad, ni me acuerdo. Es como si hubiese perdido la capacidad de pensar. De todas formas, ahora mismo no tengo sed.

—Entonces ¿te apetece que demos un paseo mientras todavía hace fresco y la ciudad está tranquila?

Salieron del *haveli* por un callejón estrecho, donde un par de gatos se estiraban perezosamente y ni siquiera se apartaron al verlos pasar. Luego recorrieron las calles de Jaipur.

La luz de la mañana les mostró la verdadera belleza de la ciudad. Todo parecía brillar y el color rosado de los edificios era más delicado que el día anterior. La mayoría de las tiendas seguían cerradas, y cuando pasaron junto al Palacio de los Vientos, le hizo la pregunta más urgente.

—Pero ¿cómo, Jay? ¿Cómo es que puedes casarte conmigo?

—Mi hermano pequeño será maharajá y Laxmi será regente. Llevará las riendas del reino hasta que mi hermano

alcance la mayoría de edad. Yo seré su consejero.

—¿Y tu madre ha accedido?

—Laxmi te quiere, Eliza, y cuando vio lo decidido que estaba, me dio su bendición. Y los británicos, también. Se lo presentamos como un hecho consumado, así que llevaban las de perder.

—¿Y qué pasa con Priya? —Sonrió con ironía y enarcó las cejas, intentando provocarlo con la pregunta—. Creí que ibas a casarte con ella.

Jay hizo una mueca.

—Ni en un millón de años. A partir de ahora Priya quedará en segundo plano, le guste o no; aunque no creo que Laxmi insista en que se vista de blanco

ni en que vuelva a vivir con su familia.

—La verdad es que me da un poco de pena.

Jay le rodeó los hombros con un brazo.

—Y me gustas todavía más por ello.

—¿Qué ha pasado con Chatur?

—Le despojamos de su poder y le hemos pedido que se marche del castillo. He nombrado a un nuevo diván.

—¡Viva!

—Ahora la pregunta más urgente es: ¿dónde vamos a casarnos? ¿Hay algún lugar que sea especial para ti?

—¿De verdad me estás diciendo que renunciaste a ser maharajá por mí? ¿Estás seguro?

Jay se echó a reír.

—No cambies de tema. ¿Dónde? Puedes elegir entre una boda de cuento de hadas aquí, en el palacio de Jaipur (la familia a la que pertenece es amiga nuestra), o una celebración más discreta en Delhi. El palacio está en pleno corazón de Jaipur y es una maravilla. Si uno no lo conoce, pensaría que el palacio es la propia ciudad, y tiene de todo, desde jardines de cipreses y palmerales hasta establos. Hay tejedores que se dedican exclusivamente a hacer paños de seda bordada con flores de oro, y esos son solo para los elefantes. El maharajá ha domesticado unos guepardos que podríamos sacar en nuestra procesión de boda y...

—¡Ya basta!

—¿Quieres decir que prefieres Delhi?
Eliza asintió con la cabeza.

—Por lo que dices, el palacio de Jaipur debe de ser extraordinario. Sería el sueño de cualquier chica, pero una boda de cuento de hadas sería algo triste para mí, que no tengo familia.

Jay se quedó quieto y la miró a los ojos.

—Exceptuando a Indi.

—Así que te lo ha dicho.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Debí de darme cuenta antes. Tenéis los mismos ojos.

—Parecidos, aunque los míos son del color de los estanques y los suyos relucen como esmeraldas.

—Tienes unos ojos preciosos y eres preciosa... ¿Recuerdas que una vez te dije que tú, Indi y yo estábamos conectados, pero que no sabía cómo?

—Dijiste que nuestro destino era estar juntos. ¿Crees que está a punto de cumplirse?

—¿Quién sabe? La vida a veces sale por donde uno menos se lo espera.

—Pero es bueno que hayamos acabado juntos, ¿no? Tú y yo. ¿Nosotros?

Jay rio.

—No es bueno, es maravilloso. Y también es bueno para Indi. Ahora que va a ser mi cuñada, puedo hacerme cargo de su dote.

—¿Antes no podías?

—No habría sido fácil. Como ya sabes, hay ciertas tradiciones que me lo impedían.

Eliza estaba tan feliz que no podía dejar de sonreír.

—Me alegro mucho de que la hayas perdonado. Me preocupaba pensar qué le pasaría.

—Y conozco a cierto agitador cuya madre ya no podrá oponerse a que se case.

—¿Te refieres a Dev?

—Al mismo.

La invadió una repentina oleada de inquietud.

—Me preocupa que puedas reprochármelo algún día. Ya sabes, por haber tenido que renunciar a tu

oportunidad de gobernar.

—Te preocupas demasiado. Creo que la vida en la India cambiará muy pronto, mucho más de lo que imaginamos. Y además, ya estoy lo bastante ocupado con el proyecto de riego.

—Verdad.

—Por cierto, tengo que ponerte al día. Se me han ocurrido un par de nuevas ideas y, sobre todo, he conseguido el permiso para represar el río del que te hablé. La presa marcará la diferencia en las vidas de la gente. Y no olvides que, además, voy a ser consejero de Laxmi. Pero ya basta de hablar de mí. ¿Ya te he dicho lo guapísima que estás hoy y que es un momento de lo más propicio para un compromiso?

—¿Y yo te he dicho que tienes unas pestañas increíbles para ser un hombre?

Jay pestañeó seductoramente y se echó a reír.

—Y sí, sé que es el festival del *Teej*. ¡Tendré que rezar por un final feliz!

—Estarías preciosa con las manos pintadas de henna. —Después de una pausa, añadió—: ¿Qué pasa con tu exposición?

—Todavía no tengo local.

—¿Qué te parece el salón principal de mi palacio? Tendríamos que renovar el suelo, por supuesto, pero dispone de una luz fantástica, y si enviamos las invitaciones con tiempo suficiente, atraeremos a mucho público.

—¿Lo dices en serio? ¡Gracias! Me

encantaría.

—El placer es mío. —Hizo una pausa y le sonrió—. Bueno, ¿cuántos hijos vamos a tener?

—¿Dos, quizá tres?

—Estaba pensando en cinco, por lo menos.

Eliza tragó saliva. ¿Era mejor decírselo ahora o esperar a estar segura? Vaciló y empezó a hablar en tono serio.

—En realidad, tengo algo que decir sobre ese tema.

Jay dejó de sonreír.

—No tenemos por qué tenerlos. Quiero decir, si prefieres centrarte en tu carrera, y no quieres...

—No, idiota. Calla y escucha. Tengo

un retraso. Solo una semana, así que es pronto para saberlo, pero puede que ya hayamos empezado con el primero.

Jay alzó los ojos al cielo, se golpeó el pecho con el puño y empezó a reír a carcajadas. Eliza echó la cabeza hacia atrás y rio con él, observando por el rabillo del ojo a los comerciantes, que empezaban a abrir sus puestos, y oyendo el tintineo de las pulseras que las mujeres llevaban en los tobillos al pasar. Los habitantes de la ciudad sonrieron al verlos reír con todas sus ganas.

El sol fue subiendo en el cielo y por primera vez Eliza experimentó la perfección inigualable de la vida: había que saborear cada momento, cada

instante de alegría, y cuando, inevitablemente, llegase la pena, se enfrentaría a ella con el corazón abierto, sabiendo que sobreviviría. Miró a su alrededor, observó la exótica ciudad rosa y supo que, por fin, había conseguido pasar página. Y, aunque siempre querría a su padre a pesar de sus defectos, y siempre lamentaría no haberse llevado mejor con su madre, lo que importaba ahora el futuro: su carrera, su amor por Jay y criar a sus hijos. Su madre se equivocaba. No había nada que impidiese a una mujer tenerlo todo, y Eliza se prometió demostrarlo durante los días y los años que tenía por delante. No solo se dedicaría a la carrera que amaba, sino que además

tendría su propia familia, incluida la hermana que siempre había querido.

Alzó la vista al cielo. Sé feliz por mí, mamá, susurró. Sé feliz.

EPÍLOGO

TRES MESES DESPUÉS
SHUBHARAMBH BAGH

UN FRESCO DÍA de octubre, por fin llegó la fecha fijada para la exposición de Eliza. Se levantó temprano, dejó que Jay siguiese durmiendo y, tras ponerse la bata, vagó por los pasillos de su palacio, que ahora era su hogar. A Eliza le encantaba la luz de primera hora de la mañana y a menudo salía a explorar sola antes de que se levantasen los demás. Muchas veces tenía que pellizcarse, incapaz de creer la fortuna que la había llevado hasta allí. Eliza y Jay se habían casado discretamente en Delhi y ahora se estaba haciendo a la idea de ser

madre dentro de pocos meses. Y aún más: había terminado el proyecto para el archivo fotográfico de Clifford y le habían pagado lo prometido. Y a pesar de que Clifford nunca llegó a admitirlo, Eliza estaba segura de que, aunque sus intenciones personales para con ella eran honradas, sí había tenido segundas intenciones al introducirla en el castillo: esperaba que vigilase a la familia real e informase sobre ellos mientras los retrataba.

Cuando llegó al enorme salón de recepciones de Jay, con sus altos ventanales y el suelo recién restaurado, contempló las setenta y cinco fotografías que había colgado durante las últimas dos semanas. Jay también se había

puesto manos a la obra y, trabajando juntos, habían conseguido presentar su trabajo de la mejor manera posible. Cada fotografía estaba elegantemente enmarcada en negro y las habían colocado a intervalos regulares a lo largo de una de las largas paredes. Los rostros orgullosos de la realeza miraban al mundo desde sus retratos, pero también lo hacían las caras de los aldeanos, los niños y los pobres. Eliza había sabido captar cada momento, a veces en una imagen desenfocada y algo granulada, a veces bajo una luz intensa y hasta dura, y a veces entre delicadas sombras. Cada fotografía era una obra de arte por derecho propio, y Eliza estaba orgullosa de su trabajo. Contra la

pared opuesta, y en completo contraste con las fotografías en blanco y negro, centenares de rosas de un rojo vivo e intenso perfume levantaban sus cabezas escarlata a la suave brisa en diez jarrones de porcelana y, entre ellos, unas sillas pintadas de blanco esperaban a los que quisiesen sentarse a mirar. Eliza recorrió la pared revisando cada fotografía, enderezando una, acariciando la superficie de otra y asegurándose de que todas colgaran exactamente como debían. Cuando terminó, subió a despertar a su marido.

AQUELLA TARDE, ELIZA se puso un vestido negro largo y no demasiado

ceñido en el vientre y Kiri, que ahora vivía en el palacio con ellos, le adornó el cabello con una de las rosas rojas. Se cubrió los hombros con un chal blanco de seda, y cuando Jay entró y la vio, mostró su admiración con un silbido.

—Bueno, querida, eres todavía más bella que tus fotos.

Eliza sonrió de placer. Jay llevaba un traje tradicional de *rajput*: un *angharka* o túnica con un pronunciado escote en la parte delantera, en tonos negro, rojo y blanco, y, recién salido del baño, todavía tenía el pelo húmedo. Eliza se le acercó y le acarició la mejilla.

—Tú también estás impresionante.

Alguien llamó a la puerta y Jay fue a abrirla. Indi entró en la habitación.

—Acabo de colocar las rosas —dijo. Indi se había encargado de hacer los arreglos florales y de organizar los canapés para la inauguración y llevaba un vestido de seda roja al estilo europeo —. ¿Estás preparada? Me ha parecido oír que aparca el primer coche.

Eliza miró a Jay y la invadieron los nervios. ¿Y si no venía nadie? ¿Y si a nadie le gustaba su trabajo? ¿Y si solo venían a admirar a la esposa inglesa del príncipe?

—Voy a bajar —dijo Jay—. Será mejor que hagas tu entrada cuando el salón esté lleno.

Eliza asintió sin decir nada y Jay se acercó a besarle la frente.

—Todo saldrá bien. Te lo prometo.

No olvides que hemos enviado invitaciones a medio mundo. —Le guiñó un ojo y se giró—. Vamos, Indi, bajemos.

Jay tenía razón. Habían enviado invitaciones a todos los estudios de fotografía de Delhi, Jaipur y Udaipur. Habían invitado al *Times of India*, al *Hindustan Times* y al *Statesman*, además de a todos los nobles y hombres de negocios que conocía Jay. Eliza también había insistido en invitar a la gente del pueblo para que viesen las fotografías y participasen en la fiesta de inauguración. Vendría hasta Dev, ahora que estaba claro que Clifford no iba a arrestarlo.

A solas en el dormitorio que

compartía con Jay, Eliza se miró al espejo de cuerpo entero. Aunque tenía la piel reluciente de salud y los ojos brillantes, no conseguía calmar las mariposas que sentía en el estómago. Ya más tranquila, oyó que empezaban a llegar más vehículos. Después de media hora dando vueltas por la habitación, Eliza levantó la vista cuando Kiri apareció en la puerta para transmitirle el mensaje de Jay: había llegado el momento. Respiró profundamente varias veces.

—¿Señora? —dijo Kiri—. ¿Está lista?

Eliza asintió y se tragó los nervios. Caminando como una reina india, se dirigió a la majestuosa escalera que

dominaba el salón de recepciones. Se detuvo y se miró los pies un momento, acalorada y con el corazón acelerado.

Cuando reunió el valor de mirar hacia abajo, a la multitud que habían convocado, le asombró ver que el salón estaba lleno de gente sonriente con los rostros vueltos hacia arriba y que todos los ojos estaban puestos en ella. Cuando dio los primeros pasos, el público prorrumpió en una ovación. Eliza parpadeó para contener las lágrimas y le pareció que tenía el corazón a punto de estallar. Los aplausos continuaron hasta que llegó al pie de las escaleras, donde la esperaba Jay.

—Déjame presentarte a Giles Wallbank —dijo, cuando Eliza se le

acercó.

—¿Cómo está usted? —dijo un hombre rubio y sonriente, y le tendió la mano—. Debo decir que sus fotografías son verdaderamente extraordinarias. Nos encantaría publicar una selección en el *Photographic Times*. ¿Qué le parece?

Eliza le dedicó una amplia sonrisa.

—Nada me gustaría más.

—Hablaemos más tarde y pediré que redacten un contrato lo más pronto posible. Y ahora debo dejar que disfrute de su éxito.

Cuando el hombre se alejó, Jay le tendió una mano y le susurró:

—Mira qué reacción —dijo, indicando con un gesto a la gente que

asentía con la cabeza mientras contemplaban las fotografías y a las personas que hacían cola para hablar con ella.

Eliza nunca olvidaría aquel día en toda su vida. Había llegado a la India siendo una mujer insegura y dudosa de sus habilidades como fotógrafa. Había llegado sin saber de verdad quién era. Todo eso había cambiado. No sabía qué le depararía el destino, pero, por ahora, no había nada que pudiese hacer su vida más perfecta, excepto una cosa: que su hijo naciese sano. Miró a los ojos de Jay, el reflejo de su propia alma, y tuvo que parpadear todavía más fuerte que antes.

—Lo has conseguido, mi amor —le

dijo—. Lo has conseguido de verdad. Y no podría estar más orgulloso de ti.

Nota de la autora

Estos son algunos de los libros que me resultaron especialmente útiles a la hora de investigar esta novela:

Ahmed Ali, *Twilight in Delhi*, Rupa Publications Pvt Ltd, 2007.

Rustom Bharucha, *Rajasthan, an oral history*, Penguin Books India, 2003.

Diwan Jarmani Dass, *Maharani*, Hind Pocket Books Pvt Ltd, 2007.

Sharada Dwivedi y Shalini Devi Holkar, *Almond Eyes, Lotus Feet*, HarperCollins, 2007.

Henri Cartier Bresson, *Henri Cartier*

Bresson in India, Thames & Hudson, 1993.

Caroline Keen, *Princely India and the British*, I. B. Tauris & Co. Ltd, 2012.

Amrita Kumar (ed.), *Journeys through Rajasthan*, Rupa & Co., 2011.

Antonio Martinelli y George Michell, *Palaces of Rajasthan*, India Book House Pvt Ltd.

Gita Mehta y Francisco Martín, *Raj*, Anagrama, 1995.

Lucy Moore, *Maharanies*, Aguilar, 2006.

Hugh Purcell, *The Maharaja of Bikaner*, Rupa Publications Pvt Ltd, 2013.

Sweta Srivastava Vikram, *Wet Silence, poems about Hindu widows*, Modern

History Press, 1975.

Agradecimientos

Nunca podré expresar con palabras lo agradecida que estoy a todo el equipo de Penguin / Viking por su apoyo incondicional y continuado. Muchas gracias, Venetia, Anna, Rose e Isabel. Gracias de corazón a Lee Motley por esta preciosa portada y a los equipos de ventas y de derechos por su trabajo y por todo lo que han conseguido. Gracias también a mi agente y superestrella, Caroline.

No habría podido escribir este libro sin la ayuda de todas las personas a las

que conocí en la India, así que mi más sincero agradecimiento a Nikhil Pandit, director de TGS Tours & Travels Pvt Ltd, Jaipur, Rajastán, por organizar a la perfección el viaje. Quedo enormemente agradecida a Thakur Shatrujeet Singh Rathore, Thakurani Maya Singh, Thakur Jai Singh Rathore y Thakurani Mandvi Kumariat del hotel Shahpura Bagh por su generosidad y por el tiempo y la atención que me dedicaron. No solo fue un lugar maravilloso donde alojarse, sino que, además, la historia de Shahpura fue la que inspiró este libro. Gracias también a Thakur Praduman Singh Rathore, del hotel Chandeleo Garh, un refugio mágico y un remanso de paz. Nunca olvidaré las cenas bajo las

estrellas en la azotea. Gracias a todo el personal del Pal Haveli de Jodhpur y también a Thakur Man Singh y Thakur Prithvi Singh, propietarios del hotel Narain Niwas y palacio Kanota en Jaipur. Gracias también a nuestros maravillosos guías y conductores por su inagotable paciencia.

No puedo terminar sin dar las gracias a mi encantadora familia por aguantarme, sobre todo a mi marido y «master chef», Richard, que se inspiró en nuestro viaje para cocinar unos deliciosos platos indios.

Rajastán es un lugar mágico, y escribir este libro ha sido una experiencia maravillosa. Más que a cualquier otro sitio de los que he

visitado, espero volver algún día. Así que quizá, por encima de todo, quiero dar las gracias a la India y, en concreto, a Rajastán. Y, por si alguien se lo pregunta, Juraipur es, por supuesto, enteramente ficticio.

Título original: *Before the Rains*

Publicada por primera vez en inglés por Penguin Books, Ltd., Londres

Edición en formato digital: 2017

Copyright © Dinah Jefferies, 2017

El derecho de Dinah Jefferies a ser identificada como la autora de esta obra ha sido confirmado por ella de acuerdo con la ley de Copyright, Diseños y Patentes de 1988. Todos los derechos reservados

© de la traducción: Pilar de Vicente Servio, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9104-783-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es

Table of Contents

Primera parte

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

Segunda parte

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Tercera parte

24

25

26

27

28

29

Cuarta parte

30

31

32

33

34

35

36

37

38

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos